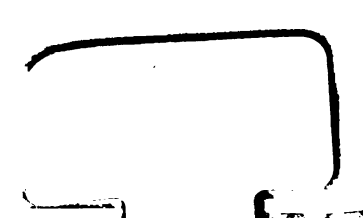
St. Jno. Blacker.



(Gomez

OBRAS
DE DON FRANCISCO
DE QUEVEDO VILLEGAS,

CABALLERO DEL HABITO DE SANTIAGO, SECRETARIO DE SU MAGESTAD, Y SEÑOR DE LA VILLA DE LA TORRE DE JUAN ABAD.

TOMO IV.



MADRID. MDCCXC.

POR DON ANTONIO DE SANCHA.

Se hallará en su Librería en la *Aduana vieja.*

Con las licencias necesarias.

PRIMERA PARTE

DE LA INTRODUCCION,

EN LA QUAL SE CONTIENEN los avisos y exercicios necesarios para conducir el Alma desde su primer deseo de vida devota, hasta una entera resolucion de abrazarla.

Querida Filotéa, siendo Christiana, bien sé que aspiras á la devocion, por ser esta una virtud en estremo agradable á la Magestad Divina; mas por quanto las faltas pequeñas en que se cae al principio de qualquier obra se refuerzan, y crecen en el progreso de ella, y son á la fin casi irreparables; es necesario, ante todas cosas, sepas lo que es esta virtud de devocion; porque como no hay sino una verdadera, y gran cantidad de falsas y vanas, si no conoces la cierta, y segura, podrias facilmente engañarte, y seguir alguna devocion impertinente, y supersticiosa.

Aurelio pintaba todas las caras de las imágenes que hacia, á semejanza con el ayre de las mugeres que amaba, y cada uno pinta la devocion segun su pasion, y fantasia. El que se dá

al ayuno se tendrá por muy devoto solo porque ayuna, aunque por otra parte tenga el corazon lleno de rencor, y malicia; y sin osar tocar su lengua á vino, ni agua por templanza, no se le dará nada de meterla, y cebarla en la sangre del próximo á fuerza de murmuracion, y calumnia. Otro se tendrá por muy devoto porque cada dia dice una gran multitud de oraciones, aunque despues de esto deshaga su lengua en palabras enojosas, arrogantes, é injuriosas, así con sus domésticos, como con sus vecinos. Otro sacará de buena gana limosna de la bolsa para dar á los pobres, y no podrá sacar del corazon dulzura, y piedad para perdonar sus enemigos. Otro perdonará sus enemigos, y no querrá componerse con sus deudores, sino á fuerza de justicia. Todos estos son tenidos vulgarmente por devotos: nombre que de ninguna manera merecen. Buscando la gente de Saul á David en su casa, puso Michol en una cama una estatua cubierta, y adornada de los vestidos del mismo que buscaban, con que hizo creer á la gente de Saul, que el que al parecer dormia era David, que estaba enfermo. Así muchas personas se cubren de ciertas acciones exteriores, aparentes á la santa devocion, con que el mundo las tiene por verdaderamente devotas, y espirituales, no siendo en suma

sino estatuas, y fantasmas de devocion.

La verdadera, y viva devocion, ó Filotea, presupone amor de Dios, y antes no es otra cosa sino un verdadero amor Divino; y no amor como quiera, porque en quanto el amor Divino hermosea nuestra alma, se llama gracia, háciéndonos agradables á su Divina Magestad: en quanto nos dá fuerza de bien hacer, se llama caridad, mas quando llega al grado de perfeccion, en el qual no solamente nos hace bien hacer, sino obrar cuidadosa, freqüente, y prontamente, entónces se llama devocion. Los avestruces no vuelan jamas: las gallinas vuelan poco, aunque pesada, y raramente; mas las águilas, palomas, y golondrinas vuelan á menudo, apriesa, y alto. Así los pecadores no vuelan en Dios; antes hacen todos sus cursos en la tierra, y para la tierra. La buena gente, que aun no ha llegado á la devocion, vuela en Dios por medio de sus buenas acciones; pero rara, y pesadamente. Las personas devotas vuelan en Dios freqüentemente, pronta, y altamente. En fin la devocion no es otra cosa sino una agilidad, y vivacidad espiritual, por medio de la qual la caridad exercita sus acciones en nosotros, y nosotros por ella obramos pronta, y aficionadamente; y como pertenece á la caridad el hacernos

guardar los mandamientos de Dios, general, y universalmente pertenece tambien á la devocion el hacer que los guardemos pronta, y diligentemente: causa porque el que no guarda todos los mandamientos de Dios, no puede ser tenido por bueno, ni devoto; porque para ser bueno es necesaria la caridad; y para ser devoto es necesaria (ademas de la caridad) una grande vivacidad, y prontitud en las acciones caritativas.

Y como la devocion consiste en cierto grado de excelente caridad, no solamente nos hace prontos, activos, y diligentes en la observacion de todos los mandamientos de Dios; sino que fuera de esto nos provoca á hacer pronta, aficionadamente las mas de las buenas obras que podemos aunque las tales no sean de ninguna manera de precepto, sino solamente aconsejadas, ó inspiradas: porque de la misma manera que un hombre que acaba de sanar de alguna enfermedad, camina aquello que le es necesario, pero lenta, y pesadamente; así el pecador, habiendo sanado de su iniquidad, camina aquello que Dios le manda; pero tambien lenta, y pesadamente, hasta que llega á alcanzar la devocion: porque entónces, como un hombre bien sano, y dispuesto, no solamente camina, pero corre, y salta en el camino de los mandamientos

de Dios, y de mejor en mejor vá corriendo en las sendas de los consejos, é inspiraciones celestiales. En fin la caridad, y la devocion no son mas diferentes la una de la otra, que la llama lo es del fuego, por quanto la caridad, siendo un fuego espiritual, quando está muy inflamada se llama devocion: de manera que la devocion no junta nada al fuego de la caridad, sino la llama, con la qual se hace la caridad pronta, activa, y diligente, no solamente en la observacion de los mandamientos de Dios, sino en el exercicio de los consejos, é inspiraciones celestes.

CAPITULO II.

Propiedades, y excelencias de la Devocion.

Los que desanimaban á los Israelitas el ir á la tierra de Promision, decian que era una tierra que tragaba los que la habitaban: como decir que el ayre era tan maligno que no podian vivir mucho tiempo, y que los habitantes eran gigantes tan prodigiosos, que se comian los otros hombres como langostas. Así el mundo, mi querida Filotea, infama quanto puede la santa devocion, pintando las personas devotas como eno-

jadas, tristes, y macilentas, y publicando que la devocion causa humores melancólicos, é insoportables. Mas como Josué, y Caleb aseguraban que no solamente era buena, y hermosa la tierra prometida; sino que tambien la posesion seria dulce, y agradable; de la misma manera el Espíritu Santo por la boca de todos los Santos, y nuestro Señor por la suya misma, nos asegura, que la vida devota es una vida dulce, dichosa, y amigable. Ve el mundo que los devotos ayunan, rezan, y sufren las injurias: sirven á los enfermos, asisten á los pobres, velan, reprimen la cólera, detienen, y enfrenan las pasiones, se privan de los placeres sensuales, y hacen tales, y otras suertes de acciones, las quales en ellas mismas, y de su propia substancia, y calidad son asperas, y rigurosas; pero el mundo no ve la devocion interior, y cordial, la qual vuelve todas estas acciones agradables, dulces, y faciles. Mira las abejas sobre el tomillo, que chupando sacan un zumo muy amargo, convirtiéndoles despues, por propiedad que tienen, en dulcísima miel. Las Almas, pues, devotas (ó mundanas) es verdad que hallan mucha amargura en su exercicio de mortificacion; mas continuando en él, lo mas amargo vuelven dulce, y suave. Los fuegos, las llamas, las ruedas, y

las agudas espadas parecian á los Mártyres flores hermosas, y preciosos olores; y esto porque eran devotos. Pues si la devocion puede dar dulzura á los mas crueles tormentos, y á la muerte misma, ¿ quánto mas facil la será el darla á las acciones de virtud? El azucar hace dulces los mal maduros frutos, y corrige, y templa la crudeza de los que estan muy maduros. Así la devocion es la verdadera azucar espiritual que quita la amargura á las mortificaciones, y el daño á las consolaciones: quita la cuita á los pobres, la soberbia á los ricos, al oprimido la ruina, la insolencia al favorecido, la tristeza al solitario, y la disolucion al que está en compañia: sirve de fuego en invierno, y de rocio en verano: sabe abundar, y sufrir pobreza: hace igualmente util el honor, y el menosprecio; recibe el placer y el dolor con un corazon casi siempre semejante; y nos colma el espíritu de una maravillosa suavidad.

Contempla la escala de Jacob, porque esta es el verdadero retrato de la vida devota. Los dos lados, entre los quales se sube, y á los quales los escalones se tienen, representan la oracion, la qual alcanza el amor de Dios, y los Sacramentos que le confieren. Los escalones no son otra cosa sino los diversos grados de caridad, por

los quales se va de virtud en virtud, ó baxando (por la accion) al socorro, y favor del próximo, ó subiendo (por la contemplacion) en la union amorosa de Dios. Mira ahora, te ruego, los que estan sobre la escalera, y verás que son hombres Angélicos, ó Angeles que tienen cuerpos humanos. No son mozos, pero parecen serlo, por quanto estan llenos de vigor, y agilidad espiritual. Tienen alas para volar, y arrojarse á Dios por medio de la santa oracion; y tambien tienen pies para caminar con los hombres por medio de una santa, y amigable conversacion. Sus caras son hermosas, y alegres, porque reciben todas las cosas con dulzura, y suavidad. Tienen las piernas, brazos, y cabezas desnudas, porque sus pensamientos, intentos, y acciones no llevan otro designio, ni motivo, sino agradar á Dios. Lo demas del cuerpo tienen cubierto, pero de una vestidura ligera, y hermosa; y esto porque usan del mundo, y cosas mundanas con corazon puro, y sincéro, no tomando de todo sino aquello que no escusan, segun su condicion, y manera. Tales son las personas devotas. Creeme, querida Filotea, que la devocion es la dulzura de las dulzuras, y la reyna de las virtudes, por quanto es la perfeccion de la caridad: si la caridad es una leche, la devocion

es la nata: si es una planta, la devocion es la flor: si es una piedra preciosa, la devocion es su lustre, y claridad: si es un bálsamo precioso, la devocion es el suave olor que conforta los hombres, y alegra los Angeles.

CAPITULO III.

Que la devocion es necesaria á toda suerte de estados, y profesiones.

Mandó Dios en la creacion llevasen las plantas sus frutos, cada una segun su género: así manda tambien á los Christianos, que son las vivas plantas de su Iglesia, produzcan frutos de devocion, cada uno segun su calidad, y estado. Diferentemente han de exercer la devocion el hidalgo, y el labrador, el vasallo, y el Soberano, la viuda, y la doncella, la soltera, y la casada; y no solo esto, pero es necesario acomodar la práctica de la devocion á las fuerzas, á los negocios, y á las obligaciones de cada uno. Seria apropósito, dime Filotea, que el Obispo quisiese seguir la soledad del Cartujo; que los casados no procurasen adquirir, ni juntar mas que los Capuchinos; que el labrador se estuviese todo el dia en la Iglesia como los Religiosos; y que el Religoso estuviese como el Obispo,

siempre expuesto á qualquiera suerte de encuentro, por el servicio del próximo? Esta devocion no seria ridícula, desreglada, é insoportable? Con todo esto vemos caer en esta falta muy de ordinario, y el mundo, que no discierne, ni quiere discernir entre la devocion, é indiscrecion de aquellos que piensan ser devotos, murmura, y vitupera la devocion, la qual no por eso es causa de semejantes desórdenes.

No, Filotea, la devocion (quando es verdadera) no corrompe nada, antes lo perficiona todo; pero quando es contraria al legítimo estado de cada particular, entónces sin duda es falsa. La abeja, dice Aristóteles, saca su miel de las flores, sin dexarlas ajadas, ni marchitas, sino enteras, y frescas como antes. La verdadera devocion aun hace mas, porque no solamente no daña ninguna suerte de estados, ni negocios, sino antes los adorna, y hermosea. Toda suerte de pedrería echada en la miel, sale mas reluciente, y hermosa, cada una segun su color; y qualquiera se hace mas agradable en su estado. Juntándole á la devocion el cuidado de la familia, se hace apacible: el amor del marido, y muger mas sincéro: el servicio del Príncipe, mas fiel; y toda suerte de ocupaciones, mas suaves, y amigables.

No solo es error, pero heregia, el querer desterrar la vida devota de la compañia de los Soldados, de la tienda de los Oficiales, de las Cortes de los Príncipes, y de la familia de los casados. Es verdad, Filotea, que puramente la devocion contemplativa, monástica, y religiosa, no puede exercerse en estos estados; mas tambien (fuera de estas tres suertes de devocion) hay otras muchas propias para perficionar los que viven en estado seglar. Abraham, Isaac, Jacob, David, Job, Tobias, Sara, Rebeca, y Judith, dan fe en el Viejo Testamento de esta verdad: y quanto al Nuevo S. Josef, Lydia, y S. Crispin fueron perfectamente devotos en sus tiendas. Santa Ana, Santa Maria, y Santa Priscilla, en sus familias. Cornelio, S. Sebestian, y S. Mauricio, en los Exércitos. Constantino, Helena, S. Luis, y S. Eduardo, en sus Tronos Reales.

Tambien se ha visto que muchos han perdido la perfeccion en la soledad, siendo esta tan deseada para llegar á una vida perfecta, y la conservaron antes en medio de la multitud, pareciendo esta tan poco favorable á la perfeccion. Loth, dice S. Gregorio, que fue tan casto en la Villa, no lo supo ser en la soledad. Donde quiera que estamos, podemos aspirar á la vida perfecta.

CAPITULO IV.

De la necesidad de un Conductor para entrar y hacer progreso en la devocion.

Habiéndole mandado á Tobias el menor que fuese á Ragés; dixo: De ninguna manera sé el camino. Anda (replicó el padre), y busca algun hombre que te encamine. De la misma manera te digo yo, Filotea mia. Quieres con mas seguridad caminar á la devocion, busca, pues, algun hombre virtuoso que te adiestre, y guie.

Aquí consiste el advertimiento de los advertimientos. Aunque mas busques, dice el devoto Avila, jamas hallarás tan seguramente la voluntad de Dios, como por el camino de esta humilde obediencia, practicada, y estimada en tanto de todos los antiguos devotos. La Bienaventurada Madre Teresa, viendo que Doña Catalina de Córdoba hacia grandisima penitencia, deseó mucho imitarla en esto contra el parecer de su Confesor, que se lo defendia, al qual estuvo tentada á desobedecer en este particular; y Dios la dixo: Hija mia, tú llevas un seguro, y buen camino; y aunque miras á la penitencia, que esotra hace, estimo en mas tu obediencia.

Tanto amaba esta virtud, que fuera de la obediencia que debia á sus Superiores; hizo particular voto de obedecer á un hombre excelente, y virtuoso, obligándose á seguir su direccion, y consejo; de manera, que con esto quedó la bienaventurada consolada en estremo; y así, antes, y despues de ella, muchas almas devotas, para mejor sujetarse á Dios, han humillado sus voluntades á las de sus mismas criadas, y domésticos; lo qual Santa Catalina de Sena alaba infinitamente en sus Diálogos. La devota Princesa Santa Isabel con estrema humildad se puso debaxo de la obediencia del Doctor M. Conrado. Y aun me acuerdo de uno de los consejos que el gran S. Luis dió á su hijo antes de su muerte. Díxole así: „ Confiesate á menudo, y elige „ un Confesor idóneo, que sea hombre pruden„ te, y te pueda enseñar á hacer las cosas que te „ son necesarias."

El amigo fiel, dice la Santa Escritura, es una fuerte proteccion; el que le ha hallado, ha hallado un tesoro. El amigo fiel es un medicamento de vida, é inmortalidad; los que temen á Dios, le hallan. Estas divinas palabras miran principalmente á la inmortalidad, como ves, para la qual es necesario ante todas cosas tener este fiel amigo, que guie nuestras acciones con sus

avisos, y consejos, librándonos por este medio de las emboscadas, y engaños de nuestro enemigo; serános como un tesoro de sapiencia en nuestras aflicciones, tristezas, y trabajos: servirános de medicina para aliviar, y consolar nuestros corazones en las indisposiciones espirituales: guardarános del mal, y harános el bien mejor; y quando nos venga alguna enfermedad, estorvará que nos sea de muerte.

Mas ¿ quién hallará este amigo? El Sabio responde: *Aquellos que temen á Dios:* quiere decir, los humildes, que con veras desean la medra espirítual. Pues que te importa tanto (ó Filotea!) el caminar con una buena guia en este santo camino de la devocion, ruega á Dios con una grande instancia te dé una, que sea segun su corazon: y no dudes, porque quando debiera enviarte un Angel, como hizo al Joven Tobias, te enviará una fiel y buena.

Siempre ha de ser esta para tí un Angel; quiero decir, que quando la hayas hallado, no la has de considerar como un hombre simple; y esto sin confiarte en ella, ni en su humano saber, sino en solo Dios, el qual te favorecerá y hablará por medio de este hombre, poniéndole en la boca, y corazon aquello que fuere necesario para tu salud; y así le debes escuchar

como á un Angel, que baxa del Cielo para guiarte á él: has de tratar con él con abierto corazon, con toda sinceridad, y fidelidad, manifestándole claramente tu bien, y tu mal, sin fantasia, ni disimulacion; y por este medio, tu bien será exâminado, y mas seguro, y tu mal será corregido, y remediado: hallaráste aliviada, y mortificada en tus aflicciones; moderada, y regalada en tus consolaciones.

Pondrás en él una grande confianza, mezclada de una sagrada reverencia, de suerte, que la reverencia, no disminuya la confianza, y que la confianza no estorve la reverencia: confia en él con el respeto de una doncella para con sus padres: respétale con la confianza de un hijo para con su madre. En fin esta amistad ha de ser firme, dulce, santa, sagrada, divina, y espiritual. Á este propósito dice Avila: *Escoged uno entre mil;* y yo digo entre diez mil; porque se hallan muchos menos que pensamos, que sean capaces de este oficio. Ha de ser lleno de caridad, de ciencia, y de prudencia; y faltándole una de estas tres partes, será faltarle mucho. Pero tambien digo otra vez, que le pidas á Dios; y habiéndole hallado, perseveres con él, dando gracias á su Divina Magestad, y no buscando otras novedades, sino irse siempre por el cami-

no que tu guía te muestra, simple, humilde, y confidentemente; y con esto harás un dichoso viage.

CAPITULO V.

Que es necesario comenzar por la purificacion del Alma.

Las flores (dice el Esposo) se muestran ya en nuestra tierra; y el tiempo de limpiar, y cortar ha llegado. Las flores de nuestros corazones, ó Filotea, son los buenos deseos; y tan presto como estas se muestran, debemos echar la mano á la hoz, para cortar de nuestra conciencia todas las obras muertas, y superfluas. La doncella extrangera para poderse desposar con el Israelita, habia de quitarse la ropa de captividad, y cortarse las uñas, y cabello. El alma que aspira á tanta honra, como es ser esposa del Hijo de Dios, tambien se ha de quitar las vestiduras viejas del pecado, y vestirse las de virtud: despues ha de cortar toda suerte de embarazos, que puedan estorvar el amor de Dios; porque el principio de nuestra salud es el purgarnos de nuestros humores pecantes. S. Pablo en un momento quedó limpio con perfecta limpieza, como tambien Santa Catalina de Genes, Santa Magdalena, Santa Pe-

lagia, y otros; pero esta suerte de purificacion es milagrosa, y extraordinaria en la gracia, como la resurreccion de los muertos en la naturaleza: cosa que no debemos pretender. La limpieza, y salud ordinaria, sea de los cuerpos, ó ya de los espíritus, no se hace sino poco á poco, por progreso de mejoria en mejoria, y esto no sin trabajo, y tiempo.

Aunque los Angeles de la escala de Jacob tienen alas, no por eso vuelan; antes suben, y baxan por órden, de escalon en escalon. El alma que se levanta del pecado á la devocion, es comparada al alba, la qual al levantarse no despide en un mismo instante las tinieblas, sino poco á poco.

La cura (dice el aforismo) que se hace con espacio de tiempo, es siempre la mas segura. Las enfermedades de corazon, como las del cuerpo, vienen á caballo, y por la posta, y vanse á pie, y á paso muy lento. Menester es, pues, ser animosa, y sufrida, ó Filotea, en esta empresa. ¡Quánta lastima dan algunas almas, que viéndose sujetas á diferentes imperfecciones, despues de haberse exercitado algun tiempo en la devocion, comienzan á inquietarse, y desanimarse, dexándose llevar de la tentacion tanto, que olvidándose de la virtud, vuelven á sus prime-

ras costumbres. Tambien por otras partes tienen gran peligro las almas, las quales por una tentacion contraria se persuaden que estan purgadas de sus imperfecciones, quando apenas se han puesto á ello, teniéndose por perfectas, sin serlo, y arrojándose á volar sin alas. En gran peligro estan estas almas, ó Filotea, de tornar á recaer, por haberse desmandado de presto, y apartado de las manos del Médico. *No te levantes*, dice el Profeta, *antes que haya llegado la luz: levántate despues que hayas estado asentado*. Y él mismo practicando esta licion, y habiéndose ya lavado, y limpiado, quiere lavarse de nuevo.

El exercicio de la purificacion del alma no se puede, ni se debe acabar, sino con nuestra vida. No nos turben, pues, nuestras imperfecciones; porque nuestra perfeccion consiste en el combatirlas, y no las podremos combatir sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas. Nuestra victoria no consiste en sentirlas, sino en no consentirlas.

No es, pues, consentirlas el recibir sus incomodidades; y así es necesario que para el exercicio de nuestra humildad quedemos algunas veces heridos en esta batalla espiritual; pero nunca nos tenemos por vencidos, sino quando hemos

perdido, ó la vida, ó el animo. Las imperfecciones, pues, y pecados veniales no nos pueden privar de la vida espiritual, porque esta no se pierde sino por el pecado mortal. Solo se ha de procurar que no perdamos el animo. Librame, Señor, decia David, de la cobardia, y desfallecimiento. Es, pues, una dichosa propiedad nuestra en esta guerra espiritual, el hallarnos siempre vencedores, con que no huyamos nunca el combate.

CAPITULO VI.

De la primera purificacion, que es la de los pecados mortales.

La primera purificacion que se debe hacer, es la del pecado. El medio para hacerla es el Santo Sacramento de la Penitencia. Buscarás, pues, el mas digno Confesor que pudieres: sírvete de algun libro hecho á este propósito, que ayude á la conciencia á bien confesarse, como Granada, Bruno, Arias, Auger, y leelos bien, y nota de punto en punto en lo que hubieres ofendido á tu Dios desde que tienes uso de razon, hasta la hora presente, y si no te fiares de la memoria pon por escrito lo que hubieres notado; y habiendo por este medio preparado, y juntado

los humores pecantes de tu conciencia, los detestarás, y abominarás mediante una contricion, y desplacer tan grande, quanto tu corazon pueda sufrir, considerando estas quatro cosas: que por el pecado perdiste la gracia de Dios, y con ella el Paraíso: que recibiste las penas eternas del Infierno, y renunciaste la vision, y el amor eterno.

Bien ves, Filotéa, que hablo de una confesion general de toda la vida, la qual tambien te confieso no ser siempre absolutamente necesaria; pero tambien considero que te será en estremo provechosa en este principio; y así te la aconsejo con todas veras. Sucede muchas veces, que las confesiones ordinarias de los que viven en vida comun, y vulgar, estan llenas de grandes faltas, porque de ordinario, ó no se preparan, ó muy poco, ó no tienen la contricion necesaria; y así sucede muchas veces irse á confesar con una tácita voluntad de volver al pecado, por quanto no quieren evitar la ocasion de volver á él, ni tomar los expedientes necesarios á la enmienda de la vida, y en todos estos casos es la confesion general muy necesaria para asegurar el alma. Fuera de todo esto, la confesion general nos llama á conocimiento de nosotros mismos: nos convoca á una saludable con-

fesion para nuestra vida pasada: hácenos admirar de la misericordia de Dios que nos ha esperado tan largo tiempo: apacigua nuestros corazones, alegra nuestros espíritus, incitanos á buenos propósitos, dá sugeto á nuestro Confesor á que nos dé los avisos mas convenientes á nuestra condicion, y abrenos el corazon para que con mas confianza nos declaremos en las confesiones siguientes.

Hablando, pues, de un renuevo general de nuestro corazon, y de una conversion universal de nuestra alma á Dios, por medio de la empresa de la vida devota, paréceme que no dexaré de tener razon, Filotea, en aconsejarte esta confesion general.

CAPITULO VII.

De la segunda purificacion, que es la de las afisiones del pecado.

Todos los Israelitas salieron en efecto de la tierra de Egypto; mas no todos de buena gana; causa por que en el Desierto muchos de entre ellos echaban menos el carecer de las cebollas, y carnes de Egypto. Así tambien hay penitentes, que en efecto salen del pecado, sin que por eso

pierdan la aficion que le tienen; esto es, que proponen de nunca mas pecar; pero con cierto sentimiento que tienen de privarse, y abstenerse de los desventurados deleytes del pecado. El corazon de estos renuncia el pecado, procurando apartarse de él; mas no por eso dexa de volverse de su bando, como hizo la muger de Loth hácia el lado de Sodoma. Abstiénense del pecado, como los enfermos de los melones, los quales no comen, porque los Médicos los amenazan de muerte si los prueban; mas no por eso dexan de sentir esta abstinencia: hablan en ellos, preguntan si seria posible el comerlos, quieren por lo menos olerlos, y tienen por dichosos á los que pueden gustarlos. Así tambien estos flacos, y débiles penitentes se abstienen por algun tiempo del pecado; mas contra su propia voluntad querrian bien poder pecar sin ser condenados: hablan con sentimiento, y gusto del pecado, y tienen por satisfechos á los que le cometen. Un hombre resuelto á vengarse, mudará de voluntad en la confesion, pero poco despues le hallarán entre sus amigos deleytándose en hablar de la pendencia pasada, diciendo que si no hubiera sido por Dios, hubiera hecho tal, y tal cosa; y que la Ley divina en este artículo es dificil de observar, y que pluguiese á Dios fuese

permitida la venganza. ¿Quién, pues, no echa de ver, que aunque este pobre hombre está fuera de pecado, no por eso dexa la aficion que le tiene; y que hallándose en efecto fuera de Egypto apetece aun los ajos y cebollas que solia comer, como la otra muger, que habiendo dexado sus lascivos amores, no dexa por eso de recrearse con los requiebros, y agasajos que le hacen? Averiguadamente semejantes gentes estan en no pequeño peligro.

Así, Filotea mia, pues tú quieres emprender la vida devota, no solo has de dexar el pecado, sino limpiar tambien tu corazon de toda aficion que él te pueda causar; porque fuera del peligro que habria en la recaida, podrian estas miserables acciones desmayar perpetuamente tu espíritu, y agravarle, de manera, que no podria exercer las buenas obras, pronta, diligente, y freqüentemente, que es en lo que consiste la verdadera esencia de la devocion. Las almas que habiendo salido de las ataduras del pecado, tienen aun estas aficiones, y deseos, semejan, á mi parecer, á las doncellas opiladas, las quales no estan enfermas, pero todos sus achaques son de enfermo: comen sin gusto, duermen sin reposo, rien sin alegria, y antes querrian las arrastrasen, que caminar quatro pasos. De la mis-

ma manera estas almas, que he dicho, obran el bien con tanto cansancio espiritual, que hace perder la gracia á sus buenos exercicios, pocos en número, y pequeños en efectos.

CAPITULO VIII.

Del medio para hacer esta segunda purificacion.

El medio, pues, y fundamento de esta segunda purificacion, es la viva, y freqüente aprehension del grave mal que el pecado nos ha causado, por cuyo medio nos disponemos á una profunda, y vehemente contricion; porque de la misma manera que la contricion (con tal que sea verdadera), por pequeña que sea, y principalmente juntándose á la virtud de los Sacramentos, nos purga bastantemente del pecado; así tambien, quando es grande, y vehemente, nos purga de todas las aficiones que penden del pecado. Un rencor, ó un aborrecimiento, flaco, y débil es causa de que veamos de mala gana, á aquel que aborrecemos, y nos hace huir su compañia; pero si es un rencor mortal, y violento, no solo aborrecemos á aquel á quien le tenemos, sino antes aborrecemos, y huimos la conversa-

cion de su parentela, y amigos, quanto, y mas su trato, ni cosa que le parezca. Así quando el penitente no aborrece el pecado, sino por una ligera, aunque verdadera contricion, es verdad que se resuelve de no pecar mas; pero quando le aborrece con una contricion grave, y rigurosa, no solo abomina el pecado, sino antes, toda la aficion, y dependencia que de él procede. Esnos, pues, necesario, Filotea, procurar que nuestra contricion, y arrepentimiento sea la mayor que pudieremos, para que así se estienda hasta la mayor parte del pecado. De tal suerte perdió la Magdalena en su conversion el gusto del pecado, y los vanos placeres que en él hallaba, que jamas volvió á pensar en ellos; y David, protestaba, no solo aborrecer el pecado, sino tambien todas sus sendas, y caminos. En este punto, pues, consiste el renuevo del alma, que este mismo Profeta compara al renuevo del águila.

Para venir, pues, á esta aprehension, y contricion, es necesario que te exercites con cuidado en las meditaciones siguientes; las quales, siendo bien practicadas, desarraygarán de tu corazon (mediante la gracia divina) el pecado, y las principales aficiones del pecado, para cuyo uso las he hecho yo expresamente. Harásla la

una despues de la otra, como yo las he señalado, sin tomar mas de una para cada dia, la qual siendo posible, harás por la mañana, que es el tiempo mas propio para todas las acciones del espíritu, y las volverás á meditar, y rumiar lo restante del dia; y si no estuvieres hecha á la meditacion, mira lo que se tratará de ella en la segunda parte.

CAPITULO IX.

Meditacion I. De la Creacion.

PREPARACION.

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Ruégale que te inspire.*

CONSIDERACIONES.

1. Considera que no há mas de tantos años que tú no estabas en el mundo, y que tu sér era un verdadero nada. ¿Á dónde estabamos nosotros, ó Alma mia, en aquel tiempo? Habia ya tanto que el mundo duraba, y de nosotros no habia memoria alguna.

2 Dios te ha hecho salir de esta nada, pa-

ra hacerte lo que eres, sin que tuviese necesidad de tí, sino por sola su bondad.

3 Considera el sér que Dios te ha dado, porque es el primer sér del mundo visible, capaz de la vida eterna, y de unirse perfectamente con su Divina Magestad.

Aficiones, y resoluciones.

1 Humíllate muy de veras delante de Dios, diciendo de corazon con el Psalmista: O Señor! yo soy delante de tu divino acatamiento un verdadero nada; y ¡cómo tú tuviste memoria para criarme! Ay de mí! mi alma, tu estabas anegada en ese antiguo nada, y aun al presente lo estuvieras, si Dios no te hubiera sacado de él: y qué harias tú en ese nada?

2 Dá gracias á Dios. ¡O mi soberano buen Criador ¡ quán grande es la obligacion que te tengo, pues has ido á buscarme dentro de mi nada, para hacerme por tu misericordia lo que soy! ¿Qué cosa podré jamas hacer para bendecir tu santo Nombre, y agradecerte tu inmensa bondad?

3 Confúndete. Mas ay de mí, ¡mi Criador! en lugar de unirme contigo por amor, y servicio, toda contra tí me he vuelto, y revuel-

to por mis desregladas aficiones, apartándome, y alejándome de tí, para juntarme con el pecado, y la iniquidad, sin tener mas cuenta con honrar tu bondad, que si no hubieras sido mi Criador.

4 Abáxate delante de Dios. O mi alma! sabe que el Señor es tu Dios; él es el que te ha hecho, que tú no te has hecho á tí misma. O Dios! yo soy la obra de tus manos.

Ya de aquí adelante no quiero tomar mas complacencia en mí misma; que de mi parte no soy nada. ¿De qué te glorificas tú, ó polvo, y ceniza? Pero antes, ó verdadero nada, ¿de qué te ensalzas tú? Y para humillarme quiero hacer tal, y tal cosa, sufrir tales, y tales menosprecios: quiero mudar de vida, y seguir de aquí adelante á mi Criador, y honrarme con la condicion del sér que me ha dado empleándolo todo enteramente en la obediencia de su voluntad, por los medios que me fueron enseñados, á los quales no haré falta para con mi padre espiritual.

Conclusion.

1 Agradece á Dios. Bendice, ó alma mia, á tu Dios, y todas mis entrañas loen su santo nombre, porque su bondad me ha sacado de

nada, y su misericordia me ha criado.

2 Ofrécele. O mi Dios! yo te òfrezco el sér que me has dado, de todo mi corazon. Yo te lo dedico, y consagro.

Ruégale. O Dios! fortificame en estas aficiones, y resoluciones. O Santa Virgen! encomiéndalas á la misericordia de tu Hijo, con todos aquellos por quienes estoy obligada de rogar, &c. *Pater noster*, *Ave Maria.*

Al salir de la oracion, paseándote un poco, junta un ramillete de devocion de las consideraciones que hubieres hecho, cuyo olor te recree el sentido lo que resta del dia.

CAPITULO X.

Meditacion II. para el fin del qual somos criados.

PREPARACION.

1 *Ponte delante de Dios.*
2 *Ruégale que te inspire.*

CONSIDERACIONES.

1 Dios no te ha puesto en este mundo por alguna necesidad que tuviese de tí, que le eres de todo inutil; mas solamente para exercer en tí su bondad, dándote su gracia, y su gloria: y por esto te ha dado el entendimiento para que le conozcas, la voluntad para que le ames, la imaginacion para representarte sus beneficios, los ojos para que veas maravillas de sus obras, la lengua para que le alabes; y así de las demas facultades.

2 Siendo criada, y puesta en este mundo con esta intencion, todas las acciones contrarias á ella se han de evitar; y las que para este fin

no son de algun servicio, deben ser menospreciadas como vanas, y superfluas.

3 Considera la desdicha del mundo, que no piensa en ello; antes vive como si creyese no haber sido criado sino para levantar casas, plantar árboles, juntar riquezas, decir donayres, y truhanear.

Aficiones, y resoluciones.

1 Confúndete reprehendiendo á tu alma su miseria, que por lo pasado ha sido tan grande, que no há pensado en todo ello poco, ni mucho. Ay de mí! (dirás tú) ¿en qué ocupaba yo mi pensamiento, ó Dios mio, quando no pensaba en tí? ¿De qué me acordaba yo quando á tí te ponia en olvido? ¿Dónde se encaminaba mi amor quando no amaba á tí? Ay de mí! yo debia apacentarme de la verdad, y me henchia de la vanidad, y servia al mundo, que solo se hizo para servirme á mí.

2 Abomina la vida pasada. Yo os renuncio, pensamientos vanos, é imaginaciones inútiles. Yo os abjuro, ó remembranzas detestables, y frívolas. Yo os renuncio, amistades infieles, y desleales, servicios perdidos y miserables, gratificaciones ingratas, complacencias enfadosas.

3 Conviértete á Dios. Y tú mi Dios, y

mi Señor, tú serás de aquí adelante el solo objeto de mis pensamientos: jamas aplicaré mi espíritu á imaginaciones que no te agraden. Mi memoria se llenará todos los dias de mi vida de la grandeza de tu mansedumbre, usada con tanta dulzura para conmigo. Tú serás el regocijo, y los deleytes de mi corazon, y la suavidad de mis aficiones.

Tales, pues, y tales quimeras, y entretenimientos, á que yo me aplicaba: tales, y tales vanos exercicios, en que empleaba mis dias: tales aficiones, que empeñaban mi corazon, tendré de aquí adelante en aborrecimiento, y con esta intencion me aprovecharé de tales, y tales remedios.

Conclusion.

1 AGradece á Dios que te ha hecho para un fin tan excelente. Tú me has hecho, ó Señor, para tí, para que goce eternamente la inmensidad de tu gloria. ¿Quándo seré digna de ella, y quándo te bendeciré como debo?

2 Ofrece. Yo te ofrezco, ó mi amado Criador, todas estas mismas aficiones, y resoluciones con toda mi alma, y todo mi corazon.

3 Ruega. Yo te suplico, ó Dios, tengas por bien de aceptar mis deseos, y votos, y dar tu santa bendicion á mi alma para que los pueda cumplir, por el mérito de la sangre de tu Hijo, derramada en la Cruz, &c.

Haz el ramillete de la devocion.

CAPITULO XI.

Meditacion III. de los beneficios de Dios.

PREPARACION.

1 *Ponte en la presencia de Dios.*
2 *Ruégale que te inspire.*

CONSIDERACIONES.

1 Considera las gracias corporales que Dios te ha dado, qué cuerpo, qué comodidades para mantenerle, qué salud, qué consolaciones, qué asistencias; pero considéralo con una comparacion de tantas otras personas que valen mas que tú, las quales carecen de estos beneficios. Los unos gastados de cuerpo, de salud, y miembros: los otros puestos á la merced de los oprobrios, del menosprecio, y de la deshonra: los otros re-

matados de la pobreza; y Dios no ha querido que tú fueses tan miserable.

2 Considera los dones del espíritu: quantos hombres hay en el mundo torpes, rabiosos, insensatos, y por qué no eres tú del número de ellos. Hate favorecido Dios. Quántos hay que han sido criados rusticamente, y en una estrema ignorancia, y la Divina Providencia te ha dado una honrada y civil crianza.

3 Considera las gracias espirituales, ó Filotea. Tú eres de los hijos de la Iglesia: Dios te ha enseñado tu conocimiento desde tu juventud. ¡Quántas veces te ha dado sus Sacramentos! ¡Quántas veces inspiraciones, luces interiores, y reprehensiones para tu enmienda! ¡Quántas veces te ha perdonado tus faltas! ¡Quántas veces librádote de las ocasiones, á que en tu ruina, y perdicion estabas expuesta! ¡Y los años pasados no han sido ellos un espacio, y comodidad para adelantarte en el bien de tu alma! Mira un poco por lo menudo quán dulce, y propicio te ha sido Dios.

Aficiones, y resoluciones.

1 Maravillate de la bondad de Dios. ¡O que mi Dios es bueno para conmigo! ¡O que es bueno! ¡O que tu corazon, Señor, es rico de

misericordia, y liberal con mansedumbre! ¡O mi alma! contemos para siempre quántas gracias nos ha hecho.

2 Maravíllate de tu ingratitud. ¿Pero qué cosa soy yo, Señor, que tú hayas tenido memoria de mí? ¡O que mi indignidad es grande! ¡Ay de mí, que yo he atropellado tus beneficios, y he deshonrado tus gracias, convirtiéndolas en un abuso, y menosprecio de tu soberana bondad! Yo he opuesto el abismo de mi ingratitud al abismo de tu gracia, y favor.

3 Despiértate en el reconocimiento. Ea, pues, ó mi corazon, no quieras ser mas infiel, ingrato, y desleal á este gran Bienhechor. ¡Y cómo, alma mia, no serás tú desde hoy sujeta á Dios, que ha hecho tantas maravillas, y gracias en mí, y por mí!

Retira, pues, Filotea, tu cuerpo de tales, y tales voluntades: sujétale al servicio de Dios, que ha hecho tanto por él: aplica tu alma para conocerle, y reconocerle con tales, y tales exercicios, que para ello se requieren. Emplea, con mucho cuidado los medios que la Iglesia tiene para salvarte. Yo amaré á Dios, sí: yo freqüentaré la oracion, y los Sacramentos: yo oiré la santa palabra, yo practicaré las inspiraciones, y los consejos.

Conclusion.

1 Agradece á Dios el conocimiento que àhora te ha dado de tu deber, y de todos los beneficios que ya has recibido.

2 Ofrécele tu alma con todas tus resoluciones.

3 Ruégale que te fortalezca para practicarlas fielmente por el mérito de la muerte de su Hijo: implora la intercesion de la Virgen, y de los Santos. *Pater noster*, *Ave Maria*.

Haz el ramillete espiritual.

CAPITULO XII.

Meditacion IV. de los pecados.

PREPARACION.

1 *Ponte en la presencia de Dios.*
2 *Ruégale que te inspire.*

CONSIDERACIONES.

1 Piensa quánto ha que comenzaste á pecar, y mira quánto se han multiplicado los pecados en tu corazon desde ese primer principio, y como todos los dias los has ido acrecentando contra Dios, contra tí misma, contra tu próximo, por obra, por palabra, por deseo, y pensamiento.

2 Considera tus malas inclinaciones, y como las has seguido; y por esos dos puntos verás que las culpas son en mayor número que los cabellos de tu cabeza, y aun el arena de la mar.

3 Considera aparte el pecado de la ingratitud para con Dios, que es un pecado general, que se extiende, y dilata por todos los otros, y los hace mucho mas enormes. Mira, pues, quán-

tos beneficios te ha hecho Dios, y que de todos ellos has abusado contra él, que te los dió: particularmente quántas inspiraciones menospreciadas, quántos buenos movimientos hechos inútiles, y sobre todo quántas veces has recibido los Sacramentos, y dónde estan los frutos de ello. ¿Qué se han hecho esas preciosas joyas, con que tu querido Esposo te habia hermoseado? Todo lo han cubierto tus iniquidades. ¿Con qué preparacion las has tú recibido? Revuelve esta ingratitud en tu pensamiento, que habiendo Dios corrido tanto tras tí para salvarte, siempre le has huido el cuerpo para perderte.

Aficiones, y resoluciones.

1 Confúndete en tu miseria. O mi Dios! ¿cómo me atrevo á parecer delante de tus ojos? Ay de mí! Yo no soy otra cosa que una postema del mundo, y un remate de ingratitud, é iniquidad. Es posible que yo haya sido tan desleal, que siquiera uno de mis sentidos, ni una de las potencias de mi alma, no he dexado, que no haya gastado, violado, y ensuciado, y que no se ha pasado un solo dia que no haya producido tan depravados efectos? Es este el cambio con que yo debia pagar los beneficios de mi Criador, y la Sangre de mi Redentor?

2 Pide perdon; y arrójate á los pies del Señor como un hijo Pródigo, como una Magdalena, como una muger que con todas suertes de adulterios ha manchado el lecho de su matrimonio. O Señor! misericordia sobre esta pecadora. Ay de mí. ¡O vivo manantial de compasion! ten piedad de esta miserable.

3 Propon de mejorar tu vida. O señor! nunca mas, mediante tu gracia: no, no, nunca me arrojaré mas al pecado. Ay de mí, que no he hecho otra cosa sino amarle demasiado! Yo le abomino, y te abrazo, ó Padre de misericordia! Yo quiero vivir, y morir en tí.

4 Para borrar los pecados pasados me acusaré animosamente de ellos, sin que quede alguno que no despida, y lance de mí.

5 Yo pondré lo ultimo de mis fuerzas para desarraygar enteramente de mi corazon las plantas de ellos, particularmente de tales, y tales que mas me enfadan.

6 Y para lo hacer, abrazaré con mucha constancia los medios que me fueren aconsejados, pareciéndome que jamas podré cumplir para reparar tan grandes faltas.

Conclusion.

1 Agradece á Dios que te ha esperado hasta la hora presente, y te ha dado estas buenas aficiones.

2 Hazle ofrenda de tu corazon para efectuarlas.

3 Ruégale que te mortifique, &c.

CAPITULO XIII.

Meditacion V. de la muerte.

PREPARACION.

1 *Ponte en la presencia de Dios.*

2 *Pídele su gracia.*

3 *Imagina que estás en la cama enferma: y sin esperanza ninguna de escapar de la muerte.*

CONSIDERACIONES.

1 Considera la incertidumbre del dia de tu muerte. O alma mia! un dia has de salir de este cuerpo, quándo será? ¿Será en invierno, ó en verano? ¿En la Villa, ó en la Aldea? ¿De dia,

ú de noche? ¿Será de repente, ó con aviso? ¿Será de enfermedad, ú de accidente? ¿Tendrás tiempo para confesarte, ó no? ¿Asistiráte tu Confesor, y Padre espiritual? ¡Ay de mí, alma mia, que de todo esto no sabemos nada! Solo es seguro que moriremos, y que siempre es mas presto de lo que pensamos.

2 Considera que entónces el mundo se acabará para contigo, que no tendrá mas para tí, que volverá lo de arriba abaxo delante de tus ojos; porque entónces los placeres, las vanidades, los gustos mundanos, las aficiones vanas, se nos representarán como nubes, y fantasmas. ¡Ah pobre de mí! y por qué juguetes, y quimeras he ofendido á mi Dios, pues le he dexado por nada! Al contrario la devocion, y las buenas obras te parecerán entónces tan dulces, y dignas de desearse. ¡Ay de mí, porque no he seguido este hermoso, y agradable camino! Entónces los pecados que parecian pequeños, te parecerán grandes como montañas, y pequeña tu devocion.

3 Considera las grandes, y ansiosas despedidas que hará tu alma de este mundo: despediráse de las riquezas, y vanidades, de las vanas compañias, de los placeres, y pasatiempos, de los amigos, y vecinos, de los parientes, y

hijos, del marido, y de la muger, y de toda criatura, y al fin de su cuerpo, el qual dexará amarillo, espantoso, deshonesto, feo, y hediondo.

4 Considera los embarazos que habrá para levantar este cuerpo, y esconderle en tierra, y que hecho esto, el mundo no pensará mas en tí, ni quedará mas memoria que la poca que tú tambien de los otros hiciste. Dirán quando mucho: Dios le perdone. ¡O muerte, y quán impetuosa, y digna de consideracion eres!

5 Considera que al salir del cuerpo el alma, toma su camino, ó á la derecha, ó á la izquierda. Ay de mí! dónde irá la mia? qué camino tendrá? No otro, sino aquel que hubiere merecido en este mundo.

Aficiones, y resoluciones.

1 Ruégale á Dios, y échate entre sus brazos. Ay de mí Señor! recíbeme en tu proteccion en aquel dia espantoso. Alcance yo aquella hora dichosa, y favorable, aunque todas las otras de mi vida me sean afligidas, y tristes.

2 Menosprecia el mundo. Pues no sé la hora en la qual tengo de dexarte, ó mundo, no quiero abrazarme contigo: y vosotros, caros amigos, y amados parientes, permitidme que no os

tenga mas aficion, sino la de una santa amistad, la qual pueda durar eternamente: porque ¿de qué servirá unirme con vosotros de suerte que sea necesario deshacer, y romper la atadura?

3 Quiero prepararme desde ahora, y tomar el cuidado importante para hacer este camino dichosamente: quiero asegurar el estado de mi conciencia con todas veras, y poner orden en tales, y tales faltas.

Conclusion.

Dá gracias á Dios por esta resolucion que te ha dado: ofrécela á su Divina Magestad, y ruégale de nuevo te dé una dichosa muerte por el merecimiento de la de su precioso Hijo. Implora la ayuda de la Virgen, y de los Santos. *Pater noster, Ave Maria.*

CAPITULO XIV.

Meditacion VI. del Juicio.

PREPARACION.

1 *Ponte delante de Dios.*
2 *Suplícale que te inspire.*

CONSIDERACIONES.

1 En fin, despues del tiempo que Dios ha señalado al curso de este mundo, y despues de una cantidad de señales, y presagios horribles, por los quales los hombres temblarán de miedo, y espanto; y viniendo el fuego como un diluvio, quemará, y reducirá en ceniza toda la superficie de la tierra, sin reservar ninguna de las cosas que sobre ella habia.

2 Despues de este diluvio de llamas, y rayos, todos los hombres resucitarán de la tierra (fuera de aquellos que han ya resucitado), y á la voz del Arcangel se juntarán en el valle de Josafat. Mas ay, y con quánta diferencia! porque los unos estarán en cuerpos gloriosos, y resplandecientes, y los otros en cuerpos hediondos, y horribles.

3 Considera la magestad con que se mostrará el Soberano Juez, rodeado de todos los Angeles, y Santos, delante de sí la Cruz mas resplandeciente que el mismo sol, cierta señal de gracia para los buenos, y de rigor para los malos.

4 Este Soberano Juez (por su justo mandamiento, el qual será luego executado) separará los buenos de los malos, poniendo los unos á su diestra, y los otros á su siniestra: separacion eterna, despues de la qual nunca mas estas dos compañias tornarán á juntarse.

5 Hecha esta separacion, y abiertos los libros de las conciencias, se verá claramente la malicia de los malos, y el menosprecio de que han usado para con Dios. Asimismo se verá la penitencia de los buenos, y los efectos de la gracia de Dios, que han recibido, y ninguna cosa será escondida. O Dios! ¡qué confusion será para los unos, y qué consuelo para los otros!

6 Considera la última sentencia de los malos: *Andad, malditos, al fuego eterno, aparejado para el demonio, y sus compañeros.* Piensa éstas tan pesadas palabras: *Andad* dice, que es un mote de perpetuo desamparo, del qual usa Dios con tales desventurados, desterrándolos para siempre de su cara. Llámalos *malditos:*

O alma mia, qué maldicion es esta! Maldicion general, que comprehende todos los males: maldicion irrevocable, que comprehende todos los tiempos, y la eternidad, juntando con todo esto el fuego eterno. Considera, pues, ó corazon mio, esta eternidad inmensa. ¡O perpetua eternidad, y quán espantosa eres!

7 Considera la sentencia contraria de los buenos: *Venid*, dice el Juez (palabra agradable, y de salud, por la qual Dios nos tira á sí; y nos recibe en el seno de su bondad), *benditos de mi Padre* (¡o amada bendicion, que comprehende toda bendicion!) *poseed el Reyno que os está aparejado desde la constitucion del mundo.* O Dios, y qué gracia! porque este Reyno no tendrá jamas fin.

Aficiones, y resoluciones.

1 Tiembla, ó alma mia, con esta memoria. Dios mio, ¿quién me podrá asegurar para este dia, en el qual las columnas del Cielo temblarán de espanto?

2 Detesta, y abomina tus pecados, pues solos ellos pueden hacer te pierdas en este espantoso dia.

Quiero juzgarme á mí misma, porque no sea juzgada: quiero exâminar mi conciencia, con-

denarme, acusarme, y corregirme, porque el Soberano Juez no me condene en aquel dia terrible. Confesaréme, pues, y reciberé los avisos necesarios, &c.

Conclusion.

Dá gracias á Dios que te dió medio para asegurarte en este dia, y tiempo para hacer penitencia: ofrécele tu corazon para mejor hacerla: ruégale que te dé la gracia para bien cumplirla. *Pater noster, Ave Maria.*

CAPITULO XV.

Meditacion VII. del Infierno.

PREPARACION.

1 *Ponte en la Presencia de Dios.*

2 *Humíllate, y pídele su favor.*

3 *Imagina una villa tenebrosa, toda ardiendo en azufre y pez, hedionda, llena de ciudadanos, que no pueden salir de ella.*

CONSIDERACIONES.

1 Los condenados estan en el abysmo infernal como en una desventurada villa, en la qual sufren tormentos indecibles en todos sus sentidos,

y en todos sus miembros, por quanto así como han empleado todos sus sentidos, y sus miembros en el pecado, así sufrirán en todos sus miembros y en todos sus sentidos las debidas penas al pecado. Los ojos, por su falsa, y lasciva vista, sufrirán la horrible vision de los diablos, y del Infierno. Las orejas, por haberse deleytado con discursos viciosos, no oirán jamas sino llantos, lamentaciones, y desesperaciones, y así los demas.

2 Fuera de todos estos tormentos, hay uno aun mas grande, que es la privacion, y pérdida de la gloria de Dios, al qual estan ciertos no verán jamas.

Si Absalon halló que la privacion de la amigable cara de su padre David era mas enojosa que su destierro; ó Dios, y ¡ qué ansia será el verse para siempre privado de vuestra dulce, y suave cara!

3 Considera sobre todo la eternidad de estas penas, la qual sola consideracion hace el Infierno insoportable. Ay de mí! si una sola pulga en nuestra oreja: si la calor de una pequeña calentura nos hace una corta noche larga, y enfadosa, ¡ quánto mas espantosa será la noche de la eternidad con tantos tormentos! De esta eternidad nace la desesperacion eterna, la rabia, y blasfemias infinitas.

Aficiones, y resoluciones.

Amedrenta tu alma con las palabras de Job. O alma mia! ¿podrás tú vivir eternamente en estas llamas perdurables? y en medio de este fuego eterno ¿quieres tú dexar á tu Dios para siempre?

Confiesa que le has merecido muchas veces. De aquí adelante quiero tomar el contrario camino. ¿Para qué tengo yo de baxar á este espantoso abysmo?

Yo haré, pues, tal, y tal esfuerzo para evitar el pecado, el qual solo me puede dar esta muerte eterna.

Dá gracias, ofrece, y ruega.

CAPITULO XVI.

Meditacion VIII. del Paraiso.

PREPARACION.

1 *Ponte en la presencia de Dios.*

2 *Haz la invocacion.*

CONSIDERACIONES.

1 Considera una hermosa, y serena noche, y quán agradable es ver el Cielo con tanta multi-

tud, y variedad de estrellas. Junta ahora esta hermosura con la de un hermoso dia, de suerte, que la claridad del sol no te impida la vista de las estrellas, ni de la luna, y despues dí seguramente que toda esta hermosura junta es nada en comparacion de la excelencia del gran Paraiso: quán amigable, y digno de deseo es este lugar dichoso, y quan preciosa esta hermosa Ciudad.

2 Considera la nobleza, la hermosura, y la multitud de los Ciudadanos, y habitantes de esta dichosa Ciudad: los millones de millones de Angeles, de Querubines, y Serafines: la compañia de Apóstoles, de Mártyres, Confesores, de Vírgenes, y Santas: la multitud es inumerable. Quán bienaventurada es esta dichosa compañia! El menor de todos es mas hermoso á la vista que todo este mundo visible. ¡Qué gusto será el verlos todos! ¡O Dios mio, y quán dichosos son! Siempre cantan el dulce canto del amor eterno: siempre gozan de una constante alegria: los unos á los otros se causan mil contentos indecibles, y viven en el consuelo de una dichosa, é indisoluble compañia.

3 Considera en fin el bien que tienen todos en gozar de Dios, el qual les gratifica para siempre con su amigable vista, por la qual

derrama en sus corazones un abismo de regalos. ¡Qué bien tan grande es el estar para siempre unida á su principio! Estan allí como dichosos páxaros que vuelan, y cantan para siempre en el ayre de la Divinidad, el qual los ciñe por todas partes con increibles placeres. Allí cada uno á porfia, y sin algun trabajo, canta las alabanzas del Criador: Bendito seas para siempre, ó Soberano, y dulce Criador nuestro, que tan bueno eres para con nosotros, comunicándonos tan liberalmente tu gloria. Y recíprocamente bendice Dios con una bendicion perpetua todos sus Santos. Benditas seais para siempre (dice el Señor) mis caras criaturas, que me habeis servido, y que me alabaréis eternamente con eterno amor, y con eterno contento.

Aficiones, y resoluciones.

1 Engrandece, y alaba esta Patria celeste. ¡O, y quán hermosa eres, mi amada Jerusalen, y quán bienaventurados los que te habitan!

2 Reprehende á tu corazon el poco animo que ha tenido hasta ahora, como es el haberse apartado del camino de esta gloriosa morada. ¿Por qué me he apartado yo tanto de mi soberano bien? ¡Ah miserable de mí, que por estos lige-

ros placeres, sin placer he mil, y mil veces dexado estos eternos, é infinitos regalos! ¿Qué entendimiento era el mio quando menospreciaba bienes tan dignos de desear, por deseos tan vanos, caducos, y perecederos?

3 Aspira, despues de esto, con un vehemente ardor á este tan regalado dia. Pues has sido servido, mi soberano, y buen Señor, de enderezar mis pasos en tu santo camino, jamas volveré atrás. Vamos, pues, ó alma mia, vamos á este eterno descanso: caminemos á esta bendita tierra que nos está prometida. ¿Qué es lo que hacemos en esta miserable Egypto? Yo me desembarazaré, pues, de las cosas que me divierten, ó apartan de este camino.

Haré tales, y tales cosas que puedan guiarme á él.

Dá gracias, ofrece, ruega.

CAPITULO XVII.

Meditacion IX. á manera de eleccion del Paraiso.

PREPARACION.

1 *Ponte en la presencia de Dios.*
2 *Humíllate delante de él, rogándole que te inspire.*

CONSIDERACIONES.

Imagina que estás en una campaña sola con tu buen Angel, como estaba el joven Tobias yendo á Ragés, y que te hace ver acá arriba el Paraiso abierto, con los placeres representados en la meditacion que has hecho del Paraiso; y despues por la parte inferior, que te hace ver el Infierno abierto, con todos los tormentos descriptos en la meditacion del Infierno. Figurándote todo esto por imaginacion, y puesta de rodillas delante de tu buen Angel.

1 Considera que es verdaderísimo que estás en medio del Paraiso, y del Infierno, y que el uno, y el otro estan abiertos para recibirte segun la eleccion que hicieres.

2 Considera que la eleccion que del uno,

ó del otro se hace en este mundo, durará eternamente en el otro.

3 Y aunque el uno, y el otro esten abiertos para recibirte, segun tú eligieres; por eso está Dios aparejado á darte, ó el uno por su justicia, ó el otro por su misericordía. Desea, pues, con un entrañable deseo, que aciertes á escoger el Paraiso, y que tu buen Angel te ayude con todas sus fuerzas, ofreciéndote de la parte de Dios mil gracias, y mil socorros para animarte á tal subída.

4 Desde lo mas alto del Cielo estará mirando Jesu-Christo con su acostumbrada mansedumbre, y amorosamente te está convidando. Ven (ó amada alma mia) al reposo eterno entre los brazos de mi bondad, que te ha prevenido los inmortales regalos en la abundancia de su amor. Mira con los interiores ojos la Santa Virgen, que maternalmente te está convidando: Aliéntate, hija mia, no quieras despreciar los deseos de mi hijo, ni tantos suspiros, como yo doy por tí, inspirando juntamente con él tu eterna salud. Mira los Santos que te exhortan, y un millon de santas almas, que amigablemente te convidan, no deseando sino ver un dia tu corazon junto al suyo para alabar á Dios para siempre. Tambien te aseguran que el camino del Cie-

lo no es tan trabajoso como el mundo le hace; antes te dicen, amiga muy amada: Quien considera bien el camino de la devocion, por el qual nosotros hemos subido á tanta dicha, verá que hemos venido á estos regalos por regalos sin comparacion mas suaves que los que el mundo vende por mas preciosos.

Eleccion.

1 O Infierno! yo te abomino ahora, y para siempre: abomino tus penas, y tormentos: abomino tu infortunada, y desventurada eternidad, y sobre todo aquellas eternas blasfemias, y maldiciones, que eternamente fulminas contra mi Dios. Y volviendo mi corazon, y mi alma de tu lado, al Paraiso hermoso, gloria eterna, felicidad perdurable, digo, que ahora, para siempre, irrevocablemente escojo la morada, y asiento de tus sagrados, y hermosos Palacios, y de tus santos, y apetecibles Tabernáculos. Yo bendigo (ó Dios mio) tu misericordia, y acepto las ofrendas que gustas de hacerme. O Jesus, Salvador mio! yo acepto tu amor eterno, y consiento en la adquisicion que has hecho para mí de un lugar, y casa en esta dichosa Jerusalen, no tanto por ninguna otra cosa, como por amarte, y bendecirte para siempre.

2 Recibe los favores que la Virgen, y los Santos te presentan: promételes que te encaminarás á ellos: alarga la mano á tu buen Angel para que te guie: anima á tu alma á esta eleccion.

CAPITULO XVIII.

Meditacion X. á manera de eleccion que el alma hace de la vida devota.

PREPARACION.

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Humíllate delante su cara, y pídele su ayuda.*

CONSIDERACIONES.

1 Imagina que estás otra vez en una campaña solo con tu buen Angel, y que á tu mano izquierda ves el diablo asentado en un grande, y elevado trono, con muchos espíritus infernales cerca de sí, y al rededor de él una gran tropa de mundanos, todos los quales le reconocen, y hacen reverencia. Mira el ademan de todos los infortunados cortesanos de este abominable Rey: mira unos furiosos de enojo, de envidia, y de cólera: otros que se matan: otros tristes, pensativos, y embarazados en adquirir riquezas:

otros solo atentos á la vanidad, sin ninguna suerte de placer que no sea inutil, y vana: otros perdidos, hediondos, podridos en sus brutales pasiones. ¿No ves como todos estos estan sin reposo, sin órden, y sin concierto? Mira cómo se menosprecian los unos á los otros, y cómo no se aman sino con falsos semblantes. En fin verás una miserable República, tiranizada de este Rey maldito, y tal, que te hará no poca compasion.

2 Á tu lado derecho ves á Jesu-Christo crucificado, que con un amor cordial ruega por estos pobres endemoniados, para que salgan de esta tirania, llamándolos á sí. Mira una gran tropa de devotos, que están al rededor de él con sus Angeles: contempla la hermosura de este reyno de devocion; quán agradable es la vista de esta tropa de vírgenes, hombres, y mugeres, mas blancos que la flor de lis; esta junta de viudas, llenas de una sagrada mortificacion, y humildad. Mira la compañia de muchas mugeres casadas, que con tanta suavidad viven juntas con un espíritu recíproco, y el qual no puede sin ser una grande caridad. Mira como estas devotas almas mantienen el cuidado de su casa exterior, con cuidado de la interior, el amor del marido con aquel del Esposo celeste. Mira

generalmente por todo, veráslos á todos en una santa continencia, dulce, y amigable, y cómo están todos oyendo á nuestro Señor, deseándole imprimir en medio de su corazon.

Alégranse, pero con una alegria graciosa, caritativa, y bien reglada: ámanse, pero con un amor sagrado, y purísimo. Los que tienen sus deseos en este pueblo devoto, no se atormentan mucho, ni pierden punto. En fin, mira los ojos del Salvador, que los consuela, y que todos juntos aspiran á él.

3 Si bien tú has dexado á Satanas con su triste y desventurada tropa, por medio de los buenos deseos que has concebido; con todo eso no has aun llegado al Rey Jesus, ni juntádote á su dichosa, y santa compañia de devotos; antes has siempre estado entre los unos, y los otros.

4 La Santa Virgen con S. Josef, S. Francisco, S. Luis, y otros mil que estan en el esquadron de los que han vivido en el mundo, te convidan, y animan.

5 El Crucificado Rey te llama por tu nombre propio: Ven, ó mi amada, ven para que yo te corone.

Eleccion.

1 O mundo abominable! nunca mas me verás seguir tu bandera. Ya he dexado para siempre tus vanidades, y locuras, ¡o Rey de orgullo, Rey de desventura, espíritu infernal! Yo te renuncio con todas tus vanas pompas: yo te detexto con todas tus obras.

2 Y convirtiendome á tí, mi dulce Jesus, Rey de bienaventuranza, y de gloria eterna, yo te adoro de todo corazon, y te escojo ahora, y para siempre por mi Rey, y por mi único Príncipe, ofreciéndote mi inviolable fidelidad, y haciéndote un homenage irrevocable. Sujétome, Señor, á la obediencia de tus santas leyes, y preceptos.

3 ¡O Santa Virgen, amada, Señora mia! yo te escojo por mi guia, me pongo debaxo de tu estandarte, ofreciéndote un particular respeto, y una especial reverencia.

O Angel Santo! guíame á esta junta, y no me desampares hasta que llegue á esta dichosa compañía, con la qual digo, y diré para siempre en testimonio de mi eleccion: viva Jesus, viva Jesus.

CAPITULO XIX.

Cómo se ha de hacer la confesion general.

Ves aí, mi querida Filotea, las meditaciones importantes á nuestra intencion. Quando las hubieres exercitado, ve luego animosamente, y con un espíritu humilde á hacer tu confesion general. Pero ruégote no te dexes inquietar de ninguna suerte de aprehension. El escorpion quando nos pica es venenoso; pero su mismo aceyte es una muy grande medicina contra su misma picadura. El pecado no es vergonzoso sino quando le cometemos; pero convirtiéndole en confesion, y penitencia, es honroso, y saludable. La contricion, y confesion son tan hermosas, y de buen olor, que quitan la fealdad, y disipan la hediondez del pecado. Simon el Leproso decia que la Magdalena era pecadora; pero nuestro Señor dice que no: solo habla de los perfumes que derramó, y de la grandeza de su caridad. Si es que somos humildes, Filotea, nuestro pecado nos desagradará mucho, viendo que con él tenemos á Dios ofendido; pero la acusacion de nuestro mismo pecado nos será dulce, y agradable, por quanto en ella nuestro Dios es

honrado. No poco descanso es para el enfermó el informar bien al Médico del mal que le atormenta. Quando habrás llegado delante de tu Padre espiritual, imagina que estás en el Monte Calvario, debaxo de los pies de Christo crucificado, cuya sangre preciosa, que por todas partes derrama, es para lavar tus iniquidades; porque aunque no sea esta la propia sangre del Salvador, es el merecimiento de esta sangre derramada la que rocía, y se derrama al rededór de los penitentes en los confesonarios por medio de la confesion. Abre, pues, bien tu corazon, para que mejor salgan tus pecados, porque á medida de como ellos salieren, los preciosos merécimientos de la Pasíon divina entrarán á henchirle de bendicion. Dí todo lo que te acusare, no con rodeos, sino simple y desnudamente, contentando, y satisfaciendo á tu conciencia, que es á lo que te dispusiste. Hecho esto escucha los advertimientos, y todo aquello que te ordena el siervo de Dios, y dí en tu corazon: *Hablad, Señor, que vuestra sierva os escucha.* Sí, Dios es, Filotea, el que escucha, pues dixo el Señor á sus Vicarios: *Quien os oye, me oye.* Toma despues entre manos la siguiente protestacion, la qual sirve de conclusion á toda tu contricion. Medítala, y considérala bien primero;

leyéndola con el mayor sentimiento, y atencion que sea posible.

CAPITULO XX.

Protestacion auténtica para grabar en el alma la resolucion de servir á Dios, y concluir los actos de penitencia.

Yo afirmo, constituyo, y establezco en la presencia de Dios Eterno, y de toda la Corte celestial, habiendo considerado la inmensa misericordia de su divina bondad para conmigo, indigna, y apocada criatura, y que me ha criado de nada, conservado, sustentado, y librado de tantos peligros, y colmado de tantos bienes recibidos; y sobre todo considero esta incomprehensible dulzura, y clemencia, con la qual este buen Dios me ha sufrido en mis iniquidades, inspirándome tan á menudo, y tan amigablemente, convidándome á la enmienda, esperándome con tanta paciencia á penitencia, y arrepentimiento, hasta este presente año de mi edad, no obstante mi ingratitud, deslealtad, é infidelidad, por las quales defiriendo mi conversion, y menospreciando sus gracias, le he ofendido con tanta desenvoltura. Despues de haber considerado que en el dia de mi sagrado bautismo

fui tan dichosa, y santamente votada, y dedicada para ser su hija, y que contra la profesion que entónces fue hecha en mi nombre, he tantas, y tantas veces tan desdichada, y detestablemente profanado, y violado mi espíritu, empleándole, y aplicándole contra la Magestad Divina: en fin volviendo ahora en mí, postrada de corazon, y de espíritu ante el trono de la Justicia Divina, me conozco, tengo, y confieso por legitimamente convencida, y culpable de la Muerte, y Pasion de Jesu Christo, y esto por los pecados que he cometido, por los quales murió, y sufrió el tormento de la Cruz; de manera, que soy consecutivamente digna de perdicion, y condenacion eterna.

Pero volviendome hácia el trono de la infinita misericordia de este mismo Dios eterno, despues de haber detestado con mi corazon, y fuerzas las iniquidades de mi pasada vida invoco, y pido humilmente piedad, gracia, y perdon, con entera absolucion de mi crimen, en virtud de la Muerte, y Pasion, de este mismo Salvador de mi alma, en la qual apoyándome, como en el único fundamento de mi esperanza, rehago, y renuevo la sacra profesion de la fidelidad, hecha de mi parte á mi Dios en mi bautismo, renunciando al diablo, mundo, y carne,

detestando sus desdichadas sugestiones, vanidades, y concupiscencia por todo el tiempo de mi vida presente, y de toda la eternidad: y convirtiéndome á mi buen Dios: deseo, propongo, delibero, y me determino irrevocablemente servirle, y amarle ahora, y para siempre, dándole á este fin, dedicándole, y consagrándole mi espíritu con todas sus facultades, mi alma con todas sus potencias, mi corazon con todas sus afiiciones, mi cuerpo con todos sus sentidos, protestando de nunca mas emplear parte ninguna de mi sér contra la voluntad divina, y soberana Magestad, la qual me sacrifico, y ofrezco en espíritu, para serle para siempre leal, obediente, y fiel criatura, sin que jamas quiera desdecirme, ni arrepentirme. Y si por sugestion del demonio, ó por alguna enfermedad humana, me sucediese contravenir en algo á esta mi resolucion, desde ahora protexto, y propongo, mediante la gracia del Espíritu Santo, levantarme, y volver en mí, al punto que conozca mi falta, convirtiéndome de nuevo á la Misericordia divina, sin tardanza, ni dilacion alguna. Esta es mi voluntad, mi intencion, y mi resolucion inviolable, é irrevocable, la qual consiento, y confirmo sin réplica, ni excepcion, en la presencia divina de mi Dios, á la vista de la Iglesia

Triunfante, y á la cara de la Iglesia Militante, mi Madre, que entiende esta mi declaracion en la persona de aquel que como artífice de ella me escucha en esta accion. Sírvete, pues, ó mi buen Dios, Eterno, todo-poderoso, y benigno, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, confirmar en mí esta resolucion, y aceptar este mi sacrificio cordial, é interior en olor de suavidad; y como has sido servido de darme la inspiracion, y voluntad de hacerle, dame tambien gracia, y fuerzas necesarias para acabarle. O Dios mio! tú eres mi Dios, Dios de mi corazon, Dios de mi alma, Dios de mi espíritu, y por tal te reconozco, y adoro ahora, y para siempre. Viva Jesus.

CAPITULO XXI.

Conclusion para esta primera purgacion.

Hecha esta protestacion, oye atenta con todo tu corazon, y espíritu la palabra de tu absolucion, la qual el Salvador mismo de tu alma, sentado en el trono de su misericordia, pronunciará desde el trono de su Magestad en el Cielo, delante de todos los Angeles, y Santos, al mismo tiempo que en su nombre acá abaxo te absuelve el Sacerdote; y alegrándose toda esta compañía de Bienaventurados con tu buena suer-

te, cantará el canto espiritual con una sin igual alegria, dando todos el beso de paz, y amistad á tu corazon, puesto ya en gracia, y santificado.

¡O querida Filotea, y quán admirable es esté contrato, por cuyo medio haces un trato dichoso con su Divina Magestad, pues dándote á ella, vienes á ganarla, y á ganarte, mediante la vida eterna! No falta, pues, otra cosa, sino que tomando la pluma en la mano, firmes con tu corazon el acto de tu protesta, y que despues vayas al altar donde Dios recíprocamente firmará, y sellará tu absolucion, y la promesa que te hará de su santo Reyno, poniéndose él mismo por su Sacramento, con una nema, y sello sagrado, sobre tu renovado corazon. De esta manera me parece, Filotea, que quedará tu alma purgada del pecado, y todas las aficiones que de él dependen. Mas por quanto estas aficiones renacen facilmente en el alma por causa de nuestra fragilidad, y concupiscencia, la qual, aunque mortificada, no puede morir durante esta mortal vida, te daré avisos, los quales, bien practicados, te preservarán de pecado mortal, para que nunca mas tenga lugar en tu corazon. Y por quanto los mismos avisos aun sirven para una purificacion mas perfecta, quiero, antes

de dártelos, decirte alguna cosa acerca de esta pureza, á la qual deseo conducirte.

CAPITULO XXII.

Que es menester purgarse de las aficiones que se tienen á los pecados veniales.

Quanto mayor es la luz del dia, tanto mejor, y mas claramente vemos en el espejo los defectos, y manchas de nuestro rostro: de la misma manera quanto mayor es la luz interior del Santo Espíritu, con que alumbra nuestras conciencias, tanto mas clara, y distintamente vemos los pecados, inclinaciones, é imperfecciones, que nos pueden estorvar el conseguir la verdera devocion: y la misma luz, que nos hace ver estas faltas, nos anima al deseo, para purgarnos, y limpiarnos de ellas.

Descubrirás, pues, amada Filotea, que fuera de los pecados mortales, y sus aficiones, de que te has purgado por los exercicios ya dichos, tienes aun en tu alma muchas inclinaciones, y aficiones á los pecados veniales. No digo yo que descubra los pecados veniales, sino la inclinacion, y aficion que les tienes. Lo uno es bien diferente de lo otro; porque realmente no podemos estar del todo limpios de pecados veniales, ó á lo

menos perseverar largo tiempo en esta pureza; mas podemos bien no tenerles ninguna aficion. Una cosa es mentir una vez, ú dos por alegria de corazon en cosas de poca importancia, y otra cosa es el deleytarse en mentir, y tener aficion á esta suerte de pecado.

Digo, pues, que es menester limpiar el alma de toda la aficion que tienes á los pecados veniales, esto es, que no se ha de preciar la voluntad de continuar, y perseverar en ninguna suerte de pecado venial; porque tambien seria una gran floxedad el querer adrede guardar en nuestra conciencia una cosa tan desagradable á Dios, como es la voluntad de quererle desplacer. El pecado venial, por pequeño que sea, desagrada á Dios, aunque no tanto que por él quiera perdernos, ó condenarnos. Si el pecado venial le desplace, y la voluntad, y aficion que se tiene al pecado venial, no es otra cosa sino una resolucion de querer desagradar á su Divina Magestad, ¿será, pues, posible que una alma noble quiera, no solamente desagradar á su Dios, mas deleytarse en desagradarle?

Estas aficiones, Filotea, son directamente contrarias á la devocion, como las aficiones que se tienen al pecado mortal son tambien contrarias á la caridad; las primeras desmayan las fuer-

zas del espíritu, estorvan las consolaciones divinas, y abren la puerta á las tentaciones; y aunque es verdad que no matan el alma, con todo eso la enferman en estremo. Las moscas (dice el Sabio) que mueren en el suave ungüento, echan á perder, y dañan su suavidad; mas las que de paso comen de él, no dañan sino lo que toman; quedando lo demas libre de alguna ofensa. Así los pecados veniales, quando llegan á un alma devota, y no se detienen mucho tiempo en ella, no la dañan mucho; mas si estos mismos pecados hacen asiento en el alma, por la aficion que ella les tiene, harán perder sin duda, y dañarán la suavidad del ungüento: esto es, la santa devocion.

Las arañas no matan las abejas; mas si se detienen en los panales, dañan, y corrompen su miel, y enredan, y rompen los hilos de la tela que hacen, quedando las abejas sin poder continuar en su obra. Así el pecado venial no mata nuestra alma; pero pierde la devocion, y ocupa tanto las potencias del alma con malas costumbres, é inclinaciones, que la impide el exercicio, y prontitud de la caridad, en la qual consiste la devocion; pero esto se entiende quando el pecado venial se junta en nuestra conciencia por la aficion que le tenemos. No importa, Fi-

lotea, el decir alguna pequeña mentira, desreglarse un poco en las palabras, en acciones, en vestidos, en alegrias, en juegos, en danzas, como al mismo punto que estas arañas espirituales hayan entrado en nuestra conciencia, las rechacemos, y despidamos de ella, como hacen las abejas con las arañas corporales. Mas si las permitimos se queden en nuestros corazones, y no solo esto, sino que nos inclinamos á detenerlas, y multiplicarlas, presto veremos nuestra miel perdida, y la colmena de nuestra conciencia infecta, y deshecha. Y así digo otra vez, ¿en qué razon cabe, que una alma noble se deleyte en desplacer á su Dios, y aficione á serle desagradable, y quiera intentar lo que sabe que le es enojoso?

CAPITULO XXIII.

Que se ha de purgar de la aficion que se tiene á las cosas inútiles, y peligrosas.

Los juegos, los bayles, los festines, las pompas, las comedias, en sustancia, no son de ninguna manera cosas malas, antes indiferentes, por quanto su exercicio puede ser bueno, y malo; con todo eso todas estas cosas son peligrosas, y el aficionarse á ellas aun mas peligroso. Digo,

pues, Filotea, que aunque se permita el jugar, danzar, adornarse, oir honestas comedias, banquetear, no por eso el tener aficion á todo esto dexa de ser contra la devocion, y por estremo dañoso, y peligroso; no es malo el hacerlo acaso, pero es malo el aficionarse á ello. Lástima es el sembrar en la tierra de nuestros corazones aficiones vanas, y locas: esto ocupa el lugar de las buenas impresiones, y estorva que nuestra alma no se emplee en buenas inclinaciones. Así los antiguos Nazarenos se abstenian, no solo de todo aquello que podia causarles embriaguez, sino tambien de las uvas, y pámpanos; no porque la uva, y el pámpano emborrache, sinó por el peligro que habia, comiendo el pámpano, de despertar el deseo de comer la uva, y comiendo la uva de provocar el apetito á beber el mosto, y el vino.

Los Ciervos hallándose cargados, y repletos del demasiado pasto, se retiran, y esconden en sus güaridas, conociendo serles la gordura tan pesada, que no podrian usar de su veloz curso, si acaso fuesen embestidos. Así el corazon del hombre, cargándose de estas aficiones inútiles, superfluas, y peligrosas, es cierto que no puede pronta, ligera, y facilmente correr á su Dios, que es el verdadero punto de la devocion. Los niños pequeños se aficionan, y corren tras las

mariposas: cosa que nadie tiene por mala viendo que son niños; pero es cosa ridícula, y aun lamentable, el ver á hombres ya hechos darse, y aficionarse á cosas tan indignas de madurez, como las cosas que he nombrado; las quales fuera de su vileza, nos ponen en peligro de desreglarnos, y desordenarnos en su alcance. Por esta razon te digo, querida Filotea, que es necesario purgarte de estas aficiones; que aunque los actos no son siempre contrarios á la devocion, con todo eso las aficiones le son siempre dañosas.

CAPITULO XXIV.

Que se ha de purgar de las malas inclinaciones.

Aun tenemos, Filotea, ciertas inclinaciones naturales, las quales, por no haber tomado su origen de nuestros pecados particulares, no son propiamente pecados, ni mortales, ni veniales; mas llámanse imperfecciones, y sus actos defectos, y faltas. Por exemplo Santa Paulina, segun recita San Gerónimo, tenia una grande inclinacion á las tristezas, y melancolias; y en la muerte de sus hijos, y marido fue tanta su tristeza, y sentimiento, que hubo de morir de pena. Es-

ta era imperfeccion, y no pecado, por quanto obraba contra su voluntad. Hay algunos que de su natural son fáciles, otros tardíos, otros duros en recibir las opiniones agenas, otros inclinados á la indignacion, otros á la cólera; otros al amor; y en suma se hallan muy pocas personas, en las quales no se pueda señalar alguna suerte de imperfecciones. Y aunque estas sean como propias, y naturales á cada una, si es que por el cuidado, y aficion contraria se pueden corregir, y moderar, tambien se podrán desechar, y despedir; y aun es necesario, Filotea, que lo hagas. Sí se ha hallado el modo de trocar los almendros amargos en almendros dulces, solo con agujerarles el pie, para que por allí salga el humor; ¿por qué no podemos nosotros hacer salir nuestras inclinaciones perversas, para que así nos mejoremos? No hay natural tan bueno, que no pueda malearse con costumbres viciosas, ni hay tampoco natural tan arisco, y malo, que por la gracia de Dios primeramente, y despues por la industria, y diligencia, no pueda domarse, y vencerse. Quiero comenzar, pues, á darte avisos, y proponerte exercicios, por cuyo medio purgarás tu alma de la aficion que á los pecados veniales tienes, de todas aficiones peligrosas, y de las imperfecciones; y así asegura-

rás de mas en mas tu conciencia de pecado mortal. Dete Dios la gracia para bien practicarlos.

SEGUNDA PARTE

DE LA INTRODUCCION,

EN LA QUAL SE CONTIENEN diversos avisos para levantar el alma á Dios por la Oracion, y Sacramentos.

CAPITULO PRIMERO.

De la necesidad de la Oracion.

La oracion pone nuestro entendimiento en la claridad, y luz divina, y expone nuestra voluntad al calor del amor celeste. No hay cosa que limpie tanto nuestro entendimiento de sus ignorancias, y nuestra voluntad de sus depravadas aficiones, como es el agua de bendicion, que con su rocío hace reverdecer, y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, lava nuestra alma de sus imperfecciones, y mata al corazon la sed de sus pasiones.

2 Mas sobre todó te aconsejo la mental, y cordial, y particularmente la que se hace á la vida, y muerte de nuestro Señor. Mirándole amenudo por medio de la meditacion, toda tu

alma se llenará de él; aprenderás de su doctrina, y formarás tus acciones al modelo de las suyas; y pues es la Luz del mundo, en él, con él, y por él hemos de recibir gracia, y luz. Es el árbol del deseo, á cuya sombra nos debemos alentar, y refrescar. Es la viva fuente de Jacob, donde hemos de lavar todas nuestras manchas. En fin, los niños, á puro oir las madres, y gorgear con ellas, aprenden á hablar su lengua; y así nosotros, morando con nuestro Salvador por la meditacion, y observando sus palabras, sus acciones, y sus aficiones, aprenderemos, mediante su gracia, á hablar, querer, y hacer como él. Esto es bien consideres, Filotea, y creeme, que no podremos ir á Dios Padre, sino por esta puerta: porque de la misma manera que la luna de un espejo no podria detener nuestra vista, si no estuviese por detrás cubierta de estaño, ó plomo; así tambien la divinidad no podria ser bien contemplada de nosotros en este mundo inferior, sino estuviera junta á la sagrada Humanidad del Salvador, cuya vida, y muerte son el objeto mas proporcionado, saludable, regalado, y provechoso de quantos podemos escoger para nuestra meditacion ordinaria. No en valde se llama el Salvador *Pan baxado del Cielo;* porque así como el pan se ha de comer con

todas suêrtes de viandas, así el Salvador debe ser meditado, considerado, y requerido en todas nuestras oraciones, y acciones. Su vida, y muerte está dispuesta, y distribuida en diversos puntos, (para mejor servir á la meditacion) por diversos Autores. De los que te aconsejo que uses son San Buenaventura, Belintano, Bruno, Capella, Granada, y Puente.

3 Emplea cada dia una hora antes de comer, si pudieres, y esto luego que te levantes, porque entónces tendrás el espíritu menos embarazado, y cón mas sosiego, por seguir al reposo de la noche. No emplees tampoco mas de una hora, si tu padre espiritual expresamente no te lo mandáre.

4 Si puedes hacer este exercício en la Iglesia, y hallas en ella bastante sosiego, te será una cosa fácil, y cómoda; porque ni padre, ni madre, ni muger, ni marido, ni otro alguno te podrá con justa razon estorvar el quedarte una hora en el Templo de Dios; y estando á la sujecion de alguno, por ventura no podrás en tu casa alcanzar esta hora libre.

5 Comienza toda suerte de oraciones (sea mental, sea vocal) por la presencia de Dios; y ten esta regla por sin excepcion, y verás en poco tiempo quán provechosa vendrá á serte.

6 Si me crees, dirás el Padre nuestro, el Ave Maria, y el Credo en latin; pero entendiendo las palabras que contienen en tu vulgar; porque diciéndolas en la lengua comun de la Iglesia, puedas tambien saborear, y gustar del sentido admirable, y regalado de estas santas oraciones, las quales se han de decir fixando profundamente tu pensamiento, y excitando tu aficion al sentido de ellas; no dándote de ninguna manera priesa para decir muchas, sino procurando que las que dixeres sean de corazon; porque un solo Pater noster dicho con sentimiento, vale mas que muchos dichos apriesa, y no sentidos.

7 El Rosario es una muy util manera de rezar, sabiéndole decir como conviene; y para esto tendrás algun librillo de los que enseñan á rezarle. Tambien es bueno el decir las Letanias de nuestro Señor, de nuestra Señora, y de los Santos, y todas las otras oraciones vocales, que estan en el Manual, y Hóras aprobadas; y esto se entiende con condicion, que si gozas el don de la oracion mental, la guardes siempre el principal lugar; y esto de suerte, que si despues de ella, ó por los muchos negocios, ó por alguna otra razon, no puedes usar de la oracion vocal, no por eso tomes cuidado, contentándote con decir simplemente antes, ú despues de la me-

ditacion, la Oracion Dominical, la Salutacion Angélica, y el Symbolo de los Apóstoles.

8 Si haciendo la oracion vocal, sientes tu corazon arrebatado, ó convidado á la oracion interior, ó mental, no huyas el entrar en ella, sino antes procura que tu espíritu execute lo que en esta parte desea, y no se te dé nada de no haber acabado las oraciones vocales, que habias propuesto; porque la mental, que en su lugar harás, es mas agradable á Dios, y mas util á tu alma; pero entiéndese haciendo excepcion del Oficio eclesiástico, quando hay obligacion de decirle, porque en este caso, antes se ha de cumplir con lo preciso.

9 Si sucediere pasársete toda la mañana sin este exercicio sagrado de la mental oracion, ó por los muchos negocios, ó por otra causa (procurando quanto te sea posible no ocupar este tiempo en otra cosa), procurarás reparar esta falta despues de comer en alguna hora la mas apartada de la comida; porque haciendo esto despues de ella, antes que la digestion esté muy adelantada, te sobrevendria alguna debilidad, la qual interesaria tu salud.

Y si en todo el dia no pudieres hacer este exercicio, repararás esta pérdida multiplicando las oraciones ordinarias, y leyendo en algun li-

bro de devocion, con alguna penitencia, que supla esta falta; y con esto resuelve el enmendarte el dia siguiente, y continuar tu exercicio devoto.

CAPITULO II.

Breve método para la meditacion, y en primer lugar de la presencia de Dios. Primer punto de la preparacion.

Puede ser, querida Filotea, que no sepas cómo has de hacer la oracion mental, porque es una cosa, la qual por nuestra desventura pocas personas saben en esta Era: causa porque te presento un simple, y breve método á este fin, esperando que por la lectura de diferentes libros, compuestos á este sugeto, y sobre todo por el uso puedas mas seguramente quedar instruida. Primeramente te pongo la preparacion, la qual consiste en dos puntos: el primero es el ponerse en la presencia de Dios; y el segundo invocar su asistencia. Para ponerte en la presencia de Dios te propongo quatro principales medios, de los quales te podrás servir en este principio.

El primero consiste en una viva, y atenta aprehension de la verdadera presencia de Dios, esto es, que Dios está en todo, y por todo, y

que no hay lugar, ni cosa en este mundo, donde no esté con una verdadera presencia; y así como los páxaros, donde quiera que vuelan hallan siempre el ayre; así nosotros, donde quiera que vamos, ó estemos, siempre hallamos á nuestro Dios presente. Qualquiera sabe esta verdad, mas no qualquiera la aprende con atencion. Los ciegos, no viendo un Príncipe que tengan presente, no dexan de tenerle respeto, siéndo advertidos de su presencia; pero á decir verdad, como no le ven, facilmente se olvidan que esté presente, y olvidados, con mas facilidad le pierden el respeto, y reverencia. ¡Ay de mí, Filotea,! nosotros no vemos á Dios, aunque le tenemos presente; y aunque la Fe nos advierte de su presencia, como no lo vemos con nuestros ojos, facilmente nos olvidamos, y entónces hacemos como si Dios estuviese bien lejos de nosotros.

Porque aunque sabemos bien que está presente á todas las cosas, como no lo pensamos como debríamos, es lo mismo que si no lo supiésemos. Por esto debemos siempre antes de la oracion provocar nuestra alma á un atento pensamiento, y consideracion de esta presencia de Dios. Esta fue la aprension de David, quando decia: *Si subo al Cielo, allí, Dios mio, te hallo; si*

baxo á la tierra, allí tambien te hallo. Debemos usar tambien de las palabras de Jacob, el qual habiendo visto la escalera sagrada, dixo *¡O quán temoroso es este lugar! verdaderamente Dios está aquí, y yo no sabia nada.* Quiere decir que no pensaba en ello, porque quanto á lo demas, no podia ignorar que Dios estaba en todo, y por todo. Viniendo, pues á la oracion, ó Filotea, dirás de todo tu corazon, y á tu corazon: O corazon mio! ó mi corazon! Dios está verdaderamente aquí.

El segundo medio de ponerse en esta sagrada presencia, es el pensar que no solamente Dios está en el lugar donde tú estás, sino que particularmente está en tu corazon, y en lo mas íntimo de tu espíritu, al qual vivifica, y anima con su divina presencia, estando allí como corazon de tu corazon, y espíritu de tu espíritu; porque como el alma, estando extendida por todo el cuerpo, se halla presente en todas sus partes, y reside, no obstante esto, en el corazon con una especial residencia; así Dios, estando presente á todas las cosas, asiste especialmente á nuestro espíritu; y por esto llamaba David á Dios, Dios de su corazon; y S. Pablo decia: *que nosotros vivimos, nosotros nos movemos, y somos en Dios.* En la consideracion de esta verdad incitarás á

una gran reverencia á tu corazon para con tu Dios, que íntimamente le está presente.

El tercero medio es considerar en nuestro Salvador, el qual en su Humanidad mira desde el Cielo todas las personas del mundo, y particularmente los Christianos, que son sus hijos, y mas especialmente á los que estan en oracion, de los quales nota las acciones, y consistencia. No es esto, Filotea, una simple imaginacion, sino una verdadera verdad; porque aunque nosotros no le vemos, él desde lo mas alto del Cielo nos considera. Así le vió S. Estevan al tiempo de su martyrio: de manera, que podremos bien decir con la Esposa: *Vele allí que está detrás de la pared, viendo por las ventanas, ó mirando por las rejas.*

La quarta manera consiste en servirse de la simple imaginacion, representándonos el Salvador en su Sagrada Humanidad, como si estuviese junto á nosotros; así como nos representamos á nuestros amigos, y á veces decimos: Yo imagino ver un tal, que hace tal, y tal cosa, y aun me parece que le veo; ó cosa semejante. Mas si el Santo Sacramento del Altar estuviese presente, entónces esta presencia seria real, y no puramente imaginada; porque las especies, y apariencia del pan, seria como una vidriera, de-

tras de la qual nuestro Señor, estando realmente presente, nos ve, y considera, aunque nosotros no le vemos en su propia forma. Usarás, pues, Filotea, de uno de estos quatro medios para poner el alma en la presencia de Dios antes de la oracion, no empleándolos todos juntos, sino uno cada vez, y esto breve, y simplemente.

CAPITULO III.

De la invocacion. Segundo punto de la preparacion.

La invocacion se hace de esta manera: Sintiéndose tu alma en la presencia de Dios, se postrará con una extrema reverencia, conociéndose indignísima de hallarse delante de tan Soberana Magestad; pero sabiendo que esta misma Bondad lo quiere, le pedirás gracia para bien servirla, y adorarla en esta meditacion. Y si quieres, bien podrás usar de algunas palabras breves, y fervorosas, como estas de David: *No me desecheis, Señor, ó Dios mio! de la presencia de vuestra cara, y no me negueis el favor de vuestro Santo Espíritu. Aclarad vuestra cara sobre vuestra hija, y considerará vuestras maravillas. Dadme entendimiento, y miraré*

vuestra ley, y la guardaré con todo mi corazon. Yo soy vuestra sierva: dadme el espíritu; y tales palabras semejantes á estas serviránte tambien de juntar la invocacion de tu buen Angel, y de las sagradas personas que se hallaron al mysterio que tú meditas; como en el de la muerte de nuesro Señor, podrás invocar á nuestra Señora, S. Juan, la Magdalena, el buen Ladron, para que los sentimientos, y movimientos interiores, que recibieron, te sean comunicados; y en la meditacion de tu muerte podrás invocar tu buen Angel, el qual se hallará presente para inspirarte las consideraciones convenientes; y así harás en los otros mysterios.

CAPITULO IV.

De la proposicion del mysterio. Tercero punto de la preparacion.

Despues de estos dos puntos ordinarios de la meditacion, hay otro tercero, que no es comun á toda suerte de meditaciones: este es el que los unos llaman fábrica de lugar, y los otros leccion inferior; y no es otra cosa sino proponer á la imaginacion el cuerpo del mysterio, que se quiere meditar, como si real, y verdaderamente le tuviésemos en nuestra presencia. Por exemplo, si qui-

sieses meditar á nuestro Señor en la Cruz, imaginarás estar en el Monte Calvario, y que ves todo lo que se hizo, y dixo el dia de la Pasion; ó si quieres (porque todo es uno), imaginarás que en el mismo lugar donde estás crucificaron á nuestro Señor de la manera que los Evangelistas lo escriben. Lo mismo te digo quando meditares la muerte, así como ya he dicho en su meditacion, como tambien en la del Infierno, y en todos los otros mysterios semejantes, donde se trata de cosas visibles, y sensibles; porque quanto á los otros mysterios de la grandeza de Dios, de la excelencia de las virtudes, del fin para que somos criados, las quales todas son cosas invisibles, no es necesario servirse de esta suerte de imaginacion. Verdad es, que se puede emplear alguna similitud, y comparacion para ayudar á la consideracion; mas aun esto es en alguna manera dificil, y no quiero tratar contigo, sino muy simplemente, y de suerte que tu espíritu no se trabaje demasiado con tantas imaginaciones. Por medio de esta imaginacion encerramos nuestro espíritu en el mysterio que queremos meditar, para que no ande corriendo á diversas partes, ni mas, ni menos como quando encierran un páxaro en una jaula, ó como quando atan el halcon á las pihuelas, porque haga

asiento en el puño. Algunos te dirán (no obstante esto) que es mejor usar del simple pensamiento de la Fe, y de una simple aprehension mental, y espiritual en la representacion de estos mysterios; ó bien considerar, que estas cosas se hacen en tu propio espíritu; mas todo esto es demasiado sutil para el principio: y hasta que Dios te levante mas alta, yo te aconsejo, Filotea, te detengas en este primer escalon que te muestro.

CAPITULO V.

De las consideraciones. Segunda parte de la meditacion.

Despues de la accion de la imaginacion se sigue la accion del entendimiento, la qual llamamos meditacion; y no es otra cosa sino una, ú muchas consideraciones hechas para levantar el corazon á Dios, y á las cosas divinas, en lo qual se diferencia la meditacion del estudio, y de otros pensamientos, y consideraciones, los quales no se usan para adquirir la virtud, ó el amor de Dios, sino por otro algun fin, é intencion, como para hacerse docto, para escribir, ó disputar. Habiendo, pues, encerrado tu espíritu, como he dicho, en lo encerrado del sugeto que

quieres meditar, ó por la imaginacion, si el sugeto es sensible, ó por la simple proposicion, si es insensible; comenzarás á hacer sobre él consideraciones, para lo qual hallarás exemplos formados en las meditaciones que ya te he dado. Y si tu espíritu halla bastante gusto, luz, y fruto en alguna de las consideraciones, detendráste en ella, sin pasar adelante, haciendo como las abejas, que no dexan la flor hasta que hallan la sabrosa miel. Mas si no hallas el fruto que deseabas en la una de las consideraciones, despues que hayas detenídote un poco en ella, pasarás á otra, yéndote poco á poco, y simplemente en esta obra, sin afligirte, ni congojarte.

CAPITULO VI.

De las aficiones, y resoluciones. Tercera parte de la meditacion.

La meditacion causa buenos movimientos en la voluntad, y parte afectiva de nuestra alma, como son el amor de Dios, y del próximo: el deseo del Paraiso, y de la Gloria: el zelo de la salud de las almas: la imitacion de la vida de nuestro Señor: la compasion, la admiracion, la alegria, el temor de la desgracia de Dios, del Juicio, y del Infierno: la confianza en la Bon-

dad, y Misericordia de Dios: la confusion para con nuestra vida pasada; y en estos deseos, y aficiones nuestro espíritu se debe extender, y derramar lo mas que sea posible; y si quieres hallar ayuda para esto, lee el primer tomo de las Meditaciones de Don Andres de Capilla, y vé su Prefacion, porque en él muestra el modo de dilatar estas aficiones, y deseos; aunque mas ampliamente lo hallarás en el Padre Arias en el tratado de la Oracion.

No por esto, Filotea, has de detenerte tanto en estas aficiones generales, que no las conviertas en resoluciones especiales, y particulares, para tu correccion, y enmienda. Por exemplo: la primera palabra que nuestro Señor dixo en la Cruz causará sin duda una buena aficion de imitacion en tu alma; es á saber, el deseo de perdonar tus enemigos, y amarlos. Dígote, pues, que aun esto es muy poco, sino juntas una resolucion especial en esta forma. Ahora propongo, y digo, que no me picaré mas de tales palabras enojosas, que un vecino, ó vecina, mi doméstico, ó doméstica dicen de mí, ni de tal menosprecio que me hacen algunas personas; antes diré, y haré tal, y tal cosa para apaciguarlos, y atraerlos, y por el consiguiente en los demas. Por este medio, Filotea, corregirás tus

faltas en poco tiempo; cosa que por la sola aficion, sin resolucion, no podrás, sino tarde, y con dificultad.

CAPITULO VII.

De la conclusion, y ramillete espiritual.

Hase de concluir la meditacion por tres acciones, las quales deben hacerse con la mayor humildad que sea posible: la primera es la accion de las gracias, dándoselas á Dios de las buenas aficiones, y resoluciones que nos ha dado, de su bondad, y misericordia; la qual hemos descubierto en el mysterio de la meditacion. La segunda es la accion, y ofrenda, por la qual ofrecemos á Dios su misma bondad, y misericordia, la muerte, la sangre, las virtudes de su Hijo, y juntamente con ellas nuestras aficiones, y resoluciones.

La tercera accion es aquella de la suplicacion, por la qual pedimos á Dios nos comunique las gracias, y virtudes de su Hijo, y dé la bendicion á nuestras aficiones, y resoluciones, para que así las podamos executar fielmente. Despues de esto rogamos á Dios por la Iglesia, por nuestros Prelados, parientes, amigos, y otros, poniendo para esto la intercesion de nuestra Se-

ñora, de los Angeles, y de los Santos, diciendo á la fin el *Pater noster*, y el *Ave Maria*, que es la general, y necesaria Oracion de todos los Fieles.

Despues de todo esto me ha parecido que será bien coger un ramillete de devocion; quiero decir, lo siguiente: Los que se han paseado en un hermoso jardin, no salen de él de buena gana sin coger quatro, ó cinco flores, en cuyo olor hallan todo aquel dia regalos. Así nuestro espíritu habiendo discurrido sobre algun mysterio por la meditacion, debe escoger uno, dos, ó tres puntos, que hayan quadrado mas á nuestro entendimiento, para que estos queden en nuestra memoria todo aquel dia, gozando espiritualmente de su suave olor. Esto se hace en el mismo lugar donde hemos meditado, entreteniéndonos, ó paseándonos con soledad algun tiempo despues.

CAPITULO VIII.

Algunos avisos muy provechosos sobre el sugeto de la meditacion.

Sobre todo es menester, Filotea, que al salir de la meditacion tengas en la memoria las resoluciones, y deliberaciones que habrás tomado,

para practicarlas cuidadosamente en aquel dia. Este es el mayor fruto de la meditacion, sin el qual es muchas veces no solo inútil, pero dañosa; porque las virtudes meditadas, y no practicadas, hinchan, y desvanecen á veces el espíritu, y animo, pareciéndonos que somos ya los mismos que habemos resuelto, y deliberado de ser: lo qual es sin duda verdadero, siendo las resoluciones vivas, y sólidas; pero no son tales, sino antes vanas, y peligrosas, no siendo practicadas. Menester es, pues, de todas maneras procurar practicarlas; y para esto buscar las ocasiones grandes, ó pequeñas. Por exemplo: Si yo he propuesto de atraer por amor el espíritu de los que me han ofendido, procuraré este dia encontrarlos, ó por lo menos decir bien de ellos, y rogar por ellos á Dios.

Al salir de esta oracion cordial, tendrás cuenta de no inquietar tu corazon, porque seria perder el bálsamo que has recibido por medio de la oracion; esto es, que has de guardar, si te fuere posible, un poco de silencio, y rumiar poco á poco en tu corazon el pasado exercicio, teniendo en la memoria, el mas tiempo que puedas, el sentimiento, y las aficiones que hubieres recibido. Un hombre que recibiese en un vaso de hermosa porcelana algun licor de gran pre-

cio, para llevarle á su casa, este tal iria poco á poco, no echando la vista á ninguna parte, sino delante de sí, temiendo deslizar en alguna piedra, ó dar algun paso falso, mirando siempre lo que lleva, de miedo no se derrame. Lo mismo debes hacer tú al salir de la meditacion. No te distraygas luego, sino mira simplemente tu camino; pero si encuentras alguno á quien estés obligado de oir, ó entretener, no hay remedio: entónces es menester te acomodes al caso; pero de suerte que mires tu corazon, porque del licor de la santa oracion no se derrame sino lo menos que sea posible.

Tambien es menester acostumbrarte á usar de la oracion en toda suerte de acciones que tu vocacion, ó profesion, justa, y legitimamente requieren, como el Abogado abogando, el Mercader en su trato, la muger casada en la obligacion de su matrimonio, y casería de su casa; y esto con tanta suavidad, y tranquilidad, que no por eso se turbe el espíritu; que pues lo uno, y lo otro es segun la voluntad de Dios, hase de hacer tambien paso de lo uno á lo otro en espíritu de humildad, y devocion. Sabrás tambien, que te sucederá algunas veces, luego que hayas hecho la preparacion, moverse toda tu aficion en Dios. Entónces, Filotea, menester es

dexarla la brida, sin querer seguir el método que te he dado. Porque aunque es verdad que ordinariamente la consideracion deba preceder á la aficion, y resolucion, como el Espíritu Santo te dé antes la aficion, que la consideracion, no debes buscar la consideracion, viendo que ésta no se hace sino para mover la aficion. En fin, siempre que las aficiones se te representaren, has de recibirlas, y hacerlas lugar, sea que lleguen antes, ó despues de las consideraciones. Y aunque yo haya puesto las aficiones despues de todas las consideraciones, no lo he hecho sino para mejor distinguir las partes de la oracion, porque en lo demas es una regla general, que jamas se han de detener las aficiones; antes se les ha de dar lugar á que salgan quando se nos presentan. Y esto que digo, no solo se entiende por las otras aficiones, sino tambien por la accion de las gracias, el ofrecimiento, y rogativa, que se pueden hacer por medio de las consideraciones, dandolas tambien lugar como á las otras aficiones. Bien es verdad, que para la conclusion de la meditacion es menester mencionarlas, y repetirlas; mas quanto á las resoluciones, es menester hacerlas despues de las aficiones, y al fin de toda la meditacion, y antes de la conclusion; por quanto habiéndonos estas de representar objetos

particulares, y familiares, si las hiciésemos en medio de las aficiones, nos pondrian en peligro de distraernos, y divertirnos.

En medio de las aficiones, y resoluciones es bueno de usar de coloquio, y hablar ya con nuestro Señor, ya con los Angeles, y con las demas personas representadas en el tal mysterio: con los Santos, consigo mismo, con su corazon, con los pecadores, y aun tambien con las criaturas insensibles, como se ve que David hace en sus Psalmos, y los otros Santos en sus meditaciones, y oraciones.

CAPITULO IX.

Para los desabrimientos que suceden en la meditacion.

Si te sucede, Filotea, sentir desabrimiento, y desconsuelo en la meditacion, ruégote no te inquietes, sino que antes abras la puerta á las palabras vocales, lamentándote tú misma de tí misma á tu Dios. Confiesa tu indignidad, ruégale que te ayude, besa su imagen, si la tuvieres presente, y dile estas palabras de Jacob: *No te dexaré, Señor, hasta que me des tu bendicion*; ó aquellas de la Cananea: *Sí, Señor, yo*

soy una perra ; mas los perros comen de las migajas de la mesa de su Señor.

Otras veces toma un libro ; y leele con atencion, hasta que despierte tu espíritu, y vuelva en sí: hiere alguna vez tu corazon con algun movimiento de devocion exterior, humillándote en tierra, cruzando las manos sobre el pecho, abrazando un Crucifixo (entiéndese esto si estás en algun lugar retirado). Y si despues de todo lo dicho no hallares consuelo, por grande que sea el desabrimiento, no por eso te desasosiegue, sino antes continúa en tener una humildad devota delante de tu Dios. ¡ Quántos Cortesanos hay, que van cien veces á la Cámara de su Príncipe, sin esperanza de hablarle, sino solamente para mostrar que cumplen con sus obligaciones! Así debemos nosotros venir, mi querida Filotea, á la santa oracion, pura, y simplemente, para cumplir con nuestra obligacion, y atestiguar nuestra fidelidad; que si es servida la Divina Magestad de hablarnos, y entretenerse con nosotros por sus santas inspiraciones, y consuelos interiores, serános sin duda una gran honra, y un placer muy regalado. Pero sino es servido de hacernos esta gracia, dexándonos allí sin hablarnos, como si no nos viera, ni estuviésemos en su presencia, no por eso debemos salirnos,

sino antes quedarnos delante de esta soberana Bondad con un semblante devoto, y apacible, y así infaliblemente le agradará nuestra paciencia, y notará nuestra continuacion, y perseverancia, y otra vez quando volviéremos á su presencia, nos favorecerá, y se entretendrá con nosotros por medio de sus consolaciones, haciéndonos ver la amenidad de la santa oracion. Y quando no hiciese esto, contentémonos (Filotea) con que nos es una honra en estremo grande el estár cerca de él, y á su vista.

CAPITULO X.

Exercicios para la mañana.

Fuera de esta oracion mental entera, y formada, y las otras oraciones vocales que estás obligado á hacer cada dia, hay otras cinco suertes de oraciones, que sirven como de adelantamiento, y ayuda á la otra grande oracion. Entre las quales la primera es la que se hace á la mañana, como una preparacion general para todas las horas del dia. Haráse, pues, de esta manera.

1 Dá gracias, y adora á Dios profundamente por la merced que te ha hecho en conservarte la noche precedente; y si en ella hubieres cometido algun pecado, pídele perdon.

2 Mira que el dia presente se te ha dado para que en él puedas ganar el venidero dia de la eternidad; y harás un firme propósito de emplear á este fin bien el dia.

3 Prevén qué negocios, qué tratos, ó qué ocasiones puedes encontrar en este dia para servir á Dios, y qué tentaciones te podrán sobrevenir para ofenderle, ó por cólera, ó por vanidad, ó por otro desconcierto; y con una santa resolucion prepárate para emplear bien los medios que se te ofrecieren para servir á Dios, y adelantar tu devocion. Y al contrario te dispondrás á evitar, combatir, y vencer lo que se presentáre contra tu salud, y gloria de Dios. Y no basta el hacer esta resolucion, sino que se han de preparar los medios para bien executarla. Por exemplo, si yo preveo que he de tratar de algun negocio con alguna persona apasionada, y pronta á la cólera, no solo resolveré no ofenderla, sino antes prepararé palabras blandas para prevenirla, ó la asistencia de alguna persona que la pueda contener. Si preveo que he de visitar un enfermo, dispondré la hora, las consolaciones, y socorro que tengo de darle; y así en lo demas.

4 Hecho esto, humíllate delante de Dios, reconociendo que de tí misma no podrias hacer

nada de lo que has deliberado, sea para huir el mal, ó para execútar el bien, y como si tuvieses tu corazon en tus manos, ofrécele con todos tus buenos designios á la Divina Magestad, suplicándola le reciba en su proteccion, y le fortifique, para que mejor se aplique á su santo servicio, haciendo esto con tales, ó semejantes palabras interiores. O, Señor! ves aquí este pobre, y miserable corazon, que por tu bondad ha concebido muchos buenos deseos. ¡ Ay de mí, que de suyo es muy flaco, y debil para efectuar el bien que desea, si tú, Señor, no le repartes tu celeste bendicion; la qual á este fin te pido, ó Padre de mansedumbre, por los merecimientos de la Pasion de tu precioso Hijo, á cuyo honor consagro este dia, y lo restante de mi vida! Invoca á nuestra Señora, tu Angel de la Guarda, y los Santos, para que á este fin te ayuden.

Todas estas aficiones espirituales se han de hacer breve, y vivamente, antes de salir del aposento, si fuere posible, para que por medio de este exercicio todo lo que hicieres en el espacio del dia sea participante de la bendicion del Señor. Ruégote, Filotea, no faltes jamas en esto.

CAPITULO XI.

Del exercicio de la noche, y el exâmen de la conciencia.

Como antes del comer temporal haces tu comida espiritual por medio de la meditacion, así antes del cenar has de hacer una pequeña cena, ó á lo menos una colacion devota, y espiritual. Procura, pues, algun lugar un poco antes de la hora del cenar, y postrada delante de Dios, recogiendo tu espíritu en Christo crucificado (el qual te le representarás por una simple consideracion, y vista interior) vuelve á encender el fuego de tu meditacion matutina en tu corazón con vivas aspiraciones, humildes, y muestras amorosas, que harás en honor de este Divino Salvador de tu alma; ó bien repitiendo los puntos en que habrás hallado mas gusto en la meditacion de la mañana, ó bien excitándote á otro sugeto nuevo, segun mejor te pareciere.

Quanto al exâmen de la conciencia, que se debe hacer siempre antes de acostarse, qualquiera sabe cómo se ha de practicar.

1 Dase gracias á Dios por habernos guardado en el pasado dia.

2 Exâmínase cómo se ha gobernado en

todas las horas del dia; y para hacer esto mas facilmente, se considera dónde, con quién, y en qué ocupaciones se ha estado.

3 Si se halla haber hecho algun bien, danse á Dios las gracias: si al contrario, se ha hecho algun mal con pensamientos, palabras, ú obras, pídese perdon á su Divina Magestad, con resolucion de confesarse en la primera ocasion, y de enmendarse cuidadosamente.

4 Despues de esto se encomienda á la Providencia Divina el cuerpo, el alma, la Iglesia, los parientes, los amigos. Rézase á nuestra Señora, al Angel de la Guarda, y á los Santos, para que nos amparen, y sean nuestros intercesores; y con la bendicion divina se va á gozar del reposo no escusado á esta parte mortal.

Este exercicio no debe jamas olvidarse, así como el de la mañana. Por el de la mañana abres las ventanas de tu alma al Sol de Justicia, y por el de la noche las cierras á las tinieblas del Infierno.

CAPITULO XII.

Del retrete espiritual.

Aquí es, querida Filotea, donde con aficionado deseo debes seguir mi consejo, porque en este artículo consiste uno de los mas seguros medios de tu adelantamiento perpetuo.

Llama á tu espíritu las mas veces que pudieres al dia á la presencia de Dios por uno de los quatro modos que ya te he dicho; y mira lo que hace Dios, y lo que tú haces, verás sus ojos vueltos á tu lado, y perpetuamente fixos en tí con un amor incomparable. Dirás, pues: O Dios mio! ¿ por qué no te miro yo siempre como tú siempre me miras? ¿ Por qué piensas, Señor mio, en mí tan amenudo, y por qué pienso yo en tí tan pocas veces? ¿ Dónde estamos, pues, ó alma mia? Nuestro verdadero lugar es Dios. Dónde, pues, nos hallamos?

Como los paxaros hacen sus nidos sobre los árboles, donde quando han menester hallan su retirada; y los ciervos tienen sus matas, y sus fuertes, en los quales rezelosos se encaminan, y cubren, gozando el fresco de la sombra en Verano; así, Filotea, nuestros corazones deben tomar, y escoger cada dia algun puesto, ó sobre

el Monte Calvario, ó en las Llagas de nuestro Señor, ó en otro lugar cerca de él, para hacer nuestras retiradas en qualquier suerte de ocasiones, y allí consolarnos, y recrearnos entre los negocios exteriores, estando allí como en un fuerte, de donde se defenderá de las tentaciones. Dichosa será el alma que podrá decir con verdad á nuestro Señor: Tú, Señor, eres mi casa de refugio, mi muralla segura, mi techo contra el agua, y mi sombra contra el calor.

Acuérdate, pues, Filotea de retirarte muchas veces á la soledad de tu corazon, mientras que corporalmente estás en medio de las conversaciones, y negocios; que esta soledad mental de ninguna manera puede ser impedida por la muchedumbre de los que tienes presentes, porque estos no estan al rededor de tu corazon, sino solo de tu cuerpo. Procurarás, pues, que tu corazon solo esté en la presencia de Dios solo. Este era el exercicio que hacia el Rey David en medio de tantas ocupaciones como tenia, como vemos en mil pasos de sus Psalmos.: "O Se„ñor! siempre estoy contigo: yo siempre veo „á mi Dios delante de mí: mis ojos he levan„tado á tí, ó Dios mio, que habitas en el Cie„lo: mis ojos estan siempre en Dios."

Tambien las conversaciones no son de or-

dinario de tanta importancia, que no se pueda á tiempos retirar el corazon á esta divina soledad.

El padre, y madre de Santa Catalina de Sena, habiéndola quitado todas las comodidades, como lugar, y tiempo para rezar, y meditar, nuestro Señor la inspiró hiciese un interior oratorio en su espíritu, dentro del qual retirándose mentalmente, exercitaba en medio de los negocios exteriores esta santa, y cordial soledad. Y quando el mundo despues la perseguia, ó tentaba, no por eso recibia ninguna incomodidad; y esto se decia que era porque en tales ocasiones se encerraba en el camarin interior de su entendimiento, donde se consolaba con su celeste Esposo. Y así desde entónces aconsejaba á sus hijos espirituales hiciesen un aposento en su corazon, donde pudiesen vivir seguros.

Retira, pues, á veces tu espíritu á tu corazon, donde separado de todos los hombres, puedas tratar cordialmente de tu alma con tu Dios, diciendo con David: "Yo he velado, y „ sido semejante al Pelícano de la soledad, y me „ he hecho como el Buho en el domicilio, y „ como el Páxaro solitario en el tejado." Las quales palabras, fuera de su sentido literal (que atestigua como este gran Rey reservaba algunas

horas á la soledad en la contemplacion de las cosas espirituales) nos muestran en su sentido mystico tres excelentísimas retiradas, y como tres Ermitas, en las quales podemos exercer nuestra soledad á la imitacion de nuestro Salvador, el qual en el Monte Calvario fue como Pelícano de la soledad, que con su sangre dá vida á sus polluelos muertos; en su Natividad en un pesebre desierto fue como el Buho en el domicilio, plañendo, y llorando nuestras faltas, y pecados: en el dia de su Ascension fue como el páxaro solitario, retirándose, y volando al Cielo, que es como techo del mundo; y en todos estos lugares podemos hacer nuestras retiradas en medio de la confusion de los negocios. El bienaventurado Elizario, Conde de Arian en Provenza, habiendo estado mucho tiempo ausente de su devota, y casta Delfina, ella le envió un correo para que la traxese nuevas ciertas de la salud de su esposo; y él respondió: Yo estoy bueno, mi amada compañia, y si me quisiereis ver, buscadme en la llaga del lado de nuestro dulce Jesus, porque allí es donde yo habito, y donde vos me hallareis; y en otra parte será buscarme en vano. Con razon se podia llamar á este Caballero Christiano.

CAPITULO XIII.

De las aspiraciones, oraciones jaculatorias, y buenos pensamientos.

Retírase á Dios por quanto se aspira á él, y aspírase para retirarse; de manera, que la aspiracion en Dios, y la retirada espiritual, se conservan la una á la otra, y entrambas provienen, y naçen de los buenos pensamientos.

Aspira, pues, á menudo en Dios, Filotea, por cortas, pero ardientes salidas de tu corazon: admira su hermosura: invoca su ayuda: échate en espíritu al pie de la Cruz: adora su bondad: pregúntale á menudo por tu salud: dale mil veces al dia tu alma: fixa tus ojos interiores en su dulzura: alárgale la mano como un niño á su padre, para que él te conduzga: ponle sobre tu pecho, como un ramillete regalado: arbólale en tu alma, como un estandarte; y haz mil suertes de diversos movimientos en tu corazon, para darte á tí misma al amor de Dios, y exercitarte en una apasionada, y tierna dileccion de este Divino Esposo.

Así se hacen las oraciones jaculatorias que el gran San Agustin aconseja cuidadosamente á la devota alma. Prueba, Filotea, nuestro espí-

ritu, si se dá al trato, privanza, familiaridad de su Dios, se perfumará todo de sus perfecciones y ; mirado bien, no es nada dificultoso este exercicio, porque se puede entrelazar en todos nuestros negocios, y ocupaciones, sin que por eso se estorven, por quanto sea en el retrete espiritual, ó sean en estos asaltos interiores, no se hacen, sino pequeños, y cortos divertimientos, los quales no estorvan de ninguna manera; antes sirven mucho al progreso de lo que hacemos. El Peregrino que toma un poco de vino para alegrar el corazon, y refrescar la boca, aunque se detiene un poco, no por eso rompe el camino; antes recibe fuerzas para acabarle mas presto, y mas facilmente, no deteniéndose, sino para mejor poder andar.

Muchos han juntado diversas aspiraciones vocales, que verdaderamente son muy utiles; pero á mi parecer, Filotea, no te atarás á ninguna suerte de palabras; antes pronunciarás, ú de boca, ú de corazon, las que el amor te enseñáre porque él te dará las mejores. Verdad es, que hay ciertas palabras, que tienen particular fuerza para contentar el corazon en este particular, como son los fervorosos asaltos, que tan á menudo hallarás en los Psalmos de David: las invocaciones diversas del Nombre de Jesus: los

pasos de amor, que estan impresos en el Cántico de los Cánticos; y las canciones espirituales sirven tambien al mismo efecto, cantándose con atencion.

En fin, como los que estan enamorados de un amor humano, y natural, tienen casi todos los pensamientos en la cosa amada, lleno el corazon de aficion para con ella, la boca llena de sus alabanzas, no perdiendo en ausencia ocasion de mostrar por cartas su aficion, ni hallando arbol, en cuya corteza no escriban el nombre de quien aman; así los que aman á Dios no pueden cesar de pensar en él, respirar por él, aspirar á él, y hablar de él; y quisieran, si fuese posible, grabar en el pecho de todas las personas del mundo el santo, y sagrado Nombre de Jesus.

Á lo qual todas las cosas los convidan, y no hay criatura que no les anuncie la alabanza de su bien amado; y como dice San Agustin, despues de San Antonio, todo quanto hay en el mundo los habla con una lengua muda, pero muy inteligible, en favor de su amor: todas las cosas los provocan á buenos pensamientos, de los quales nacen despues muchas salidas, y aspiraciones en Dios. Y ves aquí algunos exemplos.

San Gregorio, Obispo de Nazianzo (segun

él mismo contaba á su pueblo), paseándose á las orillas del mar, consideraba como adelantandose las olas sobre la tierra, dexaban almejas, conchuelas, caracolillos, tallos de yerbas, ostrecillas pequeñas, y semejantes menudencias, que la mar desechaba, ó por manera de decir, escupia á las orillas; y volviendo despues con nuevas olas, tornaba á recoger parte de lo que habia dexado, mientras que las rocas de al rededor quedaban firmes, é inmobles, por mas que las combatia con la resaca furiosa continuada. Sobre esto fabricó este espiritual pensamiento: que los flacos como las almejas, conchuelas, y caracolillos, se dexan llevar, ya á la aficion, y ya á la consolacion, puestos á la voluntad de las ondas, y olas de la fortuna; pero que los grandes animos quedan firmes, é inmobles á qualquier suerte de borrasca: y de este pensamiento hizo nacer estos fervorosos afectos de David: "O Señor! sálvame, porque las aguas han penetrado hasta mi alma. O Señor! líbrame del profundo de las aguas, que me han llevado al profundo de la mar, y la tempestad me ha sumergido." Porque entónces se hallaba en grande afliccion, viendo que Máximo intentaba usurpar su Obispado. S. Fulgencio, Obispo de Ruspa, hallándose en una Junta general de la No-

bleza Romana, la qual hacia Teodorico, Rey Godo, y viendo el resplandor de tantos Señores que estaban en hilera, cada uno segun su calidad, dixo: "¡O Dios mio, y quán hermosa „ debe de ser la Jerusalen celeste, pues aquí „ abaxo se ve tan pomposa Roma la terrestre! „ Y si en este mundo alcanzan tanto resplandor „ los amadores de la vanidad, ¿qué gloria será „ la que en el otro mundo se reserva para los „ amadores de la verdad?" Dícese que S. Anselmo, Arzobispo de Cantorberi (cuyo nacimiento han con extremo honrado nuestras Montañas), era admirable en esta práctica de buenos pensamientos. Una liebre perseguida de los perros, fue á guarecerse debaxo del caballo de este santo Prelado (que por entónces hacia una jornada), como á un refugio que la salvaría del inminente peligro de la muerte; y los perros ladrando al rededor, no osaban acometer, ni violar la inmunidad, á la qual la presa habia encaminado su curso; espectáculo cierto extraordinario, y que hacia reir todos los asistentes, mientras, el gran Anselmo lloraba, y gemia. "Vo„ sotros os reis (decia); mas la pobre bestia no „ se rie: los enemigos del alma, perseguida, „ y mal guiada por diversos rodeos en mil suer„ tes de pecados, espéranla al estrecho de la

„ muerte, para arrebatarla, y tragársela; y ella, „ espantosa, y medrosa, busca por todo socorro, y refugio, y si no le halla, sus enemigos se burlan, y rien.„ Dicho esto prosiguió su camino gimiendo, y suspirando. Constantino el Magno escribió con mucha reverencia á San Antonio, de que los Religiosos que estaban al rededor de él se espantaron mucho; y él les dixo: "Como os espantais vosotros de que un Rey „ escriba á un hombre, espantaos antes de que „ Dios Eterno ha escrito su Ley á los mortales, „ hablándoles boca á boca en la Persona de su „ Hijo.„ S. Francisco, viendo una sola oveja en medio de una tropa de cabras, dixo á su compañero: "Mira, y quán mansa va la pobre ovejuela en medio de tantas cabras! Así iba nuestro Señor manso, y humilde entre los Fariseos.„ Viendo otra vez un pequeñuelo corderillo, que le comia un puerco, dixo: "¡O pobre corderillo, y quán al vivo representas la „ muerte de mi Salvador. „

Aquel gran Personage de nuestra edad Francisco de Borja, por entónces á un Duque de Gandía, yendo á caza, hacia mil devotas consideraciones. "Con razon debo admirarme (decia) „ de ver que los halcones vuelven á la mano, „ se dexaban cubrir los ojos, y atar á la percha;

„ y que los hombres se muestren tan ariscos á „ la voz de Dios. „ El gran S. Basilio dice, que la rosa entre las espinas dá á entender á los hombres lo siguiente: " Lo que es mas agra- „ dable en este mundo, ó mortales, está mez- „ clado de tristeza: no hay cosa pura: el pe- „ sar sigue siempre á la alegria, la viudez al „ casamiento, el cuidado á la fertilidad, la ig- „ nominia, á la gloria, el gusto á la honra, el „ disgusto á los regalos, y la enfermedad á la „ salud. Es una hermosa flor (dice el Santo) la „ rosa; pero cáusame una gran tristeza, advir- „ tiéndome de mi pecado, por el qual la tierra „ ha sido condenada á traer espinas. „ Mirando una alma devota un arroyo, y viendo en él representado el Cielo con sus estrellas en una noche serena, dixo: " ¡ O Dios mio! estas mismas es- „ trellas estarán debaxo de mis pies, quando tú, „ Señor, me alojes en tus santos Tabernáculos; „ y como las estrellas del Cielo son representadas „ en la tierra, así los hombres de la tierra son „ representados en el Cielo en la viva fuente „ de la caridad divina. " Viendo otro un rio on- dar y levantar olas, dixo así: " Mi alma no ten- „ drá jamas reposo, hasta que se vea anegada en „ el Mar de la divinidad, que es su origen. " Y santa Francisca, considerando un agradable

arroyo, á cuya orilla estaba arrodillada para hacer oracion, fue arrebatada en éxtasis, repitiendo muchas veces estas palabras en baxa voz: " La gracia de mi Dios camina, y se extiende „ con tanta dulzura como este pequeño arroyue„ lo.„ Otro, viendo los árboles floridos, suspiraba, diciendo: " ¿Por qué yo solo estoy sin flor „ en el jardin de la Iglesia? „ Otro, viendo unos pequeños polluelos abrigados de las alas de la madre: " ¡O Señor! (dixo) conservadnos debaxo „ de la sombra de vuestras alas.„ Otro, viendo el tornasol, dixo: " ¡Quándo será el tiempo Dios „ mio, que seguirá mi alma las atracciones de „ tu bondad! „ Y viendo otro en un jardin la flor que llaman pensamientos, hermosa á la vista, pero sin olor ninguno, repetia diciendo: "¡Ay „ de mí! tales son mis pensamientos: hermosos „ para dichos; mas sin efecto, y produccion.„

Ves aquí, Filotea, cómo se sacan los buenos pensamientos, y santas aspiraciones de aquello que se presenta en la variedad de esta vida mortal. Desventurados son aquellos que desvian las criaturas de su Criador para allegarlas al pecado; y dichosos aquellos que las atraen á la gloria de su Criador, y emplean su vanidad en honra de la verdad. " Cierto (dice S. Gregorio Na„ zianzeno) yo he acostumbrado traer todas las

„ cosas á mi provecho espiritual. „ Lee el devoto epitafio que S. Gerónymo hizo á Santa Paula, porque es un gran consuelo ver quán sembrado está de aspiraciones, y contemplaciones sagradas, de las quales usaba ella en qualquier suerte de ocasiones.

En este exercicio del retrete espiritual, y de las oraciones jaculatorias se funda la grande obra de la devocion, y puede suplir la falta de todas las otras oraciones; pero la suya casi no puede ser reparada por ningun otro medio. Sin este exercicio no se puede usar bien de la vida contemplativa; y aun no podria, sino mal, exercerse la vida activa. Sin él el resposo no es sino ociosidad, y el trabajo congojoso aprieto. Por esto, pues, procuro persuadirte le abraces con todo tu corazon, sin que jamas te apartes de él.

CAPITULO XIV.

De la santísima Misa, y cómo se ha de oir.

Aun no te he hablado, mi Filotea, hasta ahora del Sol de los exercicios espirituales, que es el santísimo, sagrado, y soberano Sacrificio, y Sacramento de la Misa, centro de la Reli-

gion Christiana, corazon de la devocion, alma de la piedad, misterio inefable, que comprehende el abismo de la caridad divina, y por el qual Dios, aplicándose realmente á nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias, y favores.

2 La oracion, que se hace en la union de este Divino Sacrificio, tiene una fuerza indecible: de suerte, Filotea, que por él abunda el alma de celestes favores, como apoyada en su verdadero bien, el qual la hinche de manera de olor, y suavidad espiritual, que parece una columna de humo, de madera aromática, de myrra, de incienso, y de todos los polvos odoríferos, como se dice en los Cánticos.

3 Procura, pues, con todas veras hallarte todos los dias en la santa Misa, para ofrecer, juntamente con el Sacerdote, tu Redentor á su Santo Padre, por tí, y por toda la Iglesia, hallándose siempre los Angeles presentes en gran número (como dice S. Juan Chysóstomo) para honrar este santo Misterio; y hallándonos nosotros con ellos, y con una misma intencion no podemos dexar de recibir muchas influencias propicias por medio de tal compañia. Los corazones de la Iglesia Triunfante, y de la Iglesia Militante se vienen á atar, y juntar á nuestro Señor en esta divina accion, para que con el,

en él, y por él arrebatemos el corazon de Dios Padre, haciendo su misericordia muy de nuestra parte. ¡ Qué dicha tiene una alma en contribuir devotamente sus aficiones, y deseos por un bien tan precioso, y digno de desear !

4 Si por alguna forzosa ocupacion no pudieres hallarte presente á la celebracion de este soberano Sacrificio, á lo menos será necesario asista tu corazon con una espiritual presencia. Á qualquier hora, pues, de la mañana irás en espíritu, si no pudieres de otra manera, á la Iglesia: unirás tu intencion á la de todos los Christianos, y harás las mismas acciones interiores en el lugar donde estuvieres, que hicieras si estuvieras realmente presente al oficio de la santa Misa en alguna Iglesia.

5 Para oir, ó real, ó mentalmente la santa Misa como conviene.

1 Desde el principio, hasta que el Sacerdote se haya llegado al altar, harás con él la preparacion, la qual consiste en ponerse en la presencia de Dios, conocer tu indignidad, y pedir perdon de tus faltas.

2 Desde que el Sacerdote esté en el Altar, hasta el Evangelio, considera la venida, y vida de nuestro Señor en este mundo con una simple, y general consideracion.

3 Despues del Evangelio, hasta despues del Credo, considera la predicacion de nuestro Salvador: protexta de querer vivir, y morir en la Fe, y obediencia de la santa palabra, y en la union de la Santa Iglesia Católica.

4 Despues del Credo, hasta el Pater noster, aplica tu corazon á los Mysterios de la Muerte, y Pasion de nuestro Redentor, que son actual, y esencialmente representados en este santo Sacrificio, el qual con el Sacerdote, y demas pueblo ofrecerás á Dios Padre, á honor suyo, y por tu salud.

5 Despues del Pater noster, hasta la Comunion, procura levantar en tu corazon mil deseos, pidiendo en ellos el estar para siempre junta, y unida á tu Salvador por amor eterno.

6 Despues de la Comunion, hasta el fin, dá gracias á su Divina Magestad por su Encarnacion, por su Vida, por su Muerte, por su Pasion, y por el amor que nos asegura en este santo Sacrificio; pidiéndole por él te sea siempre propicio á tus parientes, á tus amigos, y á toda la Iglesia; y humillándote de todo tu corazon, recibirás devotamente la bendicion divina, que nuestro Señor te dá por mano de su Sacerdote.

Pero si quieres durante la Misa hacer tu

meditacion sobre los Mysterios que vas continuando de dia en dia, no será menester que te diviertas en estas particulares acciones; antes bastará que al principio endereces tu intencion á adorar, y ofrecer este santo Sacrificio por medio del exercicio de tu meditacion, y oracion; pues en toda meditacion se hallan las acciones arriba dichas, ó expresa, ó tácitamente, ó en virtud.

CAPITULO XV.

De los otros exercicios públicos, y comunes.

Fuera de esto, Filotea, es menester hallarse las Fiestas, y Domingos al Oficio de Horas, y Vísperas, mientras te dieren lugar tus obligaciones, porque estos dias son dedicados á Dios, y conviene en ellos mostrar mas acciones de virtud á honra, y gloria suya. Sentirás mil dulzuras de devocion por este medio, como decia S. Agustin, el qual nos muestra en sus Confesiones, que oyendo los Oficios divinos al principio de su conversion, su corazon se deshacia en suavidad, y sus ojos en lagrimas de piedad. Y es cierto (y esto quede dicho para adelante) que encierran siempre mayor bien, y consuelo los

Oficios públicos de la Iglesia, que no las acciones particulares, por quanto ha Dios ordenado que la union prefiera á toda suerte de particularidad.

Entra de buena gana en las Cofradías del Lugar donde resides, y particularmente en aquellas, cuyos exercicios traen mas fruto, y edificacion, porque en esto mostrarás una suerte de obediencia muy agrabable á Dios, que aunque las Cofradías no son expresamente mandadas, son con todo eso encomendadas por la Iglesia; la qual, para mostrar que desea que muchos entren en ellas, dá Indulgencias, y otros privilegios á los Cofrades. Fuera de esto es siempre una obra de mucha caridad el concurrir con muchos, y cooperar con ellos por sus buenos designios. Y aunque puede acaecer usar de tan buenos exercicios retiradamente, como se usan en las Cofradías en comun, y que podria ser se gustase mas de usarlos en particular; con todo eso Dios es mas glorificado en la union, y contribucion que le hacemos de nuestras buenas obras con nuestros hermanos, y próximos.

Lo mismo digo de todas suertes de oraciones, y devociones públicas, á las quales debemos, quanto nos sea posible, mostrar buen exemplo para la edificacion del próximo, y particular

nuestro, encaminándolo todo á la glória de Dios, é intencion comun.

CAPITULO XVI.

Que se han de honrar, é invocar los Santos.

Pues nos envia Dios tan amenudo las inspiraciones por sus Angeles, tambien debemos nosotros, y por el mismo medio, enviar al Cielo nuestras aspiraciones. Las santas almas de los difuntos, que estan en el Paraiso con los Angeles, y como dice nuestro Señor, iguales, y parejos á los Angeles, hacen tambien el mismo oficio de inspirar en nosotros; y aspirar por nosotros, mediante sus santas oraciones.

Filotea mia, juntemos, pues, nuestros corazones á estos celestes espíritus, y dichosas almas; porque así como los pequeños ruiseñores aprenden á cantar con los grandes; así por el santo comercio, que harémos con los Santos, sabremos mejor rezar, y cantar alabanzas divinas. "Yo „ diré el Psalmo (decia David) á la vista de los „ Angeles. „

Honra, reverencia, y respeta con un especial amor la sagrada, y gloriosa Virgen Maria; que pues es Madre de nuestro Soberano Padre, por consiguiente será nuestra abuela. Valgámo-

nos, pues, de ella, y como hijos suyos, arrojémonos en su regazo con una confianza perfecta: á qualquier hora, y en qualquier ocurrencia invoquemos esta dulce, y piadosa Madre: invoquemos su amor maternal, y procuremos imitar sus virtudes: sea para con ella siempre nuestro corazon como el de un hijo para con su madre. Hazte muy familiar con los Angeles: míralos amenudo invisiblemente presentes á tu vista; y sobre todo ama, y reverencia el de tu Obispado, al qual estás encomendada: tambien los de las personas con quien vives, y especialmente el tuyo: suplícalos amenudo, alábalos de ordinario, y pídeles su ayuda, y socorro en todos tus negocios espirituales, ó temporales, para que cooperen en tus santas intenciones. El gran Pedro Favro, primer Sacerdote, primer Predicador, primer Lector de Teología de la Compañia del Nombre de Jesus, y primer compañero del B. Ignacio, Fundador de ella, viniendo un dia de Alemania, donde habia hecho grandes servicios á honra, y gloria de nuestro Señor, pasando á este Obispado, lugar de su nacimiento, contaba, que habiendo pasado por muchos lugares de hereges, habia recibido mil consuelos, saludando (luego que llegaba á cada Parroquia) á los Angeles protectores de ellas, en los quales

habia conocido sensiblemente haberle sido propicios, así para librarle de las emboscadas de los hereges, como para darle muchas almas blandas, y dóciles á recibir la saludable doctrina: y decia esto con tanto espíritu, que una muger de calidad, entónces moza, habiéndolo oido de su misma boca, lo contaba no há sino quatro años (esto se entiende mas de sesenta años despues) con un estremo sentimiento. "El año pa-
„ sado, dice, recibí no pequeño consuelo con-
„ sagrando un Altar en el mismo lugar y pues-
„ to donde fue Dios servido naciese este gran-
„ de Varon, que fue en Villaret, Aldea peque-
„ ña entre nuestras mas asperas montañas. „

Escoge algunos Santos particulares, cuya vida puedas mejor gustar, é imitar, teniendo en su intercesion una particular confianza. El de tu nombre ya se te señaló desde el bautismo.

CAPITULO XVII.

Cómo se ha de oir, y leer la palabra de Dios.

Sé devota de la palabra de Dios, ya escuchándola sin discursos familiares con tus amigos espirituales, ó bien oyéndola en el Sermon. Oyéla siempre con atencion, y reverencia: aprovécha-

te bien de ella, y no permitas que se te cayga en tierra; antes la recibe como un precioso bálsamo dentro de tu corazon, á imitacion de la Santísima Virgen, que conservaba en él cuidadosamente todas las palabras que decia su precioso Hijo; y acuérdate que nuestro Señor recoge las palabras que le decimos en nuestras oraciones, á medida de como recogemos las que él nos dice en la predicacion.

Ten siempre á mano algun buen libro de devocion, como son los de S. Buenaventura, de Gerson, de Dionysio Cartuxano, de Luis Blosio, de Fray Luis de Granada, de Stela, de Arias, de Pinelo, de Avila, el Combate Espiritual, las Confesiones de S. Agustin, las Epístolas de San Gerónymo, y otros semejantes; y lee cada dia un poco con grande devocion, como si leyeras cartas misivas que los Santos te hubieran enviado del Cielo para mostrarte su camino, y darte ánimo de ir alla. Lee tambien las historias de las vidas de los Santos, en las quales, como en un espejo, verás el retrato de la vida christiana, y acomoda sus acciones á tu provecho, segun tu manera de vivir; porque aunque es verdad que muchas acciones de Santos no son absolutamente imitables para los que viven en medio del mundo; con todo eso pueden

todas ser seguidas, ú de cerca, ú de lejos. La soledad de S. Pablo, primer Ermitaño, es imitada en tus retiradas espirituales, y reales, de las quales hablarémos, y habemos hablado; la estrema pobreza de S. Francisco por la práctica de la pobreza, de que adelante tratarémos; y así en lo demas. Es verdad que hay ciertas historias, que nos dan mas luz que otras para conducir nuestra vida, como la de la Bienaventurada Madre Teresa, la qual es admirable á este fin; las vidas de los primeros Jesuitas, la del Bienaventurado Cardenal Borromeo, de S. Luis, de S. Bernardo, las Crónicas de S. Francisco, y otras semejantes. Hay otras donde hay mas sugeto de admiracion que de imitacion, como la de Santa Maria Egypciaca, de S. Simon Stilites, de las dos Santas Catalina de Sena, y de Genes, de Santa Angela, y otras tales, las quales no dexan por eso de darnos un grande, y general gusto del santo amor de Dios.

CAPITULO XVIII.

Cómo se han de recibir las inspiraciones.

Llamamos inspiraciones todos los atraimientos, movimientos, contradiciones, remordimientos interiores, luz y conocimiento, que Dios obra en

nosotros, previniendo nuestro corazon en su bendicion por su santo, y paternal amor, para despertarnos, excitarnos, impelernos, y acercarnos á las santas virtudes, al amor celeste, á las buenas resoluciones, y en suma á todo aquello que nos encamina á nuestro bien eterno. Esto es lo que el Esposo llama tocar á la puerta, y hablar al corazon de su Esposa, despertarla quando duerme, gritarla, quando está ausente, convidarla á su dulzura, á coger manzanas, y flores en su jardin, y á cantar, y hacer resonar su dulce voz en sus orejas.

Usaré de una similitud para mejor hacerme entender. Para la entera resolucion de un casamiento deben intervenir tres oraciones quanto á la muger que quieren casar: porque lo primero la proponen la parte: lo segundo agradece la proposicion: y lo tercero consiente. Así Dios, queriendo hacer en nosotros, por nosotros, ó con nosotros alguna accion de gran caridad; lo primero nos la propone por su inspiracion: lo segundo la agradecemos; y en fin, en tercer lugar consentimos. Porque así como para baxar al pecado hay tres gradas, la tentacion, la delectacion, el consentimiento; así hay tambien tres para subir á la virtud: la inspiracion, que es contraria á la tentacion: la delectacion en la as-

piracion, que es contraria á la delectacion en la tentacion; y el consentimiento á la inspiracion, que es contrario al consentimiento en la tentacion.

Quando la inspiracion durase todo el tiempo de nuestra vida, no por eso seriamos de ninguna manera agradables á Dios, no tomando gusto en ella; antes su Divina Magestad estaria ofendida, como lo estuvo de los Israelitas, quando estuvo con ellos quarenta años (como él mismo lo dice) solicitándolos á convertirse, sin que jamas quisiesen entenderle: causa por que movida su ira contra ellos, juró que jamas entrarian en reposo. Tambien el galan que hubiese largo tiempo servido á una dama, se hallaria muy desobligado, si despues de tantos servicios no quisiese ella de ninguna manera oir tratar de casamiento.

El gusto que se recibe en las inspiraciones, es una gran guia á la gloria de Dios, comenzando ya con él á agradar á su Divina Magestad: porque aunque este deleyte no es aun un entero consentimiento, es una cierta disposicion, que camina á él; y si es una buena señal, y cosa muy util el oir con gusto la palabra de Dios, que es como una inspiracion exterior, tambien es bonísimo y agradable á Dios el recibir gusto en la

nir á su efecto, seria como plantar una viña, sin querer llevase fruto.

Á todo esto sirve maravillosamente el bien practicar el exercicio de la mañana, y las retiradas espirituales, de que ya se ha tratado; porque por este medio nos preparamos á hacer el bien con una preparacion, no solo general, sino tambien particular.

CAPITULO XIX.

De la santa Confesion.

Nuestro Salvador ha dexado á su Iglesia el Sacramento de la Penitencia, y Confesion, para que en él nos lavemos de todas nuestras iniquidades, todas, y quantas veces nos halláremos sucios. No permitas, pues, Filotea, que tu corazon quede mucho tiempo infectado del pecado, pues tienes un remedio tan facil. La leona, que se dexó cubrir del leopardo, va corriendo á lavarse, y limpiarse del hedor, que despues del acto siente; y esto, porque viniendo despues el leon, no se irrite. El alma que ha consentido el pecado, debe tenerse asco de sí misma, y limpiarse lo mas presto que pueda, por el respeto que debe tener á los ojos de su Divina Magestad, que la está mirando. ¿ Por

qué morirémos, pues, nosotros de muerte espiritual, teniendo un remedio tan soberano?

Confiésate humilde, y devotamente cada ocho dias, y siempre, si pudieres, quando comulgares, aunque no sientas en tu conciencia ningun rastro de pecado mortal; porque por la confesion no solo recibirás absolucion de los pecados veniales que confesarás, sino tambien una gran fuerza para evitar los de adelante, una gran luz para bien discernirlos, y una gracia abundante para borrar toda la pérdida, y daño que te habian traido. Practicarás así la virtud de humildad, de obediencia, de simplicidad, y de caridad; y en sola esta accion de confesion exercitarás mas virtud que en ninguna otra.

Ten siempre un verdadero disgusto de los pecados que confesares, por pequeños que sean, con una firme resolucion de corregirte adelante. Muchos confesándose por costumbre de los pecados veniales, ó como por manera de curiosidad, sin pensar de ninguna manera en corregirse, se quedan toda su vida cargados, y por este camino pierden muchos bienes, y provechos espirituales. Si te confesares, pues, de haber mentido, aunque sin causar daño, ú de haber dicho alguna palabra desreglada, ó de haber juzgado, arrepiéntete, y ten firme propósito de

enmendarte: porque es manifiesto engaño el confesarse de qualquier suerte de pecado, sea mortal, ó sea venial, sin querer purgarse de él; pues la confesion no se instituyó sino á este fin.

No te contentes con decir tus pecados veniales quanto á la obra, sino acúsate del motivo que te ha inducido á cometerlos. Por exemplo: no te contentes con decir que has mentido sin ofender persona, sino tambien si ha sido, ó por vanagloria, alabándote, ó excusándote, ó por vana alegria, ó por obstinacion. Si hubieres pecado en el juego, acúsate si ha sido por la codicia de la ganancia, ó por el placer de la conversion, y así en los otros. Di tambien si te has detenido mucho en tu mal, por quanto con el largo espacio del tiempo crece mucho ordinariamente el pecado: porque hay mucha diferencia de una vanidad pasagera, que habrá ocupado nuestro espíritu un quarto de hora, á otra, en la qual se haya detenido nuestro corazon un dia, dos, ó tres, &c. Menester es, pues; decir la obra, el motivo, y el espacio de tiempo de nuestros pecados: porque aunque comunmente no haya obligacion de tanta puntualidad en la declaracion de los pecados veniales, y que de la misma manera no sea preciso el confesarlos, con todo eso los que quieren bien apurar, y limpiar sus almas, para me-

por alcanzar la santa devocion, debrian con mucho cuidado mostrar al Médico espiritual el mal, por pequeño que sea, del qual quieren ser sanos.

No dexes de decir lo que se requiera para dar bien á entender la calidad de tu ofensa, como el sugeto que has tenido de encolerizarte, ú de sufrir á alguno en su vicio. Por exemplo: un hombre, el qual me desagrada, me dirá alguna palabra ligera, y de risa; yo lo tomaré á mala parte, y me irritaré á cólera. Y si otro, que me es agradable, me dice cosa mucho mas digna de enojo, no por eso lo siento, sino antes me causa risa. Entónces diré á mi Confesor: Yo me he arrojado á decir palabras enojosas á una persona, habiendo tomado á mala parte cierta cosa que me dixo; y esto no por la calidad de las palabras, sino por serme la tal persona enfadosa, y desagradable; y si fuese menester particularizar las palabras para mejor declararte, pienso que seria bueno decirlas: porque acusándose de esta manera, simple y llanamente, no solo se descubren los pecados hechos, pero tambien las malas inclinaciones, costumbres, hábitos, y otras raices del pecado; con lo qual el Confesor recibe un mas entero conocimiento del corazon que trata, y de los remedios que le serán propios. Es menester despues de esto no declarar nunca

el tercero que habrá cooperado en tu pecado, y esto quanto te sea posible.

Repara en una cantidad de pecados, que viven y reynan muy á menudo en la conciencia, para que te puedas limpiar de ellos; y á este efecto lee con atencion al capítulo sexto, veinte y siete, veinte y ocho, veinte y nueve, treinta y cinco, y treinta y seis de la tercera parte, y el octavo de la quarta. No mudes facilmente de Confesor; sino en escogiendo uno, continúes en darle cuenta de tu conciencia en los dias señalados para esto, diciéndole desnudamente los pecados que hubieres cometido, y de tiempo, en tiempo, como digamos de mes á mes, ú de dos en dos meses. Dile tambien el estado de tus inclinaciones, aunque por ellas no hayas pecado, como si te hallas atormentado de tristeza, de congoja: si te dexas llevar de la demasiada alegria, y deseo de adquirir hacienda, y semejantes inclinaciones.

CAPITULO XX.

De la freqüente Comunion.

Dicen que Mitidrates, Rey de Ponto, habiendo inventado el Mitridático, reforzó con él de manera su cuerpo, que procurando despues con

muchas veras emponzoñarse (por no sujetarse al Romano yugo) jamas le fue posible.

El Salvador ha instituido el Sacramento de la Eucaristía, que contiene realmente su Carne, y su Sangre, para que quien le come viva eternamente. Por esto qualquiera que le usa á menudo, y con devocion, fortalece de manera la salud, y la vida de su alma, que es casi imposible sea emponzoñado de ninguna suerte de mala aficion, ú depravado intento. No podemos ser sustentados de esta Carne de vida, y vivir de aficiones, y deseos de muerte. Así como los hombres, viviendo en el Paraiso terrestre, no podian morir, segun el cuerpo por la fuerza de aquel fruto vital que Dios habia puesto en él; así pueden tambien no morir espiritualmente por la virtud de este Sacramento de vida: que si las frutas mas tiernas, y sujetas á corrupcion, como son las cerezas, los albaricoques, y las fresas, se conservan facilmente todo el año, estando en conserva de azucar, ó miel; no es de maravillar si nuestros corazones, aunque frágiles, y débiles, se preservan de la corrupcion del pecado, estando en el dulce azucar, y miel de la incorruptible Carne, y Sangre del Hijo de Dios. ¡O Filotea, los Christianos que se condenarán, y se hallarán sin réplica quando el justo Juez les

mostrará quán sin razon murieron espiritualmente, siéndoles tan facil el mantenerse en vida, y salud por el alimento de su Cuerpo, el qual les dexó á este fin! Miserables (dirá), ¿por qué os habeis muerto, teniendo á vuestro mandado el fruto, y la vianda de vida?

El recibir la comunion de la Eucaristía todos los dias, ni yo lo alabo, ni tampoco lo vitupero; mas el comulgar todos los Domingos yo lo exhorto, y aconsejo á qualquiera; y esto se entiende llegando á tener el espíritu sin ninguna gana, y aficion de pecar. Estas son las propias palabras de S. Agustin, con el qual ni vitupero, ni alabo absolutamente el comulgar cada dia, sino antes dexo esto á la discreccion del Padre Espiritual, del que se querrá resolver sobre este punto: porque la disposicion necesaria para una tan freqüente comunion, antes de ser muy exquisita, no es bien, ni se puede aconsejar generalmente. Y por quanto esta disposicion, aunque exquisita, se puede hallar en muchas buenas almas, tampoco se puede divertir, ni disuadir en general, antes esto se debe tratar por la consideracion del estado interior de cada uno en particular. Imprudencia seria el aconsejar indistintamente á todos este tan freqüente uso; pero tambien seria imprudencia el injuriar, por

usarle, á alguno, y mas quando sigue el aviso, ó parecer de su Confesor. La respuesta de Santa Catalina de Sena fue graciosa, quando diciéndola (por verla comulgar tan amenudo) que S. Agustin no alababa, ni vituperaba el comulgar todos los dias, respondió: "Pues S. Agustin no „ lo vitupera, ruegoos no lo vitupereis vosotros „ tampoco, y con eso estaré contenta."

Hallarás con todo esto otros muchos legítimos embarazos, no de tu parte, sino de aquellos con quien tratas, y vives, que darán ocasion á tu Confesor para que te diga no comulgues tan á menudo. Por exemplo: si tú te hallas debaxo de alguna sujecion, y aquellos á quien debes la obediencia, y reverencia son tan mal instruidos, y sospechosos, que se inquietan, y alborotan en verte comulgar tan á menudo; por ventura, considerado bien, será lo mejor condescender con su gusto, y no comulgar sino de quince en quince dias, entendiendo esto en caso que no se pueda de ninguna manera vencer la dificultad. No se puede quitar esto en general; solo se ha de hacer lo que el Confesor aconsejáre. Bien es verdad que puedo asegurar que la mayor distancia de las comuniones es la de mes á mes entre los que quieren servir á Dios devotamente. Si fueres prudente, no hay ni pa-

dre, ni madre que puedan estorvarte el comulgar á menudo; y esto porque el dia de tu comunion no por eso te olvidas del cuidado ordinario de tus obligaciones segun tu estado, mostrandote antes mas apacible, y afable con tus padres, superiores, ó amos, no rehusándoles ninguna suerte de justa peticion que te hagan; con lo qual no hay apariencia de que quieran apartarte de exercicio tan virtuoso, viendo que no les trae ninguna incomodidad, si no es que fuesen de un natural por extremo áspero, y poco llegado á razon; y en este caso (como ya te he dicho) aconsejaráste siempre con tu Padre espiritual, tomando tu resolucion de la que él te diere.

Habré de decir una palabra á los casados. Hallaba Dios, malo en la Ley vieja que los acreedores pidiesen lo que se les debia en los dias de fiesta; pero no hallaba malo que los deudores pagasen, y volviesen lo que debian á sus acreedores. Cosa es indecente (aunque no gran pecado) el solicitar la paga de la deuda nupcial el dia que se comulga, pero no es cosa mal sonante, antes meritoria el cumplirla; y así por esto ninguno debe dexar de comulgar, porque rinda la paga de la tal deuda, si la devocion le provoca á este justo deseo. En la primera Iglesia los Christianos comulgaban todos los dias, aunque

fuesen casados, y benditos de la generacion de los hijos. Por esto, pues, he dicho que la freqüente comunion no traerá ninguna suerte de incomodidad ni á los padres, ni á las mugeres, ni á los maridos, con que el alma que comulga sea prudente, y discreta. Quanto á las enfermedades corporales no hay ninguna que pueda estorvar legitimamente esta santa participacion, sino es la que muy de ordinario provoca al vómito.

Para comulgar cada ocho dias conviene no tener, ni pecado mortal, ni ninguna aficion al pecado venial, y tener un gran deseo de la comunion; mas para la continuacion de cada dia es menester, ademas de esto, haber rendido la mayor parte de las malas inclinaciones, y que esto sea (como tengo dicho) por el aviso del Padre Espiritual.

CAPITULO XXI.

Cómo se ha de Comulgar.

Comienza la noche precedente á prepararte á la santa comunion por diversas aspiraciones, y salidas de amor, retirándote un poco mas temprano, para que así te puedas levantar mas de mañana; y si despertares en la noche, hinche luego tu corazon, y tu boca de algunas pala-

bras de adoracion, por cuyo medio tu alma quede perfumada para recibir el Esposo, el qual, velando mientras tú duermes, se prepara á traerte mil gracias, y favores, si es que de tu parte estás dispuesta á recibirlos. Levántate á la mañana con grande alegria por la buena suerte que esperas; y habiendote confesado, ve con grande confianza, y una grande humildad á recibir esta Vianda celeste, la qual te alimenta á la inmortalidad. Y despues que habrás dicho las palabras sagradas: *Señor, no soy digna*, nó muevas mas tu cabeza, ni tus labios, sea para rezar, ó sea para suspirar; sino abriendo mansa, y medianamente tu boca, y levantando tu cabeza lo necesario para que el Sacerdote vea lo que hace, recibe llena de fe, esperanza, y caridad aquel, el qual, al qual, por el qual, y para el qual tu crees, esperas, y amas. ¡O Filotea! como la abeja, habiendo recogido sobre las flores el rocío del Cielo, y el zumo mas exquisito de la tierra, y habiéndolo reducido á miel, lo lleva á su colmena; así el Sacerdote, habiendo recogido sobre el Altar al Salvador del mundo, verdadero Hijo de Dios, que como un rocío descendió del Cielo, y verdadero Hijo de la Virgen, que como flor salió de la tierra de nuestra humanidad, lo vuelve en vianda de suavidad

dentro de tu boca, y dentro de tu cuerpo. Habiéndole, pues, recibido, excitarás tu corazon á que rinda las debidas gracias á este Rey de salud, tratando con él de tus negocios interiores. Considerarásle dentro de tí, donde se puso por tu buena suerte. Harásle en fin todo el mejor acogimiento que te será posible, portándote de suerte que se conozca en todas tus acciones que Dios está contigo.

Quando no pudieres gozar este bien de comulgar realmênte en la Santa Misa, comulga á lo menos de corazon, y de espíritu, uniéndote por un ardiente deseo á esta carne vivificante del Salvador.

Tu principal intencion en la comunion debe ser el adelantarte, fortificarte, y consolarte en el amor de Dios, porque debes recibir por amor lo que el solo amor te hace dar. No puede el Salvador ser considerado en una accion mas amorosa, ni mas tierna que esta, en la qual se aniquila (por manera de decir) y se reduce á vianda, para penetrar nuestras almas, y unirse íntimamente al corazon, y cuerpo de sus fieles.

Si los mundanos te preguntan por qué comulgas tan á menudo, respondeles que es por aprender á amar Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por,

do sobre la corriente de las aguas, el qual dá su fruto á su tiempo, por quanto la caridad, regando una alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su sazon. La música (aunque en sí tan agradable) es importuna, y enfadosa en un luto, ó entierro, dice el Proverbio. Es una gran falta en muchos, que aplicándose al exercicio de alguna virtud particular, porfian en qualquier tiempo, y ocasion que las acciones no salgan nada de aquello que desean, como aquellos antiguos Filósofos, que siempre lloraban, ó siempre reian; y aun hacen peor quando menosprecian, y censuran á los que como ellos no exercitan siempre estas mismas virtudes. „ Es „ menester alegrarse con los alegres, y llorar „ con los que lloran (dice el Apostol), y la ca„ ridad es paciente, benigna, liberal, pruden„ te, y condescendiente."

De la misma manera hay virtudes, cuyo uso ha de ser casi universal, y que no solamente deban exercerse sus acciones aparte, sino antes tomar sus calidades, y acciones de todas las otras virtudes. No siempre se ofrece ocasion de practicar la fuerza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la apacibilidad, la templanza, la honestidad, y la humildad son ciertas virtudes, con las quales todas las acciones de nuestra

vida deben ir mezcladas. Virtudes hay mas excelentes; mas no por eso su uso será tan necesario. El azucar es mas excelente que la sal; mas la sal tiene mas freqüente, y general uso. Por eso se debe siempre tener buena, y pronta provision de estas virtudes generales, pues se ha de servir de ellas casi de ordinario.

Entre el exercicio de las virtudes debemos preferir aquel que es mas conforme á nuestra obligacion, y no á nuestro gusto. Era el gusto de Santa Paula el exercitarse en la aspereza de las mortificaciones corporales, para gozar mas facilmente de los regalos espirituales; mas no por eso dexaba de tener mas obligacion á la obediencia de sus Superiores. Por esto San Gerónymo la tenia por digna de reprehension, viendo que contra el parecer de su Obispo se exercitaba en inmoderadas abstinencias. Al contrario los Apóstoles, que tenian cargo de predicar el Evangelio, y distribuir á las almas el Pan celeste, juzgaban que era indecente el embarazarse para este santo exercicio, por practicar la virtud del cuidado de los pobres, aunque de sí es tan excelente. Cada estado ha menester practicar alguna especial virtud. Unas son las virtudes de un Prelado, otras las de un Príncipe, otras las de un Soldado, otras las de una muger casada,

y otras las de una viuda; y aunque todos estos deben tener todas las virtudes, no por eso deben todos practicarlas igualmente, sino que cada uno debe particularmente darse á las que se requieren al género de vida que pasa.

Entre las virtudes que no miran á nuestra obligacion particular debemos preferir las mas excelentes, y no las mas aparentes. Los cometas parecen ordinariamente mas grandes que las estrellas, y ocupan mucho mas lugar en nuestra vista: mas no por eso deben compararse, ni en grandeza, ni en calidad á las estrellas. Ellos parecen grandes solo por quanto estan cerca de nosotros, y en un sugeto mas grosero en comparacion de las estrellas. De la misma manera hay ciertas virtudes, las quales por estar cerca de nosotros, sensibles, ó por mejor decir materiales, son en estremo estimadas, y preferidas siempre del vulgo. Así prefieren algunos comunmente la limosma corporal á la espiritual, el silicio al ayuno, la desnudez á la disciplina, y las mortificaciones del cuerpo á la dulzura, benignidad, modestia, y otras mortificaciones del corazon. Escoge, pues, Filotea, las mejores virtudes, y no las mas estimadas: las mas excelentes, y no las mas aparentes: las mejores, y no las mas bizarras.

Á qualquiera es muy provechoso el esco-

ger un exercicio particular de alguna virtud, y esto no para dexar las otras, sino para mejor tener el espíritu exercitado, y ocupado. Una hermosa, y joven doncella, mas reluciente que el Sol, vestida, y adornada realmente, y coronada con una corona de oliva, apareció á S. Juan, Obispo de Alexandria, y le dixo: „ Yo soy la „ hija mayor del Rey: si tú me puedes alcan- „ zar por tu amiga, yo te llevaré delante su ca- „ ra." Conoció que era la misericordia para con los pobres, la qual Dios le encomendaba: causa porque despues se dió de manera al exercicio de esta virtud, que era llamado de todos San Juan el Limosnero. Eulogio Alexandrino, deseando hacer algun servicio particular á Dios, y no hallándose con bastante fuerza, ni para abrazar la vida solitaria, ni para ponerse debaxo de la obediencia de otro, recogió consigo un pobre hombre, en estremo leproso, y llagado, para exercitar con él la caridad, y mortificacion: y para que pudiese conseguir esto mejor, hizo voto de honrarle, tratarle, y servirle como un criado haria á su amo, ó señor. Consintieron despues, así Eulogio como el Leproso, en una tentacion, que era no apartarse el uno del otro, sobre lo qual, aconsejándose con el gran San Antonio, les dixo: „ Guardaos bien, hijos mios,

„ de apartaros el uno del otro; porque hallan-
„ doos los dos cerca de vuestro fin, si el Angel
„ no os halla juntos, correreis gran peligro de
„ perder vuestras coronas."

El Rey San Luis visitaba los hospitales, y servia los enfermos con sus propias manos. San Francisco amaba sobre todo la pobreza, á la qual llamaba *su señora*: Santo Domingo la Predicacion, de la qual su Orden ha tomado el nombre. San Gregorio el Magno se deleytaba en acariciar los peregrinos, á exemplo del gran Abrahan, y como él tambien en forma de peregrino recibió al mismo Rey de gloria. Tobías se exercitaba en la caridad de amortajar los difuntos. Santa Isabel, con ser tan grande Princesa, amaba sobre todo el menosprecio de sí misma. Santa Catalina de Genes, luego que enviudó, se dedicó al servicio de un hospital. Casiano cuenta, que una devota doncella, deseosa de exercitarse en la virtud de la paciencia, acudió á San Atanasio, el qual á peticion suya la dió por compañera una pobre viuda, enojosa, colérica, enfadosa, é insufrible; de cuya mala condicion perseguida la devota doncella, tenia no pequeña ocasion para practicar la apacibilidad, y mansedumbre. Así entre los Siervos de Dios los unos se dan á servir los enfermos, los otros á procu-

rar el adelantamiento de la Doctrina Christiana, enseñándosela á los de tierna edad: los otros á encaminar, é instruir las almas perdidas, y descarriadas: los otros á adornar los Templos, ó honrar los Santos; y los otros á procurar la paz, y concordia entre los hombres, en lo qual imitan á los bordadores, que sobre diversos fondos ponen con hermosa variedad las sedas, el oro, y la plata, para hacer todas suertes de flores: porque de la misma manera las almas piadosas, que se emplean en algun particular exercicio de devocion, se sirven de tal como de un fondo para su bordado espiritual, sobre el qual practican la variedad de todas las otras virtudes, teniendo de esta suerte sus acciones, y aficiones mejor unidas, y pareadas, y esto por la conveniencia que tienen con su principal exercicio; con que pueden decir que á su espíritu.

En su vestido, de oro recamado,
La aguja varias flores ha sembrado.

Quando nos sentimos combatidos de algun vicio, nos conviene, quanto nos sea posible, abrazar la práctica de la virtud contraria, encaminando á esta las demas; porque por este medio venceremos nuestro enemigo, y no dexaremos de adelantarnos en todas las virtudes. Si yo

me siento combatido de soberbia, ó de côlera, conviene que en toda cosa me incline, y vuelva al lado de la humildad, y afabilidad, encaminando á este fin los otros exercicios, como la oracion, los Sacramentos, la prudencia, la constancia, y la templanza; porque como los javalies para aguzar los colmillos los aprietan, y estriegan con los otros dientes, los quales recíprocamente quedan afilados, y agudos; así el hombre virtuoso, habiendo emprendido el perficionarse en la virtud, de quien tiene mas necesidad para su defensa, la debe limar, y afilar con el exercicio de las otras virtudes; las quales afilando las otras, quedan todas mas excelentes, y mejor pulidas, como sucedió á Job, que exercitándose particularmente en la paciencia contra tantas tentaciones como tuvo, se hizo perfectamente santo, y virtuoso en toda suerte de virtudes; y como dice San Gregorio Nazianzeno, que por una sola accion de alguna virtud, bien, y perfectamente exercitada, viene una persona á la costumbre de las demas virtudes, alegando á este propósito á Rahab; la qual, habiendo con puntualidad exercitado el oficio de la hospitalidad, llegó á una gloria suprema. Entiéndese esto quando la tal accion se exercita con excelencia, y fervor de caridad.

CAPITULO II.

Progreso del mismo discurso de la eleccion de las virtudes.

San Agustin dice excelentemente que los que comienzan en la devocion, cometen ciertas faltas, las quales son dignas de reprehension segun el rigor de las leyes de perfeccion; y fuera de esto, son dignas de alabanza por el buen presagio que dan de una futura excelencia de piedad, á la qual asimismo sirven de disposicion. El miedo, que es el que engendra los excesivos escrúpulos en las almas de los que nuevamente salen de las ligaduras del pecado, es una virtud importantísima en este principio, y presagio cierto de una futura pureza de conciencia; pero este mismo miedo seria digno de vituperio en los que estan muy adelantados en la virtud, en cuyo corazon debe reynar el amor, el qual poco á poco desecha esta suerte de servil miedo.

San Bernardo en sus principios era muy riguroso, y áspero con los que buscaban su doctrina, á los quales la primera cosa que decia era, que para venir á él, dexasen el cuerpo, y viniesen en solo espíritu; y oyendo las confesiones, abomina con una extraordinaria severidad qual-

quier suerte de faltas, por pequeñas que fuesen; y procuraba de manera instruir en la devocion á estos pobres aprendices, que de puro apretarlos á este fin, antes los desviaba de su propósito, porque congojados desmayaban, viéndose apretar, y aguijar en una tan derecha, y áspera subida. ¿No ves, Filotea, que era un zelo ardentísimo de una perfecta pureza el que procuraba á este gran Santo á esta suerte de método: y que este zelo era una grande virtud, pero virtud con todo eso que no dexaba de ser reprehensible? Tambien el mismo Dios por una sagrada aparicion le corrigió derramando en su alma un espíritu dulce, suave, amigable, y tierno, por cuyo medio, habiéndose vuelto otro, se acusaba despues de haber sido tan exâcto, y severo; y se hizo de manera tratable, y apacible con qualquiera, que se hizo á todo con todos para ganarlos á todos. San Gerónymo, habiendo contado que Santa Paula, su amada hija, se mostraba no solo excesiva, pero contumaz en el exercicio de las mortificaciones corporales, hasta llegar á no admitir el aviso contrario que San Epifanio su Obispo la habia dado á este fin; y que fuera de esto se dexaba de manera llevar del sentimiento de la muerte de los suyos, que casi siempre estaba en peligro de morir, concluye de

esta suerte: „ Dirán sin duda que en lugar de „ escribir alabanzas de esta Santa, escribo acu- „ saciones, y vituperios. Hago testigo á Dios, „ al qual ella ha servido, y yo deseo servir, „ que no miento, ni de una parte, ni de otra; „ antes digo llana y lisamente lo que ella es, co- „ mo Christiano, de una Christiana; esto es „ que escribo la verdadera historia, y que sus „ vicios son las virtudes de otros." Quiere decir que las faltas de Santa Paula hubieran tenido lugar de virtudes en un alma menos perfecta: como verdaderamente vemos que hay acciones que son tenidas por imperfecciones en los que son perfectos, las quales antes serian tenidas por grandes perfecciones en los que son imperfectos. Es buena señal en un enfermo quando al salir de su enfermedad se le hinchan las piernas, porque lo tal arguye que la naturaleza ya reforzada despide los humores superfluos; pero esta misma señal seria mala en uno que no está enfermo, porque denotaria no hallarse naturaleza con bastantes fuerzas para disipar, y resolver los humores. Filotea mia, mucho nos conviene el tener buena opinion de aquellos á quienes vemos practicar las virtudes, aunque sea con imperfeccion, pues que los Santos mismos las han muchas veces practicado de esta suerte.

Pero quanto á nosotros nos conviene el tener cuenta de excitarnos, no solo fiel, pero prudentemente, y á este fin observar el aviso del Sabio de no aprobarnos en nuestra propia prudencia, sino en la de aquellos que Dios nos ha dado por conductores, y Padres espirituales.

Hay ciertas cosas que muchos tienen por virtudes, y que de ninguna manera lo son, de las quales es necesario diga algo. Estos son los éxtasis, ó raptos, las insensibilidades, impasibilidades, uniones deíficas, elevaciones, transformaciones, y otras tales perfecciones, de las quales tratan ciertos libros, los quales prometen levantar el alma hasta la contemplacion pura intelectual, á la aplicacion ensencial del espíritu, y vida supereminente. No ves tú, Filotea, que estas perfecciones no son virtudes, sino recompensas que Dios dá por las virtudes, ó (por mejor decir) vislumbres de las felicidades de la vida futura, las quales á veces se le figuran al hombre para hacerle desear los eternos bienes del Paraiso? Mas con todo esto no se han de pretender las tales gracias, pues no son de ninguna manera necesarias para el bien servir, y amar á Dios, lo qual debe ser nuestra única pretension; y muchas veces tambien no son gracias que no puedan adquirirse por el trabajo, é industria, vien-

do que son antes pasiones que acciones, las quales podemos recibir, mas no hacer en nosotros. Añado á esto, que nosotros no hemos intentado hacernos sino gente de bien, gente de devocion, hombres piadosos, y mugeres piadosas: causa por que nos conviene emplearnos bien en esto, que si Dios es servido de levantarnos hasta estas perfecciones angélicas, tambien seremos buenos Angeles; pero mientras las esperamos exercitémonos simple, humilde y devotamente en las pequeñas virtudes, cuya conquista nuestro Señor ha puesto en nuestro cuidado, y trabajo, como la paciencia, la mansedumbre, la mortificacion de corazon, la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la blandura para con el próximo, el llevar con paciencia sus imperfecciones, la diligencia, y santo fervor. Dexemos voluntariamente las sobreeminencias á las almas reelevadas; que nosotros no merecemos puesto tan alto en el servicio de Dios. No poco dichosos seremos en servirle en su cocina, en su panetería, en ser lacayos, y ganapanes, criados humildes; que despues le tocará (si le pareciere justo) el hacernos de su Cámara, y Consejo privado. Esto es así, Filotea, porque este Rey de gloria no recompensa sus criados segun la dignidad de los oficios que exercen, sino segun el

amor, y humildad con que los exercitan. Saul, buscando los jumentos de su padre, halló el Reyno de Israel. Rebeca, abrevando los Camellos de Abrahan, se hizo esposa de su hijo. Rut, espigando con los segadores de Booz, y echándose á sus pies, mereció ser su esposa. Y es cierto que las pretensiones tan levantadas de las cosas extraordinarias, estan por estremo sujetas á ilusiones, engaños, y falsedades: y sucede á veces que los que piensan ser Angeles, no son ni aun buenos hombres; y que en sus hechos hay mas grandeza en las palabras, y términos de que usan, que en el sentimiento, y obra. Mas no por eso se ha de menospreciar, ni censurar temerariamente nada; sino que dando gracias á Dios de la eminencia de los otros, nos quedemos humildes en nuestro camino, mas baxo, pero mas seguro; menos excelente, pero mas cómodo á nuestra insuficiencia, y pequeñez; en la qual si nos conservamos humilde y fielmente, Dios nos levantará á grandezas bien grandes.

CAPITULO III.

De la Paciencia.

Necesaria os es la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, gozeis la promesa

(dice el Apóstol); porque como pronunció el Salvador: *En vuestra paciencia poseereis vuestras almas.* Suma felicidad del hombre, Filotea, es el poseer su alma, y quanto mayor es la perfeccion de nuestra paciencia, tanto mas perfectamente poseemos nuestras almas. Menester hemos, pues, perficionarnos en esta virtud. Acuerdate muy á menudo como nuestro Señor nos ha salvado padeciendo, y sufriendo; y que de la misma manera debemos procurar nuestra salud con sufrimientos, y aflicciones, llevando las injurias, contradicciones, y desplaceres con la mayor mansedumbre que nos sea posible.

No limítes tu paciencia á tal, ó tal suerte, de injurias, y aflicciones; sino extiéndela universalmente á todas las que Dios te enviare, y permitiere. Hay unos que no quieren sufrir sino las tribulaciones honrosas: pongo por exemplo el ser heridos en la guerra, ser presos en la batalla, ser maltratados por la Religion, ó empobrecer por alguna pendencia, ó desafio, en el qual hayan quedado vencedores; y estos no aman la tribulacion, sino la honra, que ésta á su parecer les trae. El verdadero paciente, y siervo de Dios lleva igualmente las tribulaciones, así las que se juntan con la ignominia, como las honrosas. El ser menospreciado, reprehendido, y

acusado de los malos, facil le es de sufrir á un hombre animoso; pero el ser reprehendido, acusado, y maltratado de la gente de bien, de los amigos, y de los parientes, aquí es donde se conoce el verdadero siervo de Dios. Es mas de estimar la mansedumbre con que el Bienaventurado Cardenal Borromeo sufrió mucho tiempo las reprehensiones públicas que un gran Predicador contra él pronunciaba, que otras muchas molestias que de otros recibia; porque de la misma manera que las picaduras de las abejas dan mas pesadumbre que las de las moscas, de la misma manera el mal que se recibe de los buenos, y sus contradiciones, son mucho mas insoportables que las otras; y con todo esto sucede muchas veces que dos buenas intenciones sobre la diversidad de sus opiniones una á otra se persiguen, y contradicen.

Sé sufrida, no solo en lo principal de las afliccíones que te sobrevinieren, pero tambien en lo accesorio, y accidental que de ellas dependiere. Muchos querrian tener trabajos, con condicion que los tales no les traxesen incomodidad. No siento (dice uno) el haber empobrecido, si esto no me estorvára el servir, y regalár mis amigos, engrandecer mis hijos, y vivir honradamente, como yo deseára. Otro dirá: Nada se

me daria, si no fuese por ver que el mundo pensará haberme sucedido esto por mi falta. Otro sufrirá con mucha paciencia la detraccion del maldiciente, con condicion que nadie dé crédito al que de él murmura. Otros hay que querrian tener alguna incomodidad de trabajos segun su parecer, pero no por entero. No pierden la paciencia (dicen los tales) por verse enfermos, sino por verse sin dinero para poder regalarse, ó por ver la importunidad de los que les sirven, ó acompañan. Dígote, pues, Filotea, que conviene tener paciencia, no solo del estar enfermos, pero del ser de la enfermedad que Dios quiere, y con las incomodidades que quiere, y de la misma manera en las otras tribulaciones. Quando te viniere algun trabajo, oponle los remedios posibles, lícitos, y justos, porque hacer otra cosa seria tentar á su Divina Magestad; pero hecho esto, esperarás con una entera resignacion el efecto que mas á Dios agradáre. Si fuere servido que los remedios venzan el trabajo, darásle gracias con humildad; mas si fuere servido que el mal pueda mas que los remedios, conviene bendecirle con paciencia.

Sigue el parecer de San Gregorio. Quando justamente fueres acusado de alguna falta que hayas cometido, humíllate quanto puedas, con-

fesando mereces mas que la acusacion que te han hecho; y si la acusacion fuere falsa, escusaráste mansamente, negando el ser culpable, y esto por quanto debes esta reverencia á la verdad, y á la edificacion del próximo; pero tambien si despues de esta verdadera, y legítima escusa continúan en acusarte, de ninguna manera te alborotes, ni te canses en procurar sea recibida tu escusa, porque despues de haber dado á la verdad lo que debes, debes tambien dar lo mismo á la humildad, y de esta suerte no ofenderás al cuidado que debes tener de tu fama, ni á la aficion que debes á la tranquilidad, y mansedumbre de corazon, y humildad. Quéjate lo menos que pudieres de los agravios que hubieres recibido; pues es cosa cierta que ordinariamente quien se queja peca, por quanto el amor propio nos hace parecer las injurias mayores de lo que en sí son: y sobre todo te aconsejo no des tus quejas á personas fáciles á la indignacion, y malos pensamientos; que si fuere importante el quejarte á alguno, ó por remediar la ofensa, ó por quietar tu espíritu, será bien que esto sea á almas sosegadas, y devotas; porque de otra suerte, en lugar de aliviar tu corazon, le provocarán á mayores inquietudes, y en lugar de quitarte la espina que

te pica te la fixarán mas adentro del pie.

Muchos hallándose enfermos, afligidos, y ofendidos de alguno, no se ocupan sino en quejarse, y mostrar mucho melindre; y porque esto á su parecer (y es verdad) denotaria una gran falta de fuerzas, y generosidad, desean por estremo, y procuran con muchos artificios que todos se duelan de ellos, y les tengan mucha compasion, y estimen por no solo afligidos, pero pacientes, y animosos. Esto verdaderamente es paciencia, pero paciencia falsa, y que en efecto no es otra cosa sino una tácita, y fina ambicion, y vanidad. „Estos tales reciben gloria (dice el Apos„tol); mas no para con Dios." El verdadero paciente no llora su mal, ni desea que se le lloren; habla de él desnuda, verdadera, y simplemente, sin lamentarse, sin quejarse, y sin engrandecerle: y si se le lloran, sufre con paciencia que se le lloren, mas no que le lloren mal que no tiene; porque así declara modestamente, que no tiene el tal mal, y queda de esta suerte sosegado entre la verdad, y la paciencia, confesando su mal, y no quejándose de él.

En las contradiciones que te sobrevinieren en el exercicio de la devocion (porque estas no te faltarán) acuérdate de las palabras de nuestro Señor: „La muger mientras está de parto

„ tiene grandes congojas ; pero viendo su hi-„ jo ya nacido, las olvida, por quanto le ha na-„ cido en el mundo un hombre."

Así tú has concebido en tu alma el mas digno Hijo del mundo, el qual es Jesu-Christo; y quando éste, despues de bien formado, esté para salir á luz, no escusarás el sentirte del trabajo ; pero ten buen ánimo, porque de estos dolores pasados te quedará un eterno gozo, viendo has sacado á la luz del mundo tal hombre. Habrásle, pues, de todo sacado á luz para tí quando por entero le hayas formado en tu corazon, y en tus obras por imitacion de su vida.

Quando estuvieres enferma ofrece todos tus dolores, penas, y trabajos al servicio de nuestro Señor, y suplícale los junte á los tormentos que recibió por tí. Obedece al Médico: toma las medicinas, viandas, y otros remedios por amor de Dios, acordándote de la que él tomó por amor de nosotros: desea sanar para servirle, no rehuses el padecer por obedecerle, y disponte á morir, si de esto fuere servido, para que así puedas alabarle, y merezcas gozar de su presencia. Acuérdate que las abejas en tiempo que hacen la miel, comen, y se sustentan de un mantenimiento muy amargo, y que así nosotros no podemos hacer actos de mayor mansedumbre,

y paciencia, ni componer la miel de excelentes virtudes, sino mientras comemos el pan de amargura, y vivimos en medio de las afliciones; y como la miel que se hace de la flor del tomillo, yerba pequeña, y amarga, es la mejor de todas, así la virtud que se exercita en la amargura de las mas viles, baxas, y desechadas tribulaciones, es la mas excelente de todas.

Mira á menudo con los ojos interiores á Jesu-Christo crucificado, desnudo, blasfemado, calumniado, baldonado, y en fin, perseguido de todas suertes de enojos, de tristezas, y trabajos, y considera que todos tus sufrimientos ni en cantidad, ni en calidad son de ninguna manera de comparar con los suyos; y que jamas podrás sufrir nada por él, comparado á lo que él ha sufrido por tí.

Considera las penas que los Martyres sufrieron, y las que tantas personas sufren, mas pesadas sin ninguna comparacion que las en que tú estás, y dí: Ay de mí! mis trabajos son consuelos, y mis espinas rosas, en comparacion de los que sin socorro sin asistencia, y sin alivio viven en una continua muerte, perseguidos de afliciones infinitamente mayores.

CAPITULO IV.

De la humildad para lo interior.

Pide prestados (dice Eliseo á una pobre viuda) *muchos vasos vacios, y echa en ellos el olio.* Para recibir la gracia de Dios en nuestros corazones menester es tenerlos vacios de nuestra propia gloria. El cernícalo gritando, y mirando los páxaros de rapiña, los espanta por una propiedad, y virtud secreta, causa por que las palomas le aman mas que á todos los otros páxaros, viendo viven seguras en su compañia. Así la humildad rechaza á Satanas, y conserva en nosotros las gracias, y dones del Espíritu Santo: y por esto todos los Santos, y particularmente el Rey de los Santos, y su Madre Santa, han siempre honrado, y amado esta santa virtud mas que otra ninguna entre las morales.

Llamamos vana la gloria que nos atribuimos, ó por quanto no está en nosotros, ó porque está en nosotros sin ser nuestra, ó porque está en nosotros, y es nuestra, sin que por ella debamos gloriarnos. La nobleza del linage, el favor de los Grandes, la honra popular, todas estas son cosas que no estan en nosotros, sino en nuestros predecesores, ó en la estima de otros.

Hay algunos que se muestran fieros, y arrogantes porque se ven sobre un buen caballo, porque tienen un gran penacho en el sombrero, y por verse vestidos suntuosamente; ¿pero quién no ve esta locura? Porque si en esto cabe alguna gloria, la tal será del caballo, del páxaro, y del sastre. ¿Pues qué flaqueza de ánimo es el hacer estimacion de la que dá un caballo, una pluma, ó un vestido? Otros hacen caso, y aun se desvanecen, porque tienen el mostacho relevado, por la barba peynada, por los cabellos crespos, por las manos blancas, porque saben danzar, tocar, y cantar; ¿pero no son estos tales baxos de pensamientos, pues quieren fundar su valor, y apoyar su reputacion en cosas tan frívolas, y locas? Otros por un poco de ciencia quieren ser honrados, y respetados del mundo, como si todos hubiesen de ir á su escuela, y tenerlos por Maestros. Otros se estiran, y ensanchan en la consideracion de su hermosura, creyendo con ella llevar tras sí los ojos del mundo. Todo es en extremo vano, loco, é impertinente, y la gloria que se toma de tan flacos sugetos se llama vana, loca, y frívola.

Conócese el verdadero bien como el verdadero bálsamo. Hácese la prueba del bálsamo destilándole dentro del agua; y si va al fondo, y

hace asiento en lo baxo, es tenido por muy fino, y precioso. Así para conocer si un hombre es verdaderamente sabio, entendido, generoso, y noble se ha de mirar si sus bienes miran á la humildad, modestia, y sumision, porque entónces serán verdaderos bienes; pero si quieren mostrarse, y andar siempre por lo alto, serán bienes tanto menos verdaderos quanto serán mas aparentes. Las perlas que se congelan, y crian al viento, y ruido de los truenos, tienen lo exterior de perla, y lo interior vacio. Así las virtudes, y hermosas calidades de los hombres que se crian, y viven en altivez, soberbia, y vanidad, no tienen sino una simple apariencia de bien, sin xugo, sin médula, y sin solidez.

Las honras, los puestos, las dignidades, son como el azafran, que se mejora, y crece con mas abundancia quando le pisan con los pies. No es honra el ser hermosos quando desvanecidos nos miramos. La hermosura para tener buena gracia ha de ser menospreciada. La ciencia nos deshonra quando nos hincha, desvaneco, y dá en charlataneria.

Si somos puntuosos por los puestos, por las cortesias, ó por los títulos, fuera de que exponemos nuestras calidades al exâmen, á la inquisicion, y á la contradicion, las volvemos viles, y

abatidas; porque la honra, quando es recibida en don, es por extremo hermosa; pero hacese vil quando es buscada, y perdida. Quando el pavon para mirarse hace su rueda levantando sus hermosas plumas, lleva con ellas todas las demas, hasta que muestra lo disforme, y feo. Las flores que plantadas en tierra son hermosas, se marchitan quando se manosean; y como los que huelen la mandrágora de lejos, y de paso, reciben mucha suavidad, y al contrario los que la huelen de cerca, y de asiento se adormecen, y desmayan; así las honras traen un pequeño consuelo al que goza de su olor desde lejos, y de paso, sin divertirse, ni embebecerse; pero al que por extremo de ellas se aficiona, y con extremo las procura, son por extremo reprehensibles, y vituperables.

El seguimiento, y amor de la virtud comienza á hacernos virtuosos; pero el seguimiento, y amor de las honras comienza á hacernos dignos de menosprecio, y vituperio. Los ánimos nobles no se embarazan en tan rateros pensamientos, como es reparar en los puestos, salutaciones, y otros puntillos, porque piensan en cosas mas sólidas, y mayores; y así esto solo toca á los ánimos mas apocados. Los que pueden alcanzar perlas, no se carguen de caracolilos, ni conchuelas; y los

que pretenden la virtud, no se desvelen por las honras. Qualquiera puede ocupar su puesto, y mostrarse en él sin violar la humildad, con tal que esto sea sin que cueste inquietud, ni cuidado, porque como los que vienen del Perú, fuera del oro, y plata que sacan, traen tambien ximios, y papagayos, tanto por el barato precio con que los compran, como por lo poco que les carga los baxeles; así los que pretenden la virtud, no dexan de tomar los puestos, y honras que les son debidas; pero no costándoles mucha atencion, y cuidado, ni admitiendo ningun desasosiego, inquietud, disputa, ni contencion. Y esto no se entiende con aquellos, cuya dignidad mira el público, ni de ciertas ocasiones particulares que causarian una grande conseqüencia; porque en tal caso conviene que cada uno conserve lo que le toca; con tal prudencia, y discrecion, que vaya acompañada de caridad, y cortesia.

CAPITULO V.

De la humildad mas interior.

Bien sé, Filotea, que desearás te conduzca mas adelante en la humildad, porque lo que de ella hasta aquí he tratado, antes se puede llamar

sabiduria que humildad. Ahora pues, quiero pasar adelante. Muchos no quieren, ni osan pensar, ni considerar las gracias que Dios les ha hecho en particular, temerosos de desvanecerse, y vanagloriarse, en lo qual se engañan; porque como dice el gran Doctor Angélico, el verdadero modo de alcanzar el amor de Dios es la consideracion de sus bienes recibidos, porque quanto mas los conozcamos, tanto mas le amarémos; y como los beneficios particulares mueven mas que los comunes, así deben tambien ser considerados con mas atencion. Es cierto que nada puede humillarnos tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus bienes recibidos; ni nada podrá humillarnos tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades. Considerémos, pues, lo que él ha hecho por nosotros, y lo que nosotros habemos hecho contra él, y como considerháremos por menudo nuestros pecados, considerémos tambien por menudo sus gracias. Y no se ha de temer que el conocimiento de los bienes que ha puesto en nosotros ha de hincharnos, con condicion que notemos esta verdad; y es, que lo que hay bueno en nosotros no es nuestro: si no, dime, ¿los mulos dexan de ser torpes, y hediondas bestias porque esten cargados de olores, y muebles preciosos

del Príncipe? *¿Qué tenemos nosotros bueno, que no lo hayamos recibido? y si lo hemos recibido, ¿por qué nos queremos ensoberbecer?* Al contrario la viva consideracion de las gracias recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si viendo las gracias que Dios nos ha hecho, nos llegase á inquietar alguna suerte de vanidad, el remedio infalible será acogernos á la consideracion de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones, y de nuestras miserias. Si consideramos lo que habemos hecho quando Dios no ha estado con nosotros, conocerémos claro que lo que hacemos quando está con nosotros, no es de nuestra cosecha. Alegrarémonos, pues, y regocijarémonos en la consideracion de los bienes recibidos; pero darémos á solo Dios las gracias por quanto es el Autor.

Así la Santa Virgen confiesa que Dios obró en ella cosas maravillosas; pero no fue sino por humillarse, y engrandecer á Dios. *Alma mia* (dice), *engrandece al Señor, por quanto ha hecho en mí cosas grandes.*

Decimos muchas veces que no somos nada, que somos la misma miseria, y la basura del mundo; pero no poco sentiriamos que nos tomasen la palabra, y que nos publicasen tales quales nos

llamamos. Y al contrario fingimos escondernos, y huirnos para dar mejor lugar á que nos busquen, y pregunten por nosotros. Damos á entender que gustamos de ser los postreros, y asentarnos á los pies de la mesa, para que nos den la cabecera. La verdadera humildad no procura dar aparentes muestras de serlo, ni gasta muchas palabras de humildad; porque esta no solo desea esconder las otras virtudes, pero tambien, y principalmente procura esconderse á sí misma; y si le fuese permitido mentir, fingir, ó escandalizar el próximo, produciria acciones de arrogancia, y fiereza, para debaxo de ellas mejor encubrirse. Este es mi parecer, Filotea: ó no digamos palabras de humildad, ó digámoslas con un verdadero sentimiento interior, conforme á lo que exteriormente pronunciamos: no baxemos nunca los ojos, sino humillando nuestros corazones: no demos á entender querer ser los postreros, si es que deseamos ser los primeros. Tengo, pues esta regla por tan general, que no tiene alguna excepcion: solo diré que la buena crianza requiere que á veces ofrezcamos los mejores lugares á los que manifiestamente sabemos no han de tomarlos; lo qual no por esto es doblez, ni falsedad de humildad, porque en tal caso el solo ofrecimiento de ventaja es un principio de

honra; y pues no se le puede dar por entero, no es mal hecho darle alguna parte. Lo mismo digo de algunas palabras de honra, ó de respeto, que en rigor no parecen verdaderas; pero sonlo con todo esto bastantemente, con que el corazon del que las pronuncia tenga una verdadera intencion de honrar, y respetar al que las dice: porque aunque las palabras significan con algun exceso aquello que decimos, no por eso hacemos mal en emplearlas quando el uso comun lo requiere. Verdad es que tambien querria se juntasen las palabras á nuestros corazones lo mas que fuese posible, para seguir en todo, y por todo la simplicidad, y pureza cordial. El hombre verdaderamente humilde querria mas que otro dixese de él que es un miserable, que es un nada, y que no vale nada, que no decirlo él mismo: por lo menos, si sabe que lo dicen, no lo contradice, sino lo sufre de buena gana, porque creyendo firmemente lo tal, se huelga que sigan su opinion. Muchos dicen que dexan la oracion mental para los perfectos, y que ellos no son dignos de hacerla. Otros protestan que no osan comulgar á menudo por no hallarse bastantemente limpios. Otros temen de ofender á la devocion si se meten con ella, por causa de su grande miseria, y fragilidad; y otros rehusan emplear

su talento en el servicio de Dios, y su próximo, por quanto (dicen los tales) que conocen su flaqueza, y que tienen miedo de ensoberbecerse si son instrumentos de algun bien, y que enseñando á los otros, ellos se pierden. Todo esto no es sino artificio, y una suerte de humildad, no solo falsa, pero maligna; por lo qual quieren tácita y sutilmente despreciar las cosas divinas, y cubrir con un pretexto de humildad el amor propio de su opinion, de su humor, y de su pereza.

Pide á Dios una señal arriba en el Cielo, ó abaxo en el profundo del mar, dice el Profeta al desventurado Achaz; y respondió: *No, no la pediré, y no tentaré al Señor*. Malignidad grande hace semblante de una extremada reverencia para con Dios, y con cubierta de humildad se escusa de aspirar á la gracia á que su divina bondad le llama; pero este tal no ve que quando Dios nos quiere gratificar, es arrogancia el no admitir. Que los dones de Dios nos obligan á recibirlos, y que es humildad el obedecer, y seguir sus deseos con la puntualidad posible. El deseo de Dios es que seamos perfectos, uniéndonos con él imitándole lo mas que podamos. El soberbio tiene bien ocasion de no osar intentar nada; pero el humilde es tanto mas animoso, quanto se conoce mas incapaz; y quanto mas se

su muger le reprehendió como de una locura, no por eso mostró sentimiento viéndose despreciado; antes, perseverando en la natural, y verdadera representacion de su alegria, daba testimonio de su contento en recibir por su Dios un poco de menosprecio. En seguimiento de lo qual te diré, que si por las acciones de una verdadera; y natural devocion te tuvieren por vil, abatida, y loca, la humildad hará te alegres con tan dichoso oprobrio, la causa del qual no está en tí, sino en los que lo hacen.

CAPITULO VI.

Que la humildad nos hace amar nuestro propio desprecio.

Pasando, pues, mas adelante, te digo, Filotea, que en todo, y por todo ames tu propio desprecio. Pero sin duda me preguntarás lo que quiere decir *amar su propio desprecio*. En latin *desprecio* quiere decir *humildad*; y *humildad* quiere decir *desprecio*. Así que quando nuestra Señora en su sagrado Cántico dice que por quanto nuestro Señor ha visto la humildad de su sierva, todas las generaciones la llamarán Bienaventurada; quiere decir que nuestro Señor ha mirado de buena gana su desprecio, vileza, y ba-

xeza, para colmarlas de gracias, y favores. Diferencia hay con todo esto entre la virtud de la humildad, y el desprecio: porque el desprecio es la pequeñeza, y vileza que está en nosotros, sin que lo tal pensemos; pero quanto á la virtud de la humildad, es el verdadero conocimiento, y voluntario reconocimiento de nuestro desprecio. El principal punto, pues, de esta humildad consiste en no solo reconocer voluntariamente nuestro desprecio, sino en amarle, y esto no por falta de ánimo, y generosidad, sino por exâltar tanto la Magestad Divina, y estimar mucho mas al próximo que á nosotros mismos. Esto, pues, Filotea, te exhorto; y para que mejor lo entiendas, sabe que entre los males que sufrimos, los unos son despreciados, y los otros honrosos: muchos se acomodan á los honrosos: pero casi ninguno se acomoda á los despreciados. Mira un devoto Ermitaño, roto, y friolento, que todos honran su hábito pobre, con compasion de su sufrimiento; pero si un pobre oficial, un pobre hidalgo, ó una pobre señora, padecen lo mismo, serán antes despreciados, y escarnecidos. Ves aquí, pues, como su pobreza es despreciada. Un religioso recibe devotamente una áspera censura de su Superior, ó un hijo de su padre á que llamarán todos mortificacion, obedien-

cia, y sabiduria. Sufrirán tambien lo mismo de alguno un caballero, y una dama; lo qual, si acaso sufren por amor de Diós, todos lo llamarán cobardia, y pusilanimidad. Ves aquí, pues otro mal despreciado. Una persona tiene un zaratan, ó cancer en un brazo: otra le tiene en la cara. El primero no tiene sino el mal; pero el segundo tiene con el mal el menosprecio, el desden, y la abyeccion. Digo, pues, ahora, que no sólo se ha de amar el mal (lo qual se hace por la virtud de la paciencia) sino tambien la abyeccion, ó menosprecio, lo qual se hace por la virtud de la humildad.

Hay tambien virtudes desechadas, y virtudes honrosas: la paciencia, la mansedumbre, la simplicidad, y la humildad son virtudes que los mundanos tienen por viles, y despreciadas; y al contrario estiman mucho la prudencia, la valentia, y la liberalidad. Tambien hay acciones de una misma virtud, y las vanas son menospreciadas, y las otras honradas. Dar limosna, y perdonar las ofensas, son dos acciones de caridad: la primera es honrada de qualquiera, y la otra menospreciada á los ojos del mundo. Un mozo, ó una doncella, que no se dexáre llevar de la persuasion de los que desregladamente se dan á las conversaciones, juegos, danzas, banquetes, y

vestidos superfluos, será mormurada; y censurada de los otros, y su modestia será llamada, ó hypocresia, ó afectacion. Amar esto, es amar su desprecio. Daréte otro exemplo: pongamos caso que vamos á visitar los enfermos: si me envian al mas miserable, me será un desprecio segun el mundo, por lo qual le amaré. Si me envian á los de mas calidad, seráme tambien un desprecio segun el espíritu, por quanto no hay tanta virtud, y merecimiento; y así amaré tambien este desprecio. Cayendo en la calle, fuera del mal, se cae en vergüenza: este desprecio tambien debe amarse. Hay tambien faltas, en las quales no hay ningun mal, sino la sola abyeccion, ú desprecio, y la humildad no obstante no permite que expresamente se hagan; pero mandándonos que no nos inquietemos quando las hubiéremos cometido. Estas son ciertas locuras, descortesías, é inadvertencias; las quales, así como se han de procurar evitar antes que se hagan por obedecer la cortesía, y prudencia; así debemos tambien llevar con paciencia, y amar la abyeccion que cometidas, de ellas resultáre, para mejor seguir así la santa humildad: Diréte aun mas; Si acaso me he desreglado por cólera, ó disolucion en palabras licenciosas, é indecentes, con las quales he ofendido á Dios, y al próxi-

mo, arrepentiréme vivamente, sintiendo en extremo la ofensa, la qual procuraré reparar lo mejor que me sea posible, pero no por eso debo aborrecer la abyeccion, y menosprecio que me resultáre; y si se pudiese separar lo uno de lo otro, yo desviaria de mí el pecado, y guardaria humilde la abyeccion.

Pero aunque amamos la abyeccion que se sigue del mal, no por eso se ha de dexar de remediar el mal que la ha causado, por medios propios, y legítimos, y principalmente quando el mal es de conseqüencia. Si yo tengo en la cara alguna ocasion de desprecio, procuraré la cura; pero no el olvido del desprecio, el qual he recibido. Si hubiere hecho alguna locura que no ofenda á persona, no me escusaré de ella, por quanto aunque esta tal es una falta, visto que no es permanente, no será el escusarme sino por evitar la abyeccion que de ella me queda: cosa que la humildad no puede permitir. Mas si por descuido, ó locura he ofendido, ó escandalizado á alguno, repararé la ofensa con alguna verdadera escusa; y esto por quanto el mal es permanente, y que la caridad me obliga á quitarle. Sucede tambien algunas veces que la caridad requiere que remediemos la abyeccion por el bien del próximo, al qual es necesaria nuestra

reputacion; pero en tal caso, luego que quitemos la abyeccion delante de los ojos del próximo, conviene que la cerremos, y escondamos dentro de nuestro corazon, para que se edifique. Pero querrás sin duda, Filotea, saber quáles son las mejores abyecciones. Á que te digo, que las mas provechosas al alma, y agradables á Dios, son las que nos vienen por accidentes, ó por el estado de nuestra vida; esto por quanto no las habemos escogido, sino recibido tales quales Dios nos las ha enviado, cuya eleccion es siempre mejor que la nuestra: que si fuese necesario escoger, las mayores son las mejores; y aquellas son llamadas mayores, que son mas contrarias á nuestras inclinaciones, como sean conformes á nuestro estado; porque (acabando con esto) nuestra eleccion gasta, y disminuye casi todas nuestras virtudes. Quién nos dará gracia para decir con el gran Rey: *Yo he escogido el ser menospreciado en la Casa de Dios, antes que el habitar en los tabernáculos de los pecadores.* Nadie puede, querida Filotea, sino aquel que para exâltarnos vivió, y murió; de suerte, que fue el oprobio de los hombres, y la abyeccion del pueblo. Muchas cosas te he dicho, que considerándolas, te parecerán ásperas; pero creeme que practicándolas te serán mas que el azucar, y miel dulces.

CAPITULO VII.

Cómo se ha de conservar la buena fama, practicando la humildad.

La alabanza, la honra, y la gloria no se dan á los hombres por una simple virtud, sino por alguna virtud excelente; porque por la alabanza procuramos persuadir á los otros la estimacion de la excelencia de algunos: por la honra protestamos estimarla nosotros mismos; y la gloria no es otra cosa (á mi parecer) sino un cierto hijo de la reputacion, el qual nace del ayuntamiento de muchas alabanzas y honras: de manera que las honras y alabanzas son como piedras preciosas, de cuya junta se muestra, y sale la gloria, como un esmalte. No pudiendo, pues, la humildad sufrir que tengamos alguna opinion de aventajar, ó ser preferidos á los otros, no puede tampoco permitir que busquemos, ni procuremos la alabanza, la honra, ni la gloria, las quales cosas son debidas á la sola excelencia. Es verdad con todo eso que nos consiente lo que nos amonesta el Sabio, que es tener cuenta con nuestra fama, por quanto la buena fama es la estimacion, no de alguna excelencia, sino solamente una simple, y comun integridad de vida; la

qual la humildad no estorva que reconozcamos en nosotros mismos, ni por conseqüente que deseemos la reputacion. Es verdad que la humildad menospreciaria la fama, si la caridad no la hubiese menester; mas por quanto es uno de los fundamentos de la comunicacion humana, y que sin ella somos, no solo inútiles, pero dañosos al público, por causa del escándalo que recibe, la caridad manda, y la humildad tiene por bien que la deseemos, y conservemos precisamente.

Fuera de esto, así como las hojas de los árboles, que de suyo no son de estima, sirven con todo esto de mucho, no solo para hermosearlos, sino tambien para conservar los frutos, mientras estan tiernos; así tambien la buena fama, que de sí misma no es cosa que con ahinco deba desearse, no dexa por eso de ser muy util, no solo para el adorno de nuestra vida, pero tambien para la conservacion de nuestras virtudes, y principalmente de las virtudes tiernas, y débiles. La obligacion de mantener nuestra reputacion, y de ser tales quales nos estiman, despierta un ánimo generoso á una poderosa, y dulce violencia. Conservemos nuestras virtudes, querida Filotea, por quanto estas son agradables á Dios, principal, y soberano objeto de todas nuestras acciones. Mas como los que quieren guardar los fru-

tos no se contentan con solo confitarlos, sino que los ponen en vasos propios á su conservacion; así tambien, aunque el amor divino sea el principal conservador de nuestras virtudes podemos tambien emplear la buena fama, como muy propia, y util á este fin.

No por esto debemos mostrarnos muy fogosos, exâctos, y puntuosos en esta conservacion; porque los que son tan delicados, y cosquillosos por su reputacion parecen á los que por qualquier suerte de achaque toman medicinas, los quales, pensando conservar la salud, la estragan del todo. Así es que otros, queriendo mantener con tanta puntualidad su reputacion, vienen enteramente á perderla; porque por esta delicadeza se hacen enojosos, aborrecibles, é insoportables, y provocan la malicia de los maldicientes.

La disimulacion, y menosprecio de la injuria, y calumnia, es de ordinario un remedio mas saludable que el sentimiento, la porfia, y la venganza. El menosprecio los hace desmayar; mas si se recibe enojo, parece proceder del sentimiento de injuria justa. Los cocodrilos no dañan sino á los que los temen; ni tampoco la murmuracion, sino á los que por ella se penan, y fatigan.

El miedo excesivo de perder la fama mues-

tra una grande desconfianza del fundamento de ella, que es la verdad de una buena vida. Las Villas que tienen puentes de madera, están expuestas á que qualquier suerte de avenidas las rompa, y lleve tras sí; pero las que las tienen de piedra, viven seguras, y sin miedo, sino es de algunas extraordinarias crecientes. Así los que tienen un alma verdaderamente christiana, desprecian de ordinario los rebatos, y ofensas de las lenguas injuriosas; mas los que se sienten débiles, y flacos, del menor chisme se inquietan, y alborotan. Creeme, Filotea, que quien quiere tener reputacion con todos, la pierde con todos; y merece perder la honra aquel que quiere tomar la de aquellos á quienes los vicios hacen verdaderamente infames, y deshonrados.

La reputacion no es sino como una señal, la qual muestra dónde aloja la virtud. La virtud, pues, debe en todo, y por todo ser preferida. Dirá á veces el maldiciente que eres un hypócrita, porque ve que te das á la devocion: y si el tal te tuviere por hombre de poco ánimo porque perdonaste la injuria, búrlate de todo esto; porque fuera de que tales juicios son siempre de necias, y locas gentes, quando se deberia perder la fama, no se deberia dexar la virtud, ni apartarse de su camino, por quanto siempre

se ha de preferir el fruto á las hojas; esto es, el bien interior, y el espiritual á todos los bienes exteriores. Bien es que seamos zelosos, pero no idólatras de nuestra fama: y así como no se debe ofender el ojo de los buenos, así tambien no se ha de querer contentar el de los malos. La barba le sirve al hombre de adorno, y el cabello á la muger. Si se desarrayga, y arranca del todo el pelo de la barba, y el cabello de la cabeza, facilmente podria no volver jamas; pero si solamente se corta, poco despues saldrá con mas abundancia, mas fuerte, y espeso. De la misma manera, aunque la fama se vea mordida, y cercenada de la lengua de los maldicientes, que es (dice David) *como una navaja afilada*, no por esto debemos inquietarnos, porque bien presto tornará á crecer, y á mostrarse, no solo tan hermosa como de antes, pero mas sólida, y maciza; que si nuestros vicios, nuestra floxedad, y nuestra mala vida nos quita la reputacion, será muy posible no volverla á cobrar jamas, por quanto queda arrancada la raiz. La raiz, pues, de la fama es la bondad, la qual mientras estuviere en nosotros, puede siempre producir la honra que le es debida.

Hase, pues, de dexar la vana conversacion, el uso inútil, la amistad frívola, el trato aloca-

do, si es que daña á la fama, porque la fama, vale mas que toda suerte de vanos contentos. Mas si por el exercicio de piedad, por el adelantamiento en la devocion, y buen pasage al bien eterno, murmuran, fisgan ó calumnian, dexemos ladrar los mastines; porque si pueden sembrar alguna mala opinion contra nuestra reputacion, y por este medio cortar, y arrestrar los cabellos, y la barba de nuestra fama, importará poco, porque bien presto tornará á renacer, y la navaja de la murmuracion servirá á nuestra honra como la podadera á la viña, que la hace abundar, y multiplicar en fruto.

Tengamos siempre los ojos puestos en Jesu-Christo crucificado: caminemos en su servicio con confianza, y simplicidad; pero sabia y discretamente. Él será el protector de nuestra fama; y si él permite que la perdamos, será para volvernos otra mejor, ó para hacernos aprovechar en la santa humildad, de la qual una sola onza vale mas que mil libras de honras. Si nos injuriaren injustamente, opongamos apaciblemente la verdad á la calumnia: y si perseverarén, perseverarémos tambien nosotros en humillarnos; y poniendo de esta suerte nuestra reputacion con nuestra alma en las manos de Dios, no podremos asegurarla mejor. Sirvamos á Dios

por la buena ó mala fama, á exemplo de San Pablo, porque podamos decir con David: *¡O Dios mio! por vos es que yo he sufrido el oprobrio, y que la confusion ha cubierto mi rostro.*

Con todo esto no dexe de hacer excepcion de ciertas maldades tan atroces, é infames, que ninguno debe sufrir la calumnia quando justamente puede rechazarla, ni ciertas personas, de cuya buena reputacion depende la edificacion de muchos; porque en semejantes casos se debe pretender la reputacion contra el agravio recibido, siguiendo en esto el parecer de los Teologos.

CAPITULO VIII.

De la mansedumbre para con el próximo, y remedio contra la ira.

El santo crisma, del qual por tradicion Apostólica usan en la Iglesia de Dios para las confirmaciones y bendiciones, es compuesto de olio de oliva, mezclado con bálsamo, que representan entre otras cosas, las dos caras, y muy amadas virtudes, que resplandecen en la Sagrada Persona de nuestro Señor, las quales nos ha singularmente encomendado, como si por ellas nuestro corazon debiera especialmente estar consagra-

do á su servicio, y aplicado á su imitacion. *Aprended de mí* (dice) *que soy manso, y humilde de corazon.* La humildad nos perficiona para con Dios, y la mansedumbre para con el próximo. El bálsamo, que (como he dicho arriba) toma siempre el fondo entre todos los otros licores, representa la humildad; y el olio de oliva, que toma lo alto, representa la apacibilidad, y mansedumbre, la qual excede todas las cosas, y sale entre las otras virtudes, como quien es la flor de la caridad; la qual (segun San Bernardo) está en su perfeccion quando no solo es paciente, sino quando fuera de esto es mansa, y apacible. Pero advierte, Filotea, que este crisma mystico, compuesto de mansedumbre, y humildad, esté dentro de tu corazon, porque es uno de los mayores artificios del enemigo el hacer que muchos se embaracen en las palabras, y apariencias exteriores de estas dos virtudes; y no exâminando bien sus aficiones interiores, piensan ser humildes, y mansos, no siéndolo de ninguna manera en efecto; lo qual se conoce por quanto no obstante su ceremoniosa mansedumbre, y humildad, á la menor palabra que ligeramente les dicen, á la menor injuria que reciben, se sacuden, y saltan con una arrogancia insufrible. Dicen que los que han tomado el preservativo

que comunmente llaman el betún de San Pablo, no se hinchan estando mordidos, y picados de la víbora, con tal que el betún sea del fino. De la misma manera quando la humildad, y la mansedumbre son buenas, y verdaderas nos defiende de la hinchazon, y ardor que las injurias suelen provocar en nuestros corazones. Y si hallándonos picados, y mordidos de los maldicientes, y enemigos, nos hinchamos, embravecemos, y amostazamos, es señal clara que nuestra humildad, y mansedumbre no son finas, y verdaderas, sino artificiosas, y aparentes.

Aquel santo, é ilustre Patriarca Joseph, enviando sus hermanos de Egypto á la casa de su padre, les dió este solo aviso: *No os enojeis en el camino.* Lo mismo te digo yo, Filotea: esta miserable vida no es sino un camino para la otra bienaventurada: no nos enojemos, pues, en el camino los unos con los otros: caminemos con la tropa de nuestros hermanos, y compañeros, dulce, amigable y apaciblemente. Y mas te digo, que de ninguna manera te enojes, si fuere posible, ni abras la puerta de tu corazon á ningun enojado pensamiento; porque dice Santiago: *La ira del hombre no obra la justicia de Dios.* Hase de resistir el mal, y reprimir los vicios de los que tenemos á cargo, constante y valientemen-

te; pero suave y apaciblemente. Nada aplaca tanto al elefante airado como la vista de un corderillo; y nada rompe tan fácilmente la fuerza de la artillería como la lana. No se estima tanto la correccion que procede de pasion, aunque acompañada de razon, como la que no tiene otro origen, sino la razon sola; porque el alma racional, estando naturalmente sujeta á la razon, no está sujeta á la pasion, sino por tyranía, y así por esto, quando la razon está acompañada de pasion, se hace odiosa, siendo su justa dominacion apocada, y abatida por la compañia de la tyranía. Los Príncipes honran, y consuelan infinito los pueblos quando los visitan con séquito de paz; pero quando traen estruendo de armas, aunque sea por el bien público, son siempre sus venidas desagradables, y dañosas, por quanto aunque hagan exâctamente observar la disciplina militar entre los Soldados, no por eso pueden tanto, que no haya siempre algun desórden, el qual disminuye el buen nombre. De la misma manera mientras la razon reyna, y apaciblemente exercita los castigos, correcciones, y reprehensiones, aunque esto sea rigurosa y exâctamente, todos la aman, y la aprueban; pero quando trae consigo la ira, la cólera, y el enojo, que son (dice San Agustin) sus soldados, se hace mas espan-

tosa que amable, y su propio corazon queda ofendido, y maltratado. Mejor es (dice el mismo Santo escribiendo á Profuturo) el rehusar la entrada á la ira cabal y justa, que el recibirla, por pequeña que sea; porque recibiéndola, es trabajoso el despedirla, por quanto se entra como un pequeño pimpollo, y en un instante se hincha, y engrosece; que si llega á ganar la noche, y el sol se acuesta sobre nuestra ira (lo qual el Apostol defiende), convirtiéndose en odio, y rencor, apenas hay remedio de desecharla, por quanto se cria de mil falsas persuasiones; y un hombre enojado no piensa nunca que su enojo es injusto. Mejor es, pues, el procurar saber vivir sin cólera, que el querer usar de ella moderada y sabiamente; y quando por imperfeccion, ó flaqueza nos hallamos arrebatados de ella, es mejor el rechazarla con presteza, que detenerla un solo punto en nuestro corazon; porque por poco espacio que la den de asiento, se hace dueño del lugar, y hace como la serpiente, que tira fácilmente todo su cuerpo donde puede poner la cabeza. Pero cómo la rechazaré yo? me dirás tú. Es menester, mi Filotea, que al primer toque suyo, que sientas en tí, juntes prontamente tus fuerzas, no áspera ni impetuosamente, sino suavemente; porque como vemos en las Audien-

cias de muchos Senados, y Parlamentos que los Ugieres gritando: Silencio, hacen mas ruido que aquellos á quien pretenden hacer callar; tambien sucede muchas veces que queriendo con ímpetu reprimir nuestra cólera, levantamos mas alboroto en nuestro corazon, que ella pudiera haber hecho; y hallándose así el corazon alborotado, no puede mas ser dueño de sí mismo.

Despues de este suave esfuerzo practicarás el aviso que San Agustin, ya viejo, daba al joven Obispo Ansilio. *Haz* (le dice) *lo que un hombre debe hacer:* que si te sucede lo que el hombre de Dios dice en el Psalmo: *Mi ojo está turbado de gran cólera*, acude á Dios, diciendo: *Ten misericordia de mí, Señor;* porque estienda su diestra, y reprima tu enojo. Dígote, pues, que es menester invocar el socorro de Dios quando nos vemos asaltados de cólera, á imitacion de los Apóstoles atormentados del viento, y borasca en medio de las aguas, porque él mandará á nuestras pasiones que cesen, y la tranquilidad estendiéndose traerá bonanza. Pero con todo esto te advierto, que la oracion que se hace contra la cólera presente, de quien te hallas oprimido, debe practicarse suave y mansamente, y no con violencia; lo qual se ha de observar en todos los remedios que se practican contra este mal.

Con esto, luego que percibas haber caido en algun acto de cólora, repara la falta con un acto de suavidad prontamente exercitada con la persona con quien te encolerizaste: porque de la misma manera que es un soberano remedio contra la mentira el desdecirse luego que se ha cometido; así tambien es un buen remedio contra la cólera el repararla luego con un acto contrario de suavidad; porque (como dicen) las llagas frescas son mas fáciles de remedio.

Fuera de esto, quando te hallares con tranquilidad, y sin ningun sugeto de cólera, haz grande provision de suavidad, y mansedumbre, diciendo todas tus palabras, y haciendo todas tus acciones, pequeñas, ó grandes, en el mas apacible modo que te sea posible, acordándote que la Esposa en el Cántico de los Cánticos no sólo tiene la miel en sus labios, y en la punta de su lengua, sino que tambien la tienen debaxo de la lengua quiero, decir, dentro del pecho: y no solo hay miel, sino tambien leche, porque tambien no solo se ha de tener la palabra dulce para con el próximo, sino tambien todo el pecho; esto es, todo lo interior de nuestra alma; y asimismo no solo se debe tener la dulzura, y suavidad de la miel, que es aromática, y odorífera (esto es, la suavidad de la conservacion civil

con los extrangeros), sino tambien la dulzura de la leche entre los domésticos, y vecinos cercanos, en lo qual muchos yerran grandemente, pues en la calle parecen Angeles, y en casa demonios.

CAPITULO IX.

De la suavidad para con nosotros mismos.

Una de las buenas practicas, que podemos hacer de la suavidad, es aquella de la qual el sugeto está en nosotros no amohinandonos jamas contra nosotros mismos, ni contra nuestras imperfecciones; porque aunque la razon quiere que quando caemos en faltas, nos mostremos pesarosos, y tristes, no por eso debemos admitir un pesar agrio, mohino, enfadoso, y colérico; en lo qual hacen una gran falta muchos, que hallándose coléricos, se enojan de haberse enojado, se amohinan de haberse amohinado, y tienen enfado de haberse enfadado, porque por este medio tienen su corazon embebido, y empapado en la cólera; y asimismo parece que la segunda cólera arruina la primera, y no obstante sirve de abertura, y paso para una nueva cólera en la primera ocasion que se presente. Fuera de que aquella cólera, y mohina que toman consigo mismos, pro-

cede de manifiesta soberbia, y no tiene origen sino del amor propio, el qual se alborota, é inquieta viéndonos imperfectos. Menester es, pues, tener de nuestras faltas un pesar modesto, sosegado, y firme, porque de la misma manera que un Juez castiga mucho mejor los malos dando sus sentencias por razon, y espíritu sosegado, que no quando las dá por ímpetu, y pasion (por quanto castigando con pasion, no castiga las faltas segun ellas son sino segun es él mismo); así nosotros castigamos mucho mejor nuestras faltas con arrepentimientos sosegados, y constantes, que con arrepentimientos agrios, apretados, y coléricos; porque estos arrepentimientos, hechos con ímpetu, no se hacen segun la gravedad de nuestras faltas, sino segun nuestras inclinaciones. Por exemplo: aquel que ama la castidad, sentirá con grandísimo extremo la menor falta que contra ella cometa; y no hará sino reirse de la mayor mormuracion en que cayga. Al contrario, aquel que aborrece la mormuracion, se atormentará por haber caido en la menor detraccion, y no hará caso de una gran falta contra la castidad; lo qual no sucede por otra causa sino porque los tales no hacen el juicio de su conciencia por razon, sino por pasion.

Créeme, Filotea, que de la misma manera

que las amonestaciones de un padre, hechas suave y cordialmente, tienen mas fuerza para corregir un hijo, que la demasiada cólera, y enojo; así quando nuestro corazon habrá hecho alguna falta, si le reprehendemos con amonestaciones suaves, y sosegadas, teniendo mas compasion de él, que pasion contra él, animándole á la enmienda, el arrepentimiento que concebirá, tomará mas raizes, y le penetrará mejor que lo haria por un arrepentimiento enojoso, arrebatado, y tempestuoso.

Quanto á mí, si yo tuviese (por exemplo) gran deseo de no caer en el vicio de la vanidad, y que no obstante esto hubiese grandemente caido en él, no por eso querria reprehender mi corazon de esta manera: ¿No eres tú, miserable, y abominable, quien despues de tantas resoluciones te has dexado llevar de esta vanidad? Muere de vergüenza: no levantes mas los ojos al Cielo, ciego, imprudente, traidor, y desleal á tu Dios; sino antes querria corregirle por razon, y via de compasion, diciendole: Ahora bien, pobre corazon mio, vesnos aquí caidos dentro del foso, del qual tantas veces habiamos resuelto el escaparnos. Ah pobres de nosotros! Levantemonos, y huyámosle el cuerpo para siempre: reclamemos la misericordia de Dios, y esperemos en

ella nos ayudará para de aquí adelante ser mas firmes, y volvamos al camino de la humildad. Animo, pues, corazon mio: no seamos ya mas tan fáciles: Dios será servido de ayudarnos, con que no haremos poco. Y querria aun mas: fabricar sobre esta reprehension una sólida, y firme resolucion de nunca mas caer en la falta, tomando los medios importantes á este fin, y de la misma manera el aviso de mi Maestro.

Y si no obstante esto halláre alguno que su corazon no se mueve bastantemente para esta suave correccion, podrá el tal emplear la contradiccion, y una reprehension áspera, y fuerte, para excitarle á una profunda confusion, con tal que despues de haberle con dureza reprehendido, y enojado, dé fin con un consuelo, acabando toda su ansia, y enojo en una suave, y santa confianza en Dios, á imitacion de aquel gran Penitente, el qual viendo su alma afligida, la consolaba de esta suerte: *¿Por qué estás tú triste, ó alma mia, y por qué me alborotas? Espera en Dios, porque yo le bendeciré, aun como la salud de mi cara, y mi verdadero Dios.*

Levanta, pues, tu corazon quando cayere, con suavidad, humillándote grandemente delante de tu Dios por el conocimiento de tu miseria, sin que de ninguna manera te espantes de tu

caida; pues no es cosa de admiracion ver que la enfermedad sea enferma, la flaqueza flaca y la miseria apocada. Abomina fuera de esto con todas tus fuerzas la ofensa que Dios ha recibido de tí, y con un grande ánimo, y confianza en su misericordia, vuélvete al camino de la virtud que habias abandonado.

CAPITULO X.

Que se ha de tratar de los negocios con cuenta; pero sin congoja, y cuidado.

La cuenta, y diligencia que debemos tener en nuestros negocios son cosas bien diferentes de la solicitud, cuidado, y congoja. Los Angeles tienen cuenta de nuestra salvacion, y la procuran con diligencia; mas no por eso tienen solicitud, cuidado, ni congoja: porque la cuenta, y diligencia pertenece á su caridad; pero la solicitud, cuidado, y congoja seria contrario á su felicidad. Así que la cuenta, y diligencia pueden estar acompañadas de la tranquilidad, y paz de espíritu; pero no la solicitud, y cuidado, y mucho menos la congoja.

Ten, pues, cuenta, y diligencia en todos los negocios que tuvieres á cargo, Filotea mia, porque Dios, habiéndotelos confiado, quiere que tengas una gran cuenta con ellos; pero si

fuere posible, no pongas solicitud, ni cuidado; esto es, que no los empieces con inquietud, ansia, ni ardor, ni te congojes en su alcance; porque toda suerte de congoja turba la razon, y el juicio, y nos impide asimismo el acierto de la cosa que deseamos.

Quando nuestro Señor reprehende á Santa Marta, dice: *Marta, Marta, tú estás muy solícita, y te alborotas por muchas cosas.* ¿Ves tú como si ella se hubiera mostrado simplemente cuidadosa, no se hubiera alborotado? mas por quanto estaba demasiado cuidadosa, é inquieta, se congojó, y alborotó, que es de lo que nuestro Señor la reprehende. Los rios que mansamente corren por las llanuras, traen los grandes baxeles, y ricas mercancias; y las aguas, que caen poco á poco en la campiña, la fecundan de yerba, y de grano; pero las corrientes, y rios què con gran furia corren sobre la tierra, arruinan su comarca, y son inútiles al comercio; y asimismo las aguas vehementes, y tempestuosas asuelan los campos, y las praderías. Jamas obra hecha con ímpetu, y congoja fue bien acabada. Las cosas se han de acabar poco á poco, como dice el antiguo proverbio; y aquel que se da priesa (dice Salomon) corre peligro de tropezar, y resbalar de pies. Harto presto se hace la cosa

quando se hace bien. Los zánganos hacen mucho mas ruido y andan mucho mas embarazados que las abejas; pero no hacen la miel, sino la cera. Así los que se congojan con un cuidado extraordinario, y una solicitud impertinente, no hacen jamas ni mucho, ni bien.

Las moscas no nos inquietan por su fortaleza ; sino por la muchedumbre : así los grandes negocios no nos desasosiegan tanto como los pequeños, quando son muchos. Recibe, pues, los negocios que te vinieren con sosiego, y procura despacharlos por órden uno despues de otro; porque si los quieres hacer todos juntos, y con desórden, será trabajo vano, y cansarte has el espíritu, y será lo mas cierto el rendirte en su alcance, sin conseguir ningun buen efecto.

En todos tus negocios arrímate siempre á la providencia de Dios, por la qual sola todos tus designios deben efectuarse. Procura asimismo de tu parte cooperar con ella, y despues cree que si hubieres confiado bien en Dios, será siempre el suceso que te viniere, el mas provechoso para tí, ya te parezca malo, ó bueno, segun tu juicio particular.

Haz como los niños, que de la una mano se tienen á sus padres, y con la otra cogen la

fresa, ú otras frutillas que se les ofrecen á los ojos. De la misma manera, juntando, y manejando los bienes de este mundo con la una de tus manos, tendrás con la otra la del Padre celestial, tornándote á veces á él, y viendo si le es agradable tu vida, y tus ocupaciones. Y guárdate sobre todas cosas de dexar su mano, y su proteccion, pensando juntar, y recoger aun mas; porque si te abandona, no darás paso sin dar de ojos en tierra. Dígote aun mas Filotea, que quando te vieres en medio de los negocios, ú ocupaciones comunes, que no requieren una atencion tan grande, y cuidadosa, mires mas á Dios que á los negocios. Y quando los negocios fueren de tanta importancia, que requieran toda tu atencion para acabarlos bien, mires de quando en quando á Dios, como hacen los que navegan en el mar, los quales para ir á la tierra que desean, miran mas arriba, y al Cielo, que no abaxo donde navegan. Así Dios trabajará contigo, en tí, y por tí, y tu trabajo será lleno de consuelo.

CAPITULO XI.

De la obediencia.

Solamente la caridad nos pone en la perfeccion; pero la obediencia, la castidad, y la pobreza, son

los tres grandes medios para adquirirla. La obediencia consagra nuestro corazon: la castidad nuestro cuerpo; y la pobreza nuestros medios al amor, y servicio de Dios. Estas son las tres ramas de la Cruz espiritual, todas tres fundadas sobre la quarta, que es la humildad. No diré nada de estas tres virtudes, en quanto son solamente votadas, y no tocar esto sino á solos los Religiosos; ni tampoco en quanto son simplemente votadas, por quanto, aunque el voto da siempre muchas gracias, y merecimientos á todas las virtudes, para lo que yo pretendo no es necesario que sean ó no votadas, con tal que se observen; porque aunque siendo votadas (y principalmente solemnemente) ponen al hombre en estado de perfeccion, basta no obstante esto que sean observadas para perficionarle, habiendo, no obstante esto, no poca diferencia entre el estado de la perfeccion, y la perfeccion, pues que todos los Obispos, y Religiosos estan en el estado de la perfeccion, y no por eso todos estan en la perfeccion, como se ve mas de lo que justo fuera. Procurémos, pues, Filotea, practicar bien estas tres virtudes, cada uno segun su estado: porque aunque ellas no nos pongan en el estado de perfeccion, nos daran con todo esto la misma perfeccion; y tambien estamos todos obligados á la práctica de estas

tres virtudes, aunque no á practicarlas todos de una misma manera.

Hay dos suertes de obediencias: la una necesaria, y la otra voluntaria. Por la necesaria debes con humildad obedecer á tus superiores eclesiásticos, como al Papa, al Obispo, al Cura, y á aquellos que de su parte fueren puestos. Debes obedecer á tus superiores políticos; esto es, á tu Príncipe, y á los Magistrados, que el tal hubiere establecido en tu tierra. Debes tambien obedecer á tus superiores domésticos, como á tu padre, madre, amo, y ama. Llámase, pues, esta obediencia necesaria, por quanto ninguno puede negarla á tales Superiores, habiéndolos Dios dado la autoridad de mandar, y gobernar cada uno en aquello que le toca mandarnos. Haz, pues, lo que los tales te mandaren, pues esto es de necesidad; y si quieres perficionarte, sigue aun sus consejos, y de la misma manera sus deseos, é inclinaciones, con tal que la caridad, y prudencia te lo permita. Obedece quanto te mandaren cosa agradable, como comer, ó usar de alguna recreacion: porque aunque parece que no es grande virtud el obedecer en tal caso, seria tambien el desobedecer no pequeño vicio. Obedece en las cosas indiferentes, como traer tal, ó tal vestido, ir por un camino, ó por otro, can-

tar, ó reir, y esta será una obediencia de no poco merecimiento. Obedece en cosas dificultosas, ásperas, y rudas; y la tal será una obediencia perfecta. Obedece en fin suavemente sin réplica, prontamente sin tardanza, alegremente sin enfado, y sobre todo obedece amorosamente por amor de aquel que por amor de nosotros se hizo obediente hasta la muerte de la cruz, el qual (como dice San Bernardo) quiso mas perder la vida que la obediencia.

Para aprehender fácilmente á obedecer á tus superiores, condesciende tambien fácilmente con la voluntad de tus semejantes, cediendo á sus opiniones en lo que no fuere malo, sin ser contencioso, ni porfiado. Acomódate de buena gana con los deseos de tus inferiores, quanto la razon lo permitiere, sin usar con ellos de ninguna autoridad superior, mientras fueren buenos.

Es manifiesto engaño el creer que si fuésemos Religiosos, ó Religiosas, obedeceríamos fácilmente, hallando dificultad en obedecer á los que Dios nos dió por superiores.

Llamamos obediencia voluntaria aquella, á la qual no nos obligamos por nuestra propia eleccion, y la qual no nos es impuesta por ningun otro. No se escoge de ordinario el Principe, y el Obispo, el padre, y la madre, ni tampoco

muchas veces el marido; pero escógese bien el Confesor, el Maestro. Pongamos pues caso que escogiéndole se haga voto de obedecerle, como se ha dicho que la Madre Teresa, fuera de la obediencia solemnemente votada al Superior de su Orden, se obligó por un voto simple á obedecer al Padre Gracian; ó que sin voto nos dediquemos á la obediencia de alguno: siempre esta obediencia se llama voluntaria por la razon de su fundamento, que depende de nuestra voluntad, y eleccion.

Hase de obedecer á todos los superiores, á cada uno en aquello de que tiene cargo para con nosotros, como en lo que toca á la policía, y cosas públicas, se ha de obedecer á los Príncipes: á los Prelados en lo que toca á la polícia eclesiástica: en las cosas domésticas al padre, al amo, al marido; y quanto á la direccion particular del alma, al Maestro, y Confesor particular.

Haz que te ordene las acciones de piedad que debes observar, tu Padre espiritual, porque así seran mejores, y tendran doblada grácia, y bondad: lo uno por sí mismas, por ser piadosas: y lo otro por la obediencia que las habrá ordenado, en cuya virtud serán hechas. Dichosos los obedientes, porque Dios no permitirá nunca que se descaminen, ni pierdan.

CAPITULO XII.

De la necesidad de la castidad.

La castidad es la flor de las virtudes: esta hace á los hombres casi iguales á los Angeles, nada es hermoso, no acompañado de la limpieza: y la limpieza de los hombres es la castidad. Llámase la castidad honestidad, y su profesion honra. Llámase tambien integridad, y su contrario corrupcion. Tiene, fuera de esto, su gloria separada, por ser la hermosa, y blanca virtud del alma, y del cuerpo.

Jamas nos es permitido dar á nuestros cuerpos ningun impúdico placer, de ninguna manera que sea, sino en un legítimo matrimonio, del qual la santidad puede por una justa compensacion reparar la falta que causa la delectacion. Tambien en el matrimonio se ha de observar la honestidad de la intencion; porque si hay alguna malicia en el deleyte, no haya sino honestidad en la voluntad.

El corazon casto es como la madre-perla, que no puede recibir ni una gota de agua no viniendo del Cielo; y así él no puede recibir ningun placer, sino el del matrimonio, el qual es ordenado del Cielo. Fuera de esto no le es per-

mitido ningun pensamiento deshonesto, voluntario, y entretenido.

Quanto al primer grado de esta virtud, guárdate, Filotea, de admitir ninguna suerte de deleyte que sea prohibido, y defendido, como son aquellos que se reciben fuera del matrimonio: y de la misma manera los del matrimonio, quando se usan fuera de la regla del matrimonio.

Quanto á lo segundo, te apartarás quanto te sea posible de los deleytes inútiles, y superfluos, aunque lícitos, y permitidos.

Quanto á lo tercero, no pondrás toda tu aficion en los placeres deleytosos, que son mandados, y ordenados; porque aunque se hayan de usar los deleytes necesarios; esto es, los que miran al fin, é institucion del santo matrimonio, no por eso debemos atar á ellos el corazon, y el espíritu.

En lo demas todos tienen gran necesidad de esta virtud: los que estan en viudez deben tener una animosa castidad, y que no solo menosprecien los objetos presentes, y futuros, pero que resistan á las imaginaciones que los placeres lícitamente recibidos en el matrimonio pueden producir en su espíritu; los quales por esto son mas fáciles á los atraimientos deshonestos. A este propósito San Agustin encarece la pureza de

su amado Alipio, el qual habia totalmente olvidado, y menospreciado los deleites carnales, habiéndolos, no obstante esto, experimentado en su juventud: y es cierto que mientras los frutos estan enteros, pueden conservarse, unos sobre paja, otros entre la arena, y otros en su propio follage; pero estando una vez decentados, es casi imposible el guardarlos, sino es en conserva de miel, y azucar. Así la castidad, que no está aún tocada, ni violada, puede guardarse de muchas maneras; pero estando una vez sentida, ó decentada, nada la puede conservar; sino una excelente devocion, la qual, como ya he dicho muchas veces, es la verdadera miel, y azucar del espíritu.

Las vírgenes han menester una castidad estremamente simple para despedir de su corazon toda suerte de curiosos pensamientos, y menospreciar con un absoluto menosprecio toda suerte de placeres inmundos, los quales verdaderamente no merecen ser deseados de los hombres, pues mas que los hombres, son capaces de ellos los jumentos, y brutos. Guárdense, pues, estas almas puras de dudar que la castidad no sea incomparablemente mejor que todo aquello que la es incompatible; porque (como dice el gran San Gerónymo) el enemigo aprieta violentamente las

vírgines, provocándolas al deseo de la prueba de los deleites, representándoselos infinitamente mas gustosos, y regalados de lo que ellos son, lo qual muchas veces las inquieta mucho, por quanto (dice este santo Padre) ellas tienen por mas dulce, y gustoso aquello que ignoran. Porque como la pequeña mariposa, viendo la llama va curiosamente volando al rededor de ella, por probar si es tan dulce como hermosa, y apretada de esta fantasía, no cesa hasta que se pierde á la primera prueba; así la gente moza muy de ordinario se dexa de tal manera asaltar de la falsa, y loca estimacion que hacen del placer de las llamas lascivas, que despues de muchos curiosos pensamientos, se van en fin á arruinar, y perder: mas locos en esto que la mariposa, por quanto esta tiene alguna ocasion de pensar que el fuego sea regalado, pues es tan hermoso; y ellos, sabiendo que aquello que buscan es por estremo deshonesto, no dexan por tanto de preferir la loca, y brutal delectacion.

Pero quanto á los casados, es cierto (no obstante que el vulgo no lo siente así) que les es muy necesaria la castidad, por quanto esta en ellos no consiste en abstenerse absolutamente de los placeres carnales, sino en el contenerse entre los placeres. Así como este mandamiento: *Eno-*

jaos, y no pequeis es á mi parecer mas dificil que este: *No os enojeis*, y que es antes mas fácil el evitar la cólera que el reglarla; así es tambien mas fácil el guardarse de todo punto de los deleites carnales que el guardar en ellos la moderacion. Verdad es que la santa licencia del matrimonio tiene una fuerza particular para apagar el fuego de la concupiscencia; mas la flaqueza de los que de él gozan, pasa fácilmente de la permision á la disolucion, y del uso al abuso; y como se ve que muchos ricos hurtan, no por necesidad, sino por avaricia: así tambien se ve mucha gente casada desreglarse á los placeres ilícitos solo por intemperancia, y lubricidad, no obstante el legítimo objeto, con el qual se deberian, y podrian contentar; siendo su concupiscencia como un fuego ligero que va quemando á una parte, y á otra, sin asistir á ninguna parte. Es siempre peligroso el tomar medicamentos violentos, por quanto si se toman mas de lo necesario, ó que no esten bien preparados, se recibe gran daño. El matrimonio ha sido ordenado en parte para el remedio de la concupiscencia, y es sin duda un bonísimo remedio pero violento, y por el consiguiente peligroso, si no se usa con discrecion.

Añado á esto que la variedad de los nego-

cios humanos, fuera de las grandes enfermedades de que suele ser causa, aparta muchas veces los maridos de con sus mugeres. Por esto tienen los maridos necesidad de dos suertes de castidad: la una por la abstinencia absoluta que deben tener quando estan separados en las ocasiones que he dicho: y la otra por la moderacion que deben observar hallándose juntos. Es cierto que Santa Catalina de Sena vió entre los condenados muchas almas en estremo atormentadas por haber violado la santidad del matrimonio; lo qual sucedió (decia la misma Santa) no por la grandeza del pecado, porque los homicidios, y las blasfemias son mas enormes; sino por quanto los que le cometen, no hacen caso de él, y por el consiguiente continúan en él largo espacio.

Bien ves tú, pues, que la castidad es necesaria á toda suerte de gentes: *Seguid la paz con todos* (dice el Apostol), *y la santidad sin la qual ninguno verá á Dios*. Por la santidad, pues, se entiende la castidad, como San Gerónymo, y San Chrysóstomo lo han bien notado. No, Filotea: ninguno verá á Dios sin la castidad: ninguno habitará en su santo Tabernáculo, que no sea limpio de corazon; y como dice el mismo Salvador, los sucios, y deshonestos serán des-

terrados; y bienaventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios.

CAPITULO XIII.

Aviso para conservar la castidad.

Estarás siempre, Filotea, pronta, y aparejada á apartarte de todos los caminos, alhagos, y cebos de la lubricidad; porque este mal crece insensiblemente, y por pequeños principios hace progreso á grandes accidentes. Mucho mas fácil es el huirle que el sanarle.

Los cuerpos humanos parecen á los vidrios; que no pueden traerse tocándose los unos con los otros, sin peligro de romperse; y á los frutos, los quales, aunque enteros, y en su sazon, no dexan de recibir gran daño tocándose los unos con los otros. El agua tambien, por fresca que esté en un vaso, siendo tocada de algun animal terrestre, no puede conservar largo espacio su frescura. No permitas, pues, Filotea, que ninguno te toque livianamente, ni por manera de burla, ni juego; porque aunque puede ser conservarse la castidad por estas acciones, antes livianas que maliciosas, no por eso dexa de recibir mengua, y detrimento la frescura, y flor de

la castidad; y quanto al dexarse tocar deshonestamente, es siempre la total ruina de la castidad.

La castidad depende del corazon, como de su origen; pero mira al cuerpo como su materia. Por esto, pues, se pierde por todos los sentidos exteriores del cuerpo, y por los pensamientos, y deseos del corazon. Impudicidad es el mirar, oir, hablar, oler, y tocar cosas deshonestas, quando el corazon se detiene, y recibe en ello gusto; y San Pablo dice, que no solo no se ha de pensar en la fornicacion, pero ni aun mentarla. Las abejas no solo no quieren tocar los cuerpos muertos, sino que huyen, y aborrecen con estremo toda suerte de hediondez, y mal olor. La Sagrada Esposa en el Cántico de los Cánticos tiene sus manos que destilan mirra, licor preservativo de la corrupcion: sus labios son de rubí purpúreo, señal de la vergüenza de palabras: sus ojos de paloma, por causa de su limpieza: sus orejas tienen zarcillos de oro, muestra de pureza: su nariz semejante á los cedros de Libano, madera incorruptible. Tal debe ser el alma casta, limpia, y honesta de manos, de labios, de orejas, de ojos, y de todo su cuerpo.

A este propósito quiero traerte lo que el anciano Padre Juan Casiano dice, como pronun-

ciado de la boca del gran San Basilio; el qual, hablando de sí mismo, dixo un dia: *Yo no sé lo que son mugeres, y con todo eso no soy virgen.* Verdaderamente la castidad se puede perder de tantas maneras como hay deshonestidades, y lascivias; las quales segun son grandes, ó pequeñas, las unas la debilitan, las otras la hieren, y las otras de todo punto la matan. Hay otras pasiones, no solo indiscretas, pero viciosas: no solo locas, pero deshonestas; no solo sensuales, pero carnales; y por estas la castidad queda por lo menos muy ofendida, y interesada. Dixe por lo menos, por quanto muere, y perece de todo punto quando las lascivias dan á la carne el último efecto de placer deleitoso; porque entónces padece la castidad mas indigna y desventuradamente que quando se pierde por la fornicacion; y no solo por la fornicacion, pero por el adulterio, y incesto: porque estas últimas especies de torpeza no son sino pecados; pero las otras, como dice Tertuliano en el libro de la Honestidad, son monstruos de iniquidad, y pecado. Casiano no cree, ni yo tampoco, que San Basilio tropezase en este desconcierto quando se acusa de no ser virgen; y así pienso que no decia esto sino por los malos, y viciosos pensamientos, los quales aunque no hubiesen manchado su cuer-

po, habian no obstante contaminado su corazon, cuya castidad zelan en extremo las almas generosas.

No converses de ninguna manera con las personas deshonestas, principalmente si son tambien escandalosas (como lo son casi siempre): porque como los cabrones quando tocan con la lengua los almendros dulces, los vuelven amargos; así estas almas hediondas, y corazones infectados, no hablan á nadie, ni del uno ni otro sexô, que no le hagan apartarse algo de la honestidad. Tienen los tales el veneno en los ojos, y en el aliento como los basiliscos.

Tratarás, pues, las gentes castas, y virtuosas: pensarás, y leerás amenudo en las cosas sagradas, porque la palabra de Dios es casta, y hace á los que se deleitan en ella castos; y así la compara David al topacio, piedra preciosa, la qual por su propiedad mitiga el ardor de la concupiscencia.

Considérate siempre cerca de Jesu-Christo crucificado, espiritualmente por la meditacion, y realmente por la santa Comunion; porque de la misma manera que los que descansan sobre la yerba llamada Agnocasto, se hacen castos, y honestos, de la misma manera, reposando tu corazon en nuestro Señor, que es el verdadero Cor-

dero casto, y sin mácula, verás quán presto tu alma, y tu corazon se hallarán purificados de toda lubricidad, y torpeza.

CAPITULO XIV.

De la pobreza de espíritu, observada entre las riquezas.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque poseerán el Reyno de los Cielos. Desventurados, pues, los ricos de espíritu, porque poseerán la miseria del Infierno. Rico es de espíritu aquel que tiene sus riquezas en su espíritu, ó su espíritu en sus riquezas. Pobre es de espíritu aquel que no tiene ningunas riquezas en su espíritu, ni su espíritu en las riquezas. Los alciones hacen sus nidos cubiertos por todas partes, no dexando sino una pequeña abertura por arriba: hácenlos á la orilla de la mar, pero tan firmes, é impenetrables, que aunque los cojan las ondas, nunca puede entrarles el agua; antes nadando siempre sobre ella, quedan en medio de la mar, sobre la mar, y dueños de la mar. Tu corazon, amada Filotea, debe ser de la misma manera, abierto solo al Cielo, é impenetrable á las riquezas, y cosas caducas. Si de estas tuvie-

res abundancia, ten tu corazon exênto de la aficion de ellas; de suerte que tengan siempre la parte superior, y que en medio de las riquezas esté sin riquezas, y se haga dueño, y no esclavo de ellas. No pongas tu espíritu celeste en los bienes terrestres, sino sobre ellos, y no en ellos.

Diferencia hay entre tener ponzoña, ó estar emponzoñado. Los Boticarios tienen casi todos veneno para servirse en ciertas ocurrencias; mas no por eso estan venenosos, porque no tienen el veneno en el cuerpo, sino en las Boticas. Así puedes tú tambien tener riquezas, sin estar emponzoñada de ellas: esto será si las tuviéres en tu casa, ó en tu bolsa, no en tu corazon. Ser rico en efecto, y pobre de aficion, es la gran dicha del Christiano, por quanto por este medio tiene las comodidades de las riquezas para este mundo, y el merecimiento de la pobreza para el otro.

Vemos, Filotea, que jamas ninguno quiere confesar ser avaro: todos aborrecen esta baxeza, y vileza de corazon: escúsanse con que les obliga el cargo de los hijos, y con que la sabiduría manda que se establezcan en medio, y fuerzas. Jamas tienen demasiado: hállanse siempre necesitados de tener aun mas; y asimismo

los mas avaros, no solo no confiesan serlo, mas ni aun piensan en sus conciencias que lo son; porque la avaricia es una figura prodigiosa, la qual se hace tanto mas sensible, quanto es mas ardiente, y violenta. Moyses vió el fuego sagrado que quemaba una zarza, sin que de ninguna manera la consumiese. Pero al contrario, el fuego profano de la avaricia consume, y acaba los avarientos, sin que de ninguna manera les queme; ó por lo menos en medio de su ardor, y calor mas excesivo les parece que su alteracion insaciable es una sed natural, y suave.

Si deseares largo espacio con ansia, y inquietud los bienes que no tuvieres, aunque te parezca que así no los deseas injustamente, no por eso dexarás de ser avaro. Aquel que desea con ansia mucho tiempo, y con inquietud el beber, aunque el tal no quiera beber sino agua, no dexa por eso de dar muestras de tener accidente.

No sé, Filotea, si es un deseo justo el desear tener justamente lo que otro posee justamente; porque parece que por este deseo nos queremos acomodar por la incomodidad agena. ¿Aquel que posee un bien justamente, no tiene mas razon de guardarle justamente, que nosotros de desearle justamente? Por qué, pues, alargamos nuestro deseo á su comodidad para privarle de

ella? Por lo menos, si este deseo es justo, no será caritativo; porque nosotros no querríamos de ninguna manera que ninguno desease (aunque justamente) lo que nosotros queremos guardar justamente. Este fue el pecado de Achab, que quiso tener justamente la viña de Naboth, el qual la queria aun mas justamente guardar; deseóla con ansia mucho tiempo, y con inquietud, y por esto ofendió á Dios.

Procura, Filotea, desear los bienes del próximo quando comenzáre á desear dexarlos; porque entónces su deseo hará el tuyo, no solo justo, pero caritativo; que bien quiero procures acrecentar tus medios, y facultades, con tal que esto sea mansa y caritativamente.

Si amas con extremo los bienes que tienes, y para esto andas siempre muy embarazada, poniendo en ellos tu corazon, y asida á tus pensamientos, temiendo con un vivo miedo el perderlos, créeme que tienes alguna suerte de accidente; porque los que le tienen beben el agua que les dan con una cierta ansia, con una suerte de atencion, y gusto, lo qual falta en los que estan sanos. Es imposible agradarse mucho de una cosa sin tenerla mucha aficion.

Si te sucediere perder la hacienda, y conocieres que tu corazon se atormenta, y aflige mu-

cho, créeme, Filotea, que la tenias mucha aficion, porque nada atestigua tanto la aficion para con la cosa perdida como la afliccion de la pérdida.

No desees, pues, con un deseo entero, y formado los bienes que no tienes. No arraigues tu corazon demasiado en los que tienes. No te aflijas por las pérdidas que te sobrevinieren; y así darás algun indicio de creer, que siendo rica en efecto, no lo eres de aficion; sino que eres pobre de espíritu, y por consiguiente bienaventurada, pues como á tal te pertenece el Reyno de los Cielos.

CAPITULO XV.

Cómo se ha de practicar la pobreza real, quedando con todo eso realmente ricos.

El Pintor Parrasio pintaba el Pueblo Ateniense por una invencion muy ingeniosa, representándole de un natural diverso, y variable, colerico, injusto, inconstante, cortés, clemente, misericordioso, altivo, glorioso, humilde, arrogante, y fiero, y todo esto junto. Pero yo, amada Filotea, querria hacer aun mas, porque querria poner en tu corazon la riqueza, y la pobre-

za juntas, un grande cuidado, y un grande menosprecio de las cosas temporales.

Ten mucho mas cuidado que los mundanos tienen, en que tus riquezas sean mas útiles, y provechosas. Dime, los Jardineros de los grandes Príncipes no se muestran mas cuidadosos, y diligentes en el cultivar, y hermosear los jardines que tienen á cargo, que si fueran suyos propios? Y por qué hacen esto? Por quanto sin duda consideran estos jardines como jardines de Reyes, y Príncipes, á los quales desean agradar por tales servicios. Amada Filotea, las posesiones que tenemos no son nuestras: Dios nos las ha dado para que las cultivemos, y quiere que las hagamos fructuosas, y útiles, y por esta razon le agradamos en tener cuenta de ellas.

Mas es necesario que este sea un cuidado mayor, y mas sólido que el que los mundanos tienen de sus bienes; porque los tales no se embarazan sino por amor de ellos mismos, y nosotros debemos trabajar por amor de Dios. Como el amor, pues, de sí mismo es violento, inquieto, y alborotado; así el cuidado, que de él resulta, está lleno de desasosiego, inquietud, y desabrimiento. Y como el amor de Dios es dulce, suave, y apacible, así el cuidado que procede de él, aunque este sea por los bienes del mun-

do, es amigable, dulce, y apacible. Tengamos, pues, este cuidado apacible de la conservacion; esto es, del aumento de nuestros bienes temporales, quando se presentáre una justa ocasion, y quando nuestro estado lo requiera; porque Dios quiere que hagamos esto por él.

Pero tendrás cuenta que el amor propio no te engañe; porque á veces este contrahace tan bien el amor de Dios, que dirian que es el mismo. Para estorvar, pues, que no te engañe, y que este cuidado de los bienes temporales no se convierta en avaricia, fuera de lo que he dicho en el capítulo precedente, es necesario practicar muy amenudo la pobreza real y efectual en medio de todas las facultades y riquezas que Dios nos ha dado.

Dexa, pues, siempre alguna parte de tu hacienda, dándola de buena gana á los pobres, y necesitados; porque dar lo que se tiene es empobrecerse de otro tanto; y quanto mas darás, tanto mas empobrecerás. Verdad es que Dios te lo volverá, no solo en el otro mundo, pero en este con grande abundancia; porque no hay cosa que tanto haga prosperar temporalmente como la limosna; y esperando que Dios nuestro Señor te lo vuelva, te habrás ya empobrecido de otro tanto como hubieres dado. ¡O quán santa, y rica

pobreza es la que viene de la limosna!

Ama los pobres, y la pobreza, porque por este amor te harás verdaderamente pobre; pues como dice la Escritura: *Nosotros somos hechos como las cosas que amamos.*

El amor iguala los amantes. *¿Quién está enfermo, con el qual no esté yo enfermo?* dice San Pablo. Podria decir: ¿Quién está pobre, con el qual no esté yo pobre? Y esto por quanto el amor le hacia semejante á los que amaba. Si amares, pues, los pobres, tú serás verdaderamente participante de su pobreza, y pobre como ellos.

Si amas, pues, los pobres, trátalos á menudo: toma gusto en que te visiten, y en visitarlos: convérsalos de buena gana: huélgate de que se lleguen á tí en las Iglesias, en las calles, en qualquier parte. Sé pobre de lengua con ellos, hablándoles como compañero; pero sé rica de manos, repartiéndoles de tu hacienda, como mas abundante de ella.

¿Quieres hacer aun mas, querida Filotea? No te contentes con ser pobre como los pobres, sino que seas mas pobre que ellos. ¿Cómo, pues, podrá ser esto? El criado es menos que su amo: hazte, pues, criada de los pobres: velos á servir en sus camas quando estan enfermos; y esto se entiende con tus propias manos: sé

su cocinera á tu propia costa. O Filotea mia, este servicio es digno de mas triunfo que el gozar de un espacioso Reyno. No puedo acabar de maravillarme del fervor con que practicó este aviso uno de los mayores Reyes que ha descubierto el Sol: digo gran Rey en toda suerte de grandeza. Servia muy á menudo á la mesa de los pobres que él sustentaba, y hacia venir á la suya tres casi todos los dias, y muchas veces comia lo que les sobraba, con un amor increible. Quando visitaba los Hospitales (lo qual hacia muy á menudo) se ponia á servir á los que tenian males mas horribles, como leprosos, y acancerados, y otros semejantes. Serviales descubierto, y de rodillas, respetando en su persona al Salvador del mundo, y acariciándolos con un amor tan tierno, como pudiera una madre á su hijo. Santa Isabel, hija del Rey de Ungria, conversaba ordinariamente con los pobres; y para recrearse se vestia algunas veces de pobre muger, acompañada de sus damas, diciéndolas: Si yo fuera pobre, yo me vistiera así. ¡O buen Dios, querida Filotea, y cómo este Príncipe, y esta Princesa eran pobres en sus riquezas, y ricos en su pobreza!

Dichosos son los que así son pobres, porque los pertenece el Reyno de los Cielos. *Yo he te-*

nido hambre, tú me la has satisfecho: yo he tenido frio, tú me has vestido: poseed el Reyno que os está preparado desde la constitucion del mundo, dirá el Rey de los pobres, y de los Reyes el dia del juicio.

No hay ninguno que en ocasiones no tenga alguna necesidad, y falta de comodidades. Sucede algunas veces venirnos un huesped, á quien querríamos, y deberíamos regalar, y agasajar: esnos por entónces imposible: tenemos nuestros vestidos, y galas en una parte, y habríamoslas menester en otra, donde deseábamos lucirnos. Sucede que todos los vinos de la caba se malean, y enturbian, sin que queden sino los peores. Hallámonos en el campo en una bicoca, donde todo falta: no tenemos cama, ni aposento, mesa ni ropa blanca. En fin es cosa fácil el tener muchas veces necesidad de alguna cosa, por ricos que seamos. Esto es, pues, ser pobres en efecto de aquello que nos falta. No te pese, Filotea, de estos acaecimientos: recíbelos de buena gana, y súfrelos con alegria.

Quando te sobreviniere algun infortunio, que te empobrezca poco, ó mucho, como suelen hacer las tempestades, los fuegos, las grandes avenidas, las esterilidades, los latrocinios, ó los pleytos, entónces es el verdadero tiempo de

practicar la pobreza; sufriendo con mansedumbre estos trabajos, y acomodándose paciente y constantemente á estas pérdidas. Esaú se presentó á su padre con las manos cubiertas de pelo, y Jacob hizo lo mismo; mas porque el pelo, que cubria las manos de Jacob, no estaba asido al pellejo, sino á sus guantes, fácilmente podrian quitársele sin ofenderle; y al contrario, por quanto el pelo de las manos de Esaú estaba asido al pellejo, el qual de su natural tenia todo cubierto de vello, quien se le hubiese querido arrancar, le hubiera causado no poco dolor: y aseguro que hubiera bien gritado, y opuéstose á la defensa.

Quando nuestras haciendas ocupan nuestros corazones, si la tempestad, si el ladron, si el tramposo nos arrebata alguna parte de ellas qué llantos, qué aflicciones, que impaciencia tenemos! Mas quando nuestras riquezas no estan asidas sino al solo cuidado que Dios manda que tengamos, y no á nuestros corazones, si nos las roban, y menguan, no por eso perderemos el juicio, ni la tranquilidad.

Esta es la diferencia de las bestias, y de los hombres quanto á sus vestidos; porque los vestidos de las bestias estan asidos á la carne, y los de los hombres solo aplicados al cuerpo, de

suerte que se los puedan poner, y quitar quando quieran.

CAPITULO XVI.

Para practicar la pobreza de espíritu en medio de la pobreza real.

Si fueres realmente pobre, querida Filotea, selo tambien de espíritu. Haz de necesidad virtud, y aprovéchate de esta piedra preciosa de la pobreza, pues tiene no pequeño valor. Su lustre no es descubierto en este mundo; mas no por eso dexa de ser en extremo hermoso, y rico.

Ten paciencia, pues gozas de buena compañia. Nuestro Señor, nuestra Señora, los Apóstoles, tantos Santos, y Santas han sido pobres; y pudiendo ser ricos, han menospreciado el serlo. ¡Quántos mundanos hay que con no pocas contradicciones, ni menos cuidado han salido á buscar la santa pobreza, así en los Monasterios, como en los Hospitales, trabajando con todas veras por hallarla! Dígalo San Alexo, Santa Paula, San Paulino, Santa Angela, y otros muchos; y lo que mas (considerado) deberias estimar es, que la pobreza, tan buscada de tantos Santos, ella misma te viene á buscar, y á salir al cami-

no, hallándola sin pena, ó trabajo alguno. Amala, pues, como amiga amada de Jesu-Christo, el qual nació, vivió, y murió con ella, siendo su querida todo el tiempo que vivió.

Tu pobreza, Filotea, tiene dos grandes privilegios, por cuyo medio puede traerte no poco merecimiento. El primero es el no tenerla por tu eleccion, sino por la sola voluntad de Dios, que te ha hecho pobre, sin que haya habido alguna occurrencia de tu propia voluntad. Lo que recibimos, pues, puramente de la voluntad de Dios, le es siempre muy agradable, con tal que lo recibamos de buena gana, y por amor de su santa voluntad. Donde hay menos nuestro, allí hay mas de Dios. La simple, y pura aceptacion de la voluntad de Dios hace al sufrimiento en extremo puro.

El segundo privilegio de esta pobreza es el ser una pobreza verdaderamente pobre. Una pobreza alabada, acariciada, estimada, socorrida, y asistida, esta tal no dexa de tener en sí alguna riqueza, ó por lo menos no es del todo pobre; pero una pobreza desechada, aborrecida, y baldonada, esta tal es verdaderamente pobreza. Tal es, pues, de ordinario la pobreza de los seglares; porque como los tales no son pobres por su eleccion, sino por necesidad, no hacen mucho

caso de ellos ; y por quanto son desestimados, su pobreza es mas pobre que la de los Religiosos. Bien es verdad, que esta tiene una muy grande excelencia, mucho mas digna de estimacion, y esto por causa del voto, y de la intencion, por la qual ha sido escogida.

No te quejes, pues, amada Filotea, de tu pobreza, porque nunca nos quejamos sino de aquello que nos desagrada ; y si te desagrada la pobreza, no serás pobre de espíritu, sino rica de aficion.

No te aflijas si no fueres tan bien socorrida como habias menester, porque en esto consiste la excelencia de la pobreza. Querer ser pobre, y no recibir ninguna incomodidad, antes es una muy grande ambicion ; porque entónces es querer tener la honra de la pobreza, y la comodidad de las riquezas.

No tengas vergüenza de ser pobre, ni de pedir la limosna por caridad : recibe la que te dieren con humildad, y acepta el rehusártela con mansedumbre. Acuérdate á menudo del camino que nuestra Señora hizo á Egypto, llevando á su amado Hijo, y quánto menosprecio, pobreza, y miseria la convino sufrir. Si tú vivieres así, tú serás rica en tu pobreza.

CAPITULO XVII.

De la amistad, y primeramente de la mala, y frívola.

El amor tiene el primer lugar entre las pasiones del alma: este es el Rey de todos los movimientos del corazon, el qual convierte todo lo demas en sí, y nos hace tales qual es la cosa amada. Ten cuenta, pues, Filotea, de no tener ningun mal olor, porque á la misma hora serás tú tambien de todo punto mala. La amistad, pues, es el mas peligroso amor de todos, porque los otros amores pueden ser sin comunicacion; pero como la amistad está totalmente fundada sobre ella, es casi imposible tenerla con una persona, sin participar de sus calidades.

1 Todo amor no es amistad, porque podemos amar sin ser amados, y entónces hay amor, pero no amistad; y esto por quanto la amistad es un amor recíproco; y no siendo recíproco, ya no es amistad.

2 Y aun no basta que sea recíproco, sin que las partes que se aman sepan su recíproca aficion; porque si estas la ignoran, tendrán amor, mas no amistad.

3 Es menester con esto que haya entre ellas alguna suerte de comunicacion, que sea el fundamento de la amistad.

Segun la diversidad de las comunicaciones, la amistad tambien es diversa; y las comunicaciones son diferentes, segun la diferencia de los bienes que se comunican. Si estos son bienes falsos, y vanos, la amistad es falsa, y vana: si son verdaderos, la amistad será verdadera; y quanto mas excelentes fueren los bienes tanto mas excelente será la amistad: porque así como la miel es mas excelente quando se coge de las flores mas exquisitas, así el amor fundado sobre una mas exquisita comunicacion, es el mas excelente; y como hay miel en Heraclea del Ponto que es venenosa, y vuelve locos á los que de ella comen, por quanto se coge sobre el acónito, de que es abundante esta Region; así la amistad fundada sobre la comunicacion de falsos, y viciosos bienes, es de todo punto falsa y mala.

La comunicacion de los vicios carnales es una recíproca propension, y cebo bruto, la qual no puede, ni debe tener nombre de amistad entre los hombres, mas que la de los jumentos, y caballos en semejantes efectos; y si no hubiera ninguna otra comunicacion entre los casados, tampoco habria ninguna amistad; mas por quan-

to fuera de esta tienen la comunicacion de la vida, de la industria, de los bienes, de la aficion, y de una indisoluble fidelidad, es la del matrimonio una amistad verdadera, y santa.

La amistad fundada en la comunicacion de los placeres sensuales es de todo punto grosera, é indigna del nombre de amistad, como tambien la que se funda en virtudes frívolas, y vanas, por quanto estas virtudes dependen tambien de los sentidos. Llamo placeres sensuales los que estan asidos inmediata y principalmente á los sentidos exteriores, como el placer de ver una hermosura, de oir una dulce voz, ó la de varios instrumentos, y otros semejantes.

Virtudes frívolas llamo ciertas habilidades, y calidades vanas, á quien los juicios apocados llaman virtudes, y perfecciones. Si oyes hablar la mayor parte de las mugeres, y de la gente moza, verás que dirán siempre: Fulano es muy virtuoso: tiene muchas perfecciones: danza bien, juega bien á todas suertes de juegos: vístese bien, canta bien, tiene buen talle; y de esta manera tiene las mas veces á los charlatanes por los mas virtuosos, siendo estos unos bufones, y hombres juglares. Como todo esto, pues, mira á los sentidos, así tambien todas las amistades, que de aquí resultan, se llaman sensuales, vanas, y frí-

volas, y merecen antes el nombre de locuras, que de amistades. Estas son de ordinario las amistades de la gente moza, fundada solo en el mostacho relevado, en el cabello crespo, en las miraduras lascivas, en los vestidos de gala, y en la charlatanería, y discursos vanos: amistades dignas de los amantes, que no tienen ninguna virtud sino en apariencia, ni ningun juicio sino en agraz. Tales amistades no son sino de paso; y así se acaban, y deshacen como la nieve al Sol.

CAPITULO XVIII.

De los amores vanos.

Quando estas amistades locas se practican entre gente de diverso sexô, y sin pretension de matrimonio, se llaman amores vanos; porque no siendo sino ciertos abortos, ó fantasmas de amistad, no pueden tener el nombre de amistad, ni de amor verdadero, por su incomparable vanidad, é imperfeccion. Por estas, pues, los corazones de los hombres, y de las mugeres quedan presos, empeñados, y entretexidos los unos con los otros, con una vana, y loca aficion, fundada sobre frívola comunicacion, y errados entretenimientos, de los quales he hablado arriba. Y

aunque estos amores locos paran de ordinario, y se abysman en carnalidades, y lascivias deshonestas, no por eso es este el primer designio de los que los exercen, porque entónces ya no serian vanos amores, sino deshonestidad, y fornicacion manifiesta. Asimismo se pasarán á veces muchos años sin que suceda entre los que son tocados de esta locura ninguna cosa que sea directamente contraria á la castidad del cuerpo, no alargándose los tales á mas que comunicarse los corazones con deseos, suspiros, ternezas, y otras semejantes boberías, y vanidades, haciéndolo por diversas pretensiones. Los unos no tienen otro designio sino el satisfacer, y hartar sus corazones, enamorando, así los agenos, como los propios, siguiendo en esto su amorosa inclinacion. Estos no miran otra cosa en la eleccion de sus amores si no á su gusto, é instinto; pues luego que se les ofrece algun sugeto agradable, sin exâminar su interior, ni calidad, comienza esta comunicacion de amor, metiéndose voluntariamente en su miserable red, de la qual para salir despues habrán de padecer no pequeño trabajo. Otros se dexan llevar de esta locura por vanidad, pareciéndoles que no es pequeña gloria el prender, y ligar los corazones con amor; y estos como hacen su eleccion por vanagloria, echan

sus anzuelos, y tienden sus redes en lugares espaciosos, raros, relevados, é ilustres. Otros se dexan llevar tanto por su inclinacion amorosa, como por su vanidad, y juntan estas dos cosas; y así, aunque estos tengan el corazon inclinado al amor, no por eso quieren emprenderle sin alguna ventaja de gloria. Estas amistades son todas malas, locas, y vanas. Malas por quanto á la fin se terminan, y acaban en el pecado de la carne, y que las tales roban el amor, y por consiguiente el corazon á Dios, á la muger, y al marido, en quienes debia estar. Locas, por quanto no tienen fundamento, ni razon. Vanas, porque no traen ningun provecho, honra, ni contento; antes por el contrario pierden el tiempo, y embarazan la honra, sin dar ningun gusto, sino el de una ansia de pretender, y esperar, sin saber lo que se quieren, ni lo que se pretenden; porque les parece siempre á estos apocados, y flacos ánimos, que hay un no sé qué digno de desear en las muestras que le dan de recíproco amor, sin que sepan decir qué sea la razon de que su deseo no se termine jamas, sino que antes aumentándose, siempre los aprieta el corazon con perpetua desconfianza, inquietud, y zelos.

San Gregorio Nazianzeno, escribiendo contra las mugeres vanas, habla maravillosamente

sobre este sugeto. Esta es una pequeña parte, y buena para entrambos sexôs: „ Tu natural hermosura basta para tu marido, que si esta es „ para muchos hombres, como una red tendida pará una tropa de páxaros, tal vêrás que „ te agrade, á quien tambien agrade tu hermosura, y entónces pagarás una ojeada con otra, y „ un semblante con otro, siguiendo luego las risas, „ y dichos amorosos, arrojados al principio á hurto; pero domesticándose, bien presto se pasará á manifestar desenvolturas. Guárdate bien, „ ó lengua mia parlera, de decir lo que despues „ sucederá: con todo eso no dexaré de decir esta „ verdad. Ninguna cosa de quantas la gente moza dice y hace en estas juntas y locos discursos, está libre de agudos anzuelos, que tiran, „ y llaman á mil viciosos enredos: todas las patrañas de estos que se llaman enamorados, estan „ eslabonadas la una con la otra; y siguen ni mas „ ni menos que un hierro tocado de la piedra „ imán, que tira á sí consecutivamente otros „ muchos."

¡O qué bien dice este gran Obispo! ¿Qué es lo que piensas hacer? ¿Dar amor? no. Mas nadie da de buena gana, que no tiene lo necesario. Quien gana, es ganado en juego. La yerba Aproxis recibe, y concibe el fuego luego que le

ninguna buena obra. Sus hojas, esto es, sus entretenimientos, divertimientos, y traimientos, son tan freqüentes, que disipan, y pierden todo el tiempo; y en fin, tirán á sí tantas tentaciones, distraimientos, sospechas, y otras conseqüencias, que tienen todo el corazon destruido, y dañado. Y últimamente digo, que estos amores vanos destierran, no solo al amor divino, mas tambien el temor de Dios, debilitan el espíritu, menguan la reputacion, y son en una palabra el juguete de los corazones: mas, son la peste de ellos.

CAPITULO XIX.

De las verdaderas amistades.

Amarás á todos, Filotea mia, con un amor grande, y caritativo, pero no tendrás amistad sino con aquellos que puedan comunicar contigo cosas virtuosas; y quanto mas exquisitas sean las virtudes que comunicares, tanto mas será tu amistad perfecta. Si comunicas las ciencias, tu amistad será sin duda digna de alabanza, y mas si comunicas las virtudes, como la prudencia, discrecion, fortaleza, y justicia. Pero si tu recíproca comunicacion fuere de la caridad de la devocion, y de la perfeccion Christiana; ó buen-

Dios, y quán preciosa será tu amistad! Será excelente, porque viene de Dios: excelente, porque mira á Dios: excelente, porque su atadura es Dios; y excelente, porque durará eternamente en Dios. ¡O quán bueno es amar en la tierra como se ama en el Cielo, y aprender á querernos en este mundo como harémos eternamente en el otro! Y no trato del amor simple de caridad, porque este debemos tener á todos los hombres: solo hablo de la amistad espiritual, por la qual, dos ó tres, ó mas almas se comunican su devocion, sus deseos espirituales, y se hacen entre ellas de un solo espíritu. Con justa razon podrán cantar estas dichosas almas: *¡O quán bueno, y quán agradable es el habitar los hermanos juntos!* Sí, porque es el bálsamo regalado de la devocion, destilado de uno en otro corazon. Por una continua participacion se puede decir que Dios derrama sobre esta amistad su bendicion, y la vida, hasta los siglos de los siglos.

Paréceme que todas las otras amistades no son sino sombras comparadas con esta; ni sus ligaduras sino cadenas de vidrio, ó fragil barro, para con las ligaduras de la santa devocion, que son todas de oro.

No hagas, pues, amistades de otra manera; quiero decir, de las amistades que tú hicieres:

porque no se deben por esto dexar, ni menospreciar las amistades que la naturaleza, y las precedentes obligaciones te obligan á entretener, como de los parientes, de los aliados, de los bienhechores, de los vecinos, y otros: solo hablo de las que tú por eleccion escoges.

Muchos te dirán (podrá ser) que no se ha de tener ninguna suerte de particular aficion, ni amistad, por quanto estas ocupan el corazon, distraen el espíritu, y engendran las pesadumbres; mas engáñanse en su consejo, que como han visto en los escritos de muchos Santos, y devotos Autores, que las amistades particulares, y aficiones extraordinarias dañan infinito á los Religiosos, piensan que se entiende lo mismo con todos los demas del mundo; pero la diferencia es grande: porque debaxo de que en un Monasterio bien reglado el designio comun de todos mira á la devocion, no es necesario el hacer particulares comunicaciones, de modo, que buscando en particular lo que es comun, no se pase de las particularidades á las parcialidades; pero quanto á los que estan entre los mundanos, y que abrazan la verdadera virtud, les es necesario el alentarse los unos é los otros con una santa, y sacra amistad, porque por este medio se animan, se ayudan, y se encaminan al bien; y como los

que caminan por lo llano no han menester darse la mano, sino los que se hallan en caminos ásperos, y escabrosos, porque entonces se asen, y ayudan los unos á los otros para caminar con mas seguridad; así los que estan en las Religiones no tienen necesidad de particulares amistades, sino los que estan en el mundo, para ayudarse, y socorrerse los unos á los otros en el pasage de tantos peligrosos pasos. En el mundo no todos conspiran á un mismo fin, ni todos tienen un mismo juicio. Menester es, pues, sin duda ponerse aparte, y hacer amistades segun nuestra pretension; y esta particularidad hace una parcialidad, pero parcialidad santa; la qual no hace ninguna division, sino la del bien, y el mal, de las ovejas, y las cabras, y de las abejas, y los zánganos, que es separacion necesaria.

No se puede negar que nuestro Señor no amase con una mas dulce, y especial amistad á San Juan, Lázaro, Marta, y Magdalena, porque la Escritura nos lo muestra. Tambien se sabe que San Pedro amaba tiernamente á San Marcos, y Santa Petronila; como San Pablo tambien á su Timótheo, y Santa Tecla. San Gregorio Nazianzeno se preciaba cien veces de la sin igual amistad que tuvo con San Basilio el Magno, y le escribe de esta suerte: „ No parece si-

„ no que en nosotros dos no hay sino una so-
„ la alma en dos cuerpos; que sino se ha de creer
„ á los que dicen que todas cosas estan en todas
„ cosas, no por eso hemos de dexar de dar cré-
„ dito á que entrambos á dos estamos en el uno
„ de los dos y el uno en el otro. Una sola preten-
„ sion tenemos entrambos, que es de cultivar la
„ virtud, y acomodar los designios de nuestra vi-
„ da á las esperanzas futuras, saliendo así fuera
„ de la tierra mortal antes del morir." San Agustin nos muestra como San Ambrosio ámaba únicamente á Santa Mónica por las raras virtudes que habia en ella, y que ella recíprocamente le amaba como á un Angel de Dios.

Mas no tengo razon de detenerme, y embebecerte en cosa tan clara. San Gerónymo, San Agustin, San Gregorio, San Bèrnardo, y todos los mayores Siervos de Dios, han tenido particulares amistades, sin daño de su perfeccion. San Pablo reprehendiendo el abuso de los Gentiles, los acusa de haber sido gentes sin aficion; esto es, que no tenian ninguna amistad. Y Santo Thomas, como todos los buenos Filósofos, confiesa que la amistad es virtud, habla de la amistad particular, pues dice: „ La per-
„ fecta amistad no puede estenderse á muchas
„ personas. La perfeccion, pues, no consiste en

„ no tener amistad, sino en tenerla buena,
„ santa, y sagrada."

CAPITULO XX.

De la diferencia que hay entre las verdaderas, y vanas amistades.

Aquí tienes, pues, Filotea mia, el mas principal aviso de quantos puedo darte acerca de este sugèto. La miel de Heraclea, que es venenosa, parece á la otra que es saludable. Gran peligro, pues, se corre de tomar la una por la otra, y de tomarlas mezcladas; porque la bondad de la una no impediria la malignidad de la otra. Menester es, pues, tener cuenta para que no te engañes en estas amistades, principalmente quando estas son entre personas de diverso sexô, debaxo de qualquier pretexto que sea; porque en un momento Satanás hace volver la casaca á los que aman. Comienzan por el amor virtuoso; pero si no hay mucha prudencia, bien presto se mezclará el amor frívolo, despues el amor sensual, y despues el amor carnal; y aun de la misma manera hay peligro en el amor espiritual, si no se tiene buena cuenta, aunque en este sea mas dificil la mudanza, por quanto su pureza, y

blandura dan mejor á conocer las manchas con que Satanás procura amancillar las almas. Por esto, pues, quando lo intenta es con tanta fineza, que procura hacer deslizar á las deshonestidades casi insensiblemente.

Conocerás la amistad mundana entre la santa, y virtuosa, como se conoce la miel de Heraclea entre la otra. La miel de Heraclea es mas dulce á la boca que la ordinaria, por causa del acónito, que la da aun mayor dulzura; y la amistad mundana produce ordinariamente gran cantidad de palabras azucaradas, con una junta de ciertos motes apasionados, y alabanzas fundadas en la hermosura, en la gracia, y en las calidades sensuales. Pero la amistad santa tiene un lenguage simple, y noble, y no puede alabar sino la virtud, y gracia de Dios, único fundamento, sobre el qual se funda. La miel de Heraclea luego que se ha comido causa un desvanecimiento de cabeza; y la falsa amistad provoca á un desvanecimiento de espíritu, que hace titubear á la persona en la castidad, y devocion, trayéndola á señas afectadas, tiernas, é inmoderadas; á caricias sensuales, á suspiros desordenados, á ciertas quejas de no ser amado, á pequeñas, pero buscadas, halagueñas ceremonias, y galanterias. Camina por aquí para llegar á la licencia

de los actos, familiaridades, y favores deshonestos: presagios ciertos, é indubitables de una cercana ruina de la honestidad. Mas la amistad santa no tiene sino ojos simples, y vergonzosos; ni caricias, sino puras, y nobles; ni suspiros, sino para el Cielo; ni familiaridades, sino para con el espíritu; ni quejas, sino quando Dios no es amado: señales infalibles de la honestidad. La miel de Heraclea turba la vista, y esta amistad mundana turba el juicio: de suerte, que los que son tocados de ella, piensan hacer bien en haciendo mal, y entienden que sus escusas, pretextos, y palabras sean verdaderas razones: temen la luz, y aman las tinieblas. Pero la amistad santa tiene los ojos claros, y no se esconde, sino antes parece de buena gana delante de la gente virtuosa. En fin, la miel de Heraclea da una grande amargura en la boca: así las falsas amistades se convierten, y acaban en palabras, y demandas carnales, y hediondas; ó en caso que estas no se admitan, en injurias, calumnias, embustes, tristezas, confusiones, y zelos, lo qual todo pára bien presto en brutalidades, y desatinos; pero la casta amistad es siempre igualmente honesta, comedida, y amigable, y jamas se convierte sino en una mas perfecta, y pura union de espíritu: imagen viva de la

amistad, y bien dichoso, que en el mismo Cielo se exerce.

San Gregorio Nazianzeno dice, que quando grita el pabon, luego que hace la rueda de sus plumas; excita en estremo á las hembras que le oyen á la lubricidad. Así quando vemos á un hombre galantear, componerse, y llegarse con alhagos, ternezas, y embustes á las orejas de una muger, sin pretension de un justo màtrimonio, sin duda que lo hace para provocarla á alguna deshonestidad. Entónces la muger, si es honrada, cerrará las orejas por no oir el grito del pabon, y la voz del encantador que la quiere encantar con finezas; que si le oye, ó Dios, y qué mal aguero! porque lo será sin duda de la futura pérdida de su corazon.

La gente moza, que hacen señas, finezas, y caricias, ó dicen palabras, en las quales no querrian ser oidos de sus padres, madres, maridos, mugeres, ó confesores, muestran que tratan de cosa agena del honor, y la conciencia. Nuestra Señora se turbó viendo un Angel en forma humana, porque estaba sola, y que la decia estremas, aunque celestes alabanzas. ¡O Salvador del Mundo! La pureza teme un Angel en forma humana? Por qué, pues, la inmundicia no temerá un hombre, aunque estu-

viese en figura de Angel, quando la alaba con alabanzas sensuales, y humanas?

CAPITULO XXI.

Aviso, y remedios contra las malas amistades.

¿Qué remedio, pues, contra este género, y forma de locos amores, locuras, y deshonestidades? Al punto que vieres en tí las menores señales, vuélvete luego del otro lado, y con una detestacion absoluta de esta vanidad corre á la Cruz del Salvador, y toma su corona de espinas para rodear tu corazon, porque estas raposillas no se te lleguen: guárdate de venir á ninguna suerte de trato con este enemigo; no digas: Oiréle, mas no haré nada de lo que me dirá; ni: Prestaréle la oreja, mas rehusaré el corazon. O! no, Filotea: por amor de Dios te ruego seas rigurosa en tales ocasiones. El corazon, y las orejas se entretienen el uno al otro; y como es imposible el detener una corriente, que ha tomado su curso por la caida de una montaña, así es dificultoso el estorvar que el amor que ha caido en las orejas, no haga al mismo punto caida en el corazon. Verdad es que Aristóteles lo niega: no sé en que lo funda; pero bien sé que nuestro corazon alienta por la

oreja, y que como aspira, y exhala sus pensamientos por la lengua, respira tambien por la oreja, por la qual recibe los pensamientos agenos. Guardemos, pues, con cuidado nuestras orejas del ayre de locas palabras; porque de otra suerte nuestro corazon será al punto apestado. No oygas ninguna suerte de proposiciones sobre ningun pretexto que sea: en este solo caso, no importa mostrarse descortés, y rústica.

Acuérdate que has votado tu corazon á Dios, y que tu amor le está ya sacrificado: Sacrilegio, pues, seria el quitarle un solo bien: sacrifícale antes de nuevo con mil resoluciones, y protestaciones; y asegurándote entre ellas, como un ciervo en su guarida, reclama á Dios, y te socorrerá; y su amor tomará el tuyo en su proteccion, para que viva únicamente por él; y si estás ya cogida entre las redes de estos locos amores, ó Dios, y quánta dificultad habrá en el sacarte de ellas! Ponte delante de su Divina Magestad: conoce en su presencia la grandeza de tu miseria, tu flaqueza, y vanidad; despues con el mayor esfuerzo de corazon que te sea posible abomina estos comenzados amores, detesta la vana profesion que has hecho de ellos, renuncia todas las promesas recibidas, y con una grande, y absoluta voluntad resuelve en tu corazon de

nunca mas entrar en estos juegos, y entretenimientos de amor.

Si pudieres alejarte del objeto, aprobarélo infinito; porque como los que han sido mordidos de las serpientes, no pueden con facilidad sanar en presencia de los que otra vez han sido heridos de la misma mordedura; así la persona que está picada de amor, sanará con dificultad de esta pasion, mientras estuviere cerca de la otra que ha sido tocada de la misma picadura. La mudanza de lugar sirve en extremo para apaciguar los ardores, é inquietudes, sean de dolor, ó amor. El mozo de quien habla San Ambrosio en el libro segundo de la Penitencia, habiendo hecho un largo camino, volvió de todo punto libre de unos locos amores que habia tenido, y de tal manera trocado, que encontrándole su loca enamorada, y diciéndole: ¿No me conoces por ventura? Mira que yo soy, yo misma. Si serás (respondió el mozo), mas yo no soy yo mismo. La ausencia le fue causa de esta dichosa mudanza. Y San Agustin dice que para aliviar el dolor que recibió en la muerte de su amigo, se salió de Tagaste, Lugar donde murió, y se fue á Cartago.

Pero quien no puede alejarse qué es lo que hará? Habrá menester dexar absolutamente to-

da conversacion particular, todo entretenimiento secreto, toda dulzura de ojos, todo semblante risueño, y generalmente toda suerte de comunicacion, y cebo, que puede alimentar este fuego hediondo, y humoso. Y si el tal no escusáre hablar al cómplice, que sea para declarar entónces por una atrevida, corta, y severa protestacion el divorcio eterno que ha propuesto, y jurado. Torno, pues, á decir en alta voz á qualquiera que hubiere caido en el lazo de estos vanos amores, que le corte, despedace, y rompa. No es bien detenerse en descoser estas locas amistades; rasgarlas es menester. No se han de desanudar las ligaduras; mejor es cortarlas, y romperlas: así como así sus cuerdas, y ataduras no valen nada. No es bien regatear el desasirnos de un amor que es tan contrario al amor de Dios. Pero despues que habré de esta suerte rompido las cadenas de esta infame esclavitud, aún me quedará algun resentimiento; y las señales, y forma de los hierros se mostrarán aun impresas en mis pies; esto es, mi aficion: mas no quedarán, Filotea, como hayas abominado tu mal tanto como merece; porque si esto hicieres, no verás en tí otro movimiento, sino un horror del vano amor pasado, y de todo aquello que de él depende, y quedarás para con el objeto ya de-

xado libre de toda aficion, y solo con aquella de una purísima caridad para con Dios. Mas si por la imperfeccion de tu arrepentimiento te queda aún alguna mala inclinacion, procura poner tu alma en una soledad mental, segun te he mostrado atras, y retírate quanto puedas; y con mil retiradas; y asaltos de espíritu reconoce todas tus inclinaciones, abomínalas con todas tus fuerzas, lee los libros devotos mas que lo ordinario: confiésate, y comulgate mas á menudo que sueles: confiere con humildad, y rectitud todas las sugestiones, y tentaciones, que acerca de esto sintieres, con tu Maestro, si pudieres, ó á lo menos con alguna alma fiel, y prudente; y no dudes sino que Dios te librará de todas pasiones, como tú continues fielmente en estos exercicios.

Dirásme sin duda: Pues cómo? No será una grande ingratitud el romper una amistad con tanta vehemencia? ¡O qué dichosa es la ingratitud que nos hace agradables á Dios! No, Filotea, no será ingratitud; antes será un gran beneficio que harás al amante, porque rompiendo tú tus ataduras, romperás tambien las suyas, pues estas os eran comunes; y aunque por entónces no aperciba su buena dicha, él la conocerá poco despues sin duda, y cantará contigo por accion de gracias: ¡O Señor! tú has rompido mis atadu-

ras: yo sacrificaré la hostia de alabanza, é invocaré tu santo nombre.

CAPITULO XXII.

Algunos otros avisos sobre este sugeto de amistad.

Aun tengo un advertimiento de importancia cerca de este sugeto: la amistad requiere una gran comunicacion entre los amantes, y sin ésta ni podria nacer, ni subsistir. Por esto sucede muchas veces, que con la comunicacion de la amistad nos deslizamos á otras muchas comunicaciones, indignas á veces de una verdadera amistad. Sucede esto principalmente quando estimamos en extremo á aquel á quien amamos; porque entónces abrimos de tal suerte el corazon á su amistad, que con ella se nos entran por entero, y con facilidad sus inclinaciones, é impresiones, ya sean malas, ó buenas. Vemos que las abejas que hacen la miel de Heraclea, no buscan sino la miel; pero con ella chupan insensiblemente las calidades venenosas del acónito, sobre el qual hacen su cosecha. O Dios, Filotea! menester es practicar bien en este sugeto la palabra que el Salvador de nuestras almas solia decir, y conforme nuestros pasados nos han enseñado: *Sed*

buenos cambios, y monederos; quiere decir: *No recibais la falsa moneda con la buena, ni el oro baxo con el fino: apartad lo bueno de lo malo.* Sí, porque no hay casi ninguno que no tenga alguna imperfeccion. ¿Qué razon hay, pues, para recibir las faltas, é imperfecciones del amigo con su amistad? Justo es por cierto amarle, no obstante su imperfeccion; mas no por eso se ha de amar, ni recibir su imperfeccion: porque la amistad requiere la comunicacion del bien, pero no del mal. Así como los que codiciosos buscan entre las ricas corrientes del Tajo sus doradas arenas, que separando el oro de ellas para llevársele, dexan lo arenisco, y cenagoso á las orillas; así los que gozan de la comunicacion de alguna buena amistad, deben separar la arena de las imperfecciones, sin dexarla entrar en sus almas. San Gregorio Nazianzeno dice, que amando, y admirando las virtudes de San Basilio, muchos le procuraban imitar hasta en sus imperfecciones exteriores, en su hablar lentamente y con un espíritu abstracto, y pensativo, en la forma de su barba, y en ciertas retiradas que hacia quando andaba. Y aun vemos hombres, mugeres, niños, y amigos, que haciendo grande estima de sus amigos, padres, maridos, y mugeres, se les pegan mil malas, aunque pequeñas impropiedades,

en el comercio de la amistad que practican. Esto, pues, no se debe de ninguna manera hacer, porque no hay á quien no le basten sus malas inclinaciones, sin cargarse de las de los otros: y no solo no quiere esto la buena amistad, sino antes obliga á ayudarnos uno á otro, para que así recíprocamente nos podamos librar, y dexemos toda suerte de imperfeccion. Menester es sin duda el sobrellevar al amigo mansamente en sus imperfecciones; pero no el llevarle á ellas, y mucho menos el traerlas á nosotros.

Hablo solo de las imperfecciones; porque quanto á los pecados, ni se han de llevar, ni sobrellevar en el amigo. Amistad es, ó debil, ó mala, el ver perecer al amigo, y no socorrerle: verle morir de una postema, y no osar llegarle la navaja de la correccion para salvarle. La verdadera y viva amistad no puede durar entre los pecados. Dicen que la Salamandra mata el fuego sobre que se echa; y el pecado arruina la amistad donde se aloja. Si es un pecado pasagero, la amistad le pondrá en huida por la correccion; pero si permanece, y se domestíca, al mismo punto la amistad perece, porque esta no puede durar, y subsistir sino sobre la verdadera virtud. Quánto menos, pues, se debe pecar donde hay amistad? Él amigo es enemigo quando nos quie-

re conducir al pecado, y merece perder la amistad quando quiere perder y condenar al amigo. Así es una de las mas seguras señales de falsa amistad el tenerla con persona viciosa, comunicando con ella qualquier suerte de pecado que sea. Si aquel á quien amamos es vicioso, sin duda que nuestra amistad es viciosa; que pues esta no puede mirar la verdadera virtud, es fuerza que considere alguna virtud loca, y alguna calidad sensual.

La compañia que se hace entre los mercaderes por el provecho temporal, no tiene sino la imagen de la verdadera amistad; porque esta se hace, no por el amor de las personas, sino por el amor de la ganancia.

En fin, estas dos divinas palabras son dos grandes columnas para asegurar la vida Christiana. La una es del Sabio: *Quien teme á Dios tendrá por consiguiente una buena amistad.* La otra es de Santiago: *La amistad de este mundo es enemiga de Dios.*

CAPITULO XXIII.

De los exercicios de la mortificacion exterior.

Los que tratan de las cosas rústicas, aseguran que si se escribe alguna palabra sobre una al-

mendra entera, tornándola á meter despues en su cáscara, doblándola, y cerrándola con curiosidad, y plantándola de esta suerte, en toda la fruta del árbol, que saldrá despues, se hallará escrito, y grabado lo mismo que antes se habia escrito. Quanto á mí, Filotea, nunca he podido aprobar el método de los que para reformar al hombre comienzan por lo exterior, por las demonstraciones, por los vestidos, y por los cabellos. Paréceme lo contrario, y que se debe comenzar por lo interior. *Convertios á mí* (dice el Señor) *de todo vuestro corazon. Hijo mio, dame tu corazon.* Porque siendo el corazon el manantial y origen de las acciones, ellas son tales, qual él es. El Esposo Divino, convidando al alma, *Ponme*, dice, *como un sello sobre tu corazon: como un sello sobre tu brazo.* Sí, Filotea, porque quien tiene á Jesu-Christo en su corazon, bien presto le tendrá en todas sus acciones exteriores. Por esto, pues, he querido ante todas cosas grabar, y escribir sobre tu corazon *Viva Jesus*, seguro de que despues de esto tu vida, la qual procede de tu corazon, como un almendro de su pepita, pıoducirá á todas sus acciones, que son frutos, escritas, y grabadas del mismo nombre de salud; y que como este dulce nombre de Jesus vivirá dentro de tu corazon, vivi-

rá tambien en todas tus obras, y se mostrará en tus ojos, en tu boca, en tus manos, y aun hasta en tus cabellos, y podrás santamente decir á imitacion de San Pablo: *Yo vivo, pero no mas yo; ántes Jesu Christo vive en mí.* En fin, quien ha ganado el corazon del hombre, ha ganado todo el hombre; pero este mismo corazon, por el qual queremos comenzar, pide que le instruyan, y enseñen cómo ha de portarse en sus costumbres, y acciones exteriores.

Si puedes llevar el ayuno, harás bien de ayunar algunas veces, sin que la Iglesia nos lo mande; porque fuera del efecto ordinario del ayuno, como levantar el espíritu, reprimir la carne, practicar la virtud, y adquirir mayor recompensa en el Cielo, es un gran bien el ver que por su medio se destruye la misma gula, y se tiene el apetito sensual, y el cuerpo sujeto á la ley del espíritu. Y quando no se ayune mucho, el enemigo con todo eso nos teme mas quando sabe que sabemos ayunar. Los Miércoles, Viernes, y Sábados son los dias en que los antiguos Christianos se exercitaban mas en la abstinencia. Escoge, pues, de estos dias los que tu devocion, y la discrecion de tu Confesor te aconsejaren.

De buena gana diria yo como San Gerónymo decia á la virtuosa Leta: *Los largos, é*

inmoderados ayunos me desagradan mucho, principalmente en los que estan en muy tierna edad.

He aprendido por experiencia, que el pequeño jumentillo, hallándose cansado en el camino, procura despedir de sí la pesada carga; esto es, que la gente moza, cayendo en las enfermedades por el exceso de los ayunos, se dan facilmente á la delicadeza, y regalo. Los ciervos corren mal en dos tiempos, quando estan muy cargados de gordura, y quando muy flacos. Así nosotros estamos muy expuestos á las tentaciones quando nuestro cuerpo está muy repleto, ó muy flaco; porque lo uno le hace insolente en su placer, y lo otro desesperado en su pesar. Y como no le podemos llevar quando está muy gordo, así no nos puede llevar quando está muy flaco. La falta de esta moderacion en los ayunos, disciplinas, cilicios, y asperezas, hacen inútiles al servicio de la caridad los mas floridos años de muchos, como hizo tambien á S. Bernardo, que se arrepintió de haber usado de demasiada austeridad; y quanto esta al principio le maltrató, le lisonjeó á la fin. ¿No hubiera sido mejor hacerle un tratamiento igual, y proporcionado á los oficios, y trabajos, á que su condicion le obligaba?

El ayuno, y trabajo amortiguan, y abaten la carne; si el trabajo que hicieres fuere ne-

cesario, ó muy provechoso al servicio de Dios, mas quiero que sufras la pena del trabajo que la del ayuno. Así lo siente la Iglesia, la qual por los trabajos útiles al servicio de Dios, y del próximo, descargará los que los exercen de los ayunos, aunque sean de precepto. Uno tiene trabajo en ayunar, otro en servir los enfermos, visitar los presos, confesar, predicar, consolar los afligidos, rezar, y otros semejantes exercicios. Esta pena vale mas que estotra; porque fuera de que causa igualmente mérito, tiene en sí frutos, y provechos mucho mas dignos de desear. Y hablando generalmente, mejor es conservar mas fuerzas de las que hemos menester, que arruinar las que hemos menester; porque bien se pueden abatir quando se quiere, mas no se pueden reparar siempre que se quiere.

Paréceme que debemos tener en grande reverencia la palabra que nuestro Señor dice á sus Discípulos: *Comed lo que fuere puesto delante de vosotros*. Mejor virtud es, segun yo entiendo, el comer sin eleccion lo que te presentan, y en la misma órden que te lo presentan, sea ó no á tu gusto, que el escoger siempre lo peor; porque aunque esta última manera de vivir parece mas áspera; la otra tiene mas de resignacion, porque por ella no solo se renuncia su gusto, pero tam-

bien su eleccion: y tambien no es poca aspereza el hacer el gusto de qualquier otro, y tenerle sujeto á qualquier semejante ocasion, ó encuentro. Fuera de que esta suerte de mortificacion no se echa de ver, ni desacomoda la persona, y es únicamente propia para la vida civil. Retirar una vianda para tomar otra, tocar, y pellizcar todos los platos, no hallar nunca en mas estima que San Bernardo bebiese aceyte por agua, ó vino, que si bebiera agua de agenjos con atencion; porque esto era señal que no pensaba en lo que bebia. En este descuido, pues, en lo que se come, ó bebe, consiste la perfeccion de la práctica de esta palabra sagrada. No dexo por esto de hacer excepcion de las viandas contrarias á la salud, ó que desacomodan el espíritu, como hacen á muchos las viandas calientes, especias humosas, y ventosas, y ciertas ocasiones, en las quales la naturaleza tiene necesidad de alguna recreacion, y ayuda para poder continuar algun trabajo á la gloria de Dios. Una continua, y moderada templanza es mejor que las abstinencias violentas, hechas á diversos tiempos, y entreveradas de grandes excesos.

La disciplina tiene una maravillosa virtud para despertar la devocion, usándola con moderacion. El cilicio amortigua en extremo el cuer-

po; pero su uso no es de ordinario propio ni á la gente casada, ni á las delicadas complexîones, ni á los que tienen obligacion de pasar por otras grandes penas, ó trabajos. Verdad es que en los dias mas señalados de la penitencia se puede traer, y esto con el parecer del Confesor.

Ha de tomar de la noche para dormir cada uno, segun su complexîon, tanto quanto le es necesserio para velar con utilidad el dia. Porque la Escritura Santa en muchos lugares, el exemplo de los Santos, y las razones naturales nos encomiendan grandemente las mañanas, como las mejores, y mas fructuosas horas de nuestros dias; y que nuestro Señor mismo es llamado Sol del Oriente, y nuestra Señora Alva del dia; pienso que es un cuidado virtuoso tenerle en recogerse temprano luego que anochece, para poder despertar, y levantarse de mañana. Es ciertamente este tiempo el mas gracioso, el mas dulce, y el menos embarazado: en él hasta los mismos páxaros nos provocan á que recordemos, y demos gracias á nuestro Dios; de suerte, que el levantarse de mañana sirve á la salud, y á la santidad.

Balaan sobre su asna iba á buscar á Balac; mas por quanto no tenia recta intencion, el Angel le esperó en el camino con una espada en la

mano para matarle. La asna, que veia al Ángel, se paró por tres diversas veces: Balaan la apaleaba con crueldad, procurando hacerla pasar adelante, hasta que á la tercera vez, dexándose caer de largo á largo debaxo de Balaan, le habló milagrosamente, y dixo: *¿Qué te hecho yo? ¿Por qué me has apaleado ya por tres veces?* Poco despues los ojos de Balaan fuéron abiertos, y vió al Angel, que le dixo: *¿Por qué has apaleado tu asna? Si ella no se hubiera apartado de delante de mí yo te hubiera muerto, y la hubiera reservado.* Entónces Balaan dixo al Angel: *Señor, yo he pecado, porque yo no sabia que tú te oponias contra mí en el camino.* Ves, Filotea, Balaan es la causa del mal, y tras eso maltrata, y apalea la pobre asna, que no tiene culpa. Esto nos acaece muchas veces en nuestros negocios. Porque la otra muger ve á su marido, ó hijo enfermos, luego corre al ayuno, al cilicio, ó á la disciplina, como hizo David por un semejante sugeto. ¡O, amiga mia! tú maltratas la pobre asna: tú afliges tu cuerpo, sin que tenga ninguna culpa de tu mal, ni de que Dios haya desenvaynado su espada para tí. Corrige tu corazon, que es idólatra de este marido, y que permitió mil vicios al hijo, y le destinó al orgullo, á la vanidad, y á la ambicion. El otro hombre

ve que cae muy amenudo, y torpemente en el pecado de la luxuria, y que el remordimiento interior le acusa la conciencia, mostrándole una espada desnuda para herirle con santo miedo; y luego el corazon, volviendo en sí: Ah, indómita carne! (dice al cuerpo desleal) tú me has hecho traicion, y vendido; y executa luego grandes castigos sobre esta carne, grandes, é inmoderados ayunos, pesadas disciplinas, y cilicios insoportables. ¡O, pobre alma! si tu carne pudiera hablar como la asna de Balaan, ella te diria: ¿Por qué me maltratas miserable? Contra tí, ó alma mia, Dios arma su venganza: tú eres la delinqüente. ¿Por qué me llevas tú á las conversaciones? ¿Por qué aplicas mis ojos, mis manos, y mis labios á las lascivias? ¿Por qué me inquietas, y alborotas con malas imaginaciones? Ten buenos pensamientos, y yo no tendré malos movimientos. Conversa la gente honesta, y yo no seré combatida de mi concupiscencia. ¡Pobre de mí! Eres tú quien me arrojas en medio del fuego, y no quieres que me queme? Tú me pones el vino á los ojos, y no quieres que se inflamen? Dios, sin duda, os dice en tales casos: Maltratad, romped, herid, y despedazad vuestros corazones, principalmente porque contra ellos se ha mi enojo armado. Para sanar la co-

mezon no es tan necesario el lavarse, y bañarse, como el purificar la sangre, y refrescar el hígado: así para curarnos de nuestros vicios bueno es el mortificar la carne; pero sobre todo es necesario el purificar nuestras aficiones, y refrescar nuestros corazones. En fin, en todo, y por todo no se deben emprender las asperezas corporales, sino con el parecer de nuestro Maestro espiritual.

CAPITULO XXIV.

De las conversaciones, y de la soledad.

El buscar las conversaciones, y el huirlas son dos extremos dignos de vituperar en la devocion civil, que es aquella de que te hablo. El huirlas tiénese á desden, y menosprecio del próximo, y el buscarlas huele á ociosidad inútil. Háse de amar al próximo como á sí mismo. Para mostrar que le amamos, no se ha de huir el estar con él; y para verificar que nos amamos á nosotros mismos, nos hemos de agradar quando estamos con nosotros mismos. Estamos, pues, con nosotros mismos quando estamos solos. *Piensa en tí mismo* (dice San Bernardo), *y despues en los otros.* Si ninguna cosa te obliga ir á la conversacion, ó recibirla, quédate contigo misma, y entretente con tu corazon; mas si la conver-

sacion se te ofrece, ó algun justo motivo te convida á ella, ve con Dios, Filotea, y mira á tu próximo con buen corazon, y buen ojo.

Llámanse malas conversaciones las que se hacen por alguna mala intencion, ó quando los que intervienen en ella son viciosos, indiscretos, y disolutos; y quanto á estas se les debe huir el cuerpo, como las abejas huyen de los zánganos, y moscones; porque como los que han sido mordidos de perros rabiosos, tienen el sudor, el aliento, y la saliva peligrosa, y principalmente para los niños y gente de delicada complexîon; así estos viciosos, y desordenados no pueden ser freqüentados, sino con grande peligro, principalmente de los que son de devocion aún tierna, y delicada.

Hay conversaciones inútiles á toda otra cosa sino á la sola recreacion, las quales se hacen por un simple divertimiento despues de las ocupaciones importantes; y quanto á estas, como no debe totalmente darse á ellas, se les puede dar tambien lugar en el destinado á la recreacion.

Las otras conversaciones tienen por su fin la honestidad, como son las visitas recíprocas, y ciertas juntas que se hacen para honrar al próximo. Y quanto á estas, como no se debe ser supersticioso en el practicarlas, tambien no se ha

de ser del todo descortés en el menospreciarlas; sino satisfacer con modestia á la obligacion que se tiene, á fin de evitar igualmente la rusticidad, y la liviandad.

Restan las conversaciones útiles, como son aquellas de las personas devotas, y virtuosas. ¡O Filotea! estas, y su encuentro te causarán siempre un notable bien. La viña plantada entre los olivos trae la uba xugosa, y tiene un gusto que tira á la aceytuna. Un alma, que se halla amenudo entre la gente virtuosa, no puede dexar de participar de sus calidades. Los zánganos solos no pueden hacer miel; pero con las abejas se ayudan á hacerla. Es una gran ventaja para exercitarnos bien en la devocion el conversar con las almas devotas.

En todas conversaciones la sinceridad, simplicidad, mansedumbre, y modestia, son siempre preferidas. Hay algunas personas, que no hacen ninguna suerte de accion, ni movimiento, sino con tanto artificio, y afectacion, que no hay á quien no enfaden. Y como aquel que no querria nunca pasearse sino contando sus pasos, ni hablar sino cantando, seria cansado á todos los demas hombres; así los que tienen un ademan artificioso, y que no hacen nada sin afectacion, importunan, y cansan en extremo la conversacion,

y en esta suerte de gente hay siempre alguna especie de presuncion. Bueno es que de ordinario mostremos en nuestras conversaciones una alegria moderada. San Romualdo, y San Antonio son en extremo alabados de que, no obstante todas sus asperezas, tenian siempre la cara, y las palabras llenas de alegria, regocijo, y afabilidad. *Reid con los que rien, y alegraos con los alegres.* Dígote aun otra vez con el Apóstol: *Está siempre alegre, pero en nuestro Señor, y que tu modestia parezca á todos los hombres.*

Para alegrarte en nuestro Señor es menester que el sugeto de tu alegria sea no solo lícito, pero honesto. Digo esto, porque hay cosas lícitas, que no por eso son honestas; y para que tu modestia se conozca, guardaráste de insolencias, las quales sin duda son siempre reprehensibles. Hacer caer al uno, tiznar al otro, picar al tercero, hacer mal á un loco, las tales son risas, y alegrias locas, é insolentes.

Fuera de la soledad mental, á la qual te puedes retirar en medio de las conversaciones, segun se ha dicho atras, debes amar la soledad local, y real: no se entiende para ir á los desiertos, con Santa Maria Egypciaca, San Pablo, San Antonio, Arnesio, y los otros Padres solitarios; sino para estar algun rato en tu apo-

sento, ó en tu jardin, ó donde mas á tu gusto puedas retirar tu espíritu á tu corazon, y recrear tu alma con buenas meditaciones, y santos pensamientos, ó con alguna buena letura, á exemplo de aquel gran Obispo Nazianzeno, que hablando de sí mismo dice: " Yo me pa„ seaba, yo mismo con migo mismo sobre el „ sol del Oriente, y pasaba el tiempo sobre la „ costa del mar; porque yo he acostumbrado „ usar de esta recreacion para rehacerme, y sa„ cudirme un poco de las pesadumbres ordina„ rias." Y luego discurre del buen pensamiento que de aquí le nació, como he referido; y á exemplo tambien de San Ambrosio, del qual hablando San Agustin, dice que muchas veces, habiendo entrado en su aposento (por quanto no rehusaban la entrada á ninguno) le miraba leer; y despues de haber esperado algun tiempo, temiendo desacomodarle, se tornaba sin hablar palabra, pareciéndole que aquel poco tiempo que sobraba á aquel gran Pastor para rehacer, y recrear su espíritu despues de la taréa de tantos negocios, no se le debia quitar. Tambien despues de haber un dia los Apóstoles contado á nuestro Señor, como habian predicado, y trabajado mucho, *venid*, les dixo, *á la soledad, y reposad un poco.*

CAPITULO XXV.

De la decencia de los vestidos.

San Pablo quiere que las mugeres devotas (lo mismo se ha de entender de los hombres) se vistan con decencia, adornándose con vergüenza, y templanza. La decencia, pues, de los vestidos, y otros adornos, depende de la materia, de la forma, y de la limpieza. Quanto á la limpieza, debe casi siempre ser igual en nuestros vestidos, sobre los quales quanto nos sea posible, nos hemos de guardar de que haya ninguna mancha, ó suciedad. La limpieza exterior representa en alguna manera la interior honestidad. Dios mismo encarga la honestidad corporal en los que andan cerca de sus Altares, y que tienen el principal cargo de la devocion. Quanto á la materia, y la forma de los vestidos, la decencia se considera por muchas circunstancias: del tiempo, de la edad, de las calidades, de las compañias, y de las ocasiones. Parece de ordinario mucho mejor el adorno en los dias de fiesta, segun la grandeza del dia que se celebra. En tiempo de penitencia, como en Quaresma, no hay quien dude la honestidad;

y simpleza que se debe observar en el trage. En las bodas se traen los vestidos nupciales, y los de luto en las juntas fúnebres. Los que andan cerca de los Príncipes estiran las fuerzas, y con ellas las demas acciones, las quales deben moderar entre sus domésticos. La muger casada se puede, y debe adornar segun el gusto de su marido, y quando él lo desea; y si en su ausencia hace lo mismo, preguntará sin duda que á qué ojos quiere agradar, ó favorecer con adorno tan particular. Á las doncellas se les permiten mas diges y galas, por quanto pueden lícitamente desear agradar á muchos, aunque esto no sea sino con fin de ganar á solo uno para un santo matrimonio. No se tiene ya por malo que las viudas se adornen en alguna manera, con tal que no den nota de liviandad, y locura; que como han sido ya madres de familia, y pasado por el sentimiento de la viudez, tienen el espíritu puro, maduro, y templado. Pero quanto á las verdaderas viudas, que lo son, no solo del cuerpo, sino de corazon, ningun adorno les es conveniente, sino la humildad, la modestia, y la devocion; porque si es que quieren enamorar á los hombres, ya no son verdaderas viudas; y si no es esta su pretension, ¿para qué traen los instrumentos de ellas? Quien no quie-

re recibir huéspedes, menester es que quite la insignia de su casa. No hay quien no se ria de la gente vieja quando quiere pulirse, y estirarse demasiado, porque esta es una locura solo á los mozos sufrible.

Andarás aseada, Filotea, de suerte que no haya nada sobre tí que arrastre, ni esté mal aliñado. Menosprecio es de aquellos con quien conversamos el ir con ellos en hábito desagradable; pero guardáte de los adornos impertinentes, vanidades, curiosidades, y locuras. Mantendráste siempre, quanto te sea posible, en la simplicidad, y modestia, que es sin duda el mayor adorno de la hermosura, y la mejor escusa para la fealdad. San Pedro advierte, principalmente á las mugeres mozas, el no traer los cabellos crespos, rizos, y ensortijados. Los hombres que son tan apocados, que se dan á estas acciones mugeriles, son estimados en todas partes como hermafroditas; y las mugeres vanas son tenidas por de poca castidad, ó por lo menos, si la tienen, no es visible entre tantas buxerias, y bagatelas. Dicen ellas que no piensan mal; pero yo replico, como he hecho otras veces, que si ellas no, el diablo sí, y siempre. Quanto á mí, yo querria que mi devoto, y devota estuvieran siempre los mejor vestidos de la junta, pero los

menos pomposos, y afectados; y como se dice en los Proverbios, que se adornasen de gracia, decencia, y dignidad. San Luis dice en una palabra que nos debemos vestir segun nuestro estado, de suerte que los sabios, y buenos no puedan decir: Tú haces demasiado; ni la gente moza: Tú haces muy poco; pero en caso que los mozos no se quieran contentar con la decencia, nos debemos arrimar al parecer de los sabios.

CAPITULO XXVI.

Del hablar, y primeramente cómo hemos de hablar de Dios.

Los Médicos toman gran conocimiento de la salud, ó enfermedad de un hombre por la inspeccion de su lengua. Así nuestras palabras son verdaderos indicios de las calidades de nuestras almas. *Por tus palabras*, dice el Salvador, *tú serás justificado; y por tus palabras tú serás condenado.* Vese que aplicamos luego la mano al dolor que tenemos, y la lengua á aquello á que nos aficionamos.

Si fueres, pues, verdaderamente enamorada de Dios, Filotea, tú hablarás siempre de Dios en los discursos familiares que hicieres con

tus domésticos, amigos, y vecinos: sí, *porque la boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará el juicio.* Y como las abejas no hacen otra cosa sino la miel con su pequeña boquilla; así tu lengua estará siempre ocupada en la dulzura de Dios, y no tendrá mayor suavidad que el sentir deslizarse por entre tus labios alabanzas, y bendiciones de su santo nombre; como dicen de San Francisco, que pronunciando el santo nombre del Señor, chupaba, y mamaba sus labios, como para sacar la mayor dulzura del mundo.

Hablarás, pues, siempre de Dios como de Dios; esto es, con reverencia, y devocion, no haciendote docta, ni predicadora, sino con un espíritu de dulzura, caridad, y humildad, destilando quanto pudieres (como se ha dicho de la Esposa en el Cántico de los Cánticos) la miel suave de la devocion, y de las cosas divinas gota á gota, ya en las orejas del uno, y ya en las del otro: rogando á Dios en lo secreto de tu alma sea servido de hacer pasar, y penetrar este santo rocío hasta lo íntimo del corazon de los que te oyen.

Sobre todo se ha de hacer este oficio Angélico blanda y suavemente, no por manera de correccion, sino por manera de inspiracion; por-

que es de maravillar, quanto á la suavidad, y amigable proposicion de alguna buena cosa, quán poderoso cebo es para atraer los corazones.

No hables, pues, nunca de las cosas de Dios por manera de entretenimiento, sino siempre con atencion, y devocion. Digo esto por librarte de una notable vanidad que se halla en muchos que hacen profesion de devocion; los quales á qualquier próposito dicen palabras santas, y fervorosas por cierta manera de mesurada costumbre, sin que por eso sientan lo que dicen; y despues les parece son tales, quales sus palabras muestran, lo qual es á veces muy al contrario.

CAPITULO XXVII.

De la honestidad de las palabras, y del respeto que se debe á las personas.

Si alguno peca de palabra (dice Santiago), el tal es hombre perfecto. Procura cuidadosa de no dexar se te escape ninguna palabra deshonesta; porque aunque tú no la digas con mala intencion, los que la oyen pueden darla otro sentido. La palabra deshonesta, cayendo en un corazon fla-

co, se extiende, y dilata como una gota de aceyte sobre el paño, y á veces se apodera de suerte del corazon, que le hinche de mil pensamientos, y tentaciones resbaladizas; porque como el veneno del cuerpo entra por la boca, tambien el del corazon entra por la oreja, y la lengua que le produce es matadora: porque aunque el veneno que haya arrojado no haga su efecto, por haber hallado los corazones de los oyentes apercibidos de algun contraveneno, no por eso ha quedado por tu malicia el no haberlos muerto. Tampoco me diga nadie que no lo pensaba; porque nuestro Señor, que conoce los pensamientos, ha dicho que la boca habla de la abundancia del corazon. Y si nosotros no pensabamos mal, el demonio sí, y se sirve siempre de estas malas palabras para penetrar el corazon de alguno. Dicen que los que han comido la yerba que llaman Angélica, tienen siempre el aliento dulce, y agradable; y los que tienen en el corazon la honestidad, y castidad, que es la virtud Angélica, tienen siempre sus palabras limpias, comedidas, y vergonzosas. Quanto á las cosas indecentes, y locas, el Apóstol no quiere ni aun solo que las nombren, asegurándonos que nada corrompe tanto las buenas costumbres como las malas conversaciones.

Si estas palabras se dicen disimulada y encubiertamente, con cierta arte, y sutilezas, entónces son sin comparacion mas venenosas; porque como un dardo quanto es mas agudo de punta, tanto mas facilmente entra en nuestros cuerpos, así un dicho, quanto es mas agudo, tanto mas penetra nuestros corazones. Y los que piensan ser muy bizarros, y discretos, usando de tales dichos con los que conversan, no saben para qué se hicieron las conversaciones, porque estas deben ser como enxambre de abejas, juntas para hacer la miel de algun dulce y virtuoso entretenimiento; y no como junta de moscones, amontonados solo para lamer y chupar alguna hediondéz. Si algun loco te dice palabras indecentes, muéstrale que tus orejas se hallan ofendidas, ó volviéndole luego el rostro, ú de otra manera, segun tu prudencia te enseñáre.

Una de las peores condiciones que uno puede tener es el ser fisgon. Dios aborrece en extremo este vicio, y ha hecho por él en tiempos pasados extraños castigos. No hay cosa que sea tan contraria á la caridad, y mucho mas á la devocion, como el menosprecio del próximo. El escarnio, pues, y la burla no se hace jamas sin este menosprecio: causa porque es muy grande pecado; y así los Doctores tienen razon de

decir que el escarnio es la peor suerte de ofensa que se puede hacer al próximo, por quanto las otras ofensas se hacen con alguna estima del que es ofendido, y esta se hace solo con menosprecio.

Quanto á los juegos de palabra, que se hacen los unos con los otros con modestia, regocijo, y alegria, estos pertenecen á la virtud llamada de los Griegos *Eutrapelia*, que nosotros podemos llamar *buena conversacion.* Por estos, pues, se goza de una honesta y amigable recreacion en las ocasiones frívolas que las imperfecciones humanas nos traen. Hémonos de guardar de deslizarnos de esta honesta alegria á las burlas. Las burlas, pues, provocan á reir, y esto por el menosprecio del próximo; pero el regocijo, y alegria provocan á reir por una simple libertad, confianza, y familiaridad, juntamente con la gentileza de alguna palabra bien dicha. San Luis, quando los Religiosos le querian hablar de cosas relevadas despues del comer, *no es tiempo de llorar*, decia, *sino de alegrarse por medio de algun honesto entretenimiento: cada uno diga lo que quisiere, como sea con honestidad;* lo qual decia por favorecer la nobleza que tenia al rededor de sí, y no extrañarse con ella. Pero pasemos de manera el

tiempo por la recreacion, Filotea, que conservemos la santa eternidad por devocion.

CAPITULO XXVIII.

De los juicios temerarios.

No *juzgueis, y no sereis juzgados* (dice el Salvador de nuestras almas): *no condeneis, y no sereis condenados. No* (dice el Santo Apóstol) *juzgueis antes de tiempo, hasta que el Señor venga, que revelará el secreto de las tinieblas, y manifestará el consejo de los corazones.* ¡O, y quán desagradables son los juicios temerarios á Dios! Los juicios de los hombres son temerarios, porque no son jueces los unos de los otros, juzgando ellos, usurpan el oficio de nuestro Señor. Son temerarios por quanto la principal malicia del pecado depende de la intencion, y consejo del corazon, que es para nosotros el secreto de las tinieblas.

Son temerarios porque cada uno tiene harto que hacer en juzgarse á sí mismo, sin querer juzgar á su próximo. Es cosa igualmente necesaria para no ser juzgados, el no juzgar á los otros, y juzgarse á sí mismo; porque como nuestro Señor nos enseña lo uno, el Apóstol nos ordena

lo otro, diciendo: *Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos, nosotros no seremos juzgados.* Pero vemos por nuestros pecados quán al contrario hacemos, pues lo que nos es defendido hacemos, juzgando en qualquier ocasion á nuestro próximo; y lo que nos es mandado, que es el juzgarnos á nosotros mismos, no lo hacemos jamas: por lo qual, segun las causas de los juicios temerarios, se les debe aplicar el remedio. Hay corazones agrios, amargos, y ásperos de su naturaleza, que vuelven asimismo agrio, y amargo todo lo que reciben; y *convierten*, como dice el Apóstol, *el juicio en absyntio, no juzgando jamas del próximo sino con todo rigor, y aspereza.* Estos tales tienen gran necesidad de caer entre las manos de un buen Médico espiritual; porque siéndoles natural esta amargura de corazon, es dificultosa de vencer; y aunque en sí no sea pecado, sino una imperfeccion, es con todo eso peligrosa, por quanto introduce, y hace reynar en el alma el juicio temerario, y la detraccion. Algunos juzgan temerariamente, no por acedia de corazon, sino por soberbia, pareciéndoles que quanto mas abaten la honra agena, tanto mas elevan la propia: juicios arrogantes, y locos, que se maravillan de sí mismos, y se levantan tan altos en su propia estimacion,

que miran todo lo demas como cosa pequeña, y baxa. *Yo no soy como los otros hombres*, decia el loco Fariseo. Algunos no tienen otro orgullo manifiesto, sino solo un cierto, y pequeño gusto en la consideracion del mal ageno, para saborear, y hacer saborear mas dulcemente el bien contrario, de que se juzgan dotados; y este agrado, ó complacencia es tan secreta, é imperceptible, que si no se tiene buena vista, no se podrá de ninguna manera descubrir; y en sí mismos los que son tocados de él no le conocen si no se le muestran. Otros, por lisonjearse, y escusarse á sí mismos, y por templar los remordimientos de su conciencia, juzgan facilmente, y de buena gana que los otros son viciosos, y en el vicio á que ellos son dados, ó en algun otro por lo menos tan grande, pareciéndoles que la muchedumbre de reos hace su pecado menos reprehensible. Muchos se dan al juicio temerario por el solo gusto que reciben en filosofar, y adivinar las costumbres, y condiciones de las personas, por manera de exercicio de espíritu; y si por suerte aciertan alguna vez con la verdad en sus juicios, el atrevimiento, y deseo de continuar crece en ellos de manera, que no hay quien los aparte de este vicio. Otros juzgan por pasion, y piensan siempre bien de aquello que aman, y

siempre mal de aquello que aborrecen, sino es en un caso admirable, y no obstante verdadero, en el qual el exceso del amor provoca á hacer mal juicio de lo que se ama: efecto mostruoso, como en fin nacido de un amor impuro, imperfecto, alborotado, y enfermo, que son los zelos; los quales, como todos saben, por una sola, y simple vista, ó por la menor risa, ó correspondencia, condena las personas de maldad, y adulterio. En fin, el miedo, la ambicion, y otras semejantes flaquezas de espíritu, son causa de ordinario de semejantes sospechas, y juicios temerarios. ¿Pero qué remedio para esto? Los que beben el zumo de la yerba llamada Offiusa de Etiopia, por donde quiera que extienden la vista, les parece que ven serpientes, y cosas espantosas; y los que han alojado á la soberbia, á la envidia, á la ambicion, y al rencor, no ven cosa que no hallen mala, y digna de menosprecio. Aquellos para verse sanos debian tomar vino de palma; y lo mismo digo para estos otros: bebed lo mas que podais el vino sagrado de la caridad, que él os evacuará de estos malos humores, que os llevaban á hacer juicios errados. La caridad no solo no busca el mal, pero teme de encontrarle: quando le encuentra vuelve la cabeza, y disimula, y aun

cierra los ojos antes de verle al primer ruido que apercibe; y despues cree por una santa simplicidad, que no era mal, sino solo la sombra, ó alguna fantasma suya: y si por fuerza reconoce ser el mismo mal, al punto procura despedir este pensamiento, y olvidar su figura. La caridad es el gran remedio para todos los males, y principalmente para este. Todas las cosas parecen amarillas á los ojos de los atericiados. Dicen que para sanarlos se les ha de poner debaxo de la planta de los pies la Esclarianota. Así este pecado de juicio temerario es una tericia espiritual, que hace parecer todas las cosas malas á los ojos de los que estan tocados de ella; mas quien quiere sanar, es menester que ponga los remedios, no en los ojos, no en el entendimiento, sino en las aficiones, que son los pies del alma. Si tus aficiones son benignas, tu juicio será benigno: si son caritativas, tu juicio será de la misma suerte. Daréte tres exemplos admirables. Isaac habia dicho que Rebeca era su hermana. Abimelech vió que jugaba con ella; esto es, que la acariciaba tiernamente, y juzgó luego que era su muger. Un ojo maligno hubiera antes juzgado que era su amiga, ó si era su hermana, que era un incesto. Mas Abimelech sigue la mas caritativa opinion que en tal caso podia tener. Menester

es, pues, hacer siempre lo mismo, Filotea, juzgando en favor del próximo quanto nos sea posible; que si una accion pudiera tener cien caras, deberiamos mirarla en la que fuese mas hermosa. Nuestra Señora estaba preñada: San Joseph lo veia claramente; mas como por otra parte la consideraba enteramente santa, y enteramente angélica, no pudo aun creer estuviese preñada contra su deber; y dexándola, resolvió de dexar el juicio á Dios; y aunque el argumento fue violento para hacerle concebir mala opinion de la Virgen, no quiso con todo eso jamas juzgarle. Mas por qué? Porque (dice el Espíritu de Dios) era justo. El hombre justo quando no puede escusar ni el hecho, ni la intencion de aquel á quien ha conocido hombre de bien, aun no quiere juzgarle, sino antes procura deshechar el tal pensamiento, dexando el juicio á solo Dios. Crucificado nuestro Salvador, no pudiendo escusar por entero el pecado de los que le crucificaban, por lo menos disminuia la malicia, alegando su ignorancia. Quando no podemos escusar el pecado, hagamosle por lo menos digno de compasion, atribuyéndole á la causa mas soportable que podamos.

Luego ¿no podemos nunca juzgar al próximo? No por cierto, jamas: el mismo Dios,

Filotea, es él que juzga á los reos en la justicia. Verdad es que se sirve de la voz de los Magistrados para hacerse inteligible á nuestras orejas. Estos son sus Ministros, é Intérpretes; y no pueden pronunciar cosa fuera de lo que han aprendido de él, como en fin oráculos suyos. Y si hacen otra cosa, siguiendo sus propias pasiones, entónces serán sin duda ellos los que juzguen, y los que por consiguiente serán juzgados; porque es prohibido á los hombres, en calidad de hombres, el juzgar á los otros.

El ver, ó conocer una cosa, no es juzgarla; porque el juicio (segun la frasis de la Escritura) presupone alguna pequeña, ó grande, verdadera, ó aparente dificultad, la qual sea necesario resolver. Por esto dice, que los que no creen son ya juzgados, por quanto no hay duda en su condenacion. ¿No será, pues, mal hecho el dudar del próximo? No, porque no es defendido el dudar, sino el juzgar; pero tampoco es permitido ni el dudar, ni el sospechar, sino solo aquello que las razones y argumentos nos fuercen á dudar: de otra suerte las dudas, y sospechas serian temerarias. Si algun ojo maligno hubiera visto á Jacob quando besaba á Raquel junto al pozo, ó á Rebeca quando aceptó los brazaletes, y zarcillos de Eliezer, hombre

desconocido en aquella tierra, sin duda que el tal hubiera pensado mal de estos dos exemplos de castidad, pero sin razon; porque quando una accion es de sí misma indeferente, es una sospecha temeraria el sacar de ella una mala conseqüencia, sino es que otras muchas circunstancias den fuerza al argumento. Es tambien juicio temerario el sacar conseqüencia de un acto para injuriar la persona. Diré luego esto mas claramente.

En fin, los que tienen buena cuenta con sus conciencias, pocas veces se hallan sujetos al juicio temerario; porque como las abejas, viendo revuelto el ayre en el tiempo nubloso, se retiran á sus colmenas á mirar por su miel; así los pensamientos de las buenas almas no salen, ni se muestran sobre los objetos revueltos, ni entre las acciones lóbregas, y nublosas de los próximos; antes para escusar el encontrarlas, se encierran en sus propios corazones, para imaginar las buenas resoluciones de su propia enmienda.

Es muy de una alma inutil el embarazarse con el exâmen de las vidas agenas. Hago excepcion de los que tienen cargo de otros, así en la familia, como en la República; porque una buena parte de la conciencia de estos consiste en el velar, y mirar por la de los otros. Hagan, pues,

los tales su deber con amor, y despues de esto retírense en sí mismos para mirar por sí mismos.

CAPITULO XXIX.

De la mormuracion.

El juicio temerario produce la inquietud, el menosprecio del próximo, la soberbia, y la satisfaccion, y agrado de sí mismo, y otros muchos efectos perniciosísimos, entre los quales la mormuracion tiene uno de los primeros lugares, como la verdadera peste de las conversaciones. ¡O quien tuviera una de las brasas del santo altar, para tocar los labios de los hombres, y que así quedasen limpios de iniquidad, y pecado, á imitacion del Serafin que purificó la boca de Isaias! Quien quitase la mormuracion del mundo, quitaria una gran parte de los pecados, é iniquidades. Qualquiera que quita injustamente la buena fama á su próximo, fuera del pecado que comete, está obligado á hacer la reparacion, aunque diversamente, segun la diversidad de las mormuraciones, porque ninguno puede entrar en el Cielo con el bien de otro; y entre todos los bienes exteriores la buena fama es el mejor. La mormuracion es una especie de homicidio;

porque así como nosotros tenemos tres vidas, es á saber, la espiritual, que consiste en la gracia de Dios, la corporal en el alma, y la civil en la buena fama; el pecado nos quita la primera, la muerte la segunda, y la mormuracion la tercera. El maldiciente por un solo golpe de su lengua hace ordinariamente tres homicidios: mata su alma, y la del que le escucha con un homicidio espiritual, y quita la vida civil á aquel de quien mormura, ó maldice; porque (como dice San Bernardo) „aquel que detracta, y aquel „que oye tal maldiciente, todos dos tienen el „diablo sobre sí; sino que el uno le tiene en la „lengua, y el otro en la oreja." David, hablando de los maldicientes, dice: „Afilado han sus len„guas como una serpiente." La serpiente, pues, tiene la lengua hendida, y con dos puntas, como dice Aristóteles, y tal es la lengua del maldiciente, la qual con un solo golpe pica, y emponzoña la oreja del oyente, y la reputacion de aquel á quien habla. Ruégote, pues, amada Filotea, no mormures jamas de persona, directa, ni indirectamente: guárdate de imponer falsas culpas, y pecados al próximo, de descubrir los que son secretos, de engrandecer los que son manifiestos, de interpretar en mala la buena obra, de negar el bien que sabes cabe en alguno, de di-

simularle maliciosamente, y disminuirle con palabras; porque de todas estas maneras ofenderás á Dios en extremo, y sobre todo acusando falsamente, y negando la verdad en perjuicio del próximo, porque es doblado pecado el mentir, y ofender juntamente al próximo.

Los que para mormurar, ó maldecir hacen ciertos prefacios de honor, y entreveran ciertas pequeñas gentilezas, y habilidades de los que mormuran, son los mas finos, y venenosos maldicientes. Yo aseguro (dicen los tales) que le amo, y que en lo demas es una buena persona; mas no obstante esto, si es que se ha de decir verdad, no tuvo razon en hacer tal, y tal bellaquería. Es una doncella muy virtuosa, pero dexóse engañar; y á este tono segun su mala intencion les dicta. No ves tú, Filotea, este artificio? El que quiere tirar el arco, tira quanto puede la flecha á sí; mas esto no es sino para arrojarla con mas fuerza. Parece que aquellos retiran la mormuracion á sí; mas no es sino para lanzarla con mas firmeza, para que así penetre mas adentro en el corazon de los oyentes. La mormuracion dicha en forma de regodeo es aun la mas cruel de todas. La cicuta de su natural no es un veneno muy fuerte, sino antes floxo, y lento, y que facilmente puede remediarse; pero toma-

da en vino, es irremediable. Así la mormuracion, que de sí facilmente se entraria por una oreja, y se saldria por la otra (como dicen vulgarmente) queda mas firme en la memoria de los oyentes quando se dá dentro de algun concepto, ó dicho sutil, y alegre. *Tienen los tales*, dice David, *el veneno del aspid debaxo de sus labios*. El aspid hace su picadura, que casi no se percibe, y luego su veneno causa una comezon gustosa, por cuyo medio el corazon, y las entrañas se dilatan, y reciben el veneno, contra el qual despues no hay ningun remedio.

No digas nunca: Fulano es un borracho, aunque le hayas visto borracho; ni es adúltero, por haberle visto en este pecado; ni es incestuoso, por haberle hallado en esta desventura: porque un solo acto no dá el nombre á la cosa. El Sol se paró una vez en favor de la victoria de Josué, y se obscureció otra en favor de la del Salvador del Mundo; mas no por eso dirá ninguno que sea inmobil, ú obscuro. Noé se emborrachó una vez, y Lot otra: y aun mas hizo este, que cometió un gran incesto; mas no por esto fueron borrachos ni el uno, ni el otro, ni Lot incestuoso, ni San Pedro sanguinolento porque derramó una vez sangre; ni blasfemo porque blasfemó una vez. Para tomar el nom-

bre de algun vicio, y de alguna virtud, menester es que hayan hecho algun progreso, y hábito. Engaño es, pues, el decir que un hombre es colérico, ó ladron, por haberle visto enojar, ó hurtar una vez.

Aunque un hombre haya sido vicioso mucho tiempo, aun hay peligro de mentir quando le llaman vicioso. Simon el leproso llamaba á la Magdalena pecadora, porque poco antes lo habia sido; pero mentia con todo eso, porque ya no lo era, sino una Santa penitente; y tambien nuestro Señor tomó en su proteccion su causa.

El otro loco Fariseo tenia al públicano por gran pecador, y aun podria ser por injusto, adúltero, y gran ladron; pero engañabase en extremo, porque al mismo instante quedó justificado. Ay de mí! Pues la bondad de Dios es tan grande, que un solo momento basta para alcanzar, y recibir su gracia, ¿qué seguridad podemos nosotros tener de que un hombre que fue ayer pecador, lo sea hoy? El dia precedente no debe juzgar el presente, ni el presente debe tampoco juzgar el precedente: solo el último es el que los juzga todos.

Jamas, pues, podemos decir que un hombre es malo sin peligro de mentir. Lo que podemos decir en caso que nos sea necesario el ha-

blár, es que hizo un tal acto malo, que vivió mal en tal tiempo, ó que hace mal al presente; pero no se puede sacar ninguna conseqüencia de ayer á hoy, ni de hoy al dia de ayer, ni menos al dia de mañana.

Aunque nos es necesario ser muy mirados en no decir mal del próximo, debemos asimismo guardarnos de un extremo, en que algunos caen, los quales por evitar la mormuracion loan, y dicen bien del vicio. Si se halla una persona conocidamente maldiciente, no digas por escusarla que es libre, y franca: una persona manifiestamente vana no digas que es generosa, y particular; y las familiaridades peligrosas no las llames simplicidades, ó bondades. No afectes la desobediencia con el nombre de zelo, ni la arrogancia con nombre de libertad, ni la lascivia con nombre de amistad. No querida, Filotea: no es bien, pensando huir del vicio de la mormuracion, favorecer, lisonjear, y mantener los peligros; antes se ha de decir clara y libremente mal del mal, y afear las cosas feas: y haciendo esto glorificamos á Dios, con que esto sea con las condiciones siguientes.

Para afear los vicios de otro con justa causa, es menester que la utilidad de aquel de quien se habla, y de aquellos á quien se habla, lo re-

quiera. Veo que cuentan delante de algunas doncellas las familiaridades secretas de tales, y tales, y que son manifiestamente peligrosas; ó la disolucion de un tal, ó una tal, en palabras, ó acciones, que son manifiestamente lúbricas. Si yo no afeo libremente este mal, sino antes le pretendo escusar, tomarán ocasion las que oyen, y podrá facilmente imprimirse en sus tiernas edades el deseo de seguir alguna de estas cosas; y así su utilidad requiere que libremente afee tales acciones, y al mismo instante, si no es que pueda reservar el hacer este buen oficio mas apropósito, y con menos daño de aquellos de quien se habla, en otra ocasion.

Fuera de esto me tocará hablar de este sugeto quando sea de los primeros de la conversacion; porque si entónces no hablo, parecerá que apruebo el vicio: que si soy de los menores, no debo intentar hacer esta censura, sino mostrarme cabal en mis palabras, de manera, que no diga una sola demasiada. Como por exemplo: Si yo vitupero la altivez de aquel mozo, y de aquella doncella, por quanto es muy indiscreta, y peligrosa; menester es, Filotea, que tenga la balanza bien justa para no engrandecer la cosa ni un pelo, sino hay si no una flaca apariencia. No pasaré de aquí si no hay sino una simple im-

prudencia. Tampoco diré mas de esto, sino hay ni imprudencia, ni verdadera apariencia del mal, sino solo un no sé qué, que en algun espíritu malicioso puede tomar achaque de mormuracion. No diré ninguna cosa, ni saldrá de la verdad mi lengua, mientras juzgo al próximo, está en mi boca, como una navaja en la mano del Cirujano, que quiere cortar entre los nervios, y ternillas. Es menester que el golpe que diere sea tan justo, que no diga ni mas, ni menos de lo que fuere conveniente. En fin, es menester observar sobre todo, quando se reprehende el vicio, el perdonar quanto sea posible la persona en quien está.

Verdad es, que de los pecadores infames, públicos, y manifiestos, se puede hablar libremente, con tal que esto sea con espíritu de caridad, y compasion, y no con arrogancia, ni presuncion, ni por holgarse del mal ageno, porque esto último es muy de corazon vil, y abatido. Hago excepcion entre todos de los enemigos declarados de Dios, y de su Iglesia, porque á estos tales se les ha de infamar quanto se pueda, como son las sectas de los hereges, y cismáticos, y las cabezas de ellas. Caridad es gritar al lobo quanto está entre las ovejas, ó en otra qualquier parte.

No hay quien no se tome la licencia de juzgar, y censurar los Príncipes, y de mormurar de las Naciones en general, segun la diversidad de aficiones que tienen en su particular. No caygas, Filotea, te ruego en esta falta, porque fuera de la ofensa que se hace á Dios, podria causarte mil suertes de pendencias.

Quando oyeres mormurar, haz dudosa la acusacion, si es que lo puedes hacer justamente; y si no pudieres, escusarás la intencion del acusado; y si aun esto no pudiere ser, mostrarás tenerle compasion, procurando mudar de propósito, acordándote, y haciendo acordar á los demas, que los que no caen en falta, deben dar toda la gracia á Dios. Procura reportar al maldiciente por algun apacible modo, y di algunos bienes (si los supieres) de la persona ofendida.

CAPITULO XXX.

Algunos otros avisos tocantes al hablar.

Debe ser nuestro lenguage dulce, agradable, sincero, natural, y verdadero. Guárdate, pues, de los dobleces, artificios, y fingimientos; porque aunque no sea bueno el decir siempre toda suerte de verdades, tampoco es permitido el

ir contra la verdad. Acostumbráte á nunca mentir adrede, ni por escusa, ni de otra manera, acordándote que Dios es el Dios de la verdad. Si ves que mentiste por descuido, y puedes enmendar la falta al punto con alguna explicacion, ó reparacion, enmiéndala. Una escusa verdadera tiene mas gracia, y fuerza para escusar, que la mentira.

Bien es verdad que alguna vez se puede con discrecion, y prudencia arrebozar, y cubrir la verdad por algun artificio de palabra; mas no por eso se ha de practicar esto sino en cosa de importancia, quando la gloria, y servicio de Dios manifiestamente lo requieren. Fuera de esto los artificios son peligrosos, porque como dice la Sagrada Palabra: *El Santo Espíritu no habita en un espíritu fingido, y doblado.*

No hay ninguna fineza tan buena, y digna de desear como la simplicidad. Las prudencias mundanas y artificios carnales pertenecen á los hijos del siglo; mas los hijos de Dios caminan sin rodeo, y tienen el corazon sin dobleces. Quien camina simplemente (dice el Sabio), camina con seguridad: la mentira, el doblez, y el fingimiento son siempre de un espíritu flaco, y agudo.

San Agustin habia dicho en el quarto libro de sus Confesiones, que su alma, y la de su ami-

go no eran sino una sola, y que esta vida le era aborrecible despues de la muerte de su amigo, por quanto no queria vivir á medias; y que asimismo, y por este respeto temia tambien el morir, porque muriendo él, no muriese su amigo de todo punto. Estas palabras le parecieron despues muy artificiosas, y afectadas, y así las revoca en el libro de sus Retractaciones, y las llama una inepcia, que es lo mismo que una necedad. Ves tú, amada Filotea, esta alma santa, y hermosa quán tierna se muestra en el sentimiento de la afectacion de las palabras? Cierto es un gran ornato de la vida christiana la fidelidad, llaneza, y sinceridad de lenguage: *Ya he dicho que tendré cuenta con mis caminos para no pecar en mi lengua. O Señor! ponme guardas en mi boca, y una puerta que cierre mis labios*, decia David.

Aviso es del Rey San Luis el no desmentir á nadie, no habiendo pecado, ó gran daño en lo contrario, y esto por evitar todas contiendas, y disputas. Quando importa, pues, el contradecir á alguno, y oponer su opinion á la del otro, menester es usar de grande mansedumbre y destreza, sin querer violentar el espíritu del otro, porque así como así no se gana nunca nada tomando las cosas con aspereza.

El hablar poco, tan encomendado por los Sabios antiguos, no se entiende porque sea menester decir pocas palabras, sino no decir muchas inútiles; porque en materia de hablar no se mira la cantidad, sino la calidad, y me parece que se deben huir dos extremos; porque hacer del demasiado entendido, y severo, rehusando el contribuir en los discursos familiares, que se hacen en las conversaciones, parece que es, ó falta de confianza, ó alguna suerte de desdén. El hablar tambien siempre, sin dar ni lugar ni tiempo á los otros para que hablen á su gusto, tambien es señal de desvanecimiento, y liviandad.

San Luis no hallaba bueno que estando en compañia se hablase en secreto, y en consejo, y particularmente á la mesa, por quitar la sospecha que se podria engendrar en tales secretos, de que se hablaba mal de los otros: *Aquel* (decia el buen Rey) *que está á la mesa en buena compañia, y que tiene que decir alguna cosa alegre, y de gusto, debe decirla que todo el mundo la entienda; si es cosa de importancia, se debe callar sin decirla.*

CAPITULO XXXI.

De los pasatiempos, y recreaciones, y primeramente de los lícitos, y loables.

Fuerza es el dar algunas veces á nuestro espíritu, y á nuestro cuerpo alguna suerte de recreacion. San Juan Evangelista (como dice el bien afortunado Casiano) fue un dia hallado en el campo por un Cazador con una perdiz sobre el puño, á la qual acariciaba por manera de recreacion. Preguntóle el Cazador, que ¿por qué siendo hombre de tal calidad, pasaba el tiempo en cosa tan baxa, y vil? Y San Juan le dixo: ¿Por qué tú no traes siempre tu arco tendido? De miedo (respondió el Cazador) que teniéndole siempre curvo, no pierda la fuerza por el demasiado estirarse, y le falte quando me haya menester servir de él. No te espantes, pues (replicó el Apóstol), si yo me aparto algunos ratos del rigor, y atencion de mi espíritu, para tomar un poco de recreacion, pues no es sino para poder despues emplearme mejor, y mas vivamente á la contemplacion. Vicio es sin duda el ser tan rigurosos, agrestes, y salvages, que no quieran tomar para sí, ni permitir á los otros ninguna suerte de recreacion.

Tomar el ayre, pasearse, entretenerse con discursos alegres, y amigables, tocar el laud, y otros instrumentos, cantar música, ir á caza: todas estas son recreaciones tan honestas, que para usar bien de ellas no hay necesidad sino de la comun prudencia, que es la que dá á todas las cosas órden, tiempo, lugar, y medida.

Los juegos en que la ganancia sirve de precio, y recompensa á la habilidad, é industria del cuerpo, ó espíritu, como los juegos de pelota, balon, mallo, el correr la sortija, el axedrez, las tablas, todas ellas son recreaciones de sí buenas, y lícitas: solo se ha de guardar del exceso, sea en el tiempo que se emplea, ó en el precio que se pone; porque si se emplea mucho tiempo, ya no es recreacion, sino ocupacion; y así no se alivia ni el espíritu, ni el cuerpo; antes al contrario se desvanece, y oprime. Habiendo jugado cinco, ó seis horas al axedrez, al levantarse se halla el espíritu floxo, y cansado. Jugar mucho tiempo á la pelota, ya no es recrear el cuerpo, sino molerle. Si el precio (esto es, lo que se juega) es muy grande, las aficiones de los jugadores se desreglan; y fuera de esto no es justo el poner tan grandes precios á habilidades, é industrias de tan poca importancia, y tan inútiles, como son las habilidades de los juegos.

Mas sobre todo tendrás cuenta, Filotea, de no poner tu aficion en todo esto; porque por honesta que sea una recreacion, es vicio el poner en ella su corazon, y su aficion. No digo yo que no se haya de tomar gusto en el juego mientras se juega, porque de otra suerte no recrearia; pero digo que no se ha de poner en él la aficion para desearle, para embebecerse, y para embarazarse con él.

CAPITULO XXXII.

De los bayles, y pasatiempos lícitos; pero peligrosos.

Las danzas, y bayles son cosas indiferentes de su naturaleza; pero segun el ordinario modo con que este exercicio se hace, es muy inclinado, y pendiente á la parte del mal, y por consiguiente lleno de riesgo, y peligro. (*) Hácese de noche, y en medio de las tinieblas, y obscuridad, y así es facil el deslizarse á muchos accidentes tenebrosos, y viciosos en un sugeto, que de sí mismo es muy susceptible del mal. Trasnóchase demasiado, y despues se pierden las ma-

(*) *Las danzas, y bayles se entienden por los festines que se usan en Francia, y Flandes, los quales son siempre de noche.*

ñanas del dia siguiente y por consiguiente el medio de servir á Dios en ellas. Y en una palabra digo, que es locura el trocar el dia con la noche, la luz con las tinieblas, las buenas obras con las locuras. Llevan todos á los bayles vanidad á porfia; y la vanidad es una tan grande, y cierta disposicion para las malas aficiones, y amores peligrosos, y reprehensibles, que facilmente se engendra todo esto en las danzas.

Dígote, pues, Filotea, de las danzas lo que les Médicos dicen de las setas y hongos. Dicen, pues, que los mejores no valen nada, y así tambien te digo que los mejores bayles no son muy buenos; pero con todo eso, si hubieres de comer setas, procura que esten bien aderezadas. Si por alguna ocasion, de la qual buenamente no pudieres escusarte, hubieres de ir al festin, ó bayle, procura que tu danza esté bien aparejada. ¿Cómo, pues, ha de estar aparejada? De modestia, de dignidad, y de buena intencion. Comed pocos, y pocas veces (dicen los Médicos hablando de los hongos) porque por bien aparejados que esten, la cantidad les sirve de veneno. Danza poco, y pocas veces, Filotea; porque si lo haces de otra suerte, correrás peligro de aficionarte á esta vanidad, y á tropezar en las que de ella dependen.

Los hongos (segun Plinio) como son esponjosos, y porosos, tiran facilmente toda la infeccion, y corrupcion que tienen al rededor de sí; y así, estando cerca de las serpientes, reciben su veneno. Los bayles, las danzas, y semejantes juntas tenebrosas tiran de ordinario los vicios, y pecados que reynan en el lugar, las pendencias, las envidias, las burlas, y los amores locos; y como estos exercicios abren los poros del cuerpo á los que los usan, así tambien abren los poros del corazon; despues de lo qual si alguna serpiente viene á soplar á las orejas alguna palabra lasciva, alguna terneza engañosa, algun requiebro vano, ó algun basilisco arroja miraduras deshonestas, y ojeos amorosos, ¿quién duda que entónces el corazon está muy aparejado á dexarse asaltar, rendir, y emponzoñar?

O Filotea! estas impertinentes recreaciones son de ordinario peligrosas: disipan, y pierden el espíritu de devocion, debilitan las fuerzas, resfrian la caridad, y despiertan en el alma mil suertes de malas aficiones. Por esto, pues, se deben usar con una gran prudencia.

Pero sobre todo se dice, que despues de los hongos se debe beber vino precioso; y yo digo que despues de las danzas se debe usar de algunas santas, y buenas consideraciones, que estor-

ven las peligrosas impresiones que el vano placer que se ha recibido podria causar en nuestros espíritus. ¿ Pero qué consideraciones ?

1 Al mismo tiempo que tú estabas en los bayles, muchas almas ardian en el fuego del Infierno por los pecados cometidos en la danza, ó por causa de la danza.

2 Muchos Religiosos, y gente de devocion estaban á la misma hora delante de Dios : cantaban sus alabanzas, y contemplaban su bondad. ¡ O, y cómo su tiempo ha sido mucho mas dichosamente empleado que el tuyo !

3 Mientras tú danzaste, muchas almas se despidieron de esta vida entre mil ansias, y congojas: mil millares de hombres, y mugeres han sufrido grandes trabajos en sus camas, en los hospitales, y en las calles: la gota, la piedra, las recias calenturas. ¡ Pobres de ellos, que no han tenido ninguno reposo ! ¿ No tienes tú, pues, compasion de ellos ? ¿ Piensas tú que un dia no gemirás como ellos mientras otros dancen, como tú has hecho ?

4 Nuestro Señor, nuestra Señora, los Angeles, y los Santos te han visto en el bayle: sin duda que te han tenido lástima, viendo tu corazon embebecido en tal desatino, y atento á semejante necedad.

5 ¡Pobre de mí, que mientras tú estabas allí, el tiempo se pasó, y la muerte se coronó! ¿No ves cómo ésta se burla de tí, y que te llama á su danza, en la qual los gemidos de tu corazon servirán de violones, y donde no harás sino una sola mudanza de la vida á la muerte? Esta danza es el verdadero pasatiempo de los mortales, pues pasan en un momento de tiempo á la eternidad de gloria, ú de pena. Hete puesto estas pequeñas consideraciones; pero Dios (si es que vive en tí su temor) te traerá otras al mismo sugeto.

CAPITULO XXXIII.

Quándo se puede jugar, y danzar.

Para jugar, y danzar lícitamente es menester que sea por recreacion, y no por aficion, por poco tiempo, y no hasta cansarse, y desvanecerse, y que esto sea raramente; porque siendo esto de ordinario, ya es hacer de la recreacion ocupacion. ¿En qué ocasiones, pues, se puede jugar, y danzar? Las justas ocasiones de la danza, y del juego indiferente son mas freqüentes: las de los juegos prohibidos son mas raras, como tambien tales juegos son mucho

mas reprehensibles, y peligrosos. Mas en una palabra te digo, danza, y juega segun las condiciones que te he apuntado, quando por condescender, y agradar á la honesta conversacion, en que estuvieres, la prudencia, y discrecion te lo aconsejaren; porque la condescendencia, como pimpollo de la caridad, hace las cosas indiferentes buenas, y las peligrosas permitidas, y asimismo quita la malicia á las que son en alguna manera malas. Por esto, pues, los juegos de azar, que de otra suerte serian reprehensibles, no lo son, si alguna vez la justa condescendencia nos lleva á ellos. Hame consolado el haber leido en la vida del Bienaventurado Carlos Borromeo, que condescendía con los Esguízaros en ciertas cosas, en las quales por otra parte era muy severo: y que el Bienaventurado Ignacio de Loyola, estando convidado á jugar, lo aceptó. Quanto á Santa Isabel Reyna de Ungria, tambien á veces jugaba, y se hallaba en las juntas de pasatiempo, sin perjuicio de la devocion, la qual tenia tan bien arraygada en su alma, que como las rocas que estan al rededor del lago de Rieta crecen siendo combatidas de las ondas, así la devocion crecia en medio de las pompas, y vanidades á que su grandeza la exponia. Estos son los grandes fuegos que se inflaman, y cre-

cen al viento; mas los pequeños se apagan, no llevándolos cubiertos.

CAPITULO XXXIV.

Que es necesaria la fidelidad en las grandes y pequeñas ocasiones.

El Esposo Sagrado en el Cántico de los Cánticos dice que su Esposa le ha arrebatado su corazon con uno de sus ojos, y uno de sus cabellos. Entre todas las partes exteriores del cuerpo humano no hay ninguna mas noble, sea por el artificio, ó sea por la actividad, que el ojo, ni mas vil que los cabellos. Por esto, pues, el Divino Esposo quiere hacer entender, que no solo le son agradables las grandes obras de las personas devotas, pero tambien las menores, y mas baxas; y que para servirle á su gusto se debe tener gran cuidado de servir bien en las cosas grandes, y altas, y en las cosas pequeñas, y humildes; pues podemos igualmente por las unas, y por las otras robarle el corazon por amor.

Aparéjate, pues, Filotea, á recibir muchas, y grandes aflicciones por nuestro Señor, y asimismo el martyrio. Resuélvete de darle todo lo que tuvieres por mas precioso, si se agradase de

tomarlo: padre, madre, hermano, marido, muger, hijos, tus ojos mismos, y tu vida, porque á todo esto debes aparejar tu corazon. Mas mientras la Divína Providencia no te envia afliccio-nes tan sensibles, y grandes, y que no quiere de tí tus ojos, dale por lo menos tus cabellos. Diréte cómo lleves con paciencia las pequeñas injurias, las pequeñas incomodidades, las pérdidas de poca importancia, que te son quotidianas; porque por medio de estas pequeñas ocasiones, empleadas con amor, y dileccion, ganarás enteramente su corazon, y le harás todo tuyo. Estos pequeños sufrimientos quotidianos, el mal de cabeza, el de dientes, la defluxîon, el bravear del marido, y de la muger, el romperse un vidrio, el menosprecio, ó ceño, la pérdida de unos guantes, de una sortíja, de un pañuelo, la pequeña incomodidad que recibimos en irnos á acostar temprano, y levantarnos de mañana para rezar, para comulgar: la pequeña vergüenza que se tiene haciendo ciertas acciones de devocion públicamente: en fin todos estos pequeños sufrimientos, tomados, y abrazados con amor, contentan en extremo á la Bondad Divina, la qual por un solo vaso de agua ha prometido la mar de todas felicidades á sus fieles; y porque estas ocasiones se presentan á cada paso, es un

gran medio para juntar muchas riquezas espirituales el emplearlas bien.

Quando vi en la vida de Santa Catalina de Sena tantos raptos, y elevaciones de espíritu, tantas palabras de sabiduría, y asimismo de predicaciones hechas por ella, no dudé que con este ojo de contemplacion hubiese robado el corazon de su Esposo Celeste; pero igualmente me consoló quando la vi en la cocina de su padre entender humilmente en el asador, atizar el fuego, aparejar la vianda, amasar el pan, y hacer todos los mas baxos oficios de la casa, con un ánimo lleno de amor, y dileccion para con su Dios. Y no estimaba en menos la pequeña, y baxa meditacion que hacia á vuelta de estos oficios viles, y abatidos, que los éxtasis, y raptos que tan á menudo tenia, los quales puede ser no la fuesen dados sino en recompensa de esta humildad, y desprecio. Su meditacion, pues, era tal: Imaginábase que aderezando la comida para su padre, la aderezaba para nuestro Señor, como otra Santa Marta: que su madre tenía el lugar de nuestra Señora, y sus dos hermanos el lugar de los Apóstoles, exercitándose de esta suerte en servir en espíritu á toda la Corte Celeste, empleándose en estos servicios humildes con una grande suavidad, y mansedumbre, por quanto

sabia la voluntad de Dios. Hete dicho estos exemplos, Filotea, para que sepas quánto importa enderezar bien todas nuestras acciones, por viles que sean, al servicio de su Divina Magestad.

Por esto te aconsejo, quanto puedo, imites esta muger fuerte, á quien el gran Salomon tanto alaba: la qual, como él mismo dice, ponia la mano en cosas fuertes, generosas y relevadas; y no obstante no dexaba de hilar: *Puso la mano en cosa fuerte, y sus dedos tomaron el huso.* Pon la mano en cosa fuerte, exercitándote en la oracion, y meditacion, en el uso de los Sacramentos, en dar amor de Dios á las almas, en derramar buenas inspiraciones en los corazones; y en fin en hacer obras grandes, y de importancia, segun tu vocacion; mas no olvides tampoco tu huso, y tu rueca; esto es que practiques aquellas pequeñas, y humildes virtudes, las quales como flores crecen al pie de la Cruz: el servicio de los pobres, la visitacion de los enfermos, el cuidado de la familia, con las obras que de él dependen, y la diligencia útil, la qual nunca te dexará ociosa; y á vuelta de todas estas cosas aplicarás palabras, y consideraciones semejantes á las que te he dicho de Santa Catalina.

Las grandes ocasiones de servir á Dios se presentan raramẽte; mas las pequeñas son or-

dinarias. *Quien fuere, pues, fiel en lo poco* (dice el Salvador mismo) *le estableceré en lo mucho*. Haz, pues, todas tus cosas á honor de Dios, y todas las cosas serán bien hechas, sea que comas, sea que bebas, sea que duermas, sea que te recrees, sea que des vueltas al asador, con tal que sepas aprovechar tus negocios. Adelantarte has mucho delante de Dios, haciendo todas estas cosas, porque Dios asimismo gusta de que las hagas.

CAPITULO XXXV.

Que se ha de tener el espíritu justo, y racional.

Somos hombres solo por la razon, y por esto es cosa rara el hallar hombres verderamente racionales, por quanto el amor propio nos aparta de ordinario de la razon, trayéndonos insensiblemente á mil suertes de pequeñas, pero peligrosas injusticias, é iniquidades, las quales como las pequeñas raposillas (de quien se habla en el Cántico de los Cánticos) pierden las viñas, porque como son pequeñas, no se repara en ellas, y como son en cantidad, no dexan de hacer mucho daño. Dime: ¿las que te diré ahora no son iniquidades, y sinrazones?

Acusamos por poco al próximo, y escusámonos á nosotros en mucho: queremos vender muy caro, y comprar muy barato: queremos que se haga justicia en la casa agena, y que en la nuestra haya misericordia: queremos que tomen á buena parte nuestras palabras; y somos cosquillosos, y delicados con las que nos dicen: querriámos que el próximo nos dexase su hacienda pagándosela, siendo mas justo que la guarde él, dexándonos nuestro dinero: enojámonos con él porque no nos quiere acomodar, como si no fuera mas razon enojarse él porque le queremos desacomodar.

Si nos aficionamos á un exercicio, menospreciamos todo lo demas, y contradecimos todo lo que no es á nuestro gusto. Si hay alguno de nuestros inferiores que no tenga buena gracia, ó á quien alguna vez háyamos reprehendido, qualquier otra cosa que haga nos parece mal, sin que dexemos nunca de molestarle, y gruñirle por las causas mas leves. Al contrario, si alguno nos es agradable por alguna gracia sensual, no cae en cosa mala que no la escusemos. Hijos hay tambien virtuosos, á quien los padres, y madres no pueden casi ver por alguna imperfeccion corporal. Otros hay viciosos, que son los favorecidos por alguna gracia corporal. En todo, y por

todo preferimos los ricos á los pobres, aunque no sean, ni de mejor sangre, ni de mas virtud. Asimismo preferimos los mejores vestidos: queremos nuestros derechos exâctamente, y por entero, y que los otros usen de cortesía en la cobranza de los suyos: guardamos nuestros puestos puntuosamente, y queremos que los otros sean humildes, y condescendientes: quejámonos facilmente del próximo, y no queremos que nadie se queje de nosotros. Lo que hacemos por otro, nos parece siempre mucho; y lo que él hace por nosotros, nos parece siempre nada. Somos en fin como las perdices de Paflagonia, que tienen dos corazones, porque tenemos un corazon dulce, gracioso, y cortés para con nosotros, y un corazon duro, severo, y riguroso para con el próximo. Tenemos dos pesas, la una para pesar nuestras comodidades con la mayor ventaja que nos es posible; y la otra para pesar las del próximo con la menos que podemos. Y como dice la Escritura: *Los labios engañosos hablan en un corazon;* y decir un corazon, quiere decir que tienen dos: y el tener dos pesas, la una pesada para recibir, y la otra ligera para dar, es cosa abominable delante de Dios.

Sé pues, Filotea, igual, y justa en tus acciones: ponte siempre en el lugar de tu próxi-

mo, y á él ponle en el tuyo, y así juzgarás bien. Haz cuenta que vendes quando compras, y que compras quando vendes, y así comprarás, y venderás justamente. Todas estas injusticias son pequeñas, por quanto no obligan á restitucion, sino solo nos quedamos en los términos del rigor para lo que nos es favorable; mas no por eso nos dexan de obligar á la enmienda, por ser en efecto grandes faltas de razon, y caridad. Y asimismo no se pierde nada en vivir generosa, noble y cortesmente, y con un corazon real, igual, y racional. Acuérdate, Filotea mia, de exâminar á menudo tu corazon, si es tal para con el próximo, como querrias que el suyo fuese para contigo, si estuvieras en su lugar, porque este es el punto de la verdadera razon. Trajano siendo censurado de sus confidentes, porque (á su parecer) familiarizaba demasiado la Magestad Imperial con los particulares respondió: Así es verdad; mas debo yo ser tal Emperador para con los particulares, qual desearia yo encontrar un Emperador, si yo mismo fuera un particular.

CAPITULO XXXVI.

De los deseos.

No hay quien no sepa que nos debemos guardar del deseo de las cosas viciosas, porque el deseo del mal nos hace malos. Y aun te digo mas, Filotea, que no desees las cosas que son peligrosas al alma, como son los bayles, los juegos, y semejantes pasatiempos, ni las honras, ni cargos, ni las visiones, y éxtasis; porque hay gran peligro de vanidad, y daño en tales cosas. No desees las cosas muy apartadas, como son las que no pueden suceder en mucho tiempo. Esto hacen muchos, y por este medio cansan, y disipan sus corazones inutilmente, y se ponen en peligro de grande inquietud. Si un mozo desea con mucha ansia el ser proveido en algun oficio antes de tiempo, de qué le sirve este deseo? Si una muger casada desea ser Religiosa, á qué propósito? Si yo deseo comprar la hacienda de mi vecino, antes que él se determine á venderla, claro es que pierdo el tiempo en tal deseo. Si estando malo deseo predicar, ó celebrar la Santa Misa, visitar los otros enfermos, y hacer los exercicios de los que estan con salud; estos deseos no

son vanos, pues en tal tiempo no está en mi mano en efectuarlos? Entretanto tambien estos deseos inútiles ocupan el lugar de otros, que debria tener, como el ser bien sufrido, bien acondicionado, bien mortificado, bien obediente, y bien manso en mis trabajos, que es lo que Dios quiere que yo practique por entónces; pero nosotros engendramos de ordinario deseos de mugeres preñadas que quieren cerezas, y fresas en el Otoño, y uvas frescas en la Primavera.

De ninguna manera apruebo que una persona asida á alguna deuda, ó vocacion, se embarace en desear otra suerte de vida, fuera de la que le es conveniente á su deber, ni exercicios incompatibles á su condicion presente; porque esto disipa el corazon, y le aparta de los exércicios necesarios. Si yo deseo la soledad de los Cartuxos, perderé el tiempo, y este deseo ocupará el lugar del que debria tener de emplearme bien en mi oficio presente. Asimismo no querria que se desease tener mejor ingenio, ni mejor juicio; porque estos deseos son frívolos, y vanos, y ocupan el lugar del que cada uno debia tener de cultivar el suyo, tal qual fuere; ni que se deseasen para servir á Dios los medios que no se tienen, sino que se empleen fielmente los que se poseen. Entiéndese esto, pues, quanto á los

deseos que embebecen, y ocupan el corazon; porque quanto á los simples deseos, no hacen ningun daño, con tal que no sean freqüentes.

No desees las cruces, sino á medida de como hubieres llevado las que tuvieres presentes; porque es manifiesto engaño el desear el martyrio, y no tener ánimo para sufrir una injuria. El enemigo nos procura muchas veces traer grandes deseos: dá objetos ausentes, y que no se presentarán jamas, para divertir nuestro espíritu de los objetos presentes, en los quales, por pequeños que sean, nos podiamos aprovechar mucho. Queremos combatir los monstruos de Africa por imaginacion, y nos dexamos matar en efecto de las menores serpientes que estan en nuestro camino por falta de atencion.

No desees las tentaciones, porque seria temeridad; sino emplea tu corazon para esperarlas animosamente, y defenderte quando se te ofrecieren.

La variedad de viandas, principalmente si la cantidad es grande, carga siempre el estómago; y si este es flaco le arruina. No hinchas tu alma de muchos deseos mundanos, porque estos te la dañarán de todo punto; ni tampoco espirituales, porque te embarazarán.

Quando nuestra alma está purgada sintién-

dose descargada de los malos humores, tiene un gran apetito de las cosas espirituales; y como hambrienta, no hace sino desear mil suertes de exercicios de piedad, de mortificacion, de penitencia, de humildad, de caridad, y de oracion. Es buena señal, Filotea mia, el tener tan vivo el apetito; pero mirarás si podrás bien digerir todo lo que pretendes comer.

Escoge, pues, con el aviso de tu padre espiritual entre tantos deseos los que pudieres practicar, y executar al presente; y en los tales procura aprovecharte bien. Hecho esto, Dios te enviará otros, los quales tambien practicarás á su tiempo; y de esta suerte no perderás ninguno con deseos inútiles. No digo yo que se haya de perder ninguna suerte de buenos deseos, sino que se deben executar por órden; y los que no puedan efectuarse al presente, que se encierren en algun rincon del corazon, hasta que se les llegue el tiempo, y entretanto efectuar los que estuvieren maduros, y en su sazon; lo qual no digo solo por los deseos espirituales, sino tambien por los mundanos, sin lo qual no podriamos vivir sino con inquietud, y embarazo.

CAPITULO XXXVII.

Aviso para los casados.

El matrimonio es gran Sacramento: digo en Jesu-Christo, y en su Iglesia: es honroso á todos, en todos, y en todo; esto es, en todas partes. Á todos, porque las vírgenes mismas le deben honrar con humildad. En todos, porque es igualmente santo, así entre los pobres, como entre los ricos. En todo, porque su origen, su fin, sus utilidades, su forma, y su materia son santas. Es el seminario del Christianismo, que hinche la tierra de fieles para cumplir en el Cielo el número de los escogidos. Así que la conservacion del bien del matrimonio es en extremo importante á la República, porque es la raiz, y manantial de todas sus corrientes.

Pluguiese á Dios que su amado Hijo fuese llamado en todas las bodas, como lo fue en las de Caná, pues no faltaria jamas el vino de las consolaciones, y bendiciones; y el faltar este en ellas de ordinario, pues no hay sino un pequeño bien á los principios, es porque en lugar de nuestro Señor hacen venir á Adonis, y Venus en lugar de nuestra Señora. Quien quiere tener

corderillos hermosos, y manchados como Jacob, menester ha como él, quando las ovejas se juntan á aparearse, ponerles á los ojos las varillas hermosas, y de diversos colores: y quien quiere tener un dichoso suceso en el matrimonio, deberá en sus bodas ponerse á los ojos de la consideracion la santidad, y dignidad de este santo Sacramento; pero en lugar de esto suceden mil desconciertos en pasatiempos, en festines, y en palabras; y así no es de maravillar si los efectos son desreglados.

Sobre todo exhorto á los casados el amor recíproco que el Espíritu Santo les encomienda tanto en la Escritura. Y no por eso se entiende que sea bastante el amarse el uno al otro con un amor natural, porque las tórtolas aun hacen esto: ni el amarse con un amor humano, porque los paganos han usado lo mismo; sino que hagais como dice el gran Apóstol: *Maridos, amad vuestras mugeres como Jesu Christo ama á su Iglesia. Mugeres, amad vuestros maridos como la Iglesia santa ama á su Salvador.* Dios nuestro Señor fue quien llevó á Eva á nuestro primer Padre Adan, dándosela por muger. Dios tambien es, amigos mios, quien con su mano invisible ha hecho el nudo de la sagrada atadura de vuestro matrimonio, y el que os ha dado los unos

á los otros. ¿Por qué, pues, no os acariciais con un amor enteramente santo, enteramente sagrado, y enteramente divino?

El primer efecto de este amor es la union indivisible de vuestros corazones. Si se pegan dos pedazos de pino juntos, como sea el betun fino, la unión será tan fuerte, que faltarán antes los pedazos por las otras partes, que por la de la conjuncion, ó ligadura. Dios, pues, junta el marido á la muger en su propia sangre, y por esto esta union es tan fuerte, que antes se debe separar el alma del cuerpo del uno, y del otro, que el marido de la muger: y no se entiende esta union principalmente del cuerpo, sino del corazon, de la aficion, y del amor.

El segundo efecto de este amor debe ser la fidelidad inviolable del uno para con el otro. Antiguamente los anillos que traian en los dedos estaban sellados, como tambien la Escritura santa nos los muestra. Este, pues, es el secreto de la ceremonia que se hace en las bodas: la Iglesia por la mano del Sacerdote bendice una sortija, y dándola primero al hombre, dá á entender como sella su corazon por este Sacramento, para que jamas despues, ni el hombre, ni el amor, de otra ninguna muger pueda entrar en él mientras viviere la que le ha sido dada por propia.

Despues el esposo vuelve á poner el anillo en la mano de la Esposa, para que recíprocamente sepa, que jamas su corazon debe aficionarse de otro ningun hombre mientras viviere el que nuestro Señor acaba de darle.

El tercer fruto del matrimonio es la produccion, y legítima crianza de los hijos. Con razon debeis estimar, ó casados, el ver que Dios, queriendo multiplicar las almas, para que eternamente puedan bendecirle, os ha hecho cooperantes de una tan digna obra por la produccion de los cuerpos, dentro de los quales derrama como rocío celestial las almas, criándolas como las cria, y las infunde en los cuerpos.

Conservad, pues, ó maridos, un tierno, constante, y cordial amor para con vuestras mugeres. Por esto la muger fue sacada de la costilla mas cercana al corazon del primer hombre, para que fuese amada de él cordial, y tiernamente. Las flaquezas y enfermedades, sean del cuerpo, ú del espíritu de vuestras mugeres, no os deben provocar á ninguna suerte de desden, sino antes á una dulce, y amorosa compasion; pues Dios las ha criado tales, para que dependiendo de vosotros, recibais mas honra, y respeto. Tenedlas, pues, por compañeras; pero de tal suerte, que no dexeis por eso de ser los maridos

superiores. Y vosotras, ó mugeres, amad tierna, y cordialmente, y con un amor lleno de respeto, y reverencia los maridos que Dios os ha dado; porque verdaderamente Dios por esto los ha criado de un sexô mas vigoroso, y predominante, y quiso que la muger fuese una dependencia del hombre, un hueso de sus huesos, y una carne de su carne, y que fuese producida de una costilla suya, sacada de debaxo del brazo, para mostrar que debe estar debaxo de la mano, y guia del marido. Toda la Escritura santa os encomienda estrechamente esta sujecion, la qual no obstante, la misma Escritura os hace dulce, queriendo no solo que la lleveis con amor, pero ordenando á los maridos que la exerciten con grande dileccion, terneza, y suavidad. *Maridos*, (dice S. Pedro) *llevaos discretamente con vuestras mugeres, como con un vaso mas fragil, respetándolas con amor.*

Pero mientras os exhorto en el agradecer de mas en mas esto reciproco amor que os debeis, mirad que no se convierta en alguna suerte de zelos; porque sucede muchas veces, que así como el gusano se engendra de la manzana mas delicada, y madura, así los zelos nacen del amor mas ardiente, y vivo de los casados; los quales, no obstante, dañan, y corrompen la sus-

tancia, y poco á poco engendran las riñas, disensiones, y divorcios. Es cierto que los zelos nunca se arriman á la amistad que recíprocamente está fundada sobre la verdadera virtud; por esto, pues, son una indubitable señal de un amor en alguna manera sensual, y grosero; y así se llegan siempre á lugares donde encuentran una virtud manca, inconstante, y sujeta á desconfianza. Es, pues, una loca jactancia de amistad el quererla exâltar por los zelos, porque los zelos son una cierta señal de la grandeza, y groseza de la amistad; mas no de su bondad, pureza, y perfeccion, porque la perfeccion de la amistad presupone la seguridad de la virtud de la cosa amada, y los zelos presuponen la incertidumbre.

Si quereis, ó maridos, que vuestras mugeres sean fieles, enseñadlas esta licion con vuestro exemplo. *¿Con qué cara* (dice San Gregorio Nazianzeno) *quereis pedir la honestidad á vuestras mugeres, si vosotros mismos vivis en deshonestidades? ¿Cómo las pedis vosotros lo que no las dais á ellas? ¿Quereis que sean castas? Pues llevaos castamente con ellas.* Y San Pablo dice: *Cada uno sepa poseer su vaso en santificacion; que si al contrario vosotros mismos las enseñais las glotonerias, no es de maravillar*

que recibais deshonra en su pérdida. Pero vosotras, ó mugeres, cuya honra está inseparablemente junta con la vergüenza, y honestidad, conservad zelosamente vuestra gloria, y no permitais que ninguna suerte de disolucion manche la blancura de vuestra reputacion.

Temed toda suerte de ocasiones, por pequeñas que sean: no deis lugar nunca á ninguna suerte de requiebros. Qualquiera que os alabe vuestra hermosura, y vuestra gracia, os debe ser sospechoso; porque qualquiera que alaba una mercancia que no puede comprar, de ordinario está tentado en extremo de hurtarla. Y si á alguna de vuestras alabanzas junta el menosprecio de vuestro marido, será ofenderos infinito; y es claro que no solo el tal os quiere perder, pero que os tiene ya por medio perdidas; porque es cierto que está ya hecho la mitad del precio con el segundo Mercader, quando nos disgustamos con el primero.

Las damas, así antiguas, como modernas, han usado el ponerse á las orejas perlas en número, por el gusto (dice Plinio) que tienen en oir la harmonia que hacen unas con otras juntándose. Pero en quanto á mí, que sé que el grande amigo de Dios Isaac envió unos zarcillos á la casta Rebeca por las primeras arras de sus amores,

creo que este ornato mystico significa la primera parte que un marido debe tener de una muger, y la que la muger le debe fielmente guardar. Esta es la oreja, á fin de que ningun lenguage, ni ruido pueda entrar en ella, sino el dulce, y amigable són de las palabras castas, y honestas, que son las perlas orientales del Evangelio; por lo que nos debemos siempre acordar que se emponzoñan las almas por la oreja, como los cuerpos por la boca.

El amor, y fidelidad juntos engendran siempre la familiaridad, y confianza. Por esto, pues, los Santos, y Santas han usado de muchas recíprocas caricias en su matrimonio: caricias verdaderamente amorosas, pero castas; tiernas, pero sincéras. Así Isaac, y Rebeca, el mas casto par de casados del anciano tiempo, fueron vistos por una ventana acariciándose de tal suerte, que aunque sin ninguna muestra deshonesta, conoció bien Abimelec que no podian ser sino marido, y muger. El gran San Luis, igualmente riguroso para con su carne, y tierno para con el amor de su muger, fue casi reprehendido en ser abundante de tales caricias. Es verdad que, bien mirado, antes merecia alabanza, pues sabia templar su espíritu marcial, y animoso con estas menudencias lícitas á la conservacion del amor con-

yugal; porque aunque estas pequeñas muestras de pura, y honesta amistad no ligan los corazones, con todo esto los acercan, y juntan, y sirven de un entretenimiento agradable á la recíproca conversacion.

Santa Mónica, estando preñada del gran San Agustin, le dedicó por medio de muchas ofrendas á la Religion Christiana, y al servicio de la gloria de Dios, segun él mismo nos muestra, diciendo: *Que ya él habia gustado la sal de Dios dentro del vientre de su madre.*

Es una grande enseñanza para las mugeres Christianas el ofrecer á la Divina Magestad los frutos de sus vientres, aun antes que hayan salido á luz; porque Dios que acepta las oblaciones de un corazon humilde, y voluntario, fecunda de ordinario en tal tiempo las buenas aficiones de las madres, testigos Samuel, Santo Thomas de Aquino, San Andres de Fiesola, y otros muchos. La madre de San Bernardo, madre digna de tal hijo, tomaba sus hijos en sus brazos luego que habian nacido, y los ofrecia á Jesu-Christo, y desde entónces los amaba con respeto, como á cosa sagrada, y que Dios se los habia confiado; lo qual la sucedió tan dichosamente, que en fin fueron todos siete muy Santos. Luego que los hijos comienzan á servirse de

la razon, los padres, y las madres deberian tener un gran cuidado de imprimirles en el corazon el temor de Dios. La buena Reyna Blanca hizo fervorosamente este oficio con su hijo el Rey S. Luis, porque le decia muy amenudo: *Mucho mas querria, amado hijo mio, verte morir á mis ojos, que el verte cometer un solo pecado mortal.* lo qual quedó de suerte grabado en el alma de este santo hijo, que, como él mismo contaba, no habia dia en que no se le acordase, trabajando quanto le era posible en bien guardar esta divina doctrina. Las *razas*, y *generaciones* son llamadas en nuestra lengua *casas;* y asimismo los Hebreos llaman á la generacion de los hijos *edificacion de casa;* porque en este sentido es en el que se ha dicho que Dios edificó casas á las sabias mugeres de Egypto. Esto es, pues, para mostrar que no es hacer una buena casa el abastecerla de muchos bienes mundanos, sino el bien industriar los hijos en el temor de Dios, y virtud.

En esto, pues, no se debe rehusar ninguna suerte de pena, y trabajos; pues los hijos son la corona de los padres. Así Santa Mónica combatió con tanto fervor, y constancia las malas inclinaciones de San Agustin, que habiéndole seguido por mar, y por tierra, le hizo mas dicho-

samente hijo de sus lágrimas por la conversion de su alma, que no habia sido hijo de su sangre por la generacion de su cuerpo.

San Pablo dexa á cargo de las mugeres el cuidado de la casa. Por esto muchos tienen esta verdadera opinion de que su devocion es mas fructuosa á la familia, que la de sus maridos; los quales, como no hacen una ordinaria residencia entre sus domésticos, no pueden por consiguiente guiarlos tan facilmente á la virtud. Á esta consideracion Salomon en sus Proverbios hace derivar la buena dicha de toda la casa del cuidado, é industria de aquella muger fuerte que escribe.

Vemos en el Génesis, que Isaac viendo á su muger Rebeca esteril, rogó al Señor por ella; ó (segun los Hebreos) rogó al Señor frente á frente de ella; porque el uno rezaba del un lado del Oratorio, y el otro del otro. Tambien la oracion del marido, hecha en esta forma, fue oida. Es la mayor, y mas fructuosa union del marido, y de la muger la que se hace en la santa devocion, á la qual se deberian llevar uno á otro. Hay frutas como el membrillo, que por la aspereza de su zumo no son muy agradables sino en conserva. Hay otras, que por su ternura, y delicadeza no pueden durar sino se po-

nen tambien en conserva, como son las cerezas, y albaricoques. Así las mugeres deben desear que sus maridos esten confitados en el azucar de la devocion; porque el hombre sin la devocion es un animal severo, áspero, y rudo: y los maridos deben desear que sus mugeres sean devotas; porque sin la devocion la muger es en extremo fragil, y sujeta á caerse, y apartarse de la virtud. San Pablo dice que el hombre infiel es santificado por la muger fiel, y la muger infiel por el hombre fiel; porque en esta estrecha alianza del matrimonio puede el uno facilmente llevar al otro á la virtud. ¡Mas qué bendicion es quando el hombre, y la muger fieles se santifican el uno al otro en un verdadero temor de Dios!

En lo demas deben sobrellevarse recíprocamente el uno al otro, y con tanto cuidado, y amor que no lleguen jamas los dos á enojarse juntos á un mismo tiempo, y de repente, para que así entre ellos no se vea ninguna disension, ni riña. Las abejas no pueden residir en lugares donde se oyen los ecos, y zumbidos, y las repeticiones de voces; ni tampoco el Espíritu Santo en una casa, en la qual hay discordias, réplicas, y alborotos de gritos, y altercaciones.

San Gregorio Nazianzeno dice que en su

tiempo hacian fiesta los casados en el dia aniversario de sus bodas. En verdad que yo aprobaria que esta costumbre se introduxese, con tal que no fuese con aparejos de recreaciones mundanas, y sensuales; sino que confesados, y comulgados los maridos, y las mugeres en tal dia, encomendasen á Dios, con mas fervor que de ordinario, el progreso de su matrimonio, renovando los buenos propósitos de santificarle de mas en mas por una recíproca amistad, y fidelidad, tomando ánimo en nuestro Señor para llevar, y cumplir con las obligaciones de su estado.

CAPITULO XXXVIII.

De la honestidad de la cama nupcial.

La cama nupcial debe ser inmaculada, como el Apostol la llama; esto es, esenta de deshonestidades, y otras manchas profanas. Tambien el santo matrimonio fue primeramente instituido dentro del Paraiso terrestre, donde nunca hasta entónces habia habido ninguna desórden de concupiscencia, ni cosa deshonesta.

No dexa de haber alguna semejanza entre los deleytes vergonzosos, y los del comer, por-

que entrambos á dos miran á la carne. Bien es verdad que los primeros, á razon de la vehemencia brutal, se llaman simplemente carnales. Explicaré, pues, lo que no puedo decir de los unos, por lo que diré de los otros.

1 El comer es ordenado para conservar las personas. Como el comer, pues, simplemente para mantener, y conservar la persona, es cosa buena, santa, y mandada; tambien lo que se requiere en el matrimonio para la produccion de los hijos, y multiplicacion de las personas, es una cosa buena, y muy santa, por quanto este es el fin principal del casamiento.

2 El comer, no por conservar la vida, sino por conservar la recíproca conversacion y descendencia que nos debemos los unos á los otros; es cosa muy justa, y honesta: y de la misma manera la recíproca, y legítima satisfaccion de las partes en el santo matrimonio es llamada por S. Pablo deber, y aun deber tan grande, que no quiere que la una de las partes pueda exîmirse de él, sin el libre, y voluntario consentimiento de la otra; ni aun asimismo por los exercicios de la devocion, segun tengo dicho en una palabra en el capítulo de la santa Comunion cerca de este sugeto. ¡Quánto menos, pues, se podrán exîmir por las caprichosas pretensio-

nes de virtud, ó por las cóleras, y desdenes!

3 Como los que comen por el deber de la recíproca conservacion, deben comer libremente, y no como por fuerza, sino antes dando muestras de tener apetito; tambien el deber nupcial debe cumplirse fiel y francamente, y de la misma manera que si fuese con esperanza de la produccion de los hijos, aunque por alguna ocasion se carezca de tal esperanza.

4 Comer, no por las dos primeras razones, sino simplemente por contentar el apetito, es cosa soportable, mas no digna de alabanza; porque el simple placer del apetito sensual no puede ser objeto suficiente á hacer una accion loable; basta, pues, que sea soportable.

5 Comer, no por simple apetito, sino por exceso, y desórden, es cosa mas ó menos vituperable, segun es el exceso grande ó pequeño.

6 El exceso, pues, de comer no consiste solo en la demasiada cantidad, sino tambien en el modo, y manera de comer. No es poco de notar, amada Filotea, el ver que la miel siendo tan propia, y saludable á las abejas, las pueda, no obstante, ser dañosa, y tanto, que á veces las enferma, como quando comen demasiado en la Primavera; porque entónces las dá un fluxo de vientre, y algunas veces las hace

morir sin remedio, como quando tienen enmelada la cabeza, y alas. Es cierto que el comercio nupcial, que es tan santo, tan justo, tan digno de recomendacion, y tan útil á la República, es no obstante en ciertos casos peligroso á los que le practican; porque á veces los enferma en extremo las almas de pecado venial, como sucede por los simples excesos, y á veces las hace morir por el pecado mortal, como sucede luego que la órden establecida por la produccion de los hijos es violada, y pervertida; en el qual caso, segun se apartan mas, ó menos de esta órden, los pecados se hallan mas, ó menos exêcrables, pero siempre mortales; porque como la procreacion de los hijos es el primero, y principal fin del matrimonio, jamas se puede lícitamente apartar de la órden que esta requiere, aunque por algun otro accidente no pueda la tal por entónces ser efectuada, como sucede quando la esterilidad, ó preñez estorvan la produccion, y generacion; porque en estas ocurrencias el comercio corporal no dexa de ser justo y santo, con tal que las reglas de la generacion sean observadas; y esto porque ningun accidente puede jamas perjudicar la ley que el fin principal del matrimonio ha impuesto. Por cierto la infame, y exêcrable accion que Onan hizo en su casamiento, era abominable de-

lante de Dios, segun dice el Sagrado Texto en el capítulo 38 del Génesis. Y aunque algunos Hereges de nuestro tiempo, cien veces mas reprehensibles que los Cynicos (de quienes habla San Gerónimo en la Epístola á los Efesios) hayan querido decir que era la perversa intencion de este mal hombre la que desagradaba á Dios; la Escritura nos muestra al contrario, y asegura en particular, que la cosa misma era detestable, y abominable delante de Dios.

7 Es una verdadera señal de un espíritu perdido, villano, abatido, é infame, el pensar en las viandas, y manjares antes del tiempo de comer; y aun mas quando despues de él se divierten con el gusto que han recibido en la comida, entreteniéndose con palabras, y pensamientos, y revolviendo su espíritu por la memoria del deleyte que han recibido al comer de los bocados, como hacen los que antes del comer tienen el pensamiento en el asador, y despues en los platos: gentes dignas de servir en la cocina, los quales hacen (como dice S. Pablo) un Dios de su vientre. La gente de honra no piensa en la mesa, sino quando se sienta á ella; y despues de la comida se lavan las manos, y la boca, para que no les quede ni el gusto, ni el olor de lo que han comido. El elefante no es sino una bes-

tia grosera; pero la mas digna de alabanza de quantos viven, y que tienen mas sentido. Quiero decirte un poco acerca de su honestidad. Quanto á lo primero no muda nunca de hembra; y ama tiernamente la que una vez ha escogido, con la qual, no obstante, no se junta sino de tres en tres años, y por solos cinco dias; y esto con tanto secreto, que nunca es visto en el acto; pero es visto el sexto dia, en el qual ante todas cosas se va derecho á alguna ribera, donde se lava enteramente todo el cuerpo, sin querer de ninguna suerte volver á la tropa, hasta haberse primero limpiado, y purificado. ¿No son, dime, las de este animal, hermosas y honestas propiedades? Por ellas muestra á los casados á no quedarse empeñados de aficion en las sensualidades, y deleytes, que segun su vocacion hubieren exercitado, sino (que pasados estos) se laven el corazon, y la aficion, y se purifiquen quanto antes, para que despues con toda libertad de espíritu puedan practicar las otras acciones mas puras, y relevadas. En este aviso consiste la perfecta práctica de la excelente doctrina que San Pablo da á los Corinthios: *El tiempo es corto* (dice): *menester es que los que tienen muger sean como sino la tuviesen;* porque, segun San Gregorio, aquel tiene una muger co-

mo sino la tuviese, que goza de tal suerte de los consuelos corporales con ella, que no por eso se aparte de las pretensiones espirituales. Lo que se dice, pues, del marido, se entiende recíprocamente de la muger: *Que los que usan del mundo* (dice el mismo Apóstol) *sean como si no lo usasen*. Que todos, pues, usen del mundo, cada uno segun su estado; pero de tal manera, que no empeñando la aficion, se hallen libres, y prontos al servicio de Dios, como si no usasen de él. Es el mayor mal del hombre (dice S. Agustin) el querer gozar de las cosas, de que solo deberia usar, y el querer usar de aquellas de que deberia solo gozar. Debemos, pues, gozar de las cosas espirituales, y solo usar de las corporales, de las quales, quando el uso es convertido en gozo, nuestra alma racional se convierte tambien en alma brutal, y bestial. Pienso haber dicho todo lo que queria decir; y hecho entender, sin decirlo, lo que no queria decir.

CAPITULO XXXIX.

Aviso para las viudas.

San Pablo instruye todos los Prelados en la persona de su Timotheo, diciendo; *Honra las viudas, que son verdaderamente viudas.* Para ser, pues, verdaderamente viuda, son necesarias estas cosas:

Que la viuda no sea solo viuda de cuerpo, sino de corazon; esto es, que ha de vivir con una resolucion inviolable de conservarse en el estado de una casta viudez; porque las viudas, que no lo son sino mientras esperan la ocasion de tornarse á casar, no estan separadas de los hombres sino segun el deleyte del cuerpo; pero estan juntas con ellos segun la voluntad del corazon. Que si la verdadera viuda, para conservarse en el estado de viudez, quiere ofrecer á Dios en voto su cuerpo, y su castidad, juntará sin duda un gran atavío á su viudez, y pondrá en gran seguridad su resolucion; porque viendo que despues del voto no está mas en su mano el dexar la castidad, sin dexar el Paraiso, vivirá tan zelosa de su promesa, que no dará lugar ni un solo momento en su corazon á

los mas simples pensamientos de casamiento: porque el voto sagrado pondrá una fuerte barrera entre su alma, y toda suerte de trazas contrarias á su resolucion. San Agustin aconseja extremamente este voto á la viuda christiana: y el antiguo, y docto Orígenes pasa aun mas adelante, porque aconseja á las mugeres casadas hagan voto, y se destinen á la castidad viudal (en caso que sus maridos viniesen á morir antes que ellas) para que entre los placeres sensuales, que podrian tener en su matrimonio, puedan no obstante gozar del merecimiento de una casta viudez por medio de esta anticipada promesa. El voto hace las obras hechas en su seguimiento, mas agradables á Dios, fortifica el ánimo para hacerlas, y no solo dá á Dios las obras (que son como los frutos de nuestra buena voluntad); pero le dedica aun la voluntad misma, que es como el arbol de nuestras acciones. Por la simple castidad prestamos nuestro cuerpo á Dios, no dexando por eso de quedarnos la libertad de entregarle otra vez á los placeres sensuales; mas por el voto de castidad le hacemos un don absoluto, é irrevocable de él, sin que nos reservemos ningun poder de desdecirnos, haciéndonos por este medio dichosamente esclavos de aquel, cuya servidumbre es mejor que el mayor Rey-

no. Así como apruebo infinito los avisos de estos dos grandes varones, así desearia tambien que las almas que fueren tan dichosas, que quieran seguirlos, sea prudente, santa y sólidamente, habiendo exâminado sus fuerzas, invocado la inspiracion celeste, y tomado el consejo de algun sabio, y devoto Maestro; porque de esta suerte todo se hará mas fructuosamente.

2 Fuera de esto, es necesario que esta renunciacion de segundas bodas se haga pura y simplemente, para que con mas pureza pueda poner toda su aficion en Dios, y juntar por todas partes su corazon con el de su Divina Magestad; porque si el deseo de dexar los hijos ricos, ó alguna otra suerte de pretension mundana, hace quedar la viuda en viudez, seguirásele (podrá ser) alabanza, pero no delante de Dios; porque delante de Dios nada puede tener verdadera alabanza, sino lo que se hace por Dios.

3 Es menester aun mas, que la viuda, para ser verdaderamente viuda, esté separada, y voluntariamente destituida de los contentos profanos. *La viuda que vive en placeres* (dice S. Pablo) *está muerta en vida.* Querer ser viuda, y gustar, no obstante esto, de que la enamoren, y acaricien: querer hallarse en los bayles, dan-

zas, y festines: querer andar perfumada, afeytada, y muy compuesta; esto es ser una viuda viva quanto al cuerpo, pero muerta quanto al alma ¿Qué importa (dime por tu vida) que la insignia de la casa de Adonis, y del amor profano esté hecha de garzotas blancas, puesto á manera de penacho, ó de un velillo negro, extendido á manera de redes, y al rededor de la cara, si las mas veces lo negro se pone con mas vanidad sobre el blanco, para mejor relevar la color? La viuda, como ha hecho prueba del modo con que las mugeres pueden agradar á los hombres, sabe ponerlos en sus almas cebos mas peligrosos.

La viuda, pues, que vive en estos locos placeres, en vida está muerta; y no es, hablando con propiedad, sino un ídolo de viudez.

El tiempo de cortar ha venido; la voz de la tórtola ha sido oida en nuestra tierra, dice el Cántico. El cortar las superfluidades mundanas es necesario á qualquiera que quiere vivir piadosamente, y principalmente á la verdadera viuda; la qual, como una casta tórtola, no acaba de llorar, y gemir, y lamentar la pérdida de su marido. Quando Noemi volvió de Moab á Belen, las mugeres de la Villa, que la habian conocido al principio de su casamiento, de-

cian unas á otras: No es esta Noemi? Á que respondió ella: No me llameis Noemi os ruego (porque Noemi quiere decir graciosa, y hermosa): llamadme antes Mara; porque el Señor ha henchido mi alma de amargura; lo qual decia por quanto su marido era muerto. Así que la viuda devota no quiere jamas ser llamada, y estimada ni por hermosa, ni por graciosa, antes se contenta con ser lo que Dios quiere que sea; esto es, humilde, y mortificada á sus ojos.

Las lámparas que tienen el olio aromático, despiden de sí un muy suave olor quando las apagan la luz. Así las viudas, cuyo amor ha sido puro en su casamiento, derraman un precioso, y aromático olor de virtud de castidad, quando su luz, esto es, su marido, es apagada por la muerte. Amar al marido mientras vive, cosa es no dificultosa entre las mugeres; mas amarle aun despues de su muerte, no puede desearse mas: grado es de amor, que solo pertenece á las verdaderas viudas. Esperar en Dios mientras el marido sirve de apoyo, no es cosa tan rara; mas esperar en Dios, quedando sin el arrimo, cosa es digna de gran alabanza. Por esto, pues, se conoce mas facilmente en la viudez la perfeccion de las virtudes que se han tenido en el casamiento.

La viuda que queda con hijos, que tienen necesidad de su enseñanza, y guia, y principalmente en lo que mira al alma, y establecimiento de su vida, no puede, ni debe abandonarlos; porque el Apóstol San Pablo dice claramente que son obligadas á este cuidado, porque asi paguen el mismo que sus padres, y madres tuvieron; y tambien porque si alguno no tiene cuenta de los suyos, y principalmente de aquellos de su familia, es peor que infiel. Mas si los hijos se hallan en estado que no tengan necesidad de la educacion de sus maridos, entónces la viuda debe poner toda su aficion, y pensamiento en aplicarlos mas puramente á su adelantamiento en el amor de Dios.

Si alguna fuerza forzosa no obliga la conciencia de la verdadera viuda á los embarazos exteriores, como son los pleytos, yo la aconsejo se aparte de ellos de todo punto, y siga el método en el conducir sus negocios, que sea mas sosegado, y modesto, aunque parezca no ser el mas fructuoso; porque seria necesario que los provechos de semejantes diferencias fuesen muy grandes para ser comparados con el bien de una santa tranquilidad; dexando aparte que los pleytos, y otras tales marañas disipan el corazon, y abren muchas veces la puerta á los enemigos de

la castidad, mientras que por agradar á aquellos, de cuyo favor tienen necesidad, usan de acciones, y ademanes indevotos, y desagradables á Dios.

La oracion sea el continuo exercicio de la viuda; porque como no debe tener mas amor sino para con su Dios, así tambien no debe tener casi mas palabras sino para con su Dios; y como el hierro, que impedido de seguir la atraccion del imán por causa de la presencia del diamante, se arroja al mismo iman luego que el diamante se le aparta; así el corazon de la viuda, que buenamente no podia del todo arrojarse á su Dios, ni seguir los atraimientos de su divino amor durante la vida de su marido, debe luego despues de su muerte correr con ardor, y diligencia al olor de los perfumes celestes, diciendo como á imitacion de la Sagrada Esposa: O, Señor! ahora que soy toda mia, recibidme toda por vuestra: llegadme cerca de vos, corremos, Señor al olor de vuestros ungüentos.

El exercicio de las virtudes propias á la santa viuda son la perfecta modestia, la renunciacion de las honras, de los puestos, de las juntas, de los títulos, y de todas suertes de vanidades: el servicio de los pobres, y enfermos, la consolacion de los afligidos, la introduccion de las doncellas á la vida devota, el hacerse un ver-

dadero exemplo de todas las virtudes para con las mozas casadas. La limpieza, y la simplicidad son los dos atavios de sus vestidos: la humildad, y la caridad los dos atavios de sus acciones: la honestidad, y mansedumbre, los dos atavios de su lenguage: la modestia, y honestidad, el atavio de sus ojos; y Jesu-Christo crucificado, el único amoı de su corazon.

En fin, la verdadera viuda en la Iglesia es una pequeña violeta de Marzo, que despide una sin igual suavidad con el olor de su devocion, guardándose casi siempre escondida debaxo las anchas hojas de su mismo menosprecio, y por su color menos viva verifica la mortificacion: procura siempre hallarse en los lugares quietos, y solos, por no ser combatida de la conversacion de los mundanos, y conservar mejor la frescura de su corazon contra todos los ardores que el deseo de los bienes, de las honras, y asimismo de los amores, la podrian acarrear. *Será la tal bienaventurada* (dice el Apóstol) *si persevera de esta suerte.*

Podria decir otras muchas cosas acerca de este sugeto; mas habrélo dicho todo quando habré dicho que la viuda zelosa de la honra de su estado lea con atencion las doctas epístolas que el gran San Gerónymo escribe á Furia, y Salvia,

y á todas aquellas otras damas que fueron tan dichosas, que merecieron ser hijas espirituales de un tan gran Padre; porque no se puede añadir cosa á lo que él dice, sino este advertimiento, que la verdadera viuda no debe jamas ni menospreciar, ni censurar á las que pasan á segundas, ó asimismo á terceras, ni quartas bodas, porque en ciertos casos Dios lo dispone así para mayor gloria suya; y deben tener delante los ojos esta doctrina de los antiguos, que ni la viudez, ni la virginidad tiene puesto en el Cielo, sino aquel que le es señalado por la humildad.

CAPITULO XL.

Una palabra á las vírgenes.

No tengo, ó vírgenes, que deciros sino solas estas tres palabras, porque por ellas podreis percibir lo demas. Si pretendes el casamiento temporal, guardarás zelosa tu primer amor para tu primer marido. Pienso que es un gran engaño el presentar en lugar de un corazon entero, y sincéro, un corazon usado, trasegado, y contaminado de amor. Pero si tu buena dicha te llama á las castas, y virgínales bodas espirituales, y que quieres para siempre conservar

tu virginidad, conservarás tu amor mas delicadamente que puedas para este Esposo Divino, que como es la pureza misma no ama cosa tanto como la pureza, y á quien las primicias de todas las cosas son debidas, y principalmente las del amor. Las Epístolas de San Gerónymo te abundarán de todos los avisos que te son necesarios. Y pues que tu estado te obliga á la obediencia, escogerás una guia espiritual, debaxo de cuya educacion puedas mas santamente dedicar tu corazon, y cuerpo á su Divina Magestad.

QUARTA PARTE

DE LA INTRODUCCION,

EN LA QUAL SE CONTIENEN los avisos necesarios contra las tentaciones mas ordinarias.

CAPITULO PRIMERO.

Que no nos debemos embebecer con las palabras de los hijos del mundo.

Luego que los mundanos conozcan que quieres seguir la vida devota, mostrarán contra tí

mil efectos de su maldiciente lengua: los mas malignos calumniarán tu mudanza, diciendo que es hypocresia, supersticion, y artificio: dirán que el mundo te ha mostrado mala cara, y que por no quererte él te acoges á Dios: tus amigos procurarán con todas veras hacerte infinitas amonestaciones muy prudentes, y caritativas á su parecer. Vos vendreis á dar, dirán otros, en algun humor melancólico: perdereis el crédito con el mundo, haréisos insufrible, envejecereis antes de tiempo, padecerán vuestros negocios domésticos: Menester es vivir en el mundo como en el mundo. Salvarnos podemos muy bien sin tantos mysterios; y otras mil sofisterias á este tono.

Filotea mia, todo esto no es sino una loca, y vana charlataneria: tales personas no tienen ningun cuidado, ni de tu salud, ni de tus negocios. *Si tú fueras del mundo* (dice el Salvador), *el mundo amaria lo que es suyo: mas por quanto no eres del mundo, por esto te aborrece.* Vemos muchas veces hombres, y mugeres particulares pasar la noche entera, y aun muchas noches continuadas, en jugar al axedrez, y á los naypes. ¿Hay por ventura atencion mas desabrida, melancólica, y triste, que esta? No; mas no obstante esto los mundanos no lo reprobarán; ni los amigos lo afearán. Y por la meditacion de

una hora, ó por vernos levantar un poco mas de mañana que lo ordinario para prepararnos á la comunion, todos correrán al médico para sanarnos del humor melancólico, y de la tericia. Pasarán treinta noches en los bayles, y danzas, y no habrá quien se queje; y por solo haber velado la noche de Navidad, no habrá quien no tosa, y se queje de todo el cuerpo al dia siguiente. ¿Quién dexará de ver que todo el mundo es un Juez iniquo, gracioso, y favorable para sus hijos, y áspero, y riguroso para con los hijos de Dios?

No podrémos, pues, estar bien con el mundo, sino perdiéndonos con él; ni es seguro ponernos á contender con él, porque tiene demasiado de bizarro. *Juan es venido* (dice el Salvador) *no comiendo, ni bebiendo, y tú dices que está endemoniado: el Hijo del hombre ha venido comiendo y bebiendo, y tú dices que es Samaritano.* Verdad es, Filotea, que si nos dexámos llevar por condescendencia á la risa, al juego, y á la danza con el mundo, que el tal se escandalizará; si no lo hacemos, nos acusará de hypocresía, ó melancolía: si nos componemos, ó atavíamos, lo interpretará á algun malicioso designio: si andamos humildes, y sin ningun adorno, lo atribuirá á poquedad, y vileza de corazon. Nuestros regocijos serán llamados de él disoluciones, y

nuestras mortificaciones tristezas; y mirándonos de esta suerte de mal ojo, jamas le podremos ser agradables. Engrandece nuestras imperfecciones, y las publíca por pecados: de nuestros pecados de enfermedad los convierte en pecados de malicia. En lugar, como dice San Pablo: *La caridad es benigna, al contrario el mundo es maligno.* La caridad nunca piensa mal, y al contrario el mundo siempre piensa mal; y quando no puede acusar nuestras acciones, acusa nuestras intenciones. Ya tengan los carneros cuernos, ó no; ya sean blancos, ó negros, no por eso el lobo dexará de comerlos, si puede.

En qualquiera cosa que hagamos, siempre el mundo nos hará la guerra: si nos tardamos mucho delante el Confesor, admirará la tardanza, y dirá qué es lo que podemos decir tanto tiempo. Si nos tardamos poco, dirá que no nos acusamos por entero: espiará todos nuestros movimientos, y por la menor palabra de cólera afirmará que son insufribles: el cuidado de nuestros negocios le parecerá avaricia, y nuestra mansedumbre necedad. Y quanto á los hijos del mundo, su cólera será generosidad, su avaricia caseria, sus demasiadas familiaridades entretenimientos honrados. Las arañas ofenden siempre, y dañan la obra de las abejas.

Dexemos este ciego, Filotea: grite quanto quisiere, como la lechuza para inquietar los páxaros del dia: seamos firmes en nuestros designios, constantes en nuestras resoluciones: la perseverancia hará bien ver si es cierto, y verdadero el habernos sacrificado á Dios, y dedicado á la vida devota. Los Cometas, y Planetas son casi igualmente luminosos en apariencia; mas los Cometas se desaparecen en poco tiempo, por quanto no son sino ciertos fuegos pasageros, y los Planetas tienen una claridad continua, y perpetua. Así la hypocresia, y la verdadera virtud tiene entre sí, quanto á lo exterior, grande semejanza; mas diferénciase facilmente la una de la otra, y esto porque la hypocresia, como accion prestada, no puede durar largo tiempo sin ser conocida, y así se pierde, y disipa como el humo; mas la verdadera virtud es siempre firme, y constante. No nos es pequeña comodidad para mejor asegurar el principio de nuestra devocion el recibir oprobio, y calumnia, porque por este medio evitamos el peligro de vanidad, y soberbia, que son cómo las Parteras de Egypto, las quales el Faraon infernal mandó matasen todos los hijos varones de Israel el mismo dia de su nacimiento. Somos crucificados en el mundo, y el mundo debe sernos crucificado:

él nos tiene por locos; tengámosle por desatinado.

CAPITULO II.

Que debemos tener buen ánimo.

La luz, aunque hermosa, y deseada de nuestros ojos, los encandila, y deslumbra despues que han estado largo espacio en alguna grande obscuridad; y antes que nos familiaricemos con los habitantes de alguna extraña tierra, por corteses, y apacibles que los tales sean, no dexarémos de hallarnos por algun tiempo algo extraños. No dudo, querida Filotea, sino que en esta mudanza de vida sentirás muchos asaltos, y contradiciones en tu interior; y que aquella grande, y general despedida, que has hecho de las locuras, y boberias del mundo, te causará algun resabio de tristeza, y cobardia. Si esto te sucediere, ten un poco de paciencia, que no será nada, ni otra cosa, sino un poco de espanto que la novedad acarrea: pasado esto, tendrás cien mil consuelos. Enfadaráte (puede ser al instante el dexar la gloria que los locos, y burladores te daban en tus vanidades. Mas, ó Dios! ¿querrás tú perder la eterna, y verdadera que Dios te dará? Los vanos embebecimientos, y pasatiem-

pos en que empleaste los años pasados, se representarán aun á tu corazon, para cebarle, y hacerle volver de su banda. ¿Pero tendrias tú ánimo de renunciar esta dichosa eternidad por tan engañosas liviandades? Creeme, Filotea, que si perseveras, no tardarás en recibir mil dulzuras cordiales, tan regaladas, y agradables, que confesarás que el mundo no tiene sino hiel en comparacion de esta miel; y que un solo dia de devocion vale mas que mil años de vida mundana. Mas bien ves que la montaña de la perfeccion christiana es en extremo alta; pues, pobre de mí! (dirás) ¿cómo podré subir á ella? Animo, Filotea. Quando las pequeñas mosquillas de las abejas comienzan á tomar forma, no saben volar sobre las flores, ni montes, ni sobre las colinas vecinas, para juntar la miel; pero poco á poco, criándose de la misma miel que sus madres las preparan vienen á criar alas, y fortificarse de manera, que despues vuelan á buscarla por todo el país. Verdad es que nosotros, siendo pequeñas abejas en la devocion, no podriamos subir segun nuestro intento, que no es menor que de llegar á la cima de la perfeccion christiana; mas si comenzamos á tomar forma por nuestros deseos, y resoluciones, las alas nos comenzarán á salir. Menester, es pues, esperar

que algun dia seremos abejas espirituales, y podremos volar en la perfeccion. Criémonos en este inter de la miel de tantos saludables consejos, y santa doctrina, como los antiguos devotos nos han dexado, y roguemos á Dios que él nos dé plumas como de paloma, para que no solo podamos volar durante el tiempo de la vida presente, pero tambien reposar en la eternidad de la futura.

CAPITULO III.

De la naturaleza de las tentaciones, y de la diferencia que hay entre el sentir la tentacion, y consentir en ella.

Imagina, Filotea, una jóven Princesa, amada en extremo de su esposo, y que algun mal intencionado, para perderla, y manchar su cama nupcial, la envia algun infame mensagero de amor, persuadido á que trate con ella su dañado intento. Lo primero el tal mensagero propone á esta Princesa la intencion de su amo. Lo segundo, la Princesa agradece, ú desagradece la proposicion, y la embaxada. En tercero lugar, ó ella consiente, ó ella rehusa. Así Satanás, el mundo, y la carne, viendo una alma desposada con

el Hijo de Dios, la envian tentaciones, y sugestiones, por las quales:

1 El pecado le es propuesto.

2 Y sobre esto ella se agrada, ó se desagrada.

3 Y en fin ella consiente, ó rehusa, que son las tres gradas para baxar á la iniquidad, la tentacion, la delectacion, y el consentimiento. Y aunque estas tres acciones no se conocen tan manifiestamente en todas otras suertes de pecado, no por eso dexan de conocerse palpablemente en los grandes, y enormes pecados.

Quando la tentacion, de qualquier pecado que sea, durase toda nuestra vida, no podria la tal hacernos desagradables á la Magestad Divina, con tal que ella no nos agrade, y que no la consintamos. La razon es, por quanto en la tentacion nosotros no hacemos, sino sufrimos; y pues no recibimos placer, no podemos tampoco tener ninguna suerte de culpa. San Pablo sufrió mucho tiempo las tentaciones de la carne, y no solo por eso no fue desagradable á Dios, sino antes fue Dios glorificado por tal medio. La bienaventurada Angela de Foligni sentia tan crueles tentaciones carnales, que pone lástima quando las cuenta. Grandes fueron tambien las tentaciones que sufrió S. Francisco, y S. Benito, quando el

uno se arrojó en medio de las espinas, y el otro dentro de la nieve, para mitigarlas, y no por eso perdieron en nada la gracia de Dios; antes la aumentaron en mucho.

Menester es, pues, Filotea, mostrarte muy animosa en medio de las tentaciones, y no darte jamas por vencida, mientras las tales te desagradaren, observando bien esta diferencia que hay entre sentir, y consentir; esto es, que las podemos bien sentir, aunque las tales nos desagraden; mas no las podemos consentir sin que nos sean primero agradables, porque el placer sirve de ordinario de escalon para llegar al consentimiento. Póngannos, pues, los enemigos del alma quantos cebos quisieren, ó quédense siempre á la puerta de nuestro corazon, procurando entrarse en él, ó ya nos hagan quantas proposiciones quieran, que mientras tuviéremos resolucion de no agradarnos de ninguna de sus proposiciones, y halagos, no es posible que ofendamos á Dios; así como el Príncipe, esposo de la Princesa que he representado, no puede con razon tomar á mala parte el mensage que la fue propuesto, con tal que con él no recibiese ninguna suerte de placer, ó gusto. Hay con todo esto esta diferencia entre el alma, y esta Princesa, tocante á este sugeto; que la Princesa, ha-

biendo oido la proposicion deshonesta, puede (si quiere) despedir el mensagero, y no oirle mas; pero no está siempre en el poder del alma el no sentir la tentacion, aunque esté siempre en su poder el no consentirla. Por esto, pues, aunque la tentacion dure, y persevere mucho tiempo, no nos puede dañar mientras la tal nos fuere desagradable.

Mas quanto al deleyte que puede seguir á la tentacion, por quanto tenemos dos partes en nosotros, la una inferior, y la otra superior, y que la inferior no sigue siempre la superior, sino que antes hace su hecho aparte; sucede muchas veces que la parte inferior se deleyta en la tentacion, sin el consentimiento de la superior, y contra su voluntad. Esta es la disputa, y guerra que el Apóstol S. Pablo describe quando dice que su carne pelea contra su espíritu, y que hay una ley de los miembros, y una ley del espíritu, y semejantes cosas.

¿No has visto nunca, Filotea, un gran brasero de fuego cubierto de ceniza, que quando vienen diez, ú doce horas despues á buscar lumbre, no hallan sino una poca en medio de ella, y aun esa no sin trabajo; mas no por eso dexaba de haberla, pues se halló, pudiendo con ella despues encender los otros carbones ya muertos?

De la misma manera es la caridad, que es nuestra vida espiritual, en medio de las grandes y violentas tentaciones. Porque la tentacion, como pone su delectacion en la parte inferior, cubre, al parecer, toda el alma de ceniza, y trae el amor de Dios á gran mengua, sin que este se muestre en ninguna parte, sino en medio del corazon, en el fondo del espíritu, y aun parece que no está allí, y así con trabajo viene á hallarse; pero en fin está allí, porque aunque todo esté alborotado en nuestra alma, y en nuestro cuerpo, tenemos la resolucion de no consentir en el pecado, ni en la tentacion: porque el deleyte que agrada á nuestra alma en lo exterior, desagrada en lo interior; y aunque esté al rededor de la voluntad, no por eso está dentro de ella; en que se ve que tal deleyte es involuntario, y siendo tal, no puede ser pecado.

CAPITULO IV.

Dos exemplos importantes cerca de este sugeto.

Impórtate tanto entender bien esto, que no dificultaré el alargarme en su explicacion. El mozo, de quien habla San Gerónymo, que acos-

tado, y atado con bandas de tafetan bastantemente fuerte sobre una cama bien mullida, se veia provocado con toda suerte de inmundos tocamientos, y atraimientos de una insolente muger, la qual se habia acostado con él, solo por hacer titubear su constancia, ¿quién duda sino que el tal sentiria extraños movimientos carnales? Estarian sus sentidos asaltados, sin duda, del deleyte, y la imaginacion en extremo ocupada de la presencia de los objetos deleytosos. Pues no obstante esto, en medio de tantos alborotos, y en medio de una terrible borrasca de tentaciones, muestra claro que su corazon no está vencido, y que su voluntad, la qual se siente rodeada de tantos deleytes, no consiente en ellos de ninguna manera; porque su espíritu, viéndolo todo rebelado contra él, sin que tenga ninguna parte de su cuerpo sujeta á sí, sino la lengua, se la cortó con los dientes, y la escupió sobre la cara de esta alma deshonesta, la qual atormentaba la suya por medio del deleyte, mas cruelmente que hubiera podido el mas fiero verdugo con los mas rigurosos tormentos. Tambien el tirano, que pensaba vencerle por medio de los dolores, pensó sujetarle por medio de estos placeres.

La Historia del combate de Santa Catalina de Sena, en un semejante sugeto, es en extre-

mo admirable : esta es, pues, la suma. El espíritu maligno tuvo licencia del Señor para asaltar la honestidad de esta santa virgen con la mayor furia que pudiese, con tal que de ninguna manera la tocase. Sembró, pues, toda suerte de lascivas sugestiones en su corazon, y para moverle con mas vehemencia, viniendo con sus compañeros en forma de hombres, y de mugeres, hacian mil, y mil suertes de carnalidades, y lubricidades á su vista, juntando con esto palabras, y llamamientos deshonestísimos. Y aunque todas estas cosas fuesen exteriores, no obstante por medio de los sentidos penetraban no poco dentro del corazon de la virgen, el qual (como confesaba ella misma) estaba tan ocupado, que no la quedaba mas que la fina, y pura voluntad superior, la qual no fue movida de esta tempestad de sucio deleyte carnal: lo qual todo duró mucho tiempo, hasta que un dia nuestro Señor se le apareció; y ella dixo: ¿ Dónde estabades, mi dulce Señor, quando mi corazon estaba lleno de tantas tinieblas, y suciedades? Á lo qual respondió: Yo estaba dentro de tu corazon, hija mia. ¿ Y cómo (replicó la virgen) habitais vos dentro de mi corazon, dentro del qual habia tantas inmundicias? ¿ Habitais vos, pues, por ventura en lugares tan deshonestos? Á lo qual la dixo

nuestro Señor: Dime, ¿estos sucios pensamientos de tu corazon te daban placer, ó tristeza, amargura, ú deleyte? Extrema amargura, y tristeza, respondió la virgen ¿Quién era el que puso esta amargura y tristeza en tu corazon (replicó el Señor.) sino yo, que estaba escondido dentro de tu alma? Cree, hija mia, que si yo no hubiera estado presente, aquellos pensamientos que rodeaban tu voluntad, no pudiéndola rendir, la hubieran sin duda vencido, entrándose dentro, y siendo recibidos con placer del libre alvedrio, por este medio hubieran dado la muerte á tu alma. Mas por quanto estaba yo dentro de ella, ponia este desplacer, y resistencia en tu corazon, por cuyo medio rehusaba quanto podia la tentacion; y no pudiendo tanto quanto queria, sentia en sí un mayor desplacer, y aun mayor aborrecimiento contra ella, y contra sí mismo; y así estas penas eran de un gran merecimiento, y una gran ganancia para tí, y de un gran crecimiento de tu virtud, y fuerza.

No ves tú, Filotea, ¿cómo aquel fuego estaba cubierto de ceniza, y que la tentacion, y deleyte habian asimismo entrado dentro del corazon, habiendo rodeado la voluntad, la qual solo asistida de su Salvador, resistia con amarguras, desplaceres, y detestaciones del mal que la

habia combatido, rehusando perpetuamente el mostrar, ni tener contento en el pecado que la rodeaba?

O Dios, y quánta tristeza tiene un alma que ama á Dios, en no saber si le tiene en sí, ó no, y si el amor divino, por el qual ella pelea, está de todo punto muerto ó no en ella! Pero es la fina flor de la perfeccion del amor celeste el hacer sufrir, y pelear el amante por el amor, sin saber si tiene el amor, para el qual, y por el qual pelea.

CAPITULO V.

Dase ánimo, y esfuerzo al alma que se halla en las tentaciones.

Filotea mia, estos grandes asaltos, y estas tentaciones tan poderosas, nunca son permitidas de Dios, sino con las almas que quiere levantar á su puro, y excelente amor; mas no por esó se sigue que despues de esto puedan quedar aseguradas de llegar á él; porque ha sucedido muchas veces que los que habian sido constantes en semejantes, y violentos asaltos, no correspondiendo despues fielmente con el favor Divino, se han hallado vencidos en bien pequeñas tentaciones.

Todo lo qual digo, para que si te sucedie-

re hallarte afligida de alguna grande tentacion, sepas que Dios te favorece con un favor extraordinario, por el qual muestra que te quiere engrandecer delante su presencia; mas que con todo eso te muestres siempre humilde, y temerosa, no asegurándote de poder vencer las pequeñas tentaciones, despues de haber señoreado las grandes, sino es por medio de una continua fidelidad para con la Magestad Divina.

Qualesquier tentaciones, pues, que te sucedan, y qualquier deleyte que á las tales siga, mientras tu voluntad rehusare el contento, no solo á la tentacion, sino tambien al deleyte, no tienes de ninguna manera que turbarte, porque en esto aun no tienes á Dios ofendido. Quando un hombre está pasmado, y que no dá casi ninguna muestra de vida, pónenle la mano sobre el corazon, y por poco que se sienta en él el movimiento, se juzga que tiene vida, y que por medio de alguna agua preciosa, ó alguna píctima, le podrán hacer volver en su primera fuerza, y sentido. Así sucede algunas veces que por la violencia de las tentaciones parece que nuestra alma ha caido en semejante desfallecimiento de sus fuerzas; mas si quisiéremos conocer lo que esto es, pongamos la mano sobre el corazon: consideremos si él, y la voluntad tienen aun su mo-

vimiento espiritual; esto es, si hacen su deber en rehusar el consentir, y seguir la tentacion, y deleyte: porque mientras el movimiento de la contradicion está en nuestro corazon, seguros estamos que la caridad, vida de nuestra alma, está en nosotros, y que Jesu-Christo nuestro Salvador se halla dentro de nuestra alma, aunque escondido, y cubierto. Así que mediante el exercicio continuo de la oracion, de los Sacramentos, y de la confianza en Dios, cobrarémos nuestras primeras fuerzas, y viviremos una vida cabal, y apacible.

CAPITULO VI.

Cómo la tentacion, y deleyte pueden ser pecado.

La Princesa, de quien atras hemos hablado, no fue culpada de la proposicion deshonesta que la fue hecha; pues que, como hemos presupuesto, la sucedió contra su agrado; mas si al contrario hubiese por medio de algunos atraimientos, y alhagos dado motivo al alcance, intentando sembrar amor en el pecho del que la solicitaba, indubitablemente ella seria culpada aún en el haberla solicitado; y aunque se disimulase de melindro-

sa, no dexaria por eso de ser digna de reprehension, y castigo. Así sucede muchas veces que la sola tentacion nos pone en pecado, por quanto somos causa de ella. Exemplo: Si yo sé que jugando, facilmente juro y blasfemo, y que el juego me sirve para ello de tentacion, yo peco todas, y quantas veces jugáre, y soy culpado en todas las tentaciones que me sucedieren en el juego. De la misma manera, si yo sé que alguna conversacion me trae tentacion, y es causa de que cayga en alguna falta, y voluntariamente la busco, indubitablemente seré culpado de todas las tentaciones que en ella recibiere.

Quando el deleyte que procede de la tentacion puede evitarse, será siempre pecado el recibirle, segun el placer que se toma, y el consentimiento que se dá fuere grande, ó pequeño, ó por largo, ó breve espacio. No dexará de ser cosa reprehensible para la joven Princesa, de quien hemos hablado, que no solo oia la proposicion sucia, y deshonesta que la fue hecha; sino que tambien despues de haberla oido tome gusto en ella, y entretenga con él su corazon; porque aunque no quiera consentir á la execucion real de lo que la fue propuesto, consiente no obstante en la aplicacion espiritual de su corazon por medio del contento que recibe; y es

siempre cosa deshonesta el aplicar, ó el corazon, ó el cuerpo á cosa deshonesta: y antes la deshonestidad consiste de manera en la aplicacion del corazon, que sin ésta la aplicacion del cuerpo no puede ser pecado.

Quando fueres, pues, tentada de algun pecado, considera si voluntariamente diste causa á ser tentada; porque en tal caso la tentacion misma te pone en estado de pecado por el peligro, al qual voluntariamente te arrojaste; y esto se entiende habiendo tú podido cómodamente evitar la ocasion, y habiendo tú antevisto, ó debido antever la llegada de la tentacion; mas si no hubieres dado ningun motivo á la tentacion, no podrá de ninguna manera ser imputada á pecado.

Quando el deleyte que sigue á la tentacion, ha podido ser evitado, y que no obstante no se ha evitado, habrá siempre alguna suerte de pecado, segun lo poco, ó mucho que en él se hubieren detenido, y segun la causa del placer que hubiéremos tomado. Una muger, la qual no habiendo dado ocasion de ser festejada, recibe gusto no obstante esto en serlo, no dexa de ser reprehensible, si el gusto que recibe no tiene otra causa sino el solo festejo. Exemplo: Si el galan que la festeja, y enamora, tañese por extremo un

laud, y que ella recibiese gusto, no con las finezas y amor del que las solicita, sino con la dulzura, y armonia del instrumento, en esto no habria pecado: bien es verdad que no debia continuar por mucho tiempo en este gusto, temiendo no pasar de él al deleyte de ser solicitada. De la misma manera si alguno me propusiese alguna estratagema llena de invencion, y artificio, y esto para vengarme de mi enemigo, y que yo no tomase gusto, ni diese ningun consentimiento á la venganza propuesta, sino solo á la sutileza de la invencion del artífice, sin duda que yo no pecaria. Bien es verdad que no es acertado el embebecerme mucho en tal gusto, de miedo que poco á poco no me lleve al deleyte de la venganza misma.

Sucede á veces ser asaltados de algun leve resentimiento de deleyte, el qual inmediatamente sigue á la tentacion antes que buenamente se haya podido percibir; y esto no puede ser sino un ligero pecado venial, el qual se hace mayor, si despues que se ha percibido el mal en que se ha caido, se queda por negligencia algun tiempo como regateando con el mismo deleyte si se debe, ó no aceptar; y aun mayor, si en percibiéndole, se detiene en él algun tiempo por verdadera negligencia, sin ninguna suerte de in-

tento de rechazarle ; porque luego que voluntariamente , y con propósito deliberado nos resolvemos en agradarnos con tales deleytes , este propósito mismo deliberado es un gran pecado, si el objeto por el qual recibimos el deleyte, fuere notablemente malo. Es un gran vicio en una muger el querer entretener malos , y lascivos amóres , aunque realmente no quiera jamas abandonarse al enamorado.

CAPITULO VII.

Remedios para las grandes tentaciones.

Luego que sientas en tí algunas tentaciones, haz como los niños quando ven el lobo , ó el oso en la campaña , que al mismo punto corren á guarecerse entre los brazos de su padre , y madre , ó por lo menos los llaman á su ayuda , y socorro. Acude de la misma manera á Dios , é invoca su misericordia , y socorro. Este es el remedio que nuestro Señor enseña: *Orad, porque no entreis en tentacion.*

Si vieres que no obstante esto la tentacion persevera , ó que se aumenta, correrás en espíritu á abrazar la santa cruz, como si delante de tí vieras á Jesu-Christo crucificado. Protestarás

allí que no consentirás en la tentacion: pedirásle socorro contra ella, y continuarás siempre en la protestacion de no querer consentir mientras la tentacion duráre.

Mas haciendo estas protestaciones de no dar lugar al consentimiento, advierte que no mires la cara á la tentacion, sino solo mirarás á nuestro Señor; porque si miráres la tentacion, principalmente quando es poderosa, podria ser te hiciese desmayar el ánimo.

Divertirás tu espíritu por medio de algunas ocupaciones buenas, y loables; porque estas ocupaciones, entrando en tu corazon, y tomando en él lugar rechazarán las tentaciones, y sugestiones malignas.

El principal remedio contra todas tentaciones, grandes, ó pequeñas, es el desplegar el corazon, y comunicar con el Maestro, y Padre espiritual nuestras sugestiones, sentimientos, y aficiones; porque la primera condicion, que el espíritu maligno pone con el alma que pretende engañar, es la del silencio, como hacen los que quieren engañar á las mugeres, y á las doncellas, que al primer embite las defienden no digan nada, ni comuniquen sus proposiciones á los padres, ni á los maridos; pero al contrario, Dios en sus inspiraciones pide sobre todas cosas las

comuniquemos con nuestros Superiores, y Confesores.

Y si despues de todo esto la tentacion persevera en inquietarnos, y perseguirnos, no debemos hacer otra cosa sino perseverar tambien de nuestra parte en la protestacion de no querer consentir; porque como las doncellas no pueden ser casadas mientras dicen de no, así el alma, aunque alborotada, no puede jamas ser ofendida mientras tambien dixere de no.

No disputes con tu enemigo, ni le digas jamas una sola palabra, sino solo la que nuestro Señor le respondió, con la qual quedó confundido: *Vete lejos de mí, Satanas: tú adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.* Y como la muger casta no debe responder, ni una sola palabra, ni aun mirar la cara del atrevido que la solicita, y propone alguna deshonestidad, sino antes volviéndole las espaldas, al mismo punto debe volver su corazon hácia su esposo, y ratificar la fidelidad que le ha prometido, sin embebecerse en otra cosa; así la devota alma, viéndose asaltada de alguna tentacion, de ninguna manera debe embebecerse en disputar, ni responder; sino simplemente volverse hácia Jesu-Christo su Esposo, protestándole de nuevo su fidelidad, y el ser para siempre toda suya.

CAPITULO VIII.

Que se debe resistir á las pequeñas tentaciones.

Aunque se deben combatir las grandes tentaciones con un ánimo invencible, y que la victoria que de esto conseguimos, nos es en extremo útil; podria ser por ventura que consiguiésemos aun mas provecho en bien combatir, y rechazar las pequeñas tentaciones; porque como las grandes aventajan en calidad á las pequeñas, tambien las pequeñas aventajan en tanto extremo en número á las grandes, que su victoria puede ser comparada á la de las mayores. Los lobos, y los osos son sin duda mas peligrosos que las moscas; mas con todo eso no nos causan tanta importunidad, ni pesadumbre, ni prueban tanto nuestra paciencia. Cosa es facil el apartarse del homicidio; pero será dificultoso el evitar las pequeñas cóleras, de las quales las ocasiones se presentan á cada paso. Facil es á un casado, y á una casada el no caer en adulterio; mas no seria tan facil el no caer en ciertas señas cuidadosas, en procurar sembrar aficion, ó recibirla, en intentar grangear voluntades, en alcanzar pequeños favores, y en

decir, y oir palabras tiernas, y enamoradas. No es dificultoso el no dar compañero de cama al marido, ni compañera á la muger, quanto al cuerpo; mas no será tan fácil el no darle quanto al corazon. Facilidad tiene el no manchar la cama matrimonial, mas no la tendrá el no menoscabar el amor matrimonial. No es dificultoso el no hurtar los bienes agenos; pero serálo el no desearlos. Facil es el no levantar en juicio falso testimonio; pero dificil será el no mentir en conversacion: con facilidad escusaremos la embriaguez; pero con dificultad usarémos de la sobriedad.

Facilidad tiene el no desear la muerte de otro; pero dificultad el no desearle su incomodidad: facil es el no disfamarle; mas dificil el no menospreciarle. En fin, estas pequeñas tentaciones de cólera, de sospechas, de zelos, de envidia, de amores vanos, de locuras, de vanidades, de duplicidades, de adornos superfluos, de artificios, de pensamientos deshonestos; estos son los continuos exercicios de los que asimismo son mas devotos, y resueltos. Por esto, pues, amada Filotea, es necesario que con gran cuidado, y diligencia, nos preparemos á este combate; y asegúrate que tantas victorias quantas ganáremos contra estos pequeños enemigos, tantas piedras preciosas serán puestas en la corona de gloria que

Dios nos prepara en su santo Reyno. Por esto, pues, digo, que esperando combatir con ánimo, y valentia las grandes tentaciones, quando acaso nos vengan, nos es necesario con diligencia, y cuidado defendernos de las pequeñas, y menores.

CAPITULO IX.

Cómo se han de remediar las pequeñas tentaciones.

Quanto á estas pequeñas tentaciones de vanidad, de sospecha, de congoja, de envidia, de amores vanos, y semejantes cosas, que como moscas, ó mosquitos pasan por delante de nuestros ojos, picándonos ya en el carrillo, y ya en la nariz, por quanto es imposible vernos de todo punto libres de su importunidad; la mejor resistencia que se les puede hacer es el no atormentarnos; porque todo esto no puede ofendernos, aunque en rigor pueda ofender, con tal que tengamos firme resolucion de querer servir á Dios.

Menosprecia, pues, estas pequeñas tentaciones, y no te embebezcas solo en pensar lo que las tales quieren decir; sino dexarlas antes volar al rededor de tus orejas, tanto quanto quieran, y que corran al rededor de tí, como las moscas

hacen, con tal que quando vengan á picarte, y las veas que en alguna manera se detienen en tu corazon, no hagas otra cosa sino simplemente quitarlas de tí, no combatiendo con ellas, ni respondiendo, sino haciendo acciones contrarias, qualesquiera que sean, principalmente del amor de Dios: porque si quieres creerme, será mejor que no porfies en querer oponer la virtud contraria á la tentacion que sintieres, porque esto seria casi querer disputar con ella; sino que despues de haber hecho una accion de la virtud derechamente contraria, si es que has tenido tiempo de reconocer la calidad de la tentacion, vuelvas simplemente tu corazon hácia Jesu-Christo crucificado, y por una accion de amor para con él beses sus sagrados pies. Este es el mejor medio de vencer el enemigo, tanto en las pequeñas, como en las grandes tentaciones; porque el amor de Dios, como contiene en sí todas las perfecciones de todas las virtudes, y mas excelentemente que las virtudes mismas, es tambien un soberano remedio contra todos los vicios; y tu espíritu, acostumbrándose en todas tentaciones á esta accion general, no estará obligado á mirar, y exâminar quáles tentaciones le inquietan; sino simplemente, hallándose congojado, acudirá á este grande, y soberano remedio, el qual fuera de

esto es tan espantoso al espíritu maligno, que quando ve que sus tentaciones nos provocan á este divino amor, cesa de tentarnos.

Esto es quanto á las pequeñas, y freqüentes tentaciones, con las quales quien se quisiere detener por menudo, se cansaria, y no haria nada.

CAPITULO X.

Cómo debemos fortificar nuestro corazon contra las tentaciones.

Considera de tiempo en tiempo qué pasiones dominan mas de ordinario en tu alma; y habiéndolas descubierto, escogerás una manera de vivir, que las sea de todo punto contraria en pensamientos, en palabras, y en obras. Pongo por exemplo: Si te sintieses inclinada á la pasion de la vanidad, pensarás á menudo en la miseria de esta vida humana: quánto sus vanidades serán enojosas á la conciencia el dia de la muerte: quán indignas son de un corazon generoso, pues solo son disparates, y embebecimientos de criaturas simples; y semejantes cosas. Hablarás á menudo contra la vanidad, aunque te parezca que esto sea contra tu corazon, y no dexarás de menospreciarla, porque por este medio ganarás repu-

tacion con la parte contraria. Y á fuerza de decir contra alguna cosa, nos movemos á aborrecerla, aunque á los principios mostremos tenerla aficion. Haz obras de desprecio, y humildad las mas veces que pudieres, aunque te parezca ser contra tu gusto; porque por este medio te habituarás á la humildad, y disminuirás tu vanidad de suerte, que quando venga la tentacion, tu inclinacion no la podrá del todo favorecer, y tendrás mas fuerza para combatirla. Si eres inclinada á la avaricia, pensarás á menudo la locura de este pecado, que nos hace esclavos de lo que no es criado sino para servirnos; y que al fin, quando llegue la muerte, será necesario soltarlo todo, y dexarlo en manos de quien podrá ser que lo sepa muy bien desperdiciar, ó sea causa de su ruina, y condenacion; y semejantes pensamientos. Hablarás á menudo contra la avaricia, y alabarás mucho el menosprecio del mundo: harás limosnas, y con ellas obras caritativas; y escusarás algunas ocasiones de adquirir.

Si estuvieres sujeta á enamorar, ó ser enamorada, pensarás á menudo quánto este embebecimiento es peligroso, tanto para tí, como para los otros: quán indigna cosa es el profanar, y emplear en pasatiempos la mas noble aficion que hay en nuestra alma: quán sujeto está esto al

menosprecio de una extrema liviandad de espíritu. Hablarás siempre en favor de la pureza, y simplicidad de corazon, y usarás lo mas que te sea posible de acciones conformes á esto, evitando todas afectaciones, y palabras enamoradas.

En fin, en el tiempo de paz, esto es, quando las tentaciones del pecado, á que te hallares sujeta, no te apretaren, usarás entónces de acciones de la virtud contraria, y si las ocasiones no se te presentaren, escusarás buscarlas, porque por este medio fortificarás tu corazon contra la tentacion futura.

CAPITULO XI.

De la inquietud.

La inquietud no es una simple tentacion, sino un origen, del qual, y por el qual proceden muchas tentaciones. Diré, pues, algo acerca de esto. La tristeza no es otra cosa sino el dolor de espíritu que tenemos del mal que está en nosotros contra nuestro gusto, ya sea el mal exterior, como pobreza, enfermedad, ó menosprecio; ya interior, como ignorancia, sequedad, repugnancia, ó tentacion. Quando el alma conoce, pues, que tiene algun mal, siéntelo, y de aquí le nace

la tristeza, deseando al mismo punto librarse del mal, y procurando los medios para defenderse de él. Y hasta aquí tiene razon; porque naturalmente cada uno desea el bien, y huye lo que piensa estarle mal.

Si el alma busca los medios para librarse de su mal por el amor de Dios, buscarálos entónces con paciencia, mansedumbre, humildad, y tranquilidad, esperando su libertad mas de la bondad, y providencia de Dios, que de su pena, industria, ó diligencia. Si busca su libertad por el amor propio, se congojará, y fatigará en buscar los medios, como si este bien dependiese mas de ella que de Dios. Y no digo yo que ella piense esto; mas digo que se congojará como si lo pensase.

Si no halla luego lo que desea, cae en grande inquietud, é impaciencia; lo qual, no quitando el mal precedente, antes aumentándole por el contrario, entra el alma en una congoja, y tristeza increible, con un fallecimiento de ánimo, y fuerzas, que le parece ya su mal no tener mas remedio. Bien ves, pues, que la tristeza (la qual al principio es justa) engendra la inquietud, y la inquietud engendra despues un crecimiento de tristeza, que es en extremo peligrosa.

La inquietud es el mayor mal que puede venir al alma, excepto el pecado; porque como las sediciones, y alborotos interiores de una República, la arruinan totalmente, y la estorvan que no pueda resistir al extraño; así nuestro corazon, estando alborotado, é inquieto en sí mismo, pierde las fuerzas de mantener las virtudes que habia adquirido, y asimismo el medio de resistir á las tentaciones del enemigo; el qual entónces procura con todas sus fuerzas pescar, como dicen, en agua turbia.

La inquietud procede de un deseo desordenado de librarnos del mal que sentimos, ú de conseguir el bien que nos deseamos. Y no obstante esto, no hay cosa que empeore mas el mal, y que aleje mas el bien que la inquietud, y congoja.

Los páxaros quedan presos en las redes, y lazos, porque hallándose ya empeñados en ellos, trabajan, y forcejean quanto pueden para escaparse; con lo qual tanto mas se enredan, y enlazan. Quando tuvieres, pues, deseo de librarte de algun mal, ú de llegar á algun bien, pondrás ante todas cosas tu espíritu en reposo, y tranquilidad, y asentarás el juicio, y la voluntad, y despues con blandura, y dulzura procurarás el fin de tu deseo, tomando por órden los

medios que serán convenibles. Y quando digo con blandura no quiero decir con negligencia, sino sin congoja, alboroto, ni inquietud; que de otra suerte, en lugar de conseguir el efecto de tu deseo, lo echarás á perder todo, y te embarazarás mas cada instante.

Mi alma está siempre en mis manos, ó Señor, y yo no he olvidado tu Ley, decia David. Exâmina mas de una vez al dia, ó á lo menos á la noche, y á la mañana, si tienes tu alma en tus manos, ó si alguna pasion, é inquietud te la ha arrebatado. Considera si tienes tu corazon á tu mandado, ó si se te ha escapado de las manos, para empeñarse en alguna aficion desreglada de amor, de odio, de envidia, de codicia, de miedo, de enojo, ú de alegria; y si se ha escapado, le buscarás ante todas cosas, y llevarás poco á poco á la presencia de Dios, remitiendo todas tus aficiones, y deseos debaxo de la obediencia, y órden de su divina voluntad; porque como aquellos que temen perder alguna cosa preciosa, la tienen bien cerrada en su mano; así á la imitacion de aquel gran Rey debemos siempre decir: O Dios mio! mi alma está puesta en gran peligro: y así por esto, Señor, la traygo siempre en mis manos, y de esta suerte no he olvidado tu santa Ley.

No permitas á tus deseos, por pequeños que sean, y de pequeña importancia, que te inquieten, porque despues de los pequeños los grandes, y mas importantes hallarán tu corazon mas dispuesto al alboroto, y desasosiego. Quando sintieres acercarse la inquietud, encomiéndate á Dios, y resuélvete en no hacer nada de todo quanto tu deseo te pidiere; y esto se entiende no habiéndose pasado del todo la inquietud, porque entónces no se puede diferir. Luego, pues, es menester con un suave, y sosegado esfuerzo detener la corriente de tu deseo, templándola, y moderándola quanto te fuere posible; y despues de esto obrar no segun tu deseo, sino segun la razon.

Si puedes descubrir tu inquietud al que conduce tu alma; esto es, á tu Confesor, ó á lo menos á algun confidente, y devoto amigo, no dudes sino que al mismo punto serás apaciguado; porque la comunicacion de los dolores de corazon hace el mismo efecto en el alma, que la sangria en el cuerpo del que está con calentura continua. Este es en fin el remedio de los remedios. Tambien el Rey San Luis dió este aviso á su hijo: Si tuvieres en tu corazon algun descontento, dile al mismo punto á tu Confesor, ó á alguna buena persona; y así podrás llevar tu mal

facilmente, mediante el consuelo que se te dará.

CAPITULO XII.

De la tristeza.

La tristeza, que es segun Dios (dice S. Pablo) *obra la penitencia para la salud: la tristeza del mundo obra la muerte.* La tristeza, pues, puede ser buena, y mala, segun las diversas producciones que causa en nosotros. Verdad es que causa mas malas que buenas, porque mirado bien, no causa mas de dos buenas: estas son misericordia, y penitencia. Para estas hay seis malas; y son congoja, pereza, indignacion, zelos, envidia, é impaciencia; lo qual hizo decir al Sabio: *La tristeza arruina á muchos, y no causa ningun provecho;* porque para dos buenas corrientes, que proceden de su origen, hay seis bien malas, como está dicho.

El enemigo se sirve de la tristeza para usar de sus tentaciones con los buenos: porque así como procura se alegren los malos en su pecado, así procura entristecer los buenos en sus buenas obras: y como no puede procurar el mal, sino haciéndole parecer agradable; así tambien no puede hacer apartar del bien, sino haciéndole

parecer desagradable. El espíritu maligno se deleyta en la tristeza, y melancolia, por quanto él es triste, y melancólico, y será eternamente, causa por que querria que todos le imitasen.

La mala tristeza alborota el alma, pónela en inquietud, causa temores extraños, quita el gusto de la oracion, adormece, y oprime el celebro, priva el alma de consejo, de resolucion, de juicio, y de ánimo, y abate las fuerzas: es en fin como un áspero invierno, que priva á la tierra de toda su hermosura, y entorpece todos los animales; quita toda la suavidad del alma, y la hace casi imposibilitada, é incapaz en todas sus facultades.

Si por ventura, Filotea, te sucediere caer en esta mala tristeza, practicarás los remedios siguientes. Si alguno está triste, dice Santiago que ore. La oracion es un soberano remedio, porque levanta el espíritu en Dios, que es nuestra única alegria, y consuelo. Encaminarás en tu oracion las palabras con que rezares, sean interiores, ó exteriores, á la confianza, y amor de Dios, como si dixeras: O Dios de misericordia! mi buen Dios, mi Salvador, manso, y benigno, Dios de mi corazon, mi alegria, mi esperanza, mi amado Esposo, el bien querido de mi alma; y semejantes palabras.

Procura con cuidado mostrarte contraria á lo que te inclina tu tristeza; y aunque te parezca que lo que haces en tal tiempo es con frialdad, desabrimiento, y cansancio, no dexes por esto de hacerlo; porque el enemigo, que pretende entibiarnos en las buenas obras por medio de la tristeza, viendo que no por eso dexamos de hacerlas, y que hechas estas con resistencia, son de mas mérito, cesa entónces de afligirnos mas.

Canta cánticos espirituales, porque el enemigo por este medio ha muchas veces cesado en sus operaciones. Dígalo el espíritu que poseia á Saul, cuya violencia reprimia, y templaba la música de David.

Es muy bueno el emplearse en obras exteriores, y el diferenciarlas, quanto mas se pueda, para divertir el alma del objeto triste, purificar, y calentar los espíritus, por quanto la tristeza es de complexîon fria, y seca.

Usarás de acciones exteriores fervorosas, aunque las tales sean sin gusto, abrazando la imagen de un crucifixo, llegándotele al pecho, besándole los pies, y manos, levantando tus ojos, y tus manos al Cielo, arrojando tu voz á Dios con palabras de amor y confianza como las que se siguen: *Mi bien amado es mio, y yo suya:*

mi bien amado es para mí un ramillete de myrto, el qual guardaré entre mis pechos. Mis ojos se deshacen en tí, ó Dios mio! diciendo: ¿Quándo me consolareis vos? Jesus, sed mi Jesus: viva Jesus, y mi alma vivirá. *¿Quién me separará del amor de mi Dios?*

La disciplina moderada es buena contra la tristeza, por quanto esta voluntaria aficion exterior alcanza el consuelo interior; y el alma, sintiéndose de los dolores externos; se divierte de los que son internos. La freqüentacion de la santa Comunion es excelente, porque este Pan celeste fortifica el corazon, y alegra el espíritu.

Descubrirás todos los resabios, aficiones, y sugestiones que resultaren de tu tristeza, á tu Maestro, ó Padre espiritual con humildad, y fidelidad. Buscarás las conversaciones de personas espirituales, tratándolas lo mas que pudieres. Pondráste en fin en las manos de Dios, resolviéndote de sufrir qualquier género de tristeza pacientemente, como justo castigo de tus vanas alegrias; y no dudes de ninguna manera, que Dios, habiendote por este medio probado, te dexará libre de tal mal.

CAPITULO XIII.

De los consuelos espirituales, y sensibles, y cómo debemos gobernarnos en ellos.

Continúa Dios el ser de este gran mundo en una perpetua mudanza, por la qual el dia se trueca en noche, la Primavera en Verano, el Verano en Otoño, el Otoño en Invierno, y el Invierno en Primavera, y cada uno de los dias no parece jamas en todo al otro. Vemos unos nublados, otros aqüosos, otros secos, y otros ventosos: variedad que trae al universo una admirable hermosura. Lo mismo es del hombre, el qual es, segun sentencia antigua, un compendio del mundo. Vemos esto, por quanto nunca está en un mismo estado, cuya vida se extiende, y dilata por la tierra como las aguas, corriendo, y ondeando con una perpetua variedad de movimientos, los quales ya le levantan á grandes esperanzas, ya le abaxan por el temor, ya le inclinan á lo justo por el consuelo, ya á lo injusto por la afliccion, sin que jamas sea uno solo de sus dias, ni aun de sus horas, parecida por entero á la otra. Este es, pues, un grande, é importante aviso. Por esto nos conviene el pro-

curar tener una continua, é inviolable igualdad de corazon en una tan grande desigualdad de accidentes. Y aunque todas las cosas se truequen, y varien diversamente para con nosotros, nos es necesario mostrarnos constantes, é inmoviles en la sola mira del servicio de nuestro Dios. Tome el navio la derrota que quisiere, que corra al Poniente, ó Levante, á Mediodia, ó al Setentrion, ó ya se vea azotado del mas furioso, y contrario viento, no por eso su aguja de marear mirará sino la hermosa estrella del Polo. Ya se revuelva todo lo de abaxo arriba, y no solo digo en lo exterior, sino en nosotros mismos; esto es, que nuestra alma se vea triste, ó alegre, consolada, ó sin consuelo, pacífica, ó atribulada, en claridad, ó en tinieblas, en tentacion, ó en reposo, en gusto, ó disgusto, con desabrimiento, ó terneza: que el Sol la queme, el roció la refresque, siempre hemos de procurar que la punta de nuestro corazon, nuestro espíritu, nuestra voluntad superior, que es nuestra aguja, mire sin cesar, y se extienda perpetuamente al amor de Dios, su Criador, su Salvador, su único, y Soberano Bien. *O que nosotros muramos, ó que nosotros vivamos* (dice el Apóstol) *si es que somos de Dios, ¿quién nos separará del amor, y caridad de Dios?* No, jamas nos podrá apartar cosa de este amor, ni la

tribulacion, ni la congoja, ni la muerte, ni la vida, ni el dolor presente, ni el temor de los accidentes futuros, ni los artificios de los espíritus malignos, ni la grandeza de los consuelos, ni la profundidad de las aflicciones, ni la tristeza, ni el desabrimiento no nos podrán jamas separar de esta santa caridad fundada en Jesu-Christo.

Esta tan absoluta resolucion de jamas abandonar á Dios, ni dexar su dulce amor, sirve de contrapeso á nuestras almas para tenerlas en la santa igualdad en medio de la desigualdad de los diversos movimientos que la condicion de esta vida la acarrea; porque así como las abejas viéndose sobresaltadas del viento en la campaña, se abrazan de las pedrezuelas que pueden, para poder así abalanzarse al ayre, sin verse tan facilmente expuestas al rigor de los vientos; así nuestra alma, habiendo con vivas veras, y entera resolucion abrazado el precioso amor de Dios, queda constante en medio de la inconstancia, y mudanza de los consuelos, y aflicciones, así espirituales, como temporales, exteriores, como interiores.

Fuera de esta general doctrina nos son necesarios algunos documentos particulares.

1 Digo, pues, que la devocion no consiste en la dulzura, suavidad, consuelo, y sensi-

ble terneza de corazon, lo qual nos provoca á lágrimas, y suspiros, y nos dá una cierta satisfaccion dulce, y agradable en el uso de algunos exercicios espirituales. No, amada Filotea: la devocion y ésto no es una misma cosa; porque hay muchas almas que tienen estas ternezas, y consuelos, y no obstante no dexan de ser muy viciosas, sin que tengan por consiguiente ningun verdadero amor de Dios, y mucho menos ninguna verdadera devocion. Saul siguió á David para darle muerte, el qual huyendo de su persecucion por los desiertos de Engadi, se entró con los suyos en una cueva para mejor esconderse, donde Saul descuidado entró solo; y aunque pudiera entónces David matarle, no solo no quiso hacerlo, ni aun amedrentarle, sino antes, habiéndole dexado salir á su salvo, le llama despues para mostrarle su inocencia, y hacerle conocer como habia estado entre sus manos. ¿Qué es lo que hizo, pues, despues de esto Saul, para mostrar como su corazon se habia enternecido para con David? Nombróle por su hijo, y púsose á derramar gran cantidad de lágrimas, alabándole, y confesando su benignidad, rogaba á Dios por él, y por su futura grandeza, y encomendando su posteridad para despues de sus dias. ¡Qué mayor dulzura, y terneza de corazon po-

dia mostrar ! Y con todo eso jamas trocó su alma, ni dexó de continuar su persecucion contra David con la misma crueldad que antes. Así se hallan personas, que considerando la bondad de Dios, y la Pasion del Salvador, sienten grandes ternezas de corazon, haciéndoles éstas arrojar lágrimas, suspiros, y oraciones, con acciones de gracias muy sensibles, y de manera que dirian que las tales tienen el corazon asaltado de una bien grande devocion; pero viniendo á la prueba, se halla que como las lluvias pasageras de un ardiente Verano, que cayendo groseras gotas sobre la tierra, no la penetran, ni sirven sino á la produccion de los hongos, setas, y semejantes menudencias; así estas lágrimas tiernas, cayendo sobre un corazon vicioso, y no penetrándole, le son de todo punto inútiles; y así vemos que los tales no por eso dexarán un solo maravedí de la hacienda mal adquirida que poseen, ni renunciarán una sola de sus perversas aficiones, ni querrán haber tomado la menor incomodidad del mundo por el servicio del Salvador, á quien habian encomendado sus lágrimas. De suerte que los buenos movimientos, que tuvieron, no son sino ciertos hongos espirituales, los quales no solo no son la verdadera devocion, sino manifiestos engaños del enemigo, que engañan-

do las almas con estos pequeños consuelos, las hace contentarse, y satisfacerse de esto, para que así no busquen la verdadera devocion, la qual consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta, y activa en el executar todo aquello que supieren ser voluntad de Dios.

Llorará tiernamente un niño quando sangrando á su madre, ve que la rompe la vena el Barbero; pero si al mismo tiempo su madre, por quien lloraba tanto, le pide una manzana, ó un papelejo de gragea, el qual tenia en la mano, de ninguna manera querrá dársele. Así son la mayor parte de nuestras tiernas devociones. Viendo dar un golpe de lanza, que traspasa el corazon de Jesu-Christo crucificado, lloramos tiernamente. ¡ Ah pobre de mí, Filotea! Bueno es el llorar en la consideracion de esta Muerte, y Pasion dolorosa de nuestro Padre, y Redentor; ¿ mas por qué no le damos nosotros muy de grado la manzana que tenemos en nuestras manos, la qual nos pide con tantas veras; esto es, nuestro corazon, única manzana de amor? ¿ Por qué no le resignamos nuestros menores deseos, deleytes, y complacimientos, lo qual nos quiere quitar de las manos, y no puede, por quanto es nuestra gragea, de la qual somos mas aficionados, y golosos, que deseosos de su celeste gracia?

A pobre de mí! Todas estas son amistades de niños: tiernas, pero flacas: fantásticas, pero sin efecto. La devocion, pues, no consiste en estas ternezas, y sensibles aficiones, las quales muchas veces proceden de una naturaleza en sí blanda, y susceptible de la impresion que la quieren dar; y algunas veces vienen del enemigo, que para engañarnos en esto, excita nuestra imaginacion á la aprehension propia á tales afectos.

2 Estas ternezas, y afectuosas dulzuras son con todo esto á las veces muy buenas, y útiles, por quanto mueven el apetito del alma, confortan el espíritu, y juntan á la prontitud de la devocion un santo regocijo, y alegria; lo qual hace nuestras acciones hermosas, y agradables, aun en lo exterior. Este es aquel gusto que se tiene en las cosas divinas, del qual David decia: *O, Señor, y ¡quán dulces son tus palabras á mi paladar! Son mas dulces que la miel á mi boca.* Y es cierto que el menor consuelo de devocion, que recibimos, vale de qualquiera manera mas que las mas excelentes, y mayores recreaciones del mundo. Los pecados, y la leche; esto es, los favores del Esposo Divino, son mejores al alma que el humo mas precioso de los placeres de la tierra. El que ha gustado de ellos tiene todos los demas consuelos por hiel, y agenjos. Y como los que tie-

nen la yerba Scitica en la boca, reciben una grande dulzura, que no sienten ni hambre, ni sed; así aquellos á quien Dios ha dado este maná celeste de suavidades, y consuelos interiores, no pueden desear, ni recibir los consuelos del mundo para lo que es tomar gusto, y embebecerse en ellos. Son estos principios de suavidades inmortales, que dá Dios á las almas que le buscan: son granos azucarados, que dá á sus hijos para cebarlos: son aguas cordiales, que les presenta para confortarlos; y son tambien á veces las arras de recompensas eternas. Dicen que Alexandro Magno, navegando en alta mar, descubrió primeramente la dichosa Arabia por medio de los suaves olores que el viento le sacudia, con que tomó ánimo, y se le dió á todos sus compañeros. Así nosotros recibimos muchas veces dulzuras, y suavidades en este mar de la vida mortal, las quales sin duda nos hacen antes gustar los regalos de aquella patria dichosa, y celeste, á la qual aspiramos.

Pero dirásme, sin duda, que pues hay consuelos sensibles, que son buenos, y vienen de Dios, y no obstante hay otros inútiles, peligrosos, y aun perniciosos, que proceden, ó de naturaleza, ó asimismo del enemigo; ¿cómo podrás discernir los unos de los otros, y conocer los malos, ó inútiles entre los buenos? Sea, pues, una

general doctrina, querida Filotea, quanto á los deseos, y pasiones de nuestras almas, que las debemos conocer por sus frutos. Aquel corazon es bueno, que tiene buenos deseos; y los deseos, y pasiones son buenas, quando producen en nosotros buenos efectos, y santas acciones. Si las dulzuras, ternezas, y consuelos nos hacen mas humildes, pacientes, tratables, caritativos, y compasivos para con el próximo: mas fervorosos en mortificar nuestra concupiscencia, y malas inclinaciones: mas constantes en nuestros exercicios: mas manejables, y obedientes para con los que debemos obediencia: mas simples en nuestra vida: sin duda, Filotea, que los tales consuelos, y ternezas serán Dios. Mas si estas dulzuras no tienen dulzuras sino para nosotros, y nos hacen curiosos, agrios, puntillosos, impacientes, porfiados, fieros, presuntuosos, duros para con el próximo, y que pensando ser ya pequeños santos, no queremos sujetarnos mas á la direccion, ni á la correccion; indubitablemente estos tales serán consuelos falsos, y perniciosos. Un buen arbol no produce sino buenos frutos.

Quando sintiéremos estas dulzuras, y consuelos, menester hemos humillarnos mucho delante de Dios. Guardémonos, pues, de decir quando estas dulzuras nos arriben: Yo soy sin

duda bueno. No, Filotea: estos son bienes que no nos hacen mejores; porque, como tengo dicho no consiste en esto la devocion. Digamos antes: ¡O, y quán bueno es Dios con los que esperan en él, y con las almas que lo buscan!

1 El que tiene el azucar en la boca, no puede decir que su boca sea dulce; mas podrá decir que el azucar es dulce. Así, aunque esta dulzura espiritual es muy buena, y Dios que nos la dá es bonísimo, no por eso se sigue que aquel que la recibe sea bueno.

2 Conozcamos ser aun pequeños niños, que tenemos necesidad de leche, y que estas grandes dulzuras nos son dadas por quanto aun tenemos el espíritu tierno, y delicado, y que tiene necesidad de tales cebos, y mantenimientos para ser tirado al amor de Dios.

3 Mas despues de esto (hablando generalmente, y por lo ordinario) recibamos con humildad estas gracias, y favores, y tengámoslas por en extremo grandes, no por quanto lo son en sí mismas, como porque es la mano de Dios quien nos las pone en el corazon, como haria una madre, que por regalar á su hijo, ella misma le metiese los granos de gragea en la boca uno á uno; porque si el tal niño tuviese algun juicio, mas estimaria la dulzura del agasajo, y caricia

de la madre, que la dulzura de la gragea misma. Así que, Filotea, no es poco el tener semejantes dulzuras; pero es la dulzura de las dulzuras el considerar que Dios con su mano amorosa, y maternal nos la pone en la boca, en el corazon, en el alma, y en el espíritu.

4 Habiéndolas recibido con esta humildad, empleémoslas cuidadosamente segun la intencion del que nos las dá. ¿Por qué pensamos, pues, que Dios nos dá estas dulzuras? Para hacernos dulces, y mansos para con todos, y enamorados para con él. Dá la madre la gragea al niño porque la bese. Besemos, pues, tambien nosotros á nuestro Salvador, pues nos acaricia por medio de estos consuelos. Besar, pues, al Salvador, es el obedecerle, el guardar sus Mandamientos, el hacer su voluntad, el seguir sus deseos; y en fin el abrazarle tiernamente con obediencia, y fidelidad. Quando hubiéremos, pues, recibido algun consuelo espiritual, menester es aquel dia mostrarnos diligentes en el hacer bien, y en el humillarnos.

5 Es menester, ademas de todo esto, renunciar de quando en quando tales dulzuras de consuelos, y ternezas, separando nuestro corazon de ellas, y protestando, que aunque las recibamos humildemente, y las amemos, por quan-

to Dios nos las envia, y que nos provocan á su santo amor, no por eso son las tales las que buscamos, sino Dios, y su santo amor: no el consuelo, sino el Consolador: no la dulzura, sino el dulce Salvador: no la terneza, sino aquel que es suavidad del Cielo, y de la tierra; y en esta aficion y deseo, debemos resolvernos, y quedar firmes en el santo amor de Dios, aunque en toda nuestra vida no recibiésemos ningun consuelo; y así dirémos igualmente sobre el Monte Calvario, como sobre el Tabor: ¡O Señor, y quán bien me está el estar con vos, ya esteis en cruz, ó ya en gloria!

6 Finalmente te advierto, que si te viniese alguna notable abundancia de tales consuelos, ternezas, lágrimas, y dulzuras, ó alguna cosa de extraordinario en ellas, las confieras, y comuniques con fidelidad con tu Confesor, para que así aprendas cómo te has de moderar, y comportar en ellas; porque está escrito: *Has hallado la miel: come la que te basta.*

CAPITULO XIV.

De las sequedades, y esterilidades espirituales.

Harás, pues, como te acabo de decir, querida Filótea, quando tuvieres semejantes consuelos. Pero este tiempo hermoso y tan agradable, no durará siempre: antes te sucederá hallarte á veces tan privada de la devocion, que te parecerá ser tu alma una tierra desierta, infructuosa, y esteril, en la qual no hay ni senda, ni camino para hallar á Dios, ni ninguna agua de gracia que la pueda rociar, por ser su sequedad tan grande, que parece quererla volver de todo punto esteril. ¡Ah pobre de mí, y quán digna de compasion es el alma que se ve en este estado, y principalmente quando este mal es vehemente! porque entónces, á imitacion de David se sustenta de lágrimas noche y dia, mientras el enemigo, por hacerla desesperar, se burla de ella, diciéndola: ¡Ah pobre de tí! ¿dónde está tu Dios? ¿Por qué camino le podrás tú hallar? ¿Quién te podrá volver ya mas la alegria de su santa gracia?

¿Qué es lo que harás tú en tal tiempo, Fi-

lotea ? ¿ Tendrás , pues, cuenta de dónde te viene el mal ? Nosotros mismos somos muchas veces causa de nuestras esterilidades , y sequedades.

1 Como una madre rehusa el azucar á su hijo, viéndole sujeto á las lombrices ; así Dios nos quita los consuelos quando en ellos recibimos algun vano complacimiento, y nos ve sujetos al gusano de la soberbia , y presuncion. Saludable me es, ó Dios mio, que vos me humilleis, y eso sin duda porque antes que vos me hubiérades humillado, yo os habia ofendido.

2 Quando nos mostramos negligentes en recoger las suavidades , y regalos del amor de Dios á su tiempo, entónces nos los quita en castigo de nuestra pereza. El Israelita que no cogia el maná muy de mañana , despues no podia habiéndose mostrado el Sol, porque entónces se deshacia todo.

3 Vémonos á veces echados en una cama de contentos sensuales, y consuelos perecederos, como se veia en la Esposa Sagrada en los Cánticos. El Esposo de nuestras almas llama á la puerta de nuestro corazon : inspíranos que nos volvamos á nuestros exercicios espirituales; pero nosotros regateamos esto con él , por quanto sentimos el dexar estos vanos embebecimientos , y

el apartarnos de estos falsos contentos. Por esto, pues, pasa adelante, y nos dexa atollados; despues, quando le queremos buscar, tenemos no poco trabajo en hallarle; pero habémoslo bien merecido, pues nos mostramos tan infieles, y desleales á su amor, que rehusamos el exercicio espiritual por seguir el de las cosas del mundo. Mas quien se sustenta de la harina de Egypto no es bien particípe del maná del Cielo. Las abejas aborrecen todos los olores artificiales; y las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con los regalos artificiosos del mundo.

4 La duplicidad, y disimulacion de ingenio, exercitado en las confesiones, y comunicaciones espirituales, que se hacen con el Confesor, causa las sequedades, y esterilidades; que pues tú mientes al Espíritu Santo, no es de maravillar si él te rehusa su consuelo; pues tú no quieres ser simple, y sin dobléz como un niño, tampoco tendrás la gragea de los niños.

5 Tú te hallas muy bien sola con los contentos mundanos; y así no es mucho si los regalos espirituales se te dan escasamente. Las palomas ya solas (dice el antigüo proverbio) hallan amargas las cerezas. Hinchado ha de bienes (dice nuestra Señora) á los hambrientos, y á los ri-

cos ha dexado vacíos. Los que son ricos de placeres mundanos, no son capaces de los espirituales.

6 Si hubieres conservado bien los frutos de los consuelos recibidos, sin duda que tendrás otros nuevos, porque á aquel que los tiene se le darán aún mas, y aquel que no tiene los que se le han dado; mas á quien los ha perdido por su culpa, se le quitarán aun los que no tiene; esto es, que le privarán de las gracias que le estaban preparadas. Vemos que la lluvia vivifica las plantas ya verdes; mas á las que no lo están, antes las quita la vida que aun no tienen, porque al mismo punto las podrece, y daña. Por muchas, y semejantes causas perdemos los consuelos devotos, y caemos en sequedad, y esterilidad de espíritu.

Exâminemos, pues, nuestras conciencias, y veamos si hallamos en nosotros semejantes faltas. Mas notarás, Filotea, que no se debe hacer este exâmen con inquietud, ni demasiada curiosidad; antes, despues de haber con fidelidad considerado cerca de esto nuestras acciones, si es que hallamos en nosotros la causa del mal, daremos gracias á Dios, porque el mal se tiene por medio sano quando se ha descubierto la causa de él. Si, al contrario, no vieres nada en par-

ticular que te parezca haber causado esta sequedad, no te embebezcas, ni detengas en buscar con mas curiosidad la causa; sino con toda simplicidad, sin mas exâminar ninguna curiosidad, haz lo que te diré.

1 Humíllate quanto puedas delante de Dios, conociendo tu poquedad, y miseria. ¡Ay de mí! ¡Qué es lo que soy yo, quando en mí misma no soy otra cosa, ó Señor, sino una tierra seca, la qual abierta por todas partes muestra la sed que tiene de las aguas del Cielo, y es el mal que entretanto el viento la disipa, y vuelve en polvo!

2 Invoca á Dios, y pídele su alegria: *Volved, ó Señor, la alegria de vuestra salud: Padre mio, si es posible, traspasad este caliz de mí*; ¡Quítateme de delante, ó vicio infructuoso, causa de la sequedad de mi alma! ¡y ven tú, ó gracioso viento de los desconsuelos, y sopla en mi jardin, y así sus buenas afeciones, y deseos derramarán olor de suavidad!

3 Acude á tu Confesor, ábrele bien tu corazon, hazle ver todos los dobleces de tu alma, y toma los avisos que te diere, con gran simplicidad, y humildad; porque Dios, que ama infinito la obediencia, hace muchas veces útiles los consuelos agenos, y en particular los de los

Confesores, aunque por entónces no haya grande apariencia, como hizo provechosas á Naaman las aguas del Jordan, de las quales Eliseo, sin ninguna apariencia de razon humana, le mandó usára.

4 Mas despues de todo esto nada hay tan provechoso, nada tan fructuoso en semejantes sequedades, y esterilidades, como el no aficionarse, ni desvelarse en el deseo de librarse de ellas. No digo yo que simplemente no procuremos el huirlas; pero digo que no debemos procurarlo con porfia; sino antes dexarlo á la sola voluntad, y especial providencia de Dios, para que él se sirva de nosotros quanto fuere servido en medio de semejantes espinas, y trabajos. Digamos, pues, á Dios en tal tiempo: *O Padre! si es posible, pasad de mí este caliz.* Mas juntemos tambien palabras de grande ánimo: *Con todo esto, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha.* Y quedémonos en esto con el mayor reposo que nos sea posible; porque Dios, viéndonos en esta santa indiferencia, nos consolará con mas gracias, y favores, como quando vió á Abrahan resuelto de privarse de su hijo Isaac, que se contentó viéndole indiferente en esta pura resignacion, consolándole por una vision, y su dulce bendicion. Debemos, pues, en toda

suerte de aflicciones, así corporales, como espirituales, sucediéndonos semejantes distracciones, ó substracciones en la devocion, decir de todo nuestro corazon, y con una profunda sumision: *El Señor me ha dado consuelos, el Señor me los ha quitado: sea bendito su santo Nombre*; porque perseverando en esta humildad, sin duda nos dará sus regalados favores, como hizo á Job, que constantemente usaba de semejantes palabras en todos sus trabajos.

5 Finalmente, Filotea, entre todas nuestras sequedades, y esterilidades nunca perdamos el ánimo; sino antes esperando con paciencia los consuelos, sigamos siempre nuestra derrota. No dexemos por esto ningun exercicio de devocion; antes, siendo posible, multiplicarémos nuestras buenas obras; y no pudiendo presentar á nuestro caro Esposo las confituras líquidas, presentémosle las secas, porque lo uno, y lo otro será lo mismo, con tal que el corazon que se las ofrece esté perfectamente resuelto en el querer amarle. Quando la primavera es hermosa hacen las abejas mas miel, y crian menos, porque al favor del buen tiempo se embebecen, y ocupan tanto en hacer su cosecha sobre las flores, que se olvidan de su produccion. Mas quando la primavera es áspera, y nublosa, entónces hacen

mas abejuelas, y menos miel; porque como no pueden salir á hacer su cosecha, se emplean entónces en su multiplicacion. Sucede muchas veces, querida Filotea, que viéndose el alma en la hermosa primavera de los consuelos espirituales, se embebece tanto en el juntarlos, y gustarlos, que con la abundancia de estos dulces regalos hace muchas menos obras buenas; y al contrario, hallándose en las asperezas, y esterilidades espirituales, multiplica tanto mas las obras sólidas, y virtuosas, quanto se ve privada de los sentimientos agradables de devocion, abundando en la generacion interior de las verdaderas virtudes de paciencia, humildad, abyeccion de sí misma, resignacion, y abnegacion de su amor propio.

Es un grande abuso de muchos, y principalmente de las mugeres, el creer que el servicio que hacemos á Dios sin gusto, sin terneza de corazon, y sin sentimiento, sea menos agradable á la Magestad divina, pues al contrario nuestras acciones son como las rosas, las quales, aunque es verdad que estando frescas tienen mas gracia, con todo eso quando secas tienen mas olor, y fuerza, y de la misma manera aunque nuestras obras hechas con terneza de corazon, no son agradables (digo á nosotros, por quanto

no mirámos sino á nuestro propio deleyte); con todo eso las que hacemos con sequedad, y esterilidad tienen mas olor, y valor delante de Dios. Sí, Filotea: en tiempo de sequedad, y desabrimiento nuestra voluntad nos lleva al servicio de Dios como por fuerza: por consiguiente ha de ser de necesidad mas rigurosa, y constante que en tiempo de terneza. No es mucho servir á un Príncipe en la dulzura de un tiempo próspero, y apacible, y en medio de los regalos de la Corte; pero servirle en la aspereza de la guerra, y en medio de las revueltas, y persecuciones, será sin duda una verdadera señal de constancia, y fidelidad. La Beata Angela de Foligno dice que la oracion mas agradable á Dios es la que se hace por fuerza, y contricion: esta es aquella, á la qual nos ponemos, no por algun gusto que tengamos, ni por inclinacion, sino solamente por agradar á Dios, á lo qual nuestra voluntad nos lleva como constreñidos, forzando, y repugnando las sequedades, y repugnancias que se le oponen. Lo mismo digo de toda suerte de buenas obras; porque quantas mas contradicciones tuviéremos en el hacerlas, sean exteriores, ó interiores, tanto mas estimadas, y preciadas son delante de Dios; y quanto menos particular interes hubiere en el seguimiento de las

virtudes, tanto mas la pureza del amor Divino lucirá en nosotros. El niño besa facilmente á su madre quando le dá azucar; pero será señal clara de amarla en extremo si la besa despues de haberla dado amargos agenjos.

CAPITULO XV.

Confirmacion, y aclaracion de lo que se ha dicho, por un exemplo notable.

Para darte esta instruccion mas evidente, quiero ponerte aquí un excelente pedazo de historia de San Bernardo, como lo he hallado en este docto, y entendido Autor. Dice, pues así: Es cosa ordinaria casi á todos los que comienzan á servir á Dios, y que no estan aun experimentados en las substracciones de la gracia, ni en las mudanzas espirituales, que viniéndoles á faltar este gusto de la devocion sensible, y esta agradable luz que los convida á darse priesa en el camino de la devocion, pierden al mismo punto el ánimo, y caen en pusilanimidad, y tristeza de corazon. La gente bien entendida dá esta razon: que la naturaleza racional no puede por largo tiempo durar hambrienta, y sin algun deleyte, ó celeste, ó terrestre. Como las almas,

pues, relevadas sobre sí mismas, con la prueba de los placeres superiores, renuncian facilmente los objetos visibles; así tambien quando por la disposicion Divina les es quitada la alegria espiritual, hallándose tambien entónces privadas de los consuelos corporales, y no estando aun acostumbradas á esperar con paciencia la vuelta del verdadero Sol, les parece que estan ni en el Cielo, ni en la tierra, y que han de quedarse sepultadas en una noche eterna; y como niños pequeñuelos, que se aíran quando les quitan la teta, así tambien se quejan, lloran, y se muestran importunas, y enojosas, principalmente consigo mismas. Esto, pues, aconteció en el viage, del qual hay qüestion, á uno de la tropa, llamado Godofredo de Perona, nuevamente dedicado al servicio de Dios. Este, pues, hallándose de improviso con una cierta sequedad, y falta de consuelo, y ocupada el alma de mil tinieblas lóbregas, é interiores, comenzó á volver á la memoria sus amigos mundanos, sus parientes, los exercicios, y vanidades, que poco antes habia dexado; por cuyo medio fue asaltado de una tan áspera tentacion, que no pudiéndola encubrir en el semblante, se lo conoció uno de sus mas confidentes, y amigos: el qual llegándosele con disimulacion, y dulces palabras,

le dixo en secreto: ¿Qué es esto, Godofredo? ¿Cómo estás tan pensativo, y pesaroso, cosa tan fuera de tu costumbre? Entónces Godofredo, con un profundo suspiro del alma, respondió así: Hermano mio, sabrás que ya en mi vida podré estar alegre; con cuyas palabras movido el amigo á piedad, se fue luego con un zelo fráterno á contarlo al comun Padre San Bernardo; el qual, viendo el peligro, se entró en la primera Iglesia, donde rogó á Dios por él. Godofredo, durante esto, combatido de la tristeza, y apoyando la cabeza sobre una piedra, se quedó dormido; pero despues de pequeño rato se levantaron entrambos, el uno de la oracion con la gracia ya alcanzada, y el otro del sueño con la cara risueña, y serena. Maravillándose de esto su amigo, viendo en él tan arrebatada mudanza, no pudo dexar de reprehenderle amigablemente lo que poco antes le habia respondido. Godofredo le replicó: Si antes te dixe que jamas yo me veria contento, ahora te aseguro que jamas me veré triste.

Tal fue el suceso de la tentacion de esta devota persona. Notarás, pues, en lo que se te ha contado, Filotea:

1 Que Dios dá de ordinario algun anticipado gusto de los regalos celestes á los que entran

en su servicio, para retirarlos por este medio de los deleytes terrenos, y animarlos en el seguimiento del amor Divino, como una madre que para tirar y cebar su hijuelo á la teta, le pone la miel en el pezon,

2 Es tambien este buen Dios quien á veces (segun su sábia disposicion) nos quita la leche, y la miel de los consuelos, para que por este medio aprendamos á comer el pan seco, y sólido de una devocion vigorosa, exercitada á la prueba de disgustos, y tentaciones,

3 Que á veces de las sequedades, y esterilidades de espíritu se levantan muy grandes tentaciones, y que entónces es necesario combatirlas animosamente, porque las tales no son de Dios; pero debemos sufrir las sequedades, pues Dios las ha ordenado para nuestro exercicio.

4 Que no debemos jamas perder el ánimo entre los enojos interiores, ni decir como el buen Godofredo: Jamas yo me veré alegre; porque en medio de la noche debemos esperar la luz, y recíprocamente en el mas hermoso tiempo espiritual, que podemos tener, no debemos tampoco decir: Jamas me veré triste; porque (como dice el Sábio) en los dias dichosos debemos acordarnos de la desdicha. Hase de

esperar entre los trabajos, y temer entre las prosperidades; y tanto en una como en otra ocasion debemos humillarnos.

5 Que es un soberano remedio el descubrir su mal á algun amigo espiritual, que nos pueda dar consuelo.

En fin, para conclusion de este advertimiento tan necesario, noto que en todas las cosas, y asimismo en estas, nuestro buen Dios, y nuestro enemigo tienen tambien contrarias pretensiones; porque Dios por ellas nos quiere conducir á una gran pureza de corazon, á una propia renunciacion de nuestro propio interés en lo que es de su servicio, y á una perfecta desnudéz de nosotros mismos; pero el enemigo nuestro procura emplear sus fuerzas para hacernos perder el ánimo, y hacernos volver del lado de los placeres sensuales, haciéndonos enojosos para con nosotros mismos, y los otros, para afear, y disfamar la santa devocion; pero si observas los documentos que te he dado, verás como aumentas en extremo tu perfeccion en el exercicio que usares entre las afliciones interiores; de las quales no quiero acabar el propósito sin decirte aun una palabra. Algunas veces los disgustos, las esterilidades, y sequedades proceden de la indisposicion del cuerpo, como quando por el

exceso de las vigilias, de los trabajos, y ayunos, nos hallamos combatidos del cansancio; adormecidos y pesados, y con otras tales enfermedades, las quales, aunque proceden del cuerpo, no dexan de incomodar el espíritu, por la estrecha atadura que hay entre ellos. En tales ocasiones, pues, debemos acordarnos siempre de hacer mas actos de virtud con nuestro espíritu, y voluntad superior; porque aunque parezca estar toda nuestra alma dormida, y acabada del cansancio, y desabrimiento, no por eso las acciones de nuestro espíritu dexan de ser muy agradables á Dios; y podemos decir en tal tiempo como la esposa Sagrada: *Yo duermo; pero mi corazon vela.* Y como he dicho atrás, si hay menos gusto en el trabajar de esta suerte, no por eso dexa de haber mas merecimiento, y virtud.

Mas el remedio en esta ocurrencia es el alentar el cuerpo con alguna suerte de legítima recreacion, y entretenimiento. Así San Francisco ordenaba á sus Religiosos que fuesen de tal manera moderados en sus trabajos, que no destruyesen el fervor del espíritu.

Y á propósito de esto este Glorioso Padre una vez se vió contristado, y perseguido de una tan profunda melancolía de espíritu, que no po-

dia dexar de mostrarla en sus movimientos; porque si queria conversar con sus Religiosos, no podia: si se apartaba de ellos, se hallaba peor. La abstinencia, y mortificacion de la carne le afligian, y la oracion no le aliviaba nada. Vióse dos años de esta suerte, y de manera, que parecia estar de todo punto abandonado de Dios; mas en fin, despues de haber con humildad sufrido esta áspera tempestad, el Señor le dió en un momento una dichosa tranquilidad. Esto es para darte á entender que los mayores Siervos de Dios están sujetos á tales sequedades; y que los menores no deben espantarse si se hallan en algunas.

QUINTA PARTE

DE LA INTRODUCCION,

EN LA QUAL SE CONTIENEN los exercicios, y avisos necesarios para renovar el alma, y confirmarla en la devocion.

CAPITULO PRIMERO.

Que debemos cada año renovar los buenos propósitos por los exercicios siguientes.

El principal punto de estos exercicios consiste en conocer bien su importancia. Nuestra humana naturaleza se aparta facilmente de sus buenos propósitos por la fragilidad, y mala inclinacion de nuestra carne, la qual agrava nuestra alma, y la procura tirar, é inclinar hácia abaxo, si amenudo no se levanta hácia arriba á viva fuerza de resolucion. Así como los páxaros tornan amenudo á caer en tierra, no continuando en romper el ayre para mantenerse por este medio en su vuelo; así tambien, amada Fi-

lotea, tienes tu necesidad de reiterar, y repetir muy amenudo los buenos propósitos que hubieres hecho de servir á Dios, temiendo que no haciendo esto, no caigas en tu primer estado, ó en otro, por ventura mucho peor; porque las caidas espirituales tienen esta propiedad, que nos ponen siempre en mas baxo estado que aquel en que nos hallábamos quando subimos á lo alto de la devocion. No hay relox, por bueno que sea, que no sea menester subirle la cuerda dos veces al dia, á la mañana, y á la noche; y despues de esto es menester tambien desarmarle, por lo menos una vez al año, para limpiarle de todas sus piezas, enderezar las torcidas, y reparar las que están usadas. Así tambien el que tiene un verdadero cuidado de su amado corazon, debe remontarle á Dios á las noches, y á las mañanas por medio de los exercicios ya dichos; y fuera de esto debe considerar amenudo su estado, enmendándole, y acomodándole quanto pueda al servicio de Dios; y en fin, por lo menos una vez al año debe desarmarle, y mirar todas sus piezas una á una; esto es, todos sus deseos, aficiones, y pasiones, para que así pueda reparar todas sus faltas. Y como el reloxero unta todas las ruedas, los traveses, y el muelle con algun aceyte delicado para

que sus movimientos sean mas mansos, y seguros, y que esté menos sujeto al orin, y herrumbre; así la persona devota, despues de haber desmontado, ó desarmado su corazon para mejor rehacerle, y renovarle, le debe usar por medio de los Sacramentos de la Confesion, y de la Eucaristía. Este exercicio reparará tus fuerzas, debilitadas del tiempo, confortará tu corazon, hará reverdecer tus buenos propósitos, y reflorecer las virtudes de tu espíritu.

Los antigüos Christianos practicaban esto con mucho cuidado en el dia aniversario del Bautismo de nuestro Señor; en el qual, como dice San Gregorio Obispo de Nazianzo, renovaban la profesion, y las protestaciones que se hacen en este Sacramento. Hagamos lo mismo, querida Filotea, disponiéndonos, y empleándonos en esto con muchas veras, y alegria.

Habiendo, pues, escogido el tiempo conveniente, segun el parecer de tu Confesor, y habiéndote retirado algo mas á la soledad real, y espiritual que lo ordinario, harás una, dos, ó tres meditaciones sobre los puntos siguientes, segun el método que te he dado en la Segunda Parte.

CAPITULO II.

Consideracion sobre el beneficio que Dios nos hace, llamándonos á su servicio, segun la protestacion arriba dicha.

1 Considera los puntos de tu protestacion. El primero es el haber dexado, desechado, detestado, y renunciado para siempre todo pecado mortal. El segundo es el haber dedicado, y consagrado tu alma, tu corazon, y tu cuerpo, con todo aquello que de esto depende, al amor, y servicio de Dios. El tercero es, que si te sucediese caer en alguna mala accion, te levantarás al mismo punto, mediante la gracia de Dios. ¿No son, pues, dime, estas hermosas, justas, dignas, y generosas resoluciones? Piensa bien en tu alma quán santa, justa, y razonable es esta protestacion.

2 Considera á quien has hecho esta protestacion, que es á Dios. Si las palabras de razon dadas á los hombres nos obligan estrechamente, ¿quánto mas obligarán las que damos á Dios? ¡*Ah Señor*! (decia David) *á Vos es á quien mi corazon lo ha dicho: mi corazon ha*

trazado esta buena palabra : jamas la olvidaré.

3 Considera en presencia de quién, y que ha sido á la vista de toda la Corte celeste. La Virgen, San Josef, tú buen Angel, San Luis, toda esta celeste compañia te miraba, y aprobaba tu protestacion, mirándote con ojos de un amor indecible, postrando tu corazon á los pies del Salvador, consagrándole á su servicio; por lo qual hicieron una general alegria por toda la celeste Jerusalen, y aun harán ahora la conmemoracion, si con entero corazon renuevas tus buenos propósitos, y resoluciones.

4 Considera por qué medios hiciste tu protestacion. ¡Ay de mí, y quán manso, y dulce se te mostró Dios en este tiempo! Dime, pues, por tu vida, ¿no te viste convidada con mil dulces alhagos del Espíritu Santo? Las cuerdas con que tiró Dios tu pequeña barquilla á este puerto de salud, no te parece que fueron de amor, y caridad? Mira cómo te fue cebando con su divino azucar, por los Sacramentos, por la lectura, y por la oracion. ¡Ay de mí, amada Filotea! tu dormias, y Dios te velaba, poniendo en tu corazon pensamientos de paz, y meditando por tí meditaciones de amor.

5 Considera en qué tiempo Dios te tiró á

estas grandes resoluciones; porque si fue en la flor de tu edad, fue, Filotea, no pequeña dicha el aprender tan presto lo que no podemos saber sino muy tarde. San Agustin, habiendo sido tirado de Dios de edad de treinta años, decia: *¡O antigua hermosura! ¿cómo te he conocido yo tan tarde? ¡Ay de mí, que te veia, y no te conocia!* Y tú tambien podrás decir: ¡O dulzura antigua! ¿por qué no te he yo antes gustado? ¡Ay de mí, que no obstante esto, no la conocias tú entónces! y por esto, reconociendo quánta gracia te ha hecho Dios de tirarte asi en tu juventud, dí con David: *¡O Dios mio! tú me has alumbrado, y tocado desde mi juventud, y para siempre yo invocaré tu misericordia.* Y si ha sido en tu vejez, hallarás, Filotea, haberte Dios hecho no pequeña gracia en que despues de haber tan mal perdido tantos años precedentes, al fin Dios te ha llamado antes de la muerte, parando el curso de tu miseria en tiempo, donde si hubieras continuado, quedáras miserable para siempre.

Considera los efectos de esta vocacion, y hallarás en tí, segun entiendo, una dichosa mudanza, comparando lo que eres, con lo que fuiste. ¿No tienes tú, dime, por gran felicidad el saber hablar á Dios por medio de la Oracion?

¿El tener deseo de quererle amar? ¿El haber evitado muchos pecados, y embarazos de conciencia? Y en fin, el haber comulgado tan amenudo, cosa en que antes ponias tanto descuido, uniéndote á este santo manantial de gracias eternas? ¡Ah, Filotea, y quán grandes son estas gracias! Menester es, pues, Filotea mia, pesarlas en el peso del Santuario. La mano derecha de Dios es la que ha obrado todo esto. *La buena mano de Dios* (dice David) *ha hecho virtud: su diestra me ha relevado. No moriré, pues; sino viviré, y cantaré de corazon, de boca, y con obras las maravillas de su bondad.*

Despues de todas estas consideraciones, las quales, como ves, nos colman de buenos deseos, debemos concluir simplemente por una accion de gracias, y una oracion encaminada al aprovechamiento de lo dicho, retirándote con humildad, y con gran confianza en Dios; no haciendo el fin de estas resoluciones hasta despues del segundo punto de este exercicio.

CAPITULO III.

Del exâmen de nuestra alma sobre el adelantamiento en la vida devota.

Este segundo punto del exercicio es un poco largo; y así quanto á su práctica te digo que no es necesario le hagas todo de una vez, sino en diversas veces, como si tomases lo que mira á tus acciones para con Dios, y esto por una vez: lo que mira á tí mismo otra vez: lo que toca al próximo otra; y la consideracion de las pasiones la quarta vez. No será tampoco necesario que estés de rodillas, sino al principio, y á la fin, con que se aprenden las aficiones. Los otros puntos del exâmen los podrás hacer con utilidad paseándote, y aun mejor en la cama, si por ventura puedes estar en ella por algun tiempo sin desabrimiento, ni gana de dormir. Para hacer, pues, esto, es necesario haberlos antes leido. No obstante esto, es necesario el hacer todo este segundo punto en tres dias, y dos noches quando mas, tomando de cada dia, y de cada noche alguna hora, digo algun tiempo, sea el que pudieres; porque si este exercicio no se hiciese sino en tiempos muy distantes

el uno del otro, perdería su fuerza, y causaría impresiones muy floxas. Despues de cada punto del exâmen notarás en lo que hayas faltado, y en lo que tienes falta, y los principales distraimientos que has sentido, para declararte, y tomar consejo, resolucion, y alivio espiritual; y aunque en tales dias que hicieres este exercicio, y los otros, no sea necesario el retirarte absolutamente de las conversaciones, con todo eso no se escusa el retirarte un poco, particularmente hácia la noche, para que así puedas acostarte mas temprano, reposando el cuerpo, y el espíritu, necesarios á la consideracion. Y entre dia habrás tambien de hacer freqüentes aspiraciones á Dios, á nuestra Señora, á los Angeles, y toda la Jerusalen celeste; y es tambien necesario que todo esto se haga con un corazon enamorado para con Dios, y la perfeccion de tu alma. Para comenzar, pues, bien este exámen.

1 Ponte primeramente en la presencia de Dios.

2 Invoca el Santo Espíritu, pidiéndole luz, y claridad para que puedas bien conocerte, como San Agustin, que se lamentaba de Dios en espíritu de humildad, diciendo: ¡*O Señor! haced que os conozca, y que me conoz-*

ca; y San Francisco, que preguntaba á Dios: *¿Quién sois vos, y quién soy yo?* Protestarás no notar tu adelantamiento para lo que es regocijarte en tí misma, sino para alegrarte en Dios; ni para glorificarte, sino para glorificar al Señor, y darle gracias.

Protestarás tambien, que si, como tú piensas, descubres el haber aprovechádote poco, ó bien atrasádote, que no por eso te entibiarás, ni refrescarás con ninguna suerte de miedo, ni flaqueza de corazon, sino que al contrario procurarás animarte mas, humillarte, y remediar las faltas mediante la gracia divina.

Hecho esto, considerarás mansa, y sosegadamente de qué manera hasta la hora presente te has llevado para con Dios, para con el próximo, y para contigo misma.

CAPITULO IV.

Exâmen del estado de nuestra alma para con Dios.

1 Considera quál es tu corazon contra el pecado mortal, y si tienes una resolucion firme de nunca mas cometerle por ningun caso que pueda venirte, y si esta resolucion ha durado desde tu protestacion hasta el presente. En esta resolucion consiste el fundamento de la vida espiritual.

2 Considerarás quál es tu corazon para con los mandamientos de Dios, y si los hallas buenos, dulces, y agradables. Quien tiene, hija mia, el gusto en buena disposicion, y sano el estómago, el tal apetece las buenas viandas, y desecha las malas.

3 Considerarás quál es tu corazon para con los pecados veniales. Mal podríamos guardarnos de caer en alguno por un camino, ó por otro; mas notarás si hay alguno á que tengas particular aficion, y tambien (que aun esto sería peor) si hay alguno á que tengas aficion, y amor.

4 Considerarás quál es tu corazon para con los exercicios espirituales; si los amas, si te

enfadan, si te disgustan, y á quál de ellos tienes tú mas, ó menos inclinacion. El oir la palabra de Dios, el leerla, discurrir en ella, meditar, aspirar en Dios, confesarte, recibir los avisos espirituales, aparejarte á la Comunion, enfrenar tus aficiones; mirarás quál de esto hallas repugna tu corazon: y si hallas alguna cosa á que tu corazon tenga menos inclinacion, exâmina de dónde le procede este disgusto, y qué es la causa.

5 Considerarás quál es tu corazon para con Dios mismo; si se alegra en acordarse de él, y si siente en esto una agradable dulzura. Dice David: *Yo me he acordado de Dios, y me he deleytado.* Mirarás si siente tu corazon una cierta felicidad en amarle, y un gusto particular en saborearse con este amor. Notarás si tu corazon se recrea en pensar en la inmensidad de Dios, en su bondad, en su suavidad; si esta memoria de Dios te viene en medio de las ocupaciones del mundo, y sus vanidades; si se hace hacer lugar, si harta tu corazon, si te parece que tu corazon se vuelve de su lado, y si en cierta manera vá como marchando adelante. Es cierto que hay almas de esta manera.

6 Si vuelve un casado de alguna jornada larga, al mismo punto que su muger le oye; y

siente su voz, aunque por entónces se halle embarazada, y embebecida con alguna violenta consideracion, con todo eso no dexará de olvidar todos los otros pensamientos, por pensar en su recien venido, y amado marido. De la misma manera sucede á muchas almas amadoras de Dios; que aunque se hallen mas embebecidas, y embarazadas de negocios, luego que les toca el corazon la memoria de Dios, no hay cosa que no olviden, ni de que no se deshagan, por no perder esta dulce, y bien venida memoria. Señal en extremo buena.

7 Considerarás quál es tu corazon para con Jesu-Christo Dios, y Hombre, y si recibes gusto con él. Las abejas gustan mucho de andar cerca de su miel, y los moscones de andar cerca de la hediondéz, y porquerias: así las buenas almas tienen su gusto cerca de Jesu-Christo, y sienten una extrema terneza de amor para con él; mas las malas solo se alegran en medio de las vanidades.

8 Considerarás quál es tu corazon para con nuestra Señora, con los Santos, con tu Angel: si los amas mucho, si tienes una especial confianza en su benevolencia, si sus imágenes, sus vidas, y sus alabanzas te son agradables.

9 Quanto á tu lengua, considerarás cómo

hablas de Dios, si te agradas en decir bien de él, segun tu condicion, y fuerzas, y si te deleytas en cantar los cánticos.

10 Quanto á las obras pensarás si tienes en el corazon la gloria exterior de Dios, y si haces alguna cosa á su honra; porque los que aman á Dios, aman con David el ornato de su casa.

11 Notarás si te has apartado de alguna aficion mala, y si has renunciado alguna cosa por Dios; porque es una buena señal de amor el privarse de alguna cosa en favor de aquel que se ama. ¿Qué es lo que has tú, pues, dexado por el amor de Dios?

CAPITULO V.

Exâmen de nuestro estado para con nosotros mismos.

1 Mira cómo te amas á ti misma, y si te amas demasiado para este mundo; porque si es así, desearás quedarte siempre en él, y tendrás un extremo cuidado en arraigarte en la tierra; pero si te amas para el Cielo, desearás, ó por lo menos te quitarás facilmente en el tiempo de la partida de este siglo, quando llegue la hora que nuestro Señor fuere servido de darte.

2 Mira si tienes buena orden en el amor de tí misma; porque el mayor enemigo que tenemos es el amor de nosotros propios. El amor, pues, ordenado quiere que amemos mas el alma que el cuerpo: que tengamos mas cuidado en adquirir las virtudes que otra ninguna cosa: que tengamos mas cuenta con la honra divina que con la baxa, y caduca. El corazon bien ordenado muchas veces dirá en sí mismo: ¿Qué dirán los Angeles si yo pienso en tal cosa? Y no: ¿Qué dirán los hombres?

3 Mirarás qué tal es el amor que tienes á tu corazon, y si te enfadas de servirle en sus achaques, y enfermedades. No es pequeño, Filotea, el cuidado que debes tener en socorrerle, y hacerle socorrer quando sus pasiones le atormentan, dexando por esto todo lo demas.

4 Notarás quál te estimas tú delante de Dios. Será en nada sin nada; mas advierte que no es grande humildad que una mosca no se estime en nada en comparacion de un gran monte; ni que una gota de agua se tenga por nada en comparacion del mar; ni que una sola centella de fuego se conozca por nada en comparacion del sol. La verdadera humildad consiste en no estimarnos mas que los otros, ni querer ser estimados de los otros en mas que ellos.

5 Quanto á la lengua mirarás si te alabas de una suerte, y de otra, y si te adulas, y alabas á tí propia, hablando de tí misma.

6 Quanto á las obras notarás si recibes algun placer contrario á tu salud; quiero decir, placer vano, inutil, demasiado, desvelado, y sin sugeto; y semejantes.

CAPITULO VI.

Exâmen del estado de nuestra alma para con nuestro próximo.

Menester es amarse mucho el marido, y la muger, y esto con un amor dulce, sosegado, firme, y contínuo. Debe, pues, hacerse esto en primer lugar, por quanto Dios lo ordena así: lo mismo digo de los hijos, y parientes cercanos, y tambien de los amigos, cada uno segun su puesto.

Mas para hablar en general, mirarás quál es tu corazon para con tu próximo, y si le amas cordialmente, y por amor de Dios. Para bien discernir esto habrás menester representarte ciertas personas envidiosas, y desagradables; porque en estas es donde se exercita el amor de Dios para con el próximo, y mucho mejor

con los que nos hacen algun mal de efecto, y de palabra. Exâmina si tu corazon es franco en su particular, y si sientes gran contradicion en el amarlo.

Mira si te hallas pronta en el hablar del próximo murmurando, y en particular de aquellos que no te aman: si haces mal al próximo, ó directa, ó indirectamente. Por poca razon, y discurso que uses, conocerás todo esto.

CAPITULO VII.

Exâmen sobre las aficiones de nuestra alma.

Heme extendido en los puntos dichos, porque en su exâmen consiste el conocimiento del adelantamiento espiritual que se ha hecho; porque quanto al exâmen de los pecados, es solo para las confesiones de los que no piensan adelantarse.

No es, pues, necesario el trabajarse sobre cada uno de estos artículos, sino con suavidad, considerando el estado en que nuestro corazon se ha hallado tocante á ellos desde nuestra resolucion, y qué faltas notables son las que hubiéremos cometido.

Y para abreviar todo esto es menester reducir el exâmen al conocimiento de nuestras pásiones; y si nos enfada en considerar tan por menudo (como se ha dicho) quáles habemos sido, podrémos exâminar en esta forma quales habemos sido, y de qué suerte nos hemos comportado:

En nuestro amor, para con Dios, para con el próximo, y para con nosotros mismos.

En nuestro aborrecimiento, para con el pecado que se halla en nosotros, y para el pecado que se halla en los otros; porque es cierto que debemos desear el fin del uno, y del otro. En nuestros deseos, tocante á los haberes, tocante á los placeres, y tocante á las honras.

En el temor de los peligros de pecar, y de las pérdidas de las posesiones de este mundo; porque de ordinario se teme demasiado lo uno, y muy poco lo otro.

En la esperanza puesta en el mundo, y en las criaturas, y muy poca en Dios, y en las cosas eternas.

En la tristeza, si es muy excesiva por cosas vanas.

En la alegria, si es muy excesiva, y por cosas indignas.

Mirarémos en fin qué aficiones tiene nues-

tro corazon ocupado, qué pasiones le poseen, y en lo que principalmente se hubiere distraido.

Porque por las pasiones del alma conocemos quál es su estado, tocándolas una despues de la otra; porque así como un músico de laud tocando las cuerdas, las que halla disonantes las viene á templar, sea baxándolas, ó ya subiéndolas; así despues de haber tocado, y reconocido el amor, el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza, y la alegria de nuestra alma, si es que hallamos todo esto mal sonante al tono que queremos tocar, que es la gloria de Dios, podrémoslo acordar muy bien, mediante su gracia, y el consejo de nuestro Confesor.

CAPITULO VIII.

Aficiones que debemos tener despues del exâmen.

Despues de haber con blandura considerado cada punto del exâmen, y voto en que está, darás lugar á las aficiones siguientes.

Darás gracias á Dios por la enmienda que hubieres hallado en tu vida despues de tu reso-

lucion, y reconoce que ha sido su misericordia sola la que ha obrado en tí, y por tí.

Humíllate quanto puedas delante de Dios, reconociendo que si no te ha adelantado mas, ha sido por tu falta, y por no haber con fidelidad animosa y constantemente correspondido á las inspiraciones, claridades, y movimientos que te ha dado en la oracion; y entónces.

Promete alabarle para siempre por las gracias recibidas; y así te retirarás de tus inclinaciones, y llegarás á la enmienda. Pídele perdon por la infidelidad, y deslealtad con que has correspondido.

Ofrécele tu corazon para que se haga de todo punto Señor de él.

Suplícale te haga fiel de todo punto.

Invoca á los Santos, la Virgen, tu Angel, tu Patron, San Joseph, y otros.

CAPITULO IX.

Consideraciones propias para renovar nuestros buenos propósitos.

Despues de bien hecho el exâmen, y haber bien conferido con algun digno conductor las faltas, y su enmienda, tomarás las consideraciones siguientes, haciendo una cada dia por manera de meditacion, y empleando el tiempo de tu oracion; y esto que sea siempre con el mismo método que has usado en las meditaciones de la primera parte, poniéndote ante todas cosas en la presencia de Dios, implorando su gracia, para que por su medio puedas establecerte en su santo amor, y servicio.

CAPITULO X.

Consideracion primera. De la excelencia de nuestras almas.

Considerarás la nobleza, y excelencia de tu alma, que tiene un entendimiento, el qual conoce no solo todo este mundo visible, mas conoce aún que hay Angeles, y un Paraiso: co-

noce que hay un Dios soberanísimo, bonísimo, é inefable: conoce que hay una eternidad; y conoce mas lo que es propio pára vivir en este mundo visible, y para juntarse con los Angeles en el Paraiso, y gozar de Dios para siempre.

Tiene mas tu alma, y es una voluntad del todo noble, la qual puede amar á Dios, y no le puede aborrecer en sí misma. Mira tu corazon, y verás quán generoso es, y que así como no puede nada detener las abejas en ninguna cosa corrompida, antes solo se detienen sobre las flores; así tu corazon no puede tener reposo sino solo en Dios, sin que ninguna criatura pueda satisfacerle, ni hartarle; si no, piensa en los mas amados, y divertidos embebecimientos, en que otras veces has ocupado tu corazon, y dime la verdad, si los tales no estaban llenos de inquietud, y molestia, de pensamientos carcomidos, y cuidados importunos, en medio de los quales tu pobre corázon se veia miserable.

Vá tu corazon corriendo para las criaturas con grandes ansias, pensando poder contentar sus deseos; pero tan presto como ha executado quanto imaginaba, echa de ver la vanidad de su intento, pues nada le puede satisfacer, ni contentar. No quiere Dios, Filotea, que nues-

tro corazon halle ningun lugar donde pueda reposar, de la misma manera que la paloma salida del Arca de Noë, para que así se vuelva á su Dios, del qual ha salido. ¡Ah, y quánta hermosura de naturaleza hay en nuestro corazon! ¿Por qué, pues, le tendrémos nosotros contra su voluntad en el servicio de las criaturas?

¡O alma mia! (dirás tú) tu puedes oir, y querer á Dios. ¿Por qué, pues, te embebecerás tú en cosa menor? ¿Si tú puedes pretender la eternidad, qué hay que detenerte en los momentos! Esta fue una de las quejas del hijo Pródigo, que habiendo podido vivir regaladamente á la mesa de su padre, comia suciamente á la de las bestias. ¡O alma mia! tú eres capaz de Dios. Desventurada de tí si te contentas con menos que Dios. Levanta mucho tu alma en esta consideracion: muéstrala como es eterna, y digna de la eternidad: llénala de ánimo acerca de este sugeto.

CAPITULO XI.

Segunda consideracion. De la excelencia de las virtudes.

Considera, que las virtudes, y la devocion pueden solas contentar tu alma en este mundo. Mira, pues, quán hermosas son: haz comparacion de las virtudes, y vicios que les son contrarios: la suavidad que hay en la paciencia, comparada á la venganza: en la mansedumbre, comparada á la ira, y enojo: en la humildad, comparada á la arrogancia, y ambicion: en la liberalidad, comparada á la avaricia: en la caridad, comparada á la envidia; y en la templanza, comparada á los desórdenes. Las virtudes tienen esto admirable, que deleytan el alma con una dulzura, y suavidad incomparable, despues que se han exercitado; y al contrario, los vicios la cansan infinito, la descarrian, y pierden. ¿Por qué, pues, no procurarémos nosotros adquirir estas suavidades?

De los vicios vemos que quien tiene pocos no está contento; y quien tiene muchos, menos. Mas de las virtudes el que tiene bien pocas, alcanza aún contento; y quien muchas

mucho mas. ¡O vida devota, y quán hermosa eres, quán dulce, agradable y suave! Tú mitigas las tribulaciones, y haces suaves las consolaciones. Sin tí el bien es mal, y los placeres llenos de inquietudes, alborotos, y desvanecimientos. Ay de mí, que quien te conociera, pudiera bien decir con la Samaritana: *Domine, da mihi hanc aquam*: Señor, dame esta agua! aspiracion muy freqüente á la Beata Madre Teresa, y á Santa Catalina de Sena, aunque por diferentes sugetos.

CAPITULO XII.

Tercera consideracion sobre el exemplo de los Santos.

Considera el exemplo de toda suerte de Santos: qué es lo que ellos no hicieron para amar á Dios, y ser sus devotos. Mira los Mártires, invencibles en sus resoluciones, qué tormentos dexaron de padecer para mantenerlas. Mira sobre todo tantas hermosas doncellas, mas blancas que la azucena en pureza, y mas encarnadas que la rosa en caridad, que las unas á doce, las otras á trece, quince, veinte, y veinte y cinco años, sufrieron mil suertes de martirios, antes que

apartarse un punto de su resolucion; y no solo en lo que tocaba á la protestacion de la Fé, sino en lo que tocaba á la protestacion de la devocion: las unas muriendo antes que abandonar su virginidad: las otras antes que dexar de servir á los afligidos, consolar los atormentados, y amortajar los muertos. ¡O buen Dios, y Señor, y quánta constancia ha mostrado este sexô fragil en semejantes concurrencias!

Mira tantos Santos Confesores con qué valor han menospreciado el mundo, y cómo se han hecho invencibles en sus resoluciones. Nada les pudo hacer prevaricar, pues las abrazaron tan animosamente, y las mantuvieron sin excepcion; que es lo que dice San Agustin de Mónica, con quánta firmeza seguia su empresa de servir á Dios, en su matrimonio, y en su viudéz; y San Gerónimo de su amada hija Paula en medio de tantos traveses, y en medio de tanta variedad de accidentes. ¿Qué es lo que nosotros de buena razon dexaremos de hacer con tan buenos Patrones? Todos estos eran lo mismo que nosotros; hacian lo que hacian por el mismo Dios, y por las mismas virtudes. ¿Por qué no harémos, pues, nosotros otro tanto, segun nuestra vocacion, y estado, por medio de nuestra resolucion, y santa protestacion?

CAPITULO XIII.

Quarta consideracion. Del amor que Jesu-Christo nuestro Señor nos tiene.

Considera el amor con que Jesu-Christo nuestro Señor ha sufrido tanto en este mundo, y particularmente en el jardin de Olivet, y Monte Calvario. Este amor te miraba, y por medio de estas penas, y trabajos alcanzaba del Padre Eterno buenas resoluciones, y protestaciones para tu corazon, y por el mismo medio alcanzaba tambien todo lo que te es necesario para mantener, alimentar, fortificar, y consumar estas resoluciones. ¡O santa resolucion, y quan preciosa eres! hija en fin de tal madre como la Pasion de nuestro Salvador! ¡O quanto te debe amar mi alma, pues fuiste tan amada de mi buen Jesus! ¡O Salvador mio! Vos moristeis para adquirirme estas buenas resoluciones: dadme, pues, Señor, la gracia que yo muera antes de perderlas.

No ves tú, Filotea mia, ¿cómo el corazon de nuestro amado Jesus veia el tuyo desde el arbol de la Cruz, y le amaba, por cuyo amor te alcanzaba todos los bienes de que gozas, y

gozarás, y, entre otras, nuestras buenas resoluciones? Sí, amada Filotea, bien podemos todos decir como Jeremias: *¡O Señor! antes que yo fuera, vos me mirábades, y me llamábades por mi nombre.* Y esto porque verdaderamente su divina bondad prepara en su divino amor, y misericordia todos los medios generales, y particulares para nuestra salvacion, y por consiguiente nuestras resoluciones. Así como una muger preñada apareja la cuna, los pañales, y mantillas, y asimismo una ama para la criatura que espera, aunque la tal aún no esté en el mundo: así tambien nuestro Señor, habiéndote concebido en su bondad, y pretendiendo sacarte á la luz del mundo para tu salvacion, y hacerte hija suya, prepara sobre el arbol de la Cruz todo lo que era necesario para tu buena dicha. Estos son todos los medios, todos los atraimientos, y todas las gracias, con las quales induce tu alma, y la quiere guiar á la perfeccion. Nuestro Señor, pues, segun esto, estaba en estado de preñez quando estaba en el arbol de la Cruz.

¡Ah, buen Dios, y con quántas veras debriamos arraigar esto en nuestra memoria! Es posible que haya yo sido amada, y amada con tal dulzura de mi Salvador, que se pusiese á

pensar en mí, en mi particular, y en todas aquellas pequeñas ocurrencias, por las quales me ha tirado á sí! Con razon, debemos, pues, estimar, y amar todo esto, y emplearlo á nuestra utilidad. Nota esta consideracion. Aquel corazon amigable de mi Dios pensaba en Filotea, la amaba, y la procuraba mil medios para su salvacion, tanto como si no hubiera habido otra alma en el mundo en quien hubiese pensado. Así como el Sol alumbrando una parte de la tierra, no la alumbra menos que si no alumbrase otra parte mas que aquella sola; de la misma manera nuestro Señor pensaba, y cuidaba por todos sus amados hijos, y de suerte pensaba en cada uno de nosotros, como si no pensára en todos los demas. *El me ama*, dice San Pablo, *y se dió por mí*; como si dixese: Por mí solo, de la misma manera que si no hubiera hecho nada por los demas. Esto, pues, Filotea, debe estar grabado en tu alma para mejor conservar, y mantener tu resolucion, la qual ha sido tan estimada en el corazon de tu Salvador.

CAPITULO XIV.

Quinta consideracion del amor eterno de Dios para con nosotros.

Considera el amor eterno que Dios te ha tenido; porque antes que nuestro Señor Jesu-Christo, siendo hombre, padeciese en la Cruz por tí, su Divina Magestad te tenia en su soberana bondad, y te amaba en extremo. ¿Pero quándo comenzó Dios á amarte? Comenzó, pues, quando comenzó á ser Dios. ¿Y quándo comenzó á ser Dios? Nunca, porque siempre lo fué sin principio, ni fin; y así tambien te ha amado desde *ab eterno*. Por esto, pues, te preparaba las gracias, y favores que te ha hecho; y él mismo lo dice por el Profeta: *Yo te amo* (contigo habla de la misma manera que con otro) *con una caridad perpetua, y por esto te he tirado teniéndote piedad*. Pensado ha, pues, entre otras cosas en hacerte tomar resolucion de servirle. ¡O, buen Dios, quáles resoluciones son estas! Pues Dios las ha pensado, meditado, y trazado desde su eternidad, ¡quán caras y preciosas nos deben ser las tales! ¿Qué es lo que nosotros debríamos sufrir antes que perder la mí-

nima parte de ellas? Antes que hacerlo debríamos ver perecer todo el mundo, porque también sabemos que todo el mundo junto no vale lo que un alma, y un alma no vale nada sin nuestras buenas resoluciones.

CAPITULO XV.

Afiiciones generales sobre las consideraciones precedentes, y conclusion del exercicio.

¡O amadas resoluciones mias! vosotras sois el hermoso arbol de vida, que mi Dios ha plantado por su propia mano en medio de mi corazon, el qual quiere asimismo mi Salvador regar con su sangre para hacerle, que lleve fruto. Antes pasaré mil muertes que dar lugar á que ningun viento me le desarraigue. Ni la vanidad, ni los regalos, ni las riquezas, ni las tribulaciones serán bastantes á ello. Mas, ó Señor mio, que bien sé ser vos mismo quien ha plantado, y en vuestro seno paterno guardado eternamente este arbol hermoso para mi jardin. ¡Quántas almas habrá que no han sido favorecidas de esta suerte! ¿Cómo, pues, podré yo jamas humillarme bastantemente delante de vuestra misericordia!

¡O hermosas y santas resoluciones! si yo os conservo, vosotras me conservareis. Si vosotras vivís en mi alma, mi alma vivirá en vosotras. Vivid, pues, para siempre, ó resoluciones mias, eternas en la misericordia de Dios. Estad, y vivid eternamente en mí, para que nunca os abandone.

Despues de estàs resoluciones, es menester que particularices los medios importantes para mantener estas amadas resoluciones; y que protestes el querer siempre aprovecharte de ellas con fidelidad, y de la freqüencia de la oracion, de los Sacramentos, de las buenas obras, la enmienda de las faltas reconocidas en el segundo punto, y el seguimiento de los avisos que te serán dados á este fin. Lo qual hecho, como consecutivamente protestarás mil veces que continuarás en tus resoluciones; y como si tuvieras tu corazon, tu alma, y tu voluntad en tus manos, la dedicarás, consagrarás, y sacrificarás á Dios, protestando no volverlas á tomar mas, sino dexarlas en las manos de su divina Magestad, para seguir en todo, y por todo sus Mandamientos. Ruega à Dios te renueve de todo punto, que bendiga tu renuevo de protestacion, y que la favorezca. Invoca á la Virgen, tu Angel, los Santos, y San Luis.

Irás con este movimiento de corazon á los pies de tu Padre espiritual. Acusaráste de las faltas principales que hubieres notado haber cometido. Despues de tu confesion general recibe la absolucion de la misma manera que hiciste la primera vez; pronunciarás delante la protestacion, y confirmarasla; y en fin irás á unir tu corazon renovado á su principio, y Salvador; esto es, al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

CAPITULO XVI.

De los sentimientos que se deben tener despues de este exercicio.

El dia que hubieres hecho este renuevo, y los siguientes, repetirás muy amenudo de corazon, y de boca aquellas fervorosas palabras de San Pablo, de San Agustin, de Santa Catalina de Sena, y otros;

" No, yo no soy mas mia. O que yo viva, " ó que yo muera, yo soy de mi Salvador. Yo " no tengo mas de mí, ni mio: mi mio es Je- " sus, y mi mio es el ser suya." ¡O mundo! tú eres siempre tú mismo, y yo siempre he sido yo misma. Mas de aquí adelante yo no seré

mas yo misma. No, nosotros ya no serémos nosotros mismos, porque tendrémos el corazon trocado; y el mundo que nos ha tanto engañado, será engañado en nosotros, porque no apercibiendo nuestra mudanza, por ser poco á poco, pensará que somos siempre de los de Esaú, y serémos de los de Jacob.

Será menester que todos estos exercicios reposen dentro del corazon, y que apartándonos de su consideracion, y meditacion, entremos con tiento en los negocios, y conversaciones, temiendo que el licor de nuestras resoluciones no se derrame, y pierda, porque es menester que se deshaga, y penetre bien todas las partes del alma; y que no obstante sea todo esto sin forzar el espíritu, ni el cuerpo.

CAPITULO XVII.

Respuesta á dos objeciones, que pueden ponerse sobre esta introduccion.

Diráte el mundo, Filotea mia, que estos exercicios, y avisos son en tan grande número, que quien los quiera observar no podrá atender á otra cosa. ¡Ay de mí, amada Filotea! Quando nosotros no hiciéramos otra cosa, haríamos harto bien;

pues haríamos lo que debríamos hacer en este mundo. Verdad es que si fuese necesario hacer todos estos exercicios todos los dias, no nos darian lugar á otra cosa; mas no es necesario hacerlos sino á su tiempo, y lugar, y cada uno segun la ocurrencia. ¿Quántas leyes hay civiles, las quales deben ser observadas? mas se entiende segun la ocurrencia, y no que sea necesario practicarlas todas cada dia. Quanto á lo demas, David Rey, cargado de negocios dificultosísimos, usaba de mas exercicios que yo te he puesto aquí. San Luis, Rey admirable, así en la guerra, como en la paz, el qual con un cuidado sin igual administraba la justicia, y manejaba los negocios mas graves, oia dos Misas cada dia, decia Vísperas, y Completas con su Capellan: hacía su meditacion, visitaba los hospitales, confesábase todos los viernes, disciplinándose: oia los sermones muy amenudo, y hacía muchas veces conferencias espirituales; y con todo esto no perdia una sola ocasion del bien público, que no la executase diligentemente, siendo entónces su Corte mas lucida, y festejada, que en tiempo de sus predecesores. Usa, pues, sin temor de estos exercicios, segun te he enseñado, y Dios te dará bastante lugar, y fuerza para acudir á los demas negocios, aunque

para ello debiese hacer parar el Sol, como hizo en el tiempo de Josué. No es poco lo que hacemos quando Dios trabaja con nosotros.

Dirá el mundo que llevo yo la mira á que mi Filotea tenga el don de la oracion mental, y que, no obstante esto, no todos le pueden tener, y que así esta introduccion no servirá para todos. Es verdad, y sin duda he llevado siempre este fin; y es tambien verdad que todos no tienen el don de la oracion mental; pero tambien lo es que casi todos le pueden tener, y aun hasta los mas groseros, con tal que tengan buenos Confesores, y que ellos quieran trabajar para adquirirle tanto quanto él lo merece. Y si se halla faltar este don en alguna suerte de grado (lo qual pienso no poder acaecer sino muy raramente), el prudente Confesor hará facilmente suplir esta falta por la atencion que enseñarán tener en leer, ó en oir las mismas consideraciones que están puestas en las Meditaciones.

CAPITULO XVIII.

Tres últimos y principales avisos para esta introduccion.

Harás todos los primeros dias del mes la protestacion que está en la primera parte, despues de la meditacion; y todos los momentos que puedas protestarás el quererla observar, diciendo con David: *Nunca jamas olvidaré tus justificaciones, ó Dios mio, porque en ellas, Señor, me has vivificado.* Y quando sintieres algun distraimiento en tu alma, tomarás tu protestacion en tus manos, y postrada en espíritu de humildad, la pronunciarás de todo tu corazon; y así hallarás un gran alivio, y consuelo.

Harás profesion abierta de querer ser devota; y no digo de ser devota, sino de querer serlo; y no tengas vergüenza de las acciones comunes, é importantes que nos guian, y conducen al amor de Dios. Procura siempre ensayarte en la meditacion, como en querer tambien antes morir que pecar mortalmente. Protestarás tambien que has de freqüentar amenudo los Sacramentos, y seguir los consejos de tu Director (aunque muchas veces no sea necesa-

rio el nombrarle por muchas razones); porque esta libertad de confesar que queremos servir á Dios, y que nos hemos consagrado á su amor con una especial aficion, es muy agradable á su Divina Magestad, que no quiere que tengamos vergüenza de él, ni de su Cruz; pues vemos que ésta antes corta el camino á muchos enredos, que el mundo á cada paso deséa ponernos, y nos obliga á su seguimiento.

Los Filósofos se publicaban por Filósofos porque los dexasen vivir filosóficamente: y nosotros debemos hacernos conocer por deseosos de la devocion porque nos dexen vivir devotamente; que si alguno te dixere que se puede vivir devotamente sin la práctica de estos avisos, y exercicios, no por eso lo niegues; pero responderásle amigablemente, que tu flaqueza es tan grande, que ha menester mas ayuda, y socorro que los otros.

En fin, amada Filotea mia, yo te conjuro por quanto hay sagrado en el Cielo, y en la tierra: por el Bautismo que has recibido, por los pechos que Jesu-Christo mamó, por el corazon caritativo con que te ama, y por las entrañas de la misericordia en que esperas, que continúes, y perseveres en esta dichosa empresa de la vida devota. *Nuestros dias se pasan,*

la muerte está á la puerta, *la trompeta* (dice San Gregorio Nacianceno) *toca á la retirada: cada uno se prepare, porque el Juicio se acerca.* La madre de San Sinforiano, viendo que le llevaban al martirio, le gritaba cerca de sus orejas: Hijo mio, hijo mio, acuérdate de la vida eterna: mira al Cielo, y considera quíen reyna en él. El fin cercano terminará bien presto el breve curso de esta vida. Lo mismo, pues, Filotea mia, puedo yo decirte. Mira al Cielo, y no le pierdas por la tierra; mira al infierno, no te eches en él por los que son solos momentos. Mira á Jesu-Christo: no le niegues por el mundo; y quando la pena de la vida devota te pareciere dura, cantarás con San Francisco: *Los mayores trabajos me parecen pasatiempos, considerando los bienes que despues de ellos espero.*

Viva Jesus, á quien con el Padre, y el Espíritu Santo sea honra, y gloria ahora, y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amen.

ERRATAS.

Pag.	Lin.	Dice	Lease
129	21	su	*tu*
134	23	Mitidrates	*Mitridates*
141	26	Dios	*á Dios*
145	8	viitudes	*virtudes*
147	25	de no apartarse	*de apartarse*
366	20	oia	*oiga*